



María Gabriela **Micheletti**
y Liliana María **Brezzo** (coords.)

Escribir en el Estado

Registros autobiográficos
de intelectuales argentinos

Escribir en el Estado

MARÍA GABRIELA MICHELETTI y LILIANA MARÍA BREZZO
coordinadoras

Escribir en el Estado

Registros autobiográficos
de intelectuales argentinos

ediciones
**IMAGO
MUNDI**



Colección Bitácora Argentina
DIRIGIDA POR ALEJANDRO FALCO

María Gabriela Micheletti y Liliana María Brezzo (coordinadoras)
Escribir en el Estado. Registros autobiográficos de intelectuales
argentinos. 1.^a ed. Buenos Aires: 2026.

276 p.; 15.5x23cm. ISBN 978-950-793-481-0

1. Historia Argentina. I. Título

CDD 982

Fecha de catalogación: 17/11/2025

© 2026, María Gabriela Micheletti y Liliana María Brezzo

© 2026, Ediciones Imago Mundi

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

El presente libro ha sido sometido al referato del siguiente Comité Académico internacional: Nicolás Arenas Deleón (Universidad de los Andes, Chile). María Silvia Leoni (Universidad Nacional del Nordeste, Argentina). Eugenia Molina (Universidad Nacional de Cuyo, IDEHESI-CONICET, Argentina). Tomás Sansón Corbo (Universidad de la República, Uruguay).



Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Sumario

	Liliana María Brezzo y María Gabriela Micheletti	
	Prólogo	IX
1	Liliana María Brezzo	
	Juan Bautista Alberdi ante el Paraguay: las cartas como herramientas de intervención en el escenario político distante . . .	1
2	María Gabriela Micheletti	
	El <i>curriculum vitae</i> de un historiador. David Peña y su postulación a la Jefatura del Archivo General de la Nación (1923)	43
3	Renzo Sanfilippo	
	José Luis Busaniche en la gestión del patrimonio histórico de la nación a través de documentos y correspondencia institucional (1939-1950)	95
4	María Florencia Antequera	
	«Una cosa he aprendido bien: ¡luchar y luchar!»: Ángel Guido en la universidad peronista	133
5	Fernando Quesada	
	De recuerdos propios y vidas ajenas. Las memorias de Alicia Jurado como becaria y biógrafa	173
6	Ana Laura Brizzi	
	La historia del Museo Estévez de Rosario en primera persona (1968-2007). «Textos escritos en los años de gestión», de Pedro A. Sinopoli	197
	Sobre las autoras y los autores	245
	Índice de autoras y autores del aparato bibliográfico	249

Prólogo

LILIANA MARÍA BREZZO y MARÍA GABRIELA MICHELETTI

Este libro nace de una serie de preocupaciones comunes a un conjunto de investigadores que diariamente desarrollan sus labores en el Grupo de Estudio Escrituras y Representaciones del Pasado (GEREP), que integra el Nodo IH-UCA de Rosario, y en el Nodo IMESC-UNCuyo de Mendoza, ambos Nodos pertenecientes al Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI) de CONICET. Seis capítulos eslabonados recogen parte de sus reflexiones, a través de una selección de estudios de casos que exponen su particular manera de pensar el imbricado vínculo entre los intelectuales y el Estado. Para ello, reposan la mirada en un costado menos explorado, y si se quiere, más íntimo, de intelectuales argentinos que en distintas épocas han ocupado cargos en la función pública, a partir de los registros y las marcas personales que estos han dejado en los documentos de archivo y, principalmente, a través de sus escritos de carácter autobiográfico, como memorias y cartas.

Proyectos de investigación acreditados y financiados por CONICET sirven de sostén a estas indagaciones. Por un lado, «las definiciones culturales del Estado» han constituido una de las matrices de estudio de un Proyecto de Unidad Ejecutora desarrollado entre 2019 y 2024.^[1] Por otro lado, el Proyecto Plurianual de CONICET en ejecución desde 2023 sobre «historiadores y escritos autobiográficos» hace foco –en clave teórica y empírica– en la

[1] PUE IDEHESI-CONICET 0003-2018: «El Estado argentino y sus gestores: trayectorias, identidades y disrupciones en los siglos XIX y XX. De lo disyunto a lo complejo». Dirigido por Beatriz J. Figallo.

escritura en primera persona, como perspectiva de análisis para la historia de la historiografía.^[2]

El «escribir», no como mera habilidad, sino como potencia creadora –incluso con una función «performativa» de la realidad sobre la que ejerce ese acto– es, tal vez, la característica que resulta más constituyente del «intelectual» como tal. Los investigadores del GEREP tienen a la escritura, a los archivos personales de intelectuales y a las representaciones del pasado que estos elaboran como principal objeto de sus indagaciones. En *Escribir la nación en las provincias* (Brezzo *et al.* 2013) se preguntaron sobre el proceso de escritura del origen y la definición de la nación argentina por parte de algunos historiadores provincianos, que al enunciarla contribuyeron a ampliar sus contornos. En *Escribir en el Estado* la apuesta es a recuperar la manera en que, por medio de la escritura, el intelectual «moldea» y deja rastros de sí sobre el Estado.

Resultado de las pesquisas llevadas a cabo en archivos institucionales y particulares y en escritos privados, haciendo una selección de fuentes poco conocidas en las que ocupa centralidad el «yo» de los autores, *Escribir en el Estado* propone reflexionar, desde un ángulo posible, la ligación entre intelectuales y función pública.

No es una novedad sostener que la relación mantenida entre los intelectuales y el Estado es compleja, o que ha merecido desde lejos la atención de filósofos, politólogos e historiadores. Aún antes de la difusión del uso del vocablo «intelectual», a partir del «*J'accuse...!*» (1898) enunciado por Émile Zola en Francia en medio del affaire Dreyfus, términos como «sabios», «eruditos», «filósofos», «literatos», «escritores» o «letrados» eran utilizados para referir a un grupo de individuos que ejercía influencia sobre la sociedad a través de sus saberes, del uso de la palabra y de la transmisión de ideas. Es claro que las relaciones entabladas entre este «poder ideológico» y el poder político han sido y son peculiares y cambiantes según épocas y culturas. Al mismo tiempo, puede observarse que en las sociedades modernas el poder político ha ido requiriendo cada vez más de los intelectuales, en su rol de «expertos», debido a que toda acción política necesita conocimientos específicos, que

[2] PIP CONICET 11220210100032CO: «Historiadores y escritos autobiográficos. Las lógicas de una convergencia y su impacto en los estudios sobre la escritura de la historia. Argentina y Paraguay, siglos XIX-XX». Dirigido por Liliana M. Brezzo.

solo los que son competentes en los campos particulares del saber son capaces de ofrecer (Bobbio 1998; Ferrary 1999).

Al impulso de esta evidencia, la historiografía argentina se ha interesado de manera creciente en las dos últimas décadas por estudiar la vinculación de expertos e intelectuales con el Estado,^[3] así como la formación de la burocracia estatal, en relación con cuestiones referidas al reclutamiento, la estabilidad en la administración pública, las conexiones con el sistema político y el gobierno, y la formación y evolución de elites y grupos dirigentes, y su influencia, en términos de poder.^[4]

Desde la segunda mitad del siglo XIX, ministerios, secretarías y diversas reparticiones de un Estado argentino en pleno proceso de formación y consolidación (Oszlak 1997) se fueron nutriendo de intelectuales que ejercieron funciones de responsabilidad y ofrecieron su mirada de expertos en materia de diplomacia y relaciones internacionales, educación, inmigración y demografía, economía, salud pública y defensa nacional. A los geniales pensadores y publicistas que intervinieron en las décadas centrales del siglo y en la época de la organización nacional, como Juan Bautista Alberdi, Domingo F. Sarmiento o Vicente Gil Quesada, los sucedieron otros hombres, de vasta erudición y portadores de un saber que estaba apenas en vías de especialización, como Estanislao Zeballos –que, entre diversas competencias, desarrolló el derecho internacional–, Gabriel Carrasco –que se dedicó con afición a la estadística– o José María Ramos Mejía –médico que realizó aportes en psiquiatría y en las áreas de educación e higiene–, para citar solo algunos pocos nombres representativos de entresiglos. Con el avance del siglo XX y en correspondencia con un ascendente grado de profesionalización disciplinar, los cuadros burocráticos se fueron haciendo más especializados y numerosos, por supuesto que, en un proceso no lineal, con etapas de expansión o ajuste del empleo público, políticas discontinuas e, incluso, contradictorias.

[3] Desde la aparición en 2004 de la obra de Neiburg y Plotkin (2004), esta perspectiva de análisis se siguió enriqueciendo con los libros compilados por Fiorucci y Rodríguez (2018), Morresi y Vommaro (2011), Plotkin y Zimmermann (2012a,b) y Rodríguez y Soprano (2018), entre otros.

[4] Entre otros aportes, pueden mencionarse los de Bohoslavsky y Soprano (2010), Di Liscia y Soprano (2017) y Rodríguez y Petitti (2024).

Alejado de una metodología prosopográfica o biografía colectiva (Charle 2014; Ferrari 2010) y de la confección de cuadros estadísticos, perfiles seriados o bases de datos,^[5] este libro procura facilitar el acceso a una faceta menos explorada, de intelectuales que han ocupado funciones en alguna esfera del Estado. No pretende realizar una presentación general ni exhaustiva de un área de experticia, ni de quienes desfilaron por una determinada repartición estatal. Por el contrario, busca ofrecer la mirada en primera persona y, por lo mismo, más fresca y subjetiva, de un puñado de casos. Para ello hace una fuerte opción metodológica por el análisis cualitativo y de fuentes no convencionales, al priorizar la consulta de archivos personales y de escritos de carácter autobiográfico. Se busca situar al intelectual «en sus papeles», para bucear en ellos los registros y rastros que han quedado de su relación con el Estado, que no necesariamente fue vivida en términos positivos, sino que tal vez, deparó sinsabores o resultó polémica o esquiva. Cartas, memorias, *curriculum vitae*, discursos, testimonios y la documentación atesorada por el propio protagonista en la construcción de su archivo se constituyen en el observatorio privilegiado para los trabajos reunidos en este volumen.

Los escritos de carácter autobiográfico, luego de haber sido relegados en su uso como fuente para los estudios históricos, han recobrado interés y han sido revalorizados, acompañando el «giro hacia la subjetividad» experimentado por las ciencias sociales en las últimas décadas. La noción de «egodocumento» fue acuñada tempranamente por el holandés Jacob Presser, en 1958, en momentos en que en general los historiadores priorizaban el estudio de las estructuras sociales y económicas por sobre los actores (Dekker 2002). Más adelante, en 1973, Philippe Lejeune instaló la idea de «pacto autobiográfico» y la justificó sobre la identidad del nombre-coincidencia de autor, narrador y protagonista- y el contrato o compromiso de «verdad» o «sinceridad» propuesto por el autor al

[5] Las bases de datos constituyen una manera valiosa y alternativa de aproximarse al universo de los agentes del estado, tal como lo muestra el modelo aportado de manera reciente por Rabinovich y Zubizarreta (2023). Por su parte, en el marco del PUE ya mencionado, los investigadores del GEREPE han desarrollado la *Base de Datos Intelectuales y Estado en Santa Fe (BDIESF)*. Siglos XIX y XX (Micheletti et al. 2025). De esta manera, el Grupo avanza en la combinación de análisis de tipo cualitativo y cuantitativo.

lector (Lejeune 1994). Desde entonces, los «escritos autobiográficos», «escrituras de sí», «autoescrituras» o «relatos del yo» –entre otros términos semejantes que concurren a definirlos– han merecido múltiples lecturas y análisis que han puesto de manifiesto sus repliegues y su riqueza –acompañada de cierta ambigüedad– conceptual y empírica (Amaro 2009; Amelang 2006; Loureiro 1991; Saiz Cerredá y Baena 2012, entre otros).

Los aportes de Agamben (2000), Derrida (1997), Foucault (1978) y Ricoeur (1995), a la vez, han concurrido a deconstruir el concepto clásico de archivo, en análisis que resultan de utilidad para el caso de los archivos personales. Estos autores han advertido que la existencia del archivo está sometida al *lógos* (razón) y que existe un guardián, un *archónte*, así como que el acto de archivar es indisociable de la selección y, por ello, también del olvido y de la destrucción. El concepto *derridiano* de «pulsión de archivo» refiere, pues, no solo al movimiento irresistible para conservar las huellas, sino para dominarlas, interpretarlas o, llegado el caso, borrarlas o destruirlas. Por ello, un archivo personal puede ser entendido como una elaboración autobiográfica de su productor, y no exclusivamente como una cantera de datos, lo que implica adoptar una precaución metodológica frente a un uso excesivamente documentalista de los materiales de archivo (Durán López 2002). Aun cuando el uso de los archivos personales sigue siendo, en parte, «problemático y discutido» –por posiciones dicotómicas que ven en ellos, o un dificultoso vínculo con lo verídico, o bien un material privilegiado y único para restituir experiencias en toda su singularidad–, lo cierto es que se ha afianzado lo suficiente para encontrar sitio en todos los campos historiográficos (Artières y Kalifa 2012-2013).

Estos nuevos enfoques han abierto a los historiadores la posibilidad de considerar a los escritos y a los archivos personales, no simplemente como fuentes de información, sino como objeto de estudio en sí mismos. Desde la historia intelectual y desde la historia de la historiografía, además, al ser puestos en relación con la obra éditada o conocida de un autor, los escritos autobiográficos pueden ser analizados como una continuidad de ella, o bien como un laboratorio de ideas. De modo que al seguir sus vericuetos se consigue arribar con mayor precisión al origen de una idea o teoría, establecer la genealogía intelectual o detectar influencias,

y su consulta resulta eficaz para restablecer los mecanismos de la circulación del conocimiento, las vinculaciones y la conformación de redes intelectuales. Finalmente, se puede sostener que este tipo de escritura devela, sobre todo, la imagen construida por un autor sobre sí mismo y la autopercepción de su propio derrotero intelectual o profesional (Aurell 2006, 2020).

El grupo de investigadores que participa en *Escribir en el Estado* ya tiene un camino recorrido bajo estas coordenadas de trabajo, por medio de obras como *Combatir con la pluma en la mano: dos intelectuales en la Guerra del Chaco*. Juan E. O’Leary y Luis Alberto de Herrera (Brezzo y Reali 2017), *Si mi pluma valiera tu cañón*. Juan Bautista Alberdi ante la Guerra del Paraguay (Brezzo 2020), *Alcides Greca. El viaje de la escritura y la escritura del viaje* (Antequera 2020), *Paraguay. Escrituras y representaciones del pasado* (Brezzo 2022), y en el dossier «Lazos de tinta: cartas privadas, sociabilidades intelectuales y escritos autobiográficos de historiadores» (Brezzo y Micheletti 2017). Con este último título –«Lazos de tinta»– viene además sosteniendo un seminario de actualización permanente desde el año 2016, que ha contado con la participación como conferencistas de especialistas en estas temáticas (v. gr. Aurell 2023; Saiz Cerredá 2024).

Similares presupuestos teóricos son los que guían los siguientes seis capítulos de este libro, que exploran vestigios autobiográficos de autores argentinos, quienes en un amplio arco cronológico comprendido entre los inicios de la constitución del Estado Argentino y el pasado reciente alternaron formación académica, trabajo intelectual y desarrollo profesional, con el paso por alguna/s esfera/s de la función pública, y que desempeñaron acciones vinculadas con la diplomacia, o con la gestión en educación, cultura y patrimonio. Los escritos del «yo» considerados asumen variados registros. Cartas privadas, correspondencia institucional, memorias personales o de gestión, discursos, *curriculum vitae*, son algunas de las formas textuales en que la intimidad se despliega por medio de la escritura que la revela y la da a conocer.

Un recorrido por apasionadas experiencias de producción creativa entrelaza las vidas de los intelectuales que los sucesivos capítulos se animan a escudriñar a través de sus papeles públicos y privados. A medida que se avance por las páginas, los lectores

podrán ir descubriendo relaciones entramadas en circuitos de intercambio de ideas, así como vasos comunicantes entre actores e instituciones de un espacio cultural argentino que se proyecta desde mediados del siglo diecinueve hasta comienzos del nuevo siglo veintiuno, y que reviste de dinamismo a las reparticiones del Estado por las que esos agentes han esparcido saberes y desvelos.

Con sus cartas sesudas que piensan un país desde la distancia, y que desmenuzan las implicancias de la guerra contra el Paraguay para las repúblicas del Plata, Juan Bautista Alberdi sigue iluminando, a través del agudo análisis de Liliana M. Brezzo, sendas que seguirían posteriores generaciones de intelectuales argentinos. Como David Peña, su declarado admirador y amigo, quijote de iniciativas culturales, que lo conducen a imaginar-se a comienzos de la década de 1920 –en el texto de un *Memorial* que incluye, según explica María Gabriela Micheletti, el diseño de un «auténtico» *curriculum vitae*– al frente de un modernizado Archivo General de la Nación. El anhelo de un historiador de acceder a un puesto vinculado con su «oficio», que no llega a cumplir Peña, lo alcanzaría hacia el final de la década siguiente otro santafesino, José Luis Busaniche, según ilustra Renzo Sanfilippo su paso por la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos. El impulso del Estado Nacional por la preservación patrimonial, encarada con espíritu patriótico, le asegura a Busaniche un lugar desde donde ejercer en calidad de «experto» –la correspondencia institucional lo atestigua– y en el que consigue mantenerse más allá de los vaivenes políticos que significa el ascenso de Juan Domingo Perón a la presidencia de la república. Estos vaivenes, son los mismos que posibilitan la aventura rectoral del arquitecto Ángel Guido en la Universidad Nacional del Litoral «peronista», en el bienio 1948-1950. Ricardo Rojas, «autoridad» y colega de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, a quien cita David Peña en su *Memorial* y que actuará como jurado de su postulación, es el «maestro» que conduce a Guido, en cartas y en proyectos culturales compartidos, por los senderos de *Eurindia*. Esta plataforma para pensar lo americano desde el arte y la literatura se vuelca en un nacionalismo cultural de carácter emancipatorio que –interpreta María Florencia Antequera– el arquitecto urbanista lleva a su plan de gestión al frente de la universidad, tal como

queda expuesto en el texto de sus discursos rectorales. El campo de lo literario vuelve a hacerse presente en el capítulo de Fernando Quesada. En este caso es Alicia Jurado, quien se beneficia, al igual que Ángel Guido, de una beca Guggenheim, y también de una Fulbright, así como de financiamientos provenientes del British Council; estrategias de diplomacia cultural que durante las décadas de 1960 y 1970 posibilitan a la escritora argentina vivir experiencias de estudio en Estados Unidos e Inglaterra, a las que más tarde volcaría en memorias. Su vocación biográfica y autobiográfica, avalada por premios en certámenes públicos y puestos en instituciones de cultura –Alicia ocupa, por esas coincidencias traviesas de la historia, el «sillón Juan Bautista Alberdi» en la Academia Argentina de Letras–, dedica un espacio a reflexionar críticamente sobre las burocracias estatales, con las que tiene que lidiar a comienzos de los años ochenta desde su lugar en el directorio del Fondo Nacional de las Artes. La mirada reticular se detiene con Ana Laura Brizzi, finalmente, en una experiencia de gestión cultural local que, aunque iniciada a fines de la década de 1960, llega a asomarse a los albores del siglo XXI. En su prolongada gestión al frente del Museo Estévez de Rosario, Pedro Alberto Sinópoli goza del privilegio de darle forma a una institución municipal que, en la *Memoria* institucional que escribe, tiende a confundirse y fundirse con su propio itinerario vital y profesional.

Si los seis autores de los capítulos consiguen su objetivo, el esfuerzo conjunto habrá dado por resultado un volumen en el que un concierto coral de «yoes» se elevará para dotar de polifonía a la función pública, a través de los registros autobiográficos de un ramillete de intelectuales argentinos que dejaron su impronta en el Estado.

Referencias

AGAMBEN, GIORGIO

- 2000 *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*, Valencia: Pre-textos, referencia citada en página XIII.

AMARO, LORENA

- 2009 *Vida y escritura. Teoría y práctica de la autobiografía*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, referencia citada en página XIII.

AMELANG, JAMES

- 2006 «La autobiografía moderna entre la historia y la literatura», en *Chronica Nova*, vol. 32, págs. 143-157, recuperado de <<http://hdl.handle.net/10481/22709>>, referencia citada en página XIII.

ANTEQUERA, MARÍA FLORENCIA

- 2020 *Alcides Greca. El viaje de la escritura y la escritura del viaje*, Universidad Nacional de Cuyo, referencia citada en página XIV.

ARTIÈRES, PHILIPPE y DOMINIQUE KALIFA

- 2012-2013 «El historiador y los archivos personales: paso a paso», en *Políticas de la Memoria*, n.º 13, págs. 7-11, recuperado de <<https://ojs.politicasdela memoria.cedinci.org/index.php/PM/article/view/133>>, referencia citada en página XIII.

AURELL, JAUME

- 2006 «Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author», en *Rethinking History*, vol. 10, n.º 3, págs. 433-449, referencia citada en página XIV.
- 2020 «Historias cruzadas», en *Diálogos Hispano-Atlánticos*, n.º 1, recuperado de <<https://www.fheargentina.com.ar/dialogos-i-jaume-aurell>>, referencia citada en página XIV.
- 2023 «Las autobiografías de historiadores, entre la literatura y el testimonio autobiográfico», en *Res Gesta*, n.º 59, págs. 11-24, doi: 10.46553/RGES.59.2023, referencia citada en página XIV.

BOBBIO, NORBERTO

- 1998 *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página XI.

BOHOSLAVSKY, ERNESTO y GERMÁN SOPRANO

- 2010 «Introducción», en *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 hasta la actualidad)*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en página XI.

BREZZO, LILIANA MARÍA

- 2020 *Si mi pluma valiera tu cañón. Juan Bautista Alberdi ante la Guerra del Paraguay*, Asunción: Atlas, referencia citada en página XIV.
- 2022 (coord.), *Paraguay. Escrituras y representaciones del pasado*, Asunción: Intercontinental, referencia citada en página XIV.

BREZZO, LILIANA MARÍA y MARÍA GABRIELA MICHELETTI

- 2017 «Lazos de tinta: cartas privadas, sociabilidades intelectuales y escritos autobiográficos de historiadores», en *Anuario del Centro de Estudios Históricos Profesor Carlos S. A. Segreti*, n.º 17, págs. 1-3, referencia citada en página XIV.

BREZZO, LILIANA MARÍA; MARÍA GABRIELA MICHELETTI y EUGENIA MOLINA
2013 (eds.), *Escribir la nación en las provincias*, Buenos Aires: IDEHE-SI, referencia citada en página X.

BREZZO, LILIANA MARÍA y MARÍA LAURA REALI
2017 *Combatir con la pluma en la mano: dos intelectuales en la Guerra del Chaco. Juan E. O'Leary y Luis Alberto de Herrera*, Asunción: Servilibro, referencia citada en página XIV.

CHARLE, CHRISTOPHE
2014 «La prosopografía o biografía colectiva. Balance y perspectivas», trad. por Domingo Balam Martínez Álvarez, en *Clivaje. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 2, referencia citada en página XII.

DEKKER, RUDOLF
2002 «Jacques Presser's Heritage: Egodocuments in the Study of History», en *Memoria y Civilización*, n.º 5, págs. 13-37, referencia citada en página XII.

DERRIDA, JACQUES
1997 *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid: Trotta, referencia citada en página XIII.

DI LISCIA, MARÍA SILVIA y GERMÁN SOPRANO
2017 (eds.), *Burocracias estatales. Problemas, enfoques y estudios de caso en la Argentina (entre fines del siglo XIX y XX)*, Rosario: Universidad Nacional de La Pampa y Prohistoria, referencia citada en página XI.

DURÁN LÓPEZ, FERNANDO
2002 «La autobiografía como fuente histórica: problemas teóricos y metodológicos», en *Memoria y Civilización*, n.º 5, págs. 153-187, referencia citada en página XIII.

FERRARI, MARCELA
2010 «Prosopografía e historia política. Algunas aproximaciones», en *Antíteses*, vol. 3, n.º 5, págs. 529-550, referencia citada en página XII.

FERRARY, ÁLVARO
1999 «La mirada "intelectual" de ver las cosas: exploración abierta en torno a la figura del intelectual contemporáneo», en *Memoria y civilización*, n.º 2, págs. 291-313, referencia citada en página XI.

FIORUCCI, FLAVIA y LAURA GRACIELA RODRÍGUEZ
2018 (comps.), *Intelectuales de la educación y el Estado: maestros, médicos y arquitectos*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, referencia citada en página XI.

FOUCAULT, MICHEL

- 1978 *Las palabras y las cosas*, Madrid: Siglo XXI, referencia citada en página XIII.

LEJEUNE, PHILIPPE

- 1994 *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid: Megazul y Endymion, referencia citada en página XIII.

LOUREIRO, ÁNGEL

- 1991 (coord.), *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Anthropos, vol. 29, referencia citada en página XIII.

MICHELETTI, MARÍA GABRIELA; LILIANA MARÍA BREZZO; RENZO SANFILIPPO; MARÍA FLORENCIA ANTEQUERA y ANA LAURA BRIZZI

- 2025 *Base de Datos Intelectuales y Estado en Santa Fe (BDIESF). Siglos XIX y XX*, recuperado de <<http://hdl.handle.net/11336/253649>>, referencia citada en página XII.

MORRESI, SERGIO y GABRIEL VOMMARO

- 2011 (comps.), *Saber lo que se hace. Expertos y política en Argentina*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en página XI.

NEIBURG, FEDERICO y MARIANO PLOTKIN

- 2004 (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página XI.

OSZLAK, OSCAR

- 1997 *La formación del Estado Argentino*, Buenos Aires: Planeta, referencia citada en página XI.

PLOTKIN, MARIANO y EDUARDO ZIMMERMANN

- 2012a (comps.), *Las prácticas del Estado. Política, sociedad y elites estatales en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página XI.
- 2012b (comps.), *Los saberes del Estado*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página XI.

RABINOVICH, ALEJANDRO e IGNACIO ZUBIZARRETA

- 2023 (eds.), *La construcción estatal en el Río de la Plata a través del empleo civil y militar (1600-1873)*, Santa Rosa: IEHSOLP Ediciones, referencia citada en página XII.

RICOEUR, PAUL

- 1995 *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Ciudad de México: Siglo XXI, referencia citada en página XIII.

RODRÍGUEZ, LAURA GRACIELA y EVA MARA PETITTI

- 2024 (comps.), *Educación, funcionarios y políticas. Las provincias del Centro y Noroeste de Argentina 1860-1940*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, referencia citada en página XI.

RODRÍGUEZ, LAURA GRACIELA y GERMÁN SOPRANO

- 2018 (eds.), *Profesionales e intelectuales de Estado. Análisis de perfiles y trayectorias en la salud pública, la educación y las fuerzas armadas*, Rosario: Prohistoria, referencia citada en página XI.

SAIZ CERREDA, MARÍA DEL PILAR

- 2024 «Retazos del yo: construcción de identidad a través del pacto epistolar», en *Res Gesta*, n.º 60, págs. 2-20, referencia citada en página XIV.

SAIZ CERREDA, MARÍA DEL PILAR y ROSALÍA BAENA

- 2012 «Identidad y representación en el discurso autobiográfico», en *Rilce. Revista de Filología Hispánica*, vol. 28, n.º 1, referencia citada en página XIII.

CAPÍTULO 1

Juan Bautista Alberdi ante el Paraguay: las cartas como herramientas de intervención en el escenario político distante

LILIANA MARÍA BREZZO *

«Como no he vivido fuera de mi país sino para mejor estar presente en él por mis escritos, la historia de estos, que es la historia de mi vida, formará un libro, ocupado todo él, de la República Argentina, pudiendo titularse: *La vida de un ausente, que no ha salido de su país*». De ese modo presenta Juan Bautista Alberdi (1810-1884), en plena madurez, una obra que aparece como eslabón de un proceso textual autobiográfico que constituye la última etapa de su vida escritural, en el que se vuelca sobre su infancia, su formación intelectual y las razones del temprano alejamiento del país (Lois 2010, 2017; Martino 2016).^[1] Efectivamente, Alberdi pasó

* En la noche del 17 al 18 de agosto de 2025 falleció Elida Lois. Trabajé bajo su dirección, entre los años 2004 y 2006, junto a Lucila Pagliai y Ricardo Scavone Yegros en el proyecto de restitución documental, transcripción y edición del epistolario Juan Bautista Alberdi-Gregorio Benites. La doctora Lois, reconocida filóloga, quien ya en ese tiempo era investigadora principal del CONICET, me introdujo en los mecanismos de transcripción de las cartas de puño y letra de Alberdi, cuya caligrafía, verdaderos garabatos jeroglíficos, y cuya gramática, plagada de oraciones subordinadas, estuvieron a punto de hacerme desistir de las labores. Con paciencia, tanto ella como Lucila me compartieron claves teóricas para trabajar esas escrituras. Le dedico, pues, este capítulo, a Elida Lois, en el que repongo muchos de sus argumentos sobre las escrituras de Alberdi, aunque, en mi caso, lo haré con menos elegancia, sutileza y perfección. Asimismo, durante el desarrollo del proyecto, Lucila Pagliai insistía en explicar cómo las cartas de Alberdi desde Europa abundaban en instrucciones y posibles mecanismos para intervenir en la escena política en el Río de la Plata. En los frutos de esos intercambios de trabajo reposan otros planteamientos nucleares que también recojo en este escrito.

[1] Elida Lois halló y estudió dos borradores inéditos autobiográficos de Alberdi: el más antiguo –fechado en enero de 1869– lleva como título «Para la Autobiografía»;

44 de sus 74 años de vida fuera de Argentina. Después de que, durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas, el exilio lo llevara a radicarse primero en Montevideo y, más tarde, en Valparaíso, pasó de allí directamente a Europa como Ministro Plenipotenciario de la Confederación Argentina ante las Cortes europeas. Y, luego de la batalla de Pavón, que transformó a Buenos Aires en la provincia hegemónica, se mantuvo en Francia hasta 1879, cuando volvió por breve tiempo.

Sin una clara vocación hacia la gestión pública, Alberdi jamás renunció a su influencia ni al reconocimiento, manteniéndose siempre activo en el pensamiento y en la escritura sobre la política argentina. Su último libro publicado, *La República Argentina consolidada en 1880, con la ciudad de Buenos Aires por Capital*, cierra un ciclo de tratados doctrinarios iniciado treinta años antes con la redacción de *Bases y puntos de partida para la organización de la República Argentina*.

Frente a la situación objetiva de ausencia y lejanía, las cartas intercambiadas con corresponsales en Argentina y en el resto de América, constituyeron herramientas de intervención en el escenario político distante y de autodefensa frente a las acusaciones de «ajenidad» y de «traidor a la patria». Lucila Pagliai nos ha mostrado que, mientras redacta las *Bases*, debate con Domingo F. Sarmiento (con quien nunca dejó de polemizar) y dialoga, en la esfera privada, con otros conspicuos pares de la amistad y de la política como Juan María Gutiérrez, Justo José de Urquiza, Félix Frías, Vicente Fidel López, José Cayetano Borbón, Francisco Javier Villanueva, como un modo de «poner en limpio» su propia interpretación de la realidad nacional argentina y el proyecto constitucional idóneo para alcanzar el progreso. *Bases* ocupa un lugar de privilegio en esas conversaciones epistolares, entrecruzadas en líneas discursivas que conduce Alberdi en torno a la escritura de la obra, la ansiedad por difundirla *urbi et orbi*, las reflexiones me-

el otro texto inédito se titula «Simple carta en que su autor explica a sus amigos los motivos que lo mantienen lejos de su país», y fue redactado por la misma época. Ninguno de ellos coincide con los textos autobiográficos difundidos en sus *Escritos póstumos*. Ambos borradores pueden ser considerados prototextos de *Palabras de un ausente*. Posteriormente, a través de los *Escritos Póstumos* se conocieron *Memoria sobre mi vida y mis escritos* (tomo XV, págs. 239-259) y *Mi vida privada, que se pasa toda en la República Argentina* (tomo VII, págs. 439-473).

taliterarias sobre sus ediciones, las resonancias de la recepción, los comentarios críticos de amigos y enemigos. Pagliai hace notar la prisa con que fue escrita, cuyas dos primeras ediciones fueron utilizadas como insumo crítico para las discusiones de la Convención Constituyente reunida en Santa Fe; en tanto, la tercera y la cuarta fueron publicaciones oficiales del gobierno de Paraná financiadas por un decreto del presidente Urquiza. Y apunta también que las carátulas de las sucesivas ediciones de la obra registran los cambios en la vida personal de Alberdi y el lugar que, siempre a la distancia, ocupa en la política nacional y en sus relaciones exteriores: las referencias al autor pasan, de «Abogado en Chile y Montevideo» en la 1.^a y 2.^a edición (1852), a «Encargado de Negocios de la Confederación» en la 3.^a (1856); y a «Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario», además de «Miembro corresponsal» de las más prestigiosas Sociedades científicas de Europa, en la 4.^a (1858) (Pagliai 2018).

Alineado al gobierno de Justo José de Urquiza, Alberdi fue acreditado, en 1854, Enviado Plenipotenciario y Encargado de Negocios de la Confederación Argentina ante Inglaterra, Francia y España. Durante su vida diplomática en Europa, los corresponsales más asiduos, según las piezas epistolares que guardó en su archivo personal, fueron Juan María Gutiérrez, Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina y Francisco Javier Villanueva, el amigo argentino residente en Chile. Precisamente, José Carlos Chiaramonte visitó la conversación a distancia entre Alberdi y Villanueva para dar claridad al manejo por el argentino del problema de la soberanía implicado en el proceso de creación de un Estado nacional, permitiéndole mostrar que en las cartas del tucumano se pueden encontrar tanto testimonios de su rencor respecto de Sarmiento o de Mitre, como lúcidas observaciones relativas a la situación política en Argentina, además de sus conocidas opiniones sobre la inmigración y el flujo de capitales europeos (Chiaramonte 2016).^[2] Observa Chiaramonte, con sentido del humor, que Alberdi le escribe a Villanueva cuando se entera de que Sarmiento, an-

[2] El epistolario Alberdi-Gutiérrez se puede restituir a través de los siete volúmenes ya publicados, entre los años 1979-1990, del *Archivo del doctor Juan María Gutiérrez*. Se trata de un corpus documental que resguarda la Biblioteca del Congreso Nacional. La edición estuvo a cargo de Moglia y García (1979-1990).

tes de su viaje a Estados Unidos en 1864, se ocupó de arreglar la dentadura: «hizo muy bien porque es su principal arma».^[3] En todo caso, ese epistolario se suma a otros testimonios acerca de la antipatía mutua que se profesaban Alberdi y Sarmiento, incluso en los tiempos en que cada uno de ellos demostraba abiertamente saber apreciar los quilates de la obra del otro.

Luego de que los ejércitos de la Argentina escindida se enfrentaron en 1861 en la batalla de Pavón para dirimir la cuestión de la unión nacional y saliera triunfante Buenos Aires, el nuevo orden impuesto por la victoria llevó a Bartolomé Mitre a la presidencia. Alberdi fue dejado cesante en su cargo diplomático reconduciendo sus actividades, según su propia expresión, a la «soledad de relaciones cordiales». Y desde el autoexilio en Francia construye la acusación contra su sucesor, Mariano Balcarce: la de haber obtenido su cargo diplomático en Europa a cambio del envío al presidente Mitre del archivo documental de su suegro, el general José de San Martín.

Alberdi llegó a manifestar, incluso, su decisión de «abandonar» la pluma para siempre. Pero, poco tiempo después, cuando estaba ordenando sus papeles sobre la *Monarquía en América*, sobrevino la crisis uruguaya, prolegómeno de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (1864-1870). Interpreta que, en esa coyuntura, se dirimen cuestiones locales, regionales y globales de relevancia para los años próximos, y observa los sucesos que comienzan a desatarse como fenómenos disruptivos en la secuencia histórica de la vida americana. Fue en esas circunstancias cuando conoció en París a Gregorio Benites (1834-1909), secretario de la Legación del Paraguay en Europa. Desde entonces, ambos cultivaron una amistad que finalizó únicamente con el fallecimiento de Alberdi en Neuilly-sur-Seine en 1884. El amigo paraguayo se convirtió en el interlocutor más asiduo durante los últimos veinte años de la vida del argentino, de acuerdo con el recuento de su correspondencia privada. De la mano del extenso corpus epistolar,^[4] así como de

[3] París, 3 de marzo de 1864, en Alberdi y Villanueva (2015, pág. 132). La compilación de las piezas epistolares en archivos de Argentina y de Chile, así como el estudio introductorio estuvieron a cargo de Lucila Pagliai.

[4] El epistolario Alberdi-Benites (en adelante ABEI) está disponible desde el año 2006 gracias a la ejecución del proyecto colaborativo, ya aludido en la nota inicial, entre instituciones e investigadores argentinos y paraguayos. Las labores permitieron

otros hallazgos de carteos inéditos, este estudio pretende profundizar en los escritos de Alberdi ante el Paraguay. Se trata de examinar cómo montó una operación político cultural cuyos destinatarios principales eran los cuadros pensantes y los gobernantes tanto de América como de Europa ante quienes, en una línea crítica de denuncia y acusación sostenida contra los estados de la Triple Alianza, les advierte sobre los «resultados siniestros» de la guerra.

La elección de las cartas como soporte y objeto de esta investigación supone echar mano de un repertorio documental personal que circuló en la esfera privada. Este enfoque, alejado de la estricta perspectiva político-militar, permite observar fenómenos, como en este caso, que se desarrollaron en paralelo al curso militar de la guerra como, por ejemplo, los cruces producidos por la prensa de los países beligerantes, la construcción de redes de propaganda promovidos por los contendientes, las emociones y vivencias de los combatientes, las posturas que asumieron intelectuales en América y en Europa ante el drama bélico internacional (Antequera 2022; Baratta 2019; Caballero Campos y Florentín 2018; Jesús Silva 2017; Johansson 2017). Ya conocíamos que en América del Sur esa guerra fue considerada, desde el principio, como una aberración, independientemente de las causas que la provocaron (Arenas Deleón 2022; Brezzo y Doratioto 2019; Whigham 2013). Los gobiernos de los países del Pacífico –Chile, Ecuador, Perú y Bolivia– manifestaron en forma enfática su oposición y ofrecieron su mediación a los beligerantes para detenerla, pero solo recientemente, de la mano de repertorios documentales como epistolarios, cartas abiertas, diarios personales, conocemos mejor las ideas y conductas de la opinión ilustrada de los países sudamericanos respecto a los orígenes del conflicto, sus tendencias y sus resultados (Scavone Yegros 2015, 2018, 2019). Para el caso de Alberdi disponíamos ya de estudios sobre sus escritos públicos producidos en Europa durante el conflicto, como los de Idalia Flores de Zarza, *Juan Bautista Alberdi en la defensa del Paraguay en la Guerra contra la Triple Alianza* (1976), de Jorge Mayer, *Alberdi y su tiempo* (1963), el más reciente de Horacio Crespo, «Con profundo dolor». La campaña crítica de

recuperar 830 piezas manuscritas inéditas, entre 1864 y 1883, las que fueron transcritas, estudiadas y publicadas. Véase Alberdi y Benites (2006-2007).

Juan Bautista Alberdi en la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay» (2017) y, muy especialmente, los estudios a cargo de Lucila Pagliai que reposan en el archivo personal de Alberdi (Pagliai 2012a,b, 2018). Estas investigaciones han permitido observar cómo las abundantes cartas de sus corresponsales le permiten a Alberdi construir, a la distancia, su posición pública sobre la guerra, lo deciden a participar en la maquinaria de propaganda que monta el Paraguay en Europa y defender la justicia de la causa paraguaya.

Las primeras referencias al Paraguay, al menos como tema de inquietud central de Alberdi, se registran en octubre de 1844 cuando, en el contexto de la discusión de acciones sudamericanas contra Juan Manuel de Rosas, publica en Chile un artículo titulado «Política continental: altas conexiones de las cuestiones del Plata» en el que critica el aislacionismo internacional impuesto por Gaspar Rodríguez de Francia, su negativa respecto a la libre navegación de los ríos interiores y argumenta la necesidad de que Paraguay lleve una guerra contra el gobernador de Buenos Aires para lograr el reconocimiento de su independencia:

«El Paraguay tiene una gran cuestión que debatir: la de su independencia. Él la ha proclamado. La América parece reconocerla tácitamente, pero Buenos Aires parece negarla expresamente. El Paraguay tendrá que completar el acto de su congreso por la acción de sus ejércitos. Un país no se proclama nación para vivir como aldea, sino para hacer parte de la vida de las naciones, para figurar entre ellas, rozarse y tratar con ellas, como una de tantas. ¿Lo obtendrá el Paraguay? Sí, pero será por el poder de sus bayonetas» (Barros 1997, pág. 90).

Alberdi no tuvo contacto directo con el Paraguay a lo largo de su vida. Más allá de este texto, su visión del país, sobre el sistema político de Carlos Antonio López y de la sociedad paraguaya con anterioridad a la guerra quedó integrada en el credo general que sostuvo en las *Bases*:

«El poder fuerte es indispensable en América; pero el del Paraguay es la exageración de ese medio, llevada al ridículo y a la injusticia; desde luego que se aplica a una población célebre por su mansedumbre y su disciplina jesuítica de tradición remota. Nada sería la tiranía presente si al menos diera garantías de libertades y progresos para tiempos venideros. Lo peor es que

las puertas del progreso y del país continúan cerradas herméticamente por la constitución, no ya por el doctor Francia; de modo que la tiranía constitucional del Paraguay y el reposo inmóvil, que es su resultado, son estériles en beneficios futuros y solo ceden en provecho del tirano, es decir, hablando respetuosamente, del presidente constitucional. El país era antes esclavo del doctor Francia; hoy lo es de su constitución. Peor es su estado actual que el anterior, si se reflexiona en que antes la tiranía era un accidente, era un hombre mortal; hoy es un hecho definitivo y permanente, es la constitución» (Alberdi 2017, parágrafo IX, pág. 75).

El sistema político paraguayo de López le despierta críticas; la falta de libertad religiosa que, para Alberdi, obstaculiza la llegada de inmigrantes y el mejoramiento de la población de un país cuyas costumbres y organización sociodemográfica desconoce, enhebran su argumento:

«Este sistema garantiza al Paraguay la conservación de una población exclusivamente paraguaya, es decir, inepta para la industria y para la libertad (...). La constitución tiene especial cuidado en no nombrar una sola vez, en todo su texto, la palabra libertad, sin embargo, de titularse Ley de la República. Es la primera vez que se ve una constitución republicana sin una sola libertad» (Alberdi 2017, parágrafo IX, pág. 77).^[5]

Sin embargo, en la coyuntura de la guerra, la connivencia de Bartolomé Mitre con la invasión colorada de Venancio Flores contra el gobierno blanco en Uruguay y el expansionismo brasileño,

[5] Parece oportuno tener en cuenta que entre los años 1857 y 1858 el sistema político de Carlos Antonio López fue debatido en la prensa de Buenos Aires. El Paraguay atravesaba, en ese bienio, un momento de especial densidad política caracterizado por la reelección presidencial, las nuevas sociabilidades introducidas tras el regreso de Europa de Francisco Solano López, la ejecución de importantes obras de infraestructura y el impulso por superar el «aislacionismo» internacional. En ese contexto, su régimen político fue cuestionado, de manera especial, pero no solo, por los opositores paraguayos Luciano Recalde y Manuel Pedro de Peña y defendido por el comerciante Juan José Brizuela. Esta controversia, desenvuelta en la prensa porteña, se amplificó a tal punto que el presidente López reclamó al gobierno del Estado de Buenos Aires por «la culpable tolerancia» con que dejaba propagar tales argumentos. Pero quizás uno de los núcleos más apasionantes –y urticante– de la disputa es que paraguayos y argentinos discutieron, siete años antes de su inicio, la posibilidad de llevar la guerra al Paraguay en la convicción de que su «liberación del régimen despótico de Carlos Antonio López» requería de un impulso y de auxilios desde el exterior. Véase la compilación y el estudio que encaró Scavone Yegros (2010) de los textos que compusieron las polémicas.

hicieron que aflorara en Alberdi un interés político y desencadenaron sus posiciones jurídicas en torno a la soberanía del Paraguay, las que lo condujeron a morigerar o eliminar de sus escritos públicos el registro despreciativo por los temas mencionados (Caterina y Villa 2009; Herrero 2010; López 2021).

Como hemos ya apuntado, Alberdi conoció a Gregorio Benites (1834-1909), funcionario de la legación del Paraguay en París, en 1864. Benites tenía 26 años y Alberdi 54. Los vínculos del argentino con la representación diplomática llegaron, poco después, a conocimiento del presidente del Paraguay, Francisco Solano López, quien le dirigió una carta al entonces titular de la legación, Cándido Bareiro (1833-1870) en la que aludía a Alberdi en los siguientes términos:

«Quedo hecho cargo de su entrevista con el doctor Alberdi de quien ya he hablado a usted antes de ahora. Él parece alimentar grandes ambiciones sobre su país (...). Me es agradable su relación con el doctor Alberdi y según las seguridades que tengamos de él y la confianza que inspire, nuestras relaciones no han de ser estériles y sin contraer compromisos, puede usted dejarlo así entendido».^[6]

Para finales de 1864, la guerra ocupa ya un lugar principal en la conversación epistolar entre Benites y Alberdi. El primero le escribe desde París: «Como usted lo dice no es nueva ni extraña la política de absorción que alimenta el Imperio vecino hacia los Estados del Plata». Y la extensa respuesta de Alberdi desde Saint André incoa uno de los argumentos sobre el que machacará en adelante; se trata de una agresión en la que el Brasil tiene sus intereses particulares, pero en la que también el presidente argentino Bartolomé Mitre juega lo suyo:

«En cuanto a la actitud de Mitre (o más bien de Buenos Aires) hace seis meses que me oyó usted calificarla: es enteramente favorable al Brasil. Usted habla de los peligros que tendría para Buenos Aires el éxito de las miras tradicionales del Brasil. Son un hecho, pero Buenos Aires mira otras ventajas, que eso traería para su localidad y que la compensarían de los inconvenientes con la ayuda del Brasil. Buenos Aires radicaría y afianzaría su imperial ascendiente en las provincias y países litorales del interior (...). Pero el plan es invariable,

[6] ABEI, París, 10 de setiembre de 1864, tomo I, pág. 94.

conocido, fijo y antiguo. El Paraguay se hará mucho mal y correrá el más grande peligro siempre que olvide y prescinda de estudiar el estado interior de la República Argentina y tomarlo como uno de sus grandes puntos de partida. Tomar a Buenos Aires como expresión de la República Argentina, es un error. En esta república no solo hay dos partidos, sino más bien dos países, dos causas públicas, dos patrias y dos patriotismos por decirlo así. Un interés profundo los divide y hace antagonistas; y ese mismo interés, sin cambiarlo, es el que hace aliado nato del Paraguay el país argentino situado al norte de Martín García y aliado natural del Brasil a la otra porción del país, que, como el Brasil, está situada a las puertas del Plata y en las costas del mar. Aquel interés es el tráfico directo con el mundo exterior, la renta pública procedente del tráfico y el poder y el influjo derivados de la renta, es decir, del tesoro del crédito público, y Río de Janeiro y Buenos Aires aspiran a dividírselo entre los dos, a expensas de todos los países interiores, de que quieren hacer verdaderas colonias tributarias más o menos disimuladamente. (...) Por lo que se ve venir, Buenos Aires busca desde ahora la alianza del Brasil. ¿Qué cosa más natural que las Provincias busquen por su parte la alianza del Paraguay?» (Peña 1965, pág. 127).

La «desinteligencia» de Buenos Aires con el Paraguay es, para el escritor argentino, idéntica a la que la «provincia-metrópoli» sostiene con las provincias litorales: libre tráfico directo con el mundo comercial, control de la renta pública y el tesoro nacional, que eran las exigencias provincianas. Sin la injerencia del Brasil, le pregunta retóricamente a Benites: «¿Es admisible, siquiera, la hipótesis de una guerra argentina contra el Paraguay?».

Declarada la guerra a Argentina, Brasil y Uruguay, el gobierno paraguayo autorizó al titular de la legación en Europa, Cándido Bareiro, a efectuar erogaciones destinadas a financiar la publicación de artículos en la prensa y de escritos en otros formatos que sustentaran la equidad de su causa y neutralizaran la imagen que los escritores reclutados por los gobiernos aliados pregonaban en hojas como *Les Débats* y *La Patrie*. Al principio, la representación paraguaya solo contó en París con *La Opinión Nacional*, un periódico de poca importancia y circulación. Fue clave para modificar esa situación el concurso del periodista Charles Expilly, quien tenía buenos contactos en la prensa de su país y una reconocida posición crítica respecto al Brasil. Expilly recurrió a los diplomáticos paraguayos en los últimos meses de 1865 en procura de informaciones

para sus artículos y se ofreció a «sostener la causa del Paraguay con toda la habilidad de su pluma». A través de sus textos, la postura paraguaya llegó a medios como la *Gazette de París* y *Le Siècle* (Scavone Yegros 2011).

La urgente conversación a distancia entre Alberdi y Benites se transforma en una especie de ante texto de lo que luego dan a publicidad en las hojas europeas. El diplomático paraguayo es quien se ocupa de preparar y proveer de informaciones diarias a Alberdi sobre la marcha del conflicto y toma contacto personal con eventuales redactores y escritores. Desde mediados de 1866, la legación paraguaya contó con el concurso del diario *L'Étendard*, según Benites le informa a Alberdi:

«Por el correo le envío un ejemplar de *L'Étendard* conteniendo algo como debut de nuestro amigo consabido [Charles Expilly]; Ud. puede hacerse cargo de la campaña abierta contra los aliados, al saber que el citado amigo tiene carta blanca en el terreno en que empieza sus operaciones intelectuales. Pronto lanzará un manifiesto que ya está medio pronto, haciendo *l'historique* de la cuestión para que enseguida la trate en detalle».^[7]

El carteo evidencia que el influjo de Alberdi va *in crescendo* en las acciones de propaganda, a punto tal que el presidente Francisco Solano López instruye a la representación diplomática para que el argentino asuma una función de «mentor» de una «campaña abierta», según se desprende de un envío de Benites:

«No obstante que se le ha pasado darme su ilustrada opinión sobre lo que había dicho relativamente el nuevo diario *L'Étendard*, me permitiré enviarle lo que este órgano publique sobre nuestra cuestión. Se me ha dicho que su redactor en jefe, el Sr. Vitu, que pronto debo conocerlo personalmente, ha hablado de Ud. en términos muy lisonjeros para sus amigos. Tenemos asegurado un camino hermoso para emprender y desarrollar con la mayor actividad posible, una campaña intelectual. En esta situación, el General en Jefe desearía vivamente someter a la sanción de Ud. todos los proyectos o planes formados antes de ponerlos en ejecución con cargo de que sus vistas de Ud. serán siempre respetadas y adoptadas».^[8]

[7] ABEI, París, 7 de julio de 1866, tomo I, pág. 132.

[8] ABEI, París, 4 de julio de 1866, tomo I, pág. 130.

El proceso de indagación sobre el alcance de las relaciones entre Alberdi, el Paraguay y sus ideólogos en Europa nos deparó hallazgos en archivos paraguayos. El primero de ellos se vincula con el ejemplar de un pequeño volumen titulado *Le Paraguay* que el escritor Charles Quentin publicó en París en 1865. Defensor de la política brasileña, había sido contratado para divulgar la justicia de la acción «civilizadora» del Imperio en la guerra. Quentin recibía los estipendios directamente de la legación del Brasil en Londres. El escrito pretendía, según lo declara su autor en la introducción, ofrecer una semblanza rápida de la historia del Paraguay que *est complètement ignorée en France*. A lo largo de un centenar de páginas realiza una interpretación del devenir paraguayo sostenido por los textos de Félix de Azara, Martín de Moussy, Johann Rengger y Marcelin Longchamps, Thomas J. Page y Alfred Demersay, a los que menciona en sucesivas notas a pie de página, para luego resumir la situación del Paraguay en 1865 en estos términos:

«Cincuenta años de dictadura solo producen miseria y esclavitud. Es una lección que harían bien en ponderar los defensores del absolutismo ilustrado. La prueba es esta: después de los jesuitas, Francia; después de Francia, López 1º; después de López 1º, López II ¡Y Paraguay no ha salido de la barbarie! Esta sigue siendo una tribu ciegamente obediente a la voluntad de un cacique hereditario. La experiencia es decisiva y la historia del Paraguay es un rechazo enérgico a la doctrina fatal que afirma que un pueblo puede llegar a la emancipación por la dictadura».^[9]

Un ejemplar de esta obra la hallamos en la Biblioteca Nacional del Paraguay. Nos sorprendió comprobar, en su interior, la presencia de profusas anotaciones de puño y letra de Alberdi, intercaladas en los márgenes de gran parte de sus páginas. Siguiendo su costumbre, el argentino utilizaba dichos apuntes para luego redactar sus escritos destinados a la prensa. En ellos desgana los que, a su juicio, constituyen «errores capitales» de Quentin respecto a la historia paraguaya y a la guerra. Comienza Alberdi por afirmar que el Paraguay «no es un país de indios, sino de mestizos»; que su realidad histórica fue obra de Las Leyes de Indias, «que por dos siglos hicieron de todo el continente una especie de China, leyes

[9] Traducción propia.

sostenidas por Buenos Aires, que hacían un claustro de una península»; que la independencia de Paraguay fue realizada «oficial y militarmente, como en toda Sud América»; que el aislamiento posterior del Paraguay no fue la obra de sus gobiernos, sino el resultado de su «resistencia a la política colonial de Buenos Aires y el Brasil», autores únicos de esa conducta «que pretendían hipócritamente querer destruir y que en realidad deseaban mantener en su provecho»; que bajo ningún concepto la tiranía de Francia explicaba el Paraguay de la época, «como la tiranía de Rosas no impidió a Buenos Aires decirse liberal y representante de la civilización»; que Carlos Antonio López había sido el Portales del Paraguay, donde «no faltaron pipiolos propios y suizos o ajenos y voluntarios. López ha hecho todo lo que hace capaz al Paraguay de ocupar la atención general» y que Francisco Solano López no fue el continuador de Francia y de su padre en el despotismo y el aislamiento, sino que «peleó por derribar las barreras que los monopolistas levantan al Paraguay».

La práctica de Alberdi de producir anotaciones a modo de ante texto a un posterior escrito o bien para seguir pensando el tema aflora en otro borrador de su puño y letra, que guarda el archivo Rafael Eladio Velázquez de la Academia Paraguaya de la Historia, en el que critica el folleto del publicista John Le Long, *La Alianza del Brasil y de las Repúblicas del Plata contra el Paraguay* (1866). Descalifica las aseveraciones de Le Long sobre el Tratado de la Triple Alianza, las que no tienen, a su juicio, más que un inconveniente, «el tratado auténtico de esa alianza, que da una desmentida solemne a toda su historia. Pero M. Le Long no es ni puede ser el historiador, es decir, el juez de esa alianza, pues él mismo es un aliado, un soldado de la guerra de Buenos Aires».^[10]

Estas cavilaciones producidas en la esfera íntima, mientras lee los escritos de Quentin y de Le Long, se proyectan, luego, en los que Alberdi da a conocer, públicamente, según avanza la guerra. El primero, a inicios de marzo de 1865, *Las disensiones de las repúblicas del Plata y las maquinaciones de Brasil*, se trata de un folleto sin su firma en el que indaga acerca del peso histórico de los intereses

[10] República del Paraguay, Academia Paraguaya de la Historia, fondo Rafael Eladio Velázquez.

económicos y la gravitación secular de los componentes geográficos en cada uno de los protagonistas de la intrincada «cuestión» del Plata. Para Alberdi, Pedro II practica la política heredada de Lisboa y busca acceso a los puertos y territorios templados del gran estuario del sur. El Imperio codicia las tierras de la Banda Oriental para sus inmigrantes, ganados y cultivo de cereales, y el control político de toda la región para volcar en su favor las diferencias de límites con el Paraguay y abrir la vía fluvial al Mato Grosso. Muestra en este escrito que sus preocupaciones se anclan en una problemática anterior a la guerra, que tiene a la Argentina y al Brasil como los dos grandes protagonistas, históricamente enfrentados, por el liderazgo de la subregión. Machaca y seguirá haciéndolo en una idea fuerza: la vocación hegemónica del Imperio brasileño en la geopolítica del Plata (con el territorio argentino como la gran presa), y la política de Buenos Aires liderada por Mitre que, por conveniencia o incapacidad, actúa como instrumento del Brasil en detrimento de la integridad y los intereses nacionales.

La firma del Tratado de la Triple Alianza, el 1 de mayo de 1865, con su diplomacia secreta y sus cláusulas favorables al Imperio, abrieron una nueva etapa de la guerra. En julio, Alberdi publica un segundo trabajo, ya firmado por él, titulado *Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay con el Brasil*. Acepta que había atacado en las *Bases* a la constitución paraguaya, pero para él eso dista mucho de haber agredido al pueblo paraguayo. Afirmo haber denunciado desde hacía muchos años la política del Imperio brasileño en el Plata e, inmediatamente, se refiere a la participación del Brasil en la caída de Rosas, que él compartió alborozadamente. Pero, si en 1852 había defendido la alianza con la corte de los Braganza era porque tenía como objetivo un interés argentino: la caída de Rosas y la liberación del Interior del país de su tiranía y de la de Buenos Aires. Por el contrario, en 1865, la alianza había invertido su sentido, era objetivamente anti argentina porque su propósito consistía en el dominio del Imperio en el Plata, la expansión brasileña en Mato Grosso y la destrucción del Paraguay.

En febrero de 1866 aparece, anónimamente, *La crisis de 1866 y los efectos de la guerra de los aliados en el orden económico y político de las repúblicas del Plata*, un escrito en el que Alberdi centra su análisis en la política de Brasil respecto de los ríos navegables y en

la política «mitrista» en el interior argentino. Asume su posición como una defensa no solo del Paraguay, sino de los que considera como «los verdaderos intereses de Argentina y Uruguay» respecto de los objetivos de ambos poderes coaligados: el dominio brasileño sobre el Plata, y el de Buenos Aires sobre el interior de su país. La pretendida ambición adjudicada al «mitrismo» de restaurar el virreinato del Plata, que en su momento se atribuyó también a Rosas sin demasiada credibilidad, era aún menos admisible en la década de 1860 y Brasil, en todo caso, de ser cierta, lo impediría. El pretendido rescate del pueblo paraguayo de la tiranía de Francisco Solano López tampoco es sostenible, su gobierno es «razonable» para la época y, por supuesto, en cuanto a la tarea redentora es preferible, en todo caso, libertar a los cuatro millones de esclavos existentes en el Brasil. Para Alberdi, no es quehacer argentino terminar con un tirano extranjero. Tampoco es una guerra por el honor nacional y su prosecución solamente recogería deshonor de la lucha contra una república hermana.

Las cartas entre Benites y Alberdi dan cuenta de la pretensión, por parte del diplomático paraguayo, de que los textos de Alberdi sean publicados con la firma del autor:

«Los escritos anónimos que aparezcan en este momento sobre nuestras cuestiones no podrán jamás tener la misma fuerza de los que salgan bajo la autoridad de su nombre, tanto en Europa como en nuestra América, donde Ud. es conocido como hombre de Estado, jurisconsulto y escritor distinguido. Sus propios enemigos del Plata le reconocen esa autoridad. Perdóneme Ud. la franqueza con que me permito expresarle mi humilde juicio, afirmado con las opiniones que siempre he oído y oigo a su respecto de Ud.».^[11]

Seguidamente, Alberdi publicó un opúsculo sobre el decreto dictado por Pedro II el 7 de diciembre de 1866 autorizando la libre navegación del Amazonas por barcos mercantes, no armados, lo que para él supone la intención imperial de congraciarse con los poderes europeos abriéndoles el supuesto comercio con los territorios del Norte, territorios no aptos, además, para la inmigración blanca. A cambio, el gobierno imperial buscaba el apoyo de

[11] ABEI, París, 12 de agosto de 1866, tomo I, pág. 147.

las cortes europeas a las demandas brasileñas respecto a la libre navegación de los ríos en el Sur del continente.

El gobierno paraguayo esperaba que la difusión de los escritos de Alberdi fortaleciese la propaganda, como lo pone de manifiesto Benites en un envío del 26 de setiembre de 1866 en el que le anuncia que: «Con asentimiento previo de D. Cándido, he despachado antes de ayer, muchos ejemplares del otro folleto para el Plata y Brasil. Hoy me ocupo de poner en sobres a los que destino a las Repúblicas del Pacífico y Centro América. Van a todos los agentes extranjeros y las autoridades locales».^[12] Y el 16 de noviembre le confirma que

«Ayer despachamos 800 ejemplares de su último folleto para Chile y Perú. Por el próximo correo del Pacífico enviaremos a Ecuador y Bolivia y tal vez a Venezuela también, varios ejemplares más. Es un escrito que va a producir una sensación general en todos los países del Pacífico y por fin de toda la América del Sud. Ya lo verá Ud.».^[13]

En mayo, Alberdi publica otro trabajo con el título *Las dos guerras del Plata y su filiación en 1867*, en el que ensaya una defensa frente a las acusaciones de «traición a la patria» y de «odio por Buenos Aires» que se replicaban en la prensa progubernamental argentina. En este escrito se muestra extremadamente sensible a los embates personales que está sufriendo, niega terminantemente haber recibido ninguna dádiva del Paraguay, e insiste que de haber buscado ese tipo de ventajas podría haber «vendido mis escritos o mi silencio» al gobierno imperial o al de Mitre; sostiene su «patriotismo»:

«¡Qué son mis escritos recientes a favor del Paraguay! La mera continuación de mis anteriores escritos de oposición a Buenos Aires y al Brasil, en interés de la República Argentina (...) Las manifestaciones de simpatía por el Paraguay durante la guerra no han sido insulto a la República Argentina, como se ha pretendido, sino la protesta dolorosa y oportuna contra una alianza que hacía de los pueblos argentinos los instrumentos del Brasil en ruina de sí mismos: han sido una forma necesaria de oposición, impuesta al patriotismo argentino por la bastarda alianza brasilera» (Alberdi 1889, pág. 29).

[12] ABEI, París, 26 de setiembre de 1866, tomo I, pág. 164.

[13] ABEI, París, 16 de noviembre de 1866, tomo I, pág. 193.

Ese estado interior explica, en parte, el propósito de dejar su residencia habitual en Saint André y viajar a París para conversar con el amigo paraguayo: «hablaremos al vernos sobre mil y un asuntos en este mundo que no es tiempo de tratar en cartas con el pie en el estribo», le anticipa su necesidad, ante la urgencia de los ataques que recibe, de cambiar la conversación a distancia por la presencial.^[14]

Alberdi adhirió a la causa paraguaya por razones políticas propias. Pero, en el desarrollo de sus argumentos entraron a tallar otros interlocutores relevantes, además de Benites, con quienes dialoga o cuyos escritos le sirven de insumo para sus propias publicaciones. Entre estos figura el geógrafo francés Eliséé Reclus (1830-1905), quien da a conocer en medios de gran difusión y prestigio varios escritos a favor del Paraguay. Entre setiembre de 1866 y agosto de 1868 publica en la *Revue des Deux Mondes* tres artículos bajo su firma y en la *Revue Politique et Littéraire* aparece otro, en setiembre de 1868. Uno de los temas centrales del discurso de Reclus es el de los orígenes raciales del pueblo paraguayo. Su percepción global y positiva respecto al ejército y la población del Paraguay en guerra se basaba en su herencia guaranítica. Conociendo a través de fuentes diversas el proceso de mestizaje y la constitución étnica que le era propia, el publicista francés asigna a la pervivencia de caracteres indígenas un rol particular y hace del mestizo un portador del progreso y de la civilización en el Nuevo Mundo. Para Reclus, la deseada victoria del Paraguay en la contienda contra la Triple Alianza mostraría

«(...) la participación de una nación de raza casi puramente indígena en los grandes acontecimientos de la historia contemporánea y nadie podrá pretender, de ahora en más, que solo las caucásicas gozan del privilegio de luchar por el progreso de la justicia y la libertad» (Rivarola 1988, págs. 105-117).

Un asiduo corresponsal de Alberdi es el Encargado de Negocios del Paraguay ante el gobierno de Prusia, Alfred Marbais Du Graty (1823-1891), un militar de nacionalidad belga que había residido en la Confederación Argentina entre 1850 y 1860 y que, antes de regresar definitivamente a Europa, pasó seis meses en Asunción,

[14] ABEI, Saint André, 27 de noviembre de 1867, tomo I, pág. 194.

en cuyo transcurso acordó con el entonces presidente Carlos Antonio López la redacción de una obra descriptiva sobre el país. En 1862 apareció en Bruselas *Le Republique du Paraguay*, un ordenadísimo texto en el que presentaba informaciones sobre el país, su población, datos geográficos, itinerarios terrestres y una reseña histórica. Meses antes del inicio de la guerra, el gobierno de Francisco Solano López le instruyó a Du Graty para que informase en diarios y otras publicaciones europeas sobre «los progresos de la República en el comercio y en la economía». En la prensa belga se popularizó el nombre de Du Graty, quien cultivó buenas relaciones con diarios influyentes como *Le Précurseur* y *Escaut* en Amberes, *L'Indépendance Belge* y *Moniteur du soir* en Bruselas; en Prusia, escribirá, con regularidad, en el *National Zeitung Berliner* y *Reform Nord deutsche Allgemeine* (Brezzo 1988). Así, por ejemplo, en una carta a Alberdi desde Berlín, le compartía sus cavilaciones:

«Los acontecimientos que tienen lugar en el Plata no deben hallar a Ud. indiferente, el predominio que el Brasil pretende ejercer allí amenaza el porvenir de esos países. La política revolucionaria, agresiva y anexionista del Imperio ha obtenido, desgraciadamente, *le laissez faire* del general Mitre que ha comprometido la tranquilidad del Plata por su neutralidad culpable y puesto en peligro los grandes intereses de aquellas regiones (...) Estos sucesos me han obligado a redoblar en mis esfuerzos en la prensa alemana, austríaca y belga, a fin de que la opinión pública no se deje influir por los articulistas brasileiros. Quince diarios de los más considerados y de los diferentes colores políticos reciben mis artículos en Alemania, Austria y Bélgica. La prensa francesa e inglesa, que no se halla en mi círculo de operaciones, me parece quedará muda o más bien le será favorable al Brasil, pero tal vez Ud. por sus relaciones podría conseguir la reproducción de artículos que publico, de interés general por todos los países del Plata».^[15]

El publicista Theodore Mannequin (1819-¿1895?) aflora como otro de los corresponsales de Alberdi. Al igual que en el caso de Du Graty, se habían conocido mucho antes del estallido de la guerra, en torno al año 1856, cuando Alberdi era Encargado de Negocios de la Confederación Argentina y el militar belga ejercía el cargo de director del Museo Nacional en la ciudad de Paraná. Mannequin

[15] Berlín, el 19 de febrero de 1864 (Brezzo 1988).

fue el encargado de redactar el prólogo a la obra de Du Graty, *La Confederación Argentina* (1858), en la que se concentró en las figuras de Justo José de Urquiza y de Juan Bautista Alberdi, para definirlos como los dos pilares necesarios para afianzar el progreso argentino. De modo que el autor se hallaba interiorizado del movimiento histórico de los países del Plata cuando, en el mes de agosto de 1866, poco después que se hicieran públicos los términos del tratado de la Triple Alianza, dio a conocer un escrito titulado *A propósito de la guerra contra el Paraguay por la Confederación Argentina, el Uruguay y el Brasil*, en el que argumentaba que había sido, «sin lugar a duda la enfermedad del Brasil, que sueña constantemente con nuevos espacios», el origen de la guerra. Pero, si bien sostiene, a lo largo de todo el escrito, la justicia de la causa del Paraguay, le adjudica dos errores. En primer término, le señala al Paraguay que debió abstenerse de tomar partido por la República Oriental contra el Brasil:

«La sabiduría más vulgar manda elegir, siempre que sea posible, entre dos males, uno de los cuales puede ser evitado, el mal menor. El Paraguay hizo lo contrario. La ocupación armada de la Banda Oriental por el Brasil ciertamente ponía en peligro los estados argentinos; pero la guerra emprendida para impedir esta ocupación ¿no tiene acaso la misma consecuencia y una mayor gravedad? En cuanto al peligro de una conquista de la Banda Oriental, ¿el Paraguay no la ha retenido sino acaso para atraerla hacia sí, bien que momentáneamente? Agreguemos por fin que, para hacerle la guerra al Brasil, en las condiciones en que se encontraba el Paraguay, debía también hacer la guerra a la República argentina, que el Paraguay hubiera debido, al contrario, esforzarse por tenerla como aliada. Sé que el Paraguay hizo todo para asociarse a esa República; pero desde que esta posibilidad se frustraba, la providencia le mandaba abstenerse, y debía obedecer, tanto más cuanto que el honor no estaba en cuestión para él» (Mannequin 2019, pág. 45).

La otra falta, para Mannequin, consistió en obrar «con precipitación». Aun cuando ya se hallaba decidido a la guerra, el Paraguay debió preparar la opinión pública, agotar todos los medios dilatorios antes de recurrir a las armas:

«Yo me explico esta falta por una confianza excesiva en la fuerza y los recursos del pueblo paraguayo, y también en la posible ambición de su jefe de presentar

magníficamente ese mismo pueblo paraguayo en medio de las complicaciones políticas de la América del Sur, de las cuales había permanecido tan largo tiempo y tan completamente ajeno» (Mannequin 2019, pág. 46).

Mucho más complicado le resulta al publicista argumentar sobre los motivos de la Confederación Argentina para llevar la guerra al Paraguay, así como las razones del presidente Bartolomé Mitre para anudar una «impolítica alianza con el gobierno brasileño». Para ese cometido hace suyas las aportaciones de Alberdi y las resume en el siguiente juicio lapidario:

«Toda la habilidad del general Mitre, desde hace cinco años, consistió en doblegar la coyuntura a sus proyectos. Se sirvió de los viejos prejuicios de Buenos Aires contra Montevideo para intervenir en la Banda Oriental, por medio de su amigo el general Flores, y procedió de idéntica manera con el Paraguay que Buenos Aires también detesta. Habiendo la actitud del Paraguay perturbado los planes del Brasil, cuya solidaridad no habría aceptado tal vez, sino bajo beneficio de inventario, asíó alegremente la ocasión de hacer la guerra que esta solidaridad le proporcionaba, siendo que la guerra no es solamente un medio de prestar brillo a un general, es también una incógnita de donde puede surgir toda suerte de eventualidades preciosas para la ambición. Pero los ambiciosos nunca toman en cuenta la lógica de las leyes de la historia. Es allí donde debe situarse al general Mitre» (Mannequin 2019, pág. 69).

Benites y Alberdi comentan, a distancia, la publicación. No escatiman elogios y la califican como «uno de los mejores trabajos hechos sobre los asuntos del Plata». Al mismo tiempo, concuerdan en desaprobare la manera en que el autor aprecia la conducta asumida por el Paraguay. En una carta a Alberdi, de fecha 25 de agosto de 1866, el secretario de la legación paraguaya se expresa:

«El Paraguay no pudo haber permanecido frío espectador de la ocupación de la República Oriental por el Imperio negrero, ni le era decoroso doblegarse a las intrigas políticas del General Mitre, pues más honroso le sería dejar de existir como Estado Soberano, que el consentir en ser el juguete de una pandilla de ambiciosos. Es un error creer que el Paraguay haya obrado con cierta fatuosidad (sic) en los asuntos de sus vecinos cualquier otro Estado celoso de su dignidad y autonomía procedido lo mismo en la situación en que fue colocado el Paraguay por la política indecorosa y provocadora del Brasil y del Presidente Mitre. Por lo demás repito que el artículo del Señor Mannequin es

precioso y lejos estoy de *lui en vouloir* de las opiniones emitidas en su trabajo, al contrario, le aprecio y le respeto más por la franqueza, imparcialidad y buena fe con que las ha producido».^[16]

Los intercambios de cartas y de escritos entre Mannequin, Benites y Alberdi fueron sostenidos hasta el final de la guerra. Y, después, el primero pasó a desempeñarse como secretario personal de Alberdi.

En la construcción de los escritos de Alberdi ante la guerra de la Triple Alianza existieron otros inesperados corresponsales, como es el caso de dos figuras femeninas en la ciudad de Buenos Aires, lectoras constantes y divulgadoras de sus escritos pro-paraguayos.^[17] Se trata de las hermanas Josefa Gómez e Ignacia Gómez de Cáneva. A Josefa se la apodaba la «embajadora de Rosas en Buenos Aires» puesto que era amiga y portavoz del exgobernador desde su exilio en Inglaterra. Fue Magdalena Arnoux quien analizó sus cartas a Alberdi, en las que a través de distintos argumentos pretende acercarlo a los sectores federales que, al fin y al cabo, como él, rechazan la guerra. Por su parte, la hermana, Ignacia Gómez de Cáneva, una viuda perteneciente a la elite porteña, a la que Alberdi había conocido en Londres, en casa de Manuelita Rosas, adopta también, en el progresivo carteo, una mirada crítica de la guerra y una identificación paulatina pero total con la postura paraguaya. Arnoux analiza la escritura femenina y demuestra cómo los escritos del publicista argentino acrecientan el fervor de las hermanas y condicionan la construcción de un discurso sobre la guerra tal como fue vivida por un sector de la sociedad porteña que no ocultaba su aprecio por la posición paraguaya. Esto se ve reflejado, entre otros ejemplos, en los valores que Ignacia, en sus cartas, atribuye a los paraguayos y de los que carecen sus enemigos: coraje, honestidad, amor supremo y desinteresado a su patria. Los llama siempre «los valientes paraguayos» y los hace objeto de analogías prestigiosas y exaltadas:

«tienen el horror de traicionar a su patria, vencerán y vencerán con honor, tendrán más gloria que Felipe quinto y que Napoleón 1º, los han tentado con

[16] ABEI, París, 25 de agosto de 1866, tomo I, pág. 151.

[17] Ha sido Magdalena Arnoux quien ha localizado y dio a conocer esta escritura femenina (Arnoux 2012, 2016).

el oro corrompido del Brasil, pero el oro de la predilección de los paraguayos es la gloria de su patria».

Estamos, pues, ante mujeres que discuten sobre política y sobre la guerra con uno de los intelectuales más importantes del siglo XIX.

Del entrecruzamiento de las cartas que circularon en la esfera privada con los «escritos de combate» que Alberdi dio a conocer públicamente surge uno de los núcleos centrales de su argumentación: la guerra no era la lucha del pueblo argentino contra el paraguay sino la de un partido político argentino arrastrado por la diplomacia brasileña a servir intereses ajenos. Y el presidente Mitre llevaba adelante una «Guerra de la Triple Infamia» contra un pueblo progresista y moderno.

Cuando el 5 de enero de 1869 el ejército de los estados aliados ocupó Asunción, la guerra se volvió una persecución a los sobrevivientes del ejército de López. El 1° de marzo de 1870, el mariscal Francisco Solano López fue muerto en combate y, con ello, se dio por finalizada la contienda. Como epílogo de su campaña intelectual, Alberdi compiló los escritos que había publicado en un libro titulado *El Imperio del Brasil ante las democracias de América* que pretendió, según su expresión, ser un «último homenaje a los caídos».

Si Alberdi hubiese limitado su acción a plantear y dar solución al problema de la organización nacional, más que probablemente hubiese pasado tranquilamente el último tercio de su vida oyendo pronunciar su nombre con veneración pero tuvo la desgracia de disentir acerca de la política adecuada a la situación en que quedó el país después de 1852, escenario en el que la guerra de la Triple Alianza y sus consecuencias no fueron –ahora lo sabemos bien– una coyuntura menor, y que nos lleva a afrontar uno de los hechos que más afectaron a Alberdi, no solo por la condena moral a que se vio sometido en vida, sino porque las repercusiones se prolongaron una vez fallecido: la acusación de traidor a la patria. Todo comenzó, una vez más, con una carta. Gregorio Benites resolvió, a mediados de 1868, cuando ya era jefe de la legación en Europa, enviar al Paraguay al joven Emilio Gill, estudiante paraguayo en la Escuela Militar de Saint Cyr a efectos de informar al presidente López el resultado de las gestiones llevadas a cabo ante los gobiernos de

Estados Unidos y Francia para promover su intermediación a fin de que cesara la guerra. Enterado de esta comisión, Alberdi envió a Benites una carta con fecha 28 de junio de 1868 con la intención de ratificar los conceptos que ya antes había pedido transmitiera al presidente López respecto a la defensa de la causa paraguaya. Le expresaba cuanto sigue:

«Mi interés en esto como en mis escritos, no es personal ni privado. Se refiere del todo a la política venidera de nuestros dos países y a sus conveniencias mutuas y solidarias. Tenga usted la bondad de repetirle lo que cien veces he dicho a usted y al señor Barreiro a este respecto; yo no quiero ni espero del señor Mariscal, ni empleos, ni dineros, ni condecoraciones, ni suscripciones de mis libros. Todo lo que yo quiero me lo ha dado ya en parte: es hacer pedazos con su grande y heroica resistencia el orden de cosas que formaba la ruina de mi propio país; y para lo venidero, todo lo que quiero de él, es una política tendiente para formar una liga estrecha de mutuo apoyo con el gobierno argentino, que representa la verdadera causa de las provincias, para poner a raya las aspiraciones del Brasil y de Buenos Aires, respecto de los países interiores en que hemos nacido él y yo».^[18]

Benites agregó esta carta original en la valija que Emilio Gill debía entregar en Asunción, la que además contenía tres cartas cuyas dirigidas al Mariscal, el archivo de la legación paraguaya en París, documentos relativos a la construcción de un monitor, contratado con una empresa francesa, traducciones de papeles públicos de Europa, presentaciones efectuadas en las cortes europeas relativas a la protesta a raíz de la contratación de mercenarios en Europa por los cónsules argentinos y las cuentas de gastos de la representación diplomática.

El enviado paraguayo se puso en marcha hacia América con toda la documentación. Llegó a Arica y prosiguió viaje hacia Santa Cruz (Bolivia), con dirección al río Paraguay. Al llegar a este punto, se le informó que los buques de guerra brasileños habían forzado el paso de Humaitá. En consecuencia, los brasileños dominaban los ríos hasta el Alto Paraguay por lo que Gill decidió suspender el viaje para quedarse en Santa Cruz, desde donde le escribió a Benites sobre estas circunstancias y acerca de la situación de su hermano,

[18] París, 28 de junio de 1868. Transcrita y publicada en ABEI, tomo III, pág. 546.

Pedro Gill, que se hallaba prisionero en Buenos Aires. Expuso a Benites su intención de trasladarse a la República Argentina, al encuentro de su hermano. Al ingresar a territorio argentino, a través de Salta, llevando aun consigo la valija de correspondencia que le fuera entregada en París, un enviado del presidente Domingo Faustino Sarmiento lo escoltó hasta Buenos Aires, donde Gill debió entregar la valija a las autoridades. La carta de Alberdi a Benites de fecha 28 de junio quedó en manos del presidente Sarmiento mientras que el resto de los documentos pasaron al archivo de la cancillería argentina. De momento nada más se supo acerca de esta carta. Pero, a comienzos de 1869, la prensa del Río de la Plata comenzó a aludir a la «traición» de un personaje, indicios que llegaron a París, a juzgar por lo que Alberdi le escribe a Benites:

«*La Nación* critica a Sarmiento por haber dicho, según ella, al hablarse de mi llegada rumoreada a Buenos Aires, que me haría fusilar por traidor. No sé si lo ha dicho, pero muy capaz sería de hacerlo, si pudiese, pues hace diez años que trató de hacerme matar en Chile, no por traidor, sino porque critiqué sus libros. Así respeta la libertad de examen ese liberal».^[19]

Así las cosas, en los años que siguieron a la finalización de la guerra, Alberdi comenzó a madurar su decisión de regresar a la Argentina, que se concretó al ser nombrado diputado al Congreso por la provincia de Tucumán. Finalmente, cuando arribó a Buenos Aires, en 1879, halló a la ciudad en una difícil coyuntura política interna. Pocas semanas después de instalarse, el gobernador de la provincia de Buenos Aires se alzó en armas contra el gobierno nacional por la cuestión de la capitalización. Alberdi no intervino; se sentía extranjero en medio de una nueva sociabilidad que había surgido durante sus casi cuarenta años de ausencia. Su salud quebrantada, los persistentes desencuentros políticos con quienes conducían la política porteña lo relegaban a un puesto secundario. Se dejó destituir, a causa de su inasistencia, por la minoría de la Cámara de Diputados. Al poco tiempo regresó definitivamente a Francia, declinando el nombramiento que el gobierno de Julio Argentino Roca le hiciera como ministro plenipotenciario en Chile. El Congreso Nacional, invocando sus servicios a la nación, sancionó

[19] ABEI, tomo III.

para Alberdi una pensión que lo salvaría de la ausencia de recursos en su vejez.

La última carta de Alberdi dirigida a Gregorio Benites que se conserva está fechada en Saint André, el 18 de diciembre de 1882, cuando ya se hallaba delicado de salud; su contenido proyecta su estado espiritual: «Tengo, en efecto, mi querido amigo, la esperanza de que llegará el tiempo de nuestras explicaciones y de reanudar nuestro trato interrumpido, no cortado, de tantos años».^[20] El empeoramiento de su estado físico y su internación en una casa de sanidad en Neuilly acabó con esos deseos. Se han recuperado tres cartas que el ama de llaves de Alberdi, Angéline Dauge, le remitió a Gregorio Benites para ofrecerle detalles sobre el fallecimiento y el funeral del amigo argentino. En una de ellas describe que:

«Los restos de nuestro amigo fueron transportados a la iglesia de San Juan Bautista, hasta el lunes a las 10 de la mañana, hora en que los depositaron en los sepulcros de la iglesia hasta que el gabinete argentino los reclamara. Había mucha concurrencia en los funerales. En fin, los últimos deberes, a los menos los que el público puede ver, se le han tributado convenientemente».^[21]

Si las relaciones de Alberdi con el Paraguay y su postura intelectual ante la guerra fueron motivo de acusaciones de venalidad ya en vida, luego de su muerte la cuestión se presentó bajo otra faceta. El 12 de enero de 1886, Domingo F. Sarmiento escribió la siguiente carta al director del periódico de Buenos Aires *El Censor*: «sírvasse dar lugar preferente en sus columnas a la carta del traidor Juan Bautista Alberdi, cuyo original estará desde la publicación en su diario para satisfacción de los curiosos». A continuación, insertaba, como prueba de la traición a la patria la carta de Alberdi a Benites de fecha 28 de junio de 1868. Con su difusión, Sarmiento creía poder acreditar fehacientemente, en función de los intereses políticos del momento, que Alberdi había sido un traidor a la patria. Gregorio Benites dirigió al director del periódico *El Censor* una nota extensa con la intención de situar la cuestión «en sus verdaderos términos». En cuanto a la procedencia afirmaba que era una falsedad que la carta se trataba de un despojo de guerra, porque la

[20] ABEI, tomo III, pág. 519.

[21] ABEI, Saint André, 28 de julio de 1884, tomo III, págs. 557-559.

misma nunca había llegado al Paraguay y menos a las manos de López, sino que fue tomada en Buenos Aires, por las autoridades argentinas. Y, en cuanto a su contenido, Benites afirmaba que:

«... todo lo que prueba la carta publicada, fuera del noble desinterés de su autor, es que el doctor Alberdi escribió realmente los libros que se le atribúan contra la política de la Triple Alianza, libros que, por otra parte, han circulado en Europa y en América, con el nombre de su autor, doctor Juan Bautista Alberdi. Esa carta formaba parte, continuaba sosteniendo Benites, de las correspondencias contenidas en la valija que entregó el joven Gill a las autoridades argentinas y, por lo tanto, pertenece a los archivos públicos de este país. Bien sea que esta carta haya sido sustraída de estos o que se la haya apropiado el funcionario público a quien en tal carácter le fuera entregada».^[22]

La posición intelectual de Alberdi durante la guerra tuvo otro tipo de implicancias en el plano historiográfico ¿Cómo ubicar a Alberdi entre los próceres argentinos, como exaltar su pensamiento y su patriotismo en la organización nacional y explicar al mismo tiempo la defensa intelectual de Francisco Solano López y de la causa paraguaya? (Brezza y Micheletti 2016). Algunos textos aparecidos entre siglos diecinueve y veinte dan cuenta de ciertos impulsos por saldar esos dilemas. Una primera expresión fue el libro *Alberdi. Ensayo Crítico*, que en 1890 publicó el ministro argentino residente en Asunción, Martín García Merou. En este estudio, su autor sitúa a la retórica *alberdiana* durante la guerra como una segunda época de su campaña a favor de la integridad de la nación argentina y en contra del localismo de Buenos Aires. El núcleo principal del escrito presenta a la defensa del Paraguay como

«el resultado de una imaginación sobreexcitada por el ardor de la polémica que llevó a Alberdi a un error de percepción sobre lo que realmente era el Paraguay, mostrándolo como sinónimo de libertad fluvial, equilibrio del Plata, civilización y causa de las provincias en contraposición con los intereses de Buenos Aires» (García Merou 1890, pág. 313).

La miopía de Alberdi ante la realidad histórica paraguaya era lo que lo había conducido a un falso análisis sobre las causas de la guerra:

[22] ABEI, tomo III, págs. 548-549.

«Solo una ceguera incurable –sostiene García Merou– por ser voluntaria, puede afirmar que los gobiernos de Paraguay fusilaron, construyeron y artillaron a Humaitá, invirtieron sumas ingentes y se atearon veinte años para militarizar el país entero, en prevención de las cuestiones promovidas en la República Oriental por don Venancio Flores».

Ceguera parcial, continuaba el autor, que era producto de su alejamiento por tantos años del Río de la Plata, que no le permitía ver la amenaza mayor de aquel poder despótico y formidable, calificado con justicia «enorme foco reactivo contra la civilización» (García Merou 1890, pág. 314).^[23]

Otro texto que procuró vindicar a Alberdi correspondió al periodista argentino residente en Asunción, Mariano Oller, director del diario *El Cívico*. En 1905, con ocasión del 95° aniversario del nacimiento del autor de las *Bases*, publicó una serie de artículos en esa hoja con dos objetivos: mostrar que no había sido traidor a su patria y que su defensa de la causa del Paraguay no conllevaba la heroificación de Francisco Solano López. Respecto a lo primero, Oller argumentaba que:

«... no había dos patrias, no había intereses antagónicos cuya línea de separación fuera el arroyo del medio pero que Alberdi entendía lo contrario, y de ahí el concepto, sinceramente *argentinista*, de su propaganda, de allí que de ella no resultara en su intención ni resulte ante el frío análisis de la crítica póstuma, una empresa de traición a la tierra que lo vio nacer, sino acto de valor sublime en pro de la causa que consideraba justa, sinceramente americanista y republicana. Pueden abrigar la opinión contraria quienes lean superficialmente los libros de Alberdi, como puede resultar para los mismos que, cuando defendía al Paraguay, involucraba torpemente en su defensa a los tiranos del Paraguay; pero para el lector atento, concienzudo y desapasionado, a quien no enceguecen las simpatías ni las antipatías de secta y busca con amor los sentimientos y pensamientos íntimos del hombre al través de su estupenda labor intelectual, Alberdi no fue traidor a su patria, puesto que lo inspiraban propósitos definidamente argentinos, como no fue partidario ni defensor de los déspotas» (Oller 1905, pág. 334).

[23] La introducción a esta obra está fechada en Asunción, en diciembre de 1889. Tendrá otras dos ediciones: Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1916 y Buenos Aires: Rosso, 1939.

En torno al centenario del nacimiento de Alberdi se divulgaron escritos más breves, pero que iban en la misma dirección argumentativa. El catedrático español Adolfo Posada, que arribó a la Argentina en 1910 para desarrollar un curso de Ciencia Política en la Universidad de La Plata, escribió un artículo titulado *Ideas políticas de Alberdi* en el que minimizaba el tema de la traición ante los «fundamentales» aportes de un «espíritu culto como Alberdi», tan distante del «empuje genial de Sarmiento, que acierta a la fuerza».^[24] En las mismas fechas José Nicolás Matienzo pronunció una conferencia en la Universidad de Buenos Aires para resaltar la trayectoria intelectual «alberdiana» y su contribución al problema de la organización argentina frente a eventuales resistencias con motivo de su postura intelectual durante la guerra del Paraguay.^[25]

¿Qué impacto tuvieron las ideas y los escritos de Alberdi en la dirigencia paraguaya y en su elite ilustrada? Los diversos materiales hallados en archivos paraguayos y argentinos demuestran la densidad de los vínculos intelectuales de Alberdi con el diplomático Gregorio Benites, pero no hay indicios de una interacción directa, personal, con otros políticos y pensadores paraguayos de la época, ya sea a través del intercambio epistolar privado, de la carta abierta, de la polémica periodística o de referencias de Alberdi a otros corresponsales sobre contactos eventuales con sus pares intelectuales. En cambio, existen testimonios de los primeros impulsos de exaltación de Alberdi como «prócer paraguayo» entre siglos diecinueve y veinte. En efecto, en 1886 Gregorio Benites regresó al Paraguay. Poco después encaró la publicación, en la revista *La Ilustración Paraguaya*, de una semblanza biográfica laudatoria de Alberdi, destinada a dar a conocer a sus compatriotas la personalidad, los servicios públicos y las virtudes intelectuales. Ante todo, aclaraba, deseaba poner de manifiesto la fecundidad de su pluma y el tardío reconocimiento a sus servicios:

[24] El escrito de Adolfo Posada integra una selección de escritos de Alberdi que editó Pablo Rojas Paz (1896-1956) en Madrid bajo el título de *El Pensamiento de Alberdi* en 1913. En Argentina tuvo una edición en 1943, por editorial Lautaro.

[25] Conferencia dada en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, por el profesor doctor José Nicolás Matienzo, celebrando el centenario del nacimiento del Dr. Juan Bautista Alberdi (1910), recuperado de <https://www.justucuman.gov.ar/storage/adjuntos/archivos/posts/871/1598652722.pdf>.

«La generación presente no conoce todavía todo lo que ha producido aquel cerebro privilegiado (...) Es sensible que los importantes escritos inéditos del gran pensador argentino, sobre organización y administración políticas de los Estados americanos, no sean dados a la prensa cuanto antes. De esa manera se llenaría el objeto que se proponía su autor. Este nos decía en vida: “Los escritos inéditos que tengo son mucho más voluminosos que los que ya he publicado” (...) Cuando le instábamos a que los publicara, nos respondía: “La publicación de ciertos estudios, que tengo hechos sobre cuestiones social, económica, política, jurídica, diplomática, etcétera, de nuestros países americanos, ha de causar desagradados a ciertas y determinadas personalidades de la época, por cuanto mis escritos llevan el timbre de la independencia y libertad, de que he dispuesto, durante mi larga permanencia en los países de Europa, lejos de los círculos estrechos de nuestra América”».^[26]

Y aprovecha el artículo para hacer notar la trascendencia de la amistad que cultivaron:

«(...) Nos atrevemos a decir que la posteridad nos ha de envidiar el honor que nos cupo de conocerle, de haber cultivado su amistad, por más de 20 años, de haberle admirado y querido de cerca, y sobre todo de haber tenido la rara suerte de ser apreciado y querido por él. Le hemos conocido y tratado con más intimidad que ningún otro amigo suyo. Sabemos mejor que nadie cuanto ha sufrido y pensado por su patria, que tanto amaba, y ha sido para él una constante y tierna preocupación. Ha consumido la mejor época de su vida, en aras de esa patria argentina que jamás olvidó un instante. El noble pueblo paraguayo, de cuya virilidad y patriotismo era un admirador entusiasta y un verdadero amigo, tiene la obligación patriótica de consagrar algún objeto de imperecedero recuerdo a la memoria del ilustre Americano, Doctor Juan Bautista Alberdi».^[27]

No nos puede sorprender entonces que, cuando en el año 1889 se difundió en la prensa asuncena la decisión del gobierno argentino de repatriar los restos mortales de Alberdi, fallecido en Francia cinco años antes, principiara en el Paraguay una campaña intelectual encabezada por el propio Benites para divulgar la acción intelectual del argentino durante la guerra. Benites, que en esos momentos

[26] República del Paraguay, Biblioteca Nacional, colección Juan E. O’Leary (en adelante BNP-CJO), gaveta 1.

[27] BNP-CJO, gaveta 1.

integraba el Superior Tribunal de Justicia sostuvo, acompañado por un pequeño círculo de amigos, que el Paraguay tenía una deuda de gratitud hacia el argentino que era preciso saldar, rindiendo homenaje a su memoria. Se dirigía, en términos generales, a una comunidad que desconocía la prolongada amistad que mantuvieron, así como las vicisitudes compartidas en Europa durante los años de la guerra; tampoco habían circulado los escritos producidos por Alberdi a favor de la causa paraguaya. Benites apelaba a subrayar el empeño del argentino por difundir las virtudes del pueblo paraguayo de «heroísmo, constancia y patriotismo» y la necesidad de reivindicar su «desinterés y la abnegación»:

«Me permito preguntar si es posible que ningún paraguayo, *verdaderamente patriota*, permanezca indiferente y frío espectador en presencia de los restos venerables del ilustre americano que en vida se constituyó de una manera espontánea y generosa en defensor eficaz de la causa y derechos de la nacionalidad paraguaya».^[28]

Para reforzar su argumento agregó la siguiente cita del texto de Alberdi *Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay con el Brasil*:

«Es preciso olvidar o alterar la Historia del Río de la Plata para negar que toda la existencia del Paraguay moderno es un litigio de 50 años con Buenos Aires. Empieza con la Junta Provisoria en 1810, continúa con el gobierno de Rosas y acaba con el de Mitre. Llámasele la China de América, *él no es sino el Paraguay, pueblo cristiano, europeo de raza, que habla el idioma castellano* y que un día fue parte del pueblo argentino y capital de Buenos Aires. Su vida actual viene de la gran revolución de América ¿Qué colores lleva? Los tres colores de la Revolución Francesa, como Chile ¿Qué símbolo? La estrella de la fe, como Chile ¿Qué nombre? La República del Paraguay ¿Qué gobierno? El del pueblo, ejercido por un Presidente, un Congreso y los hombres. El Paraguay representa en esta guerra la civilización pues pelea por la libertad de los ríos contra las tradiciones de su monopolio colonial, por la emancipación de los países *mediterráneos* y por el noble principio de la nacionalidad, por el equilibrio no solo del Plata sino de toda la América del Sud».^[29]

[28] BNP-CJO, gaveta 1.

[29] BNP-CJO, gaveta 1.

Para este primer homenaje, el amigo paraguayo de Alberdi propuso el desarrollo de una serie de actos que «en el futuro cercano podrían ampliarse mediante una campaña que diera a conocer, a través de la prensa y de empresas editoriales, toda la obra escrita de Alberdi respecto al Paraguay». La casi decena de eventos que contemplaba el programa incluyó un acto público de panegírico en el que intervinieron reconocidos hombres públicos como Pedro Caballero, Benjamín Aceval, César Gondra, y la declaración de día feriado, por parte del Poder Ejecutivo, ordenándose que la bandera se mantuviera a media asta en los edificios públicos; la reimpresión de *El Imperio del Brasil ante la Democracia de América* para ser distribuido en las escuelas públicas del país, así como el cambio de denominación a la calle *Atajo*^[30] por la de Juan Bautista Alberdi y al «paraje recientemente delineado denominado *Tacuara*»^[31] por el de pueblo Alberdi. Finalmente, impulsada por Benites, se conformó una comisión oficial que se encargaría de iniciar una suscripción popular en todo el país para levantar una estatua a Alberdi en el centro de la ciudad.

Este impulso no se trató de una acción popular, sino consciente, liderada por Benites y secundada por un recatado sector de la sociedad paraguaya. No se disponen de constancias de la participación de la representación diplomática de Argentina en el Paraguay o de su colectividad en esos eventos, pero en 1890 el ministro argentino residente en Asunción, Martín García Merou, dio a conocer el ya mencionado libro *Alberdi. Ensayo Crítico*. En el prefacio advertía que no se trataba de una obra de polémica, sino de comentario y análisis, cuya escritura la había guiado un espíritu de benevolencia y gratitud hacia el biografiado. Así, anticipaba que:

«(...) el examen de su actitud, durante la guerra del Paraguay, esbozado en este tomo, será completado en el libro que destinaremos al general Mitre, al ocuparnos del papel histórico que le cupo a este en la campaña de la Triple Alianza» (García Merou 1890, pág. 316).

[30] En la actual ciudad de Asunción la calle Juan Bautista Alberdi se encuentra situada entre las calles 14 de mayo y Chile.

[31] La lectura del manuscrito de Benites parece indicar que, en efecto, dice *Tacuara*, pero no estamos seguros de esta denominación y por el momento no disponemos de pruebas sobre otro nombre.

García Merou habría recibido informaciones y materiales para la escritura de su trabajo provenientes del archivo personal de Gregorio Benites. Así parece indicarlo el hecho de que el escritor insertase referencias sobre las anotaciones producidas por Alberdi en el ejemplar del libro de Charles Quentin, *Le Paraguay*. ¿Cómo llegó a su conocimiento este material? Según lo declara en la introducción, fechada en Asunción en 1890: «la casualidad, ayudada por una atención amistosa» había puesto en sus manos el pequeño volumen. Parece aludir, sin nombrarlo, a Gregorio Benites, quien le habría facilitado el ejemplar según se desprende, además, de una carta que le remitiera el 1 de diciembre de 1887, cuando se hallaba preparando el *Ensayo*:

«Sin tener el honor de conocer a usted, la comunidad de un mismo afecto y una misma admiración por el Doctor Don Juan Bautista Alberdi nos reunió cuando hace cerca de dos años defendí en las columnas del “Sud-América” la memoria de nuestro eminente estadista, atacada con saña por el Señor Sarmiento. La carta que usted dio a luz en aquel tiempo, con motivo de la polémica sostenida por mí, me hizo desear tener el honor de conocer a usted y tratarlo personalmente. Por desgracia, el ardor de la lucha electoral y el puesto de secretario del General Roca que ocupaba yo en aquel entonces, absorbiéndome todas mis horas, no me dejaron oportunidad para buscar su relación. Los diarios de esta ciudad me informan hoy de su llegada. Me apresuro a saludarle y al ponerme a sus órdenes, le pido su valioso concurso para un ensayo crítico sobre el Doctor Alberdi, que tengo en preparación en este momento».^[32]

No disponemos de datos sobre la recepción de esta obra en el Paraguay, sobre quiénes la leyeron, ni otras pruebas que nos permitirían calibrar la entidad de los vínculos entre García Merou y Benites, pero consta que, independientemente de esa acometida biográfica, este último inició un proyecto editorial con el objetivo de compilar los escritos de Alberdi a los que tenía previsto acompañar de un perfil biográfico. Este propósito lo llevó a tomar contacto en Argentina con los editores de los *Escritos Póstumos* de Alberdi. Como se sabe, los 16 tomos de la edición póstuma duplicaron en volumen la obra impresa en vida del autor y se dieron a conocer, en

[32] República del Paraguay, Biblioteca Nacional del Paraguay, fondo Gregorio Benites, Asunción, 1de diciembre de 1887.

Buenos Aires, entre 1895 y 1901. Manuel Alberdi, depositario final del archivo de su padre, había asumido esa tarea con la colaboración del editor Francisco Cruz. En 1900, a la muerte de Manuel, Cruz se había hecho cargo de continuar con la publicación de los escritos inéditos de Alberdi, que aún faltaba organizar y transcribir.

La primera carta de Benites dirigida a Francisco Cruz que hemos localizado tiene por objeto recabar certezas sobre el deceso de Manuel. Confirmada la noticia, Benites vuelve a escribir y le expresa al editor que «desde luego yo pensaba en la suerte de los escritos inéditos en vía de publicación. Veo que quedaron bien encomendados».^[33] Si el espacio epistolar entre Benites y Cruz estuvo dominado, al principio, por el tema de ese trasiego editorial, con el correr de los meses se vio atravesado por los significados que le quisieron otorgar a la inauguración de una estatua de Alberdi en el cementerio de la Recoleta en Buenos Aires, luego de que los restos del escritor fueran trasladados desde el mausoleo de la familia Aráoz García Alberdi. Los preparativos, que comenzaron en 1901, tuvieron a Cruz y a Benites entre sus impulsores. El editor que, como hemos ya apuntado, había comprado todo el archivo de Alberdi a sus herederos y tenía a su cargo la edición de los escritos póstumos se hallaba, para entonces, en una mala situación económica. Por esta razón, en una carta dirigida a Benites para acompañar el envío de un regalo, consistente en un estuche que había pertenecido a Alberdi, le proponía que:

«Como mi situación es tan violenta, desearía vender los libros que tengo en mi poder, que son unos 600 tomos, aun perdiendo; lo mismo el uniforme y otros objetos, creyendo que allí los aceptarían, razón por la cual desearía me manifestara su conformidad, pues allí existe una solicitud enviada a este país por el Ministro Plenipotenciario Dr. Iturburu pidiendo la suscripción de las Obras Póstumas».^[34]

Si bien la compra no se efectuó, la correspondencia continuó en torno a otros proyectos con igual objetivo de «hacer justicia a los grandes servicios de Alberdi» como, por ejemplo, el plan de una biografía que Benites le comparte al editor y que este último acoge

[33] Biblioteca Nacional del Paraguay, colección Juan E. O'Leary (en adelante BNP-CJO), Asunción, 14 de julio de 1900. Cópia.

[34] BNP-CJO, Buenos Aires, 21 de enero de 1901.

favorablemente: «no olvido lo que Ud. me dijo, que iba a escribir la biografía de Alberdi, la que es fuera de duda que tendrá un gran valor si, como es seguro, se detiene minuciosamente, en la época de la *guerra del Paraguay*».^[35]

Al mismo tiempo le propone a Benites promover que el pueblo y el ejército paraguayo adhiriesen y mandasen una representación al acto de inauguración del monumento a Alberdi en Buenos Aires. Para garantizar esa asistencia creía posible, incluso, que

«el Gobierno Argentino, como acto de galantería [enviase] un buque de la escuadra –¿por qué no?– para el viaje de la delegación paraguaya. Y creo más, señor Benites: tal vez, si la idea se tomara allí con entusiasmo, el acto de la inauguración del monumento de Alberdi podría adquirir todas las proyecciones de un acontecimiento internacional ¿Acaso por un acuerdo de los dos gobiernos, no podría trasladarse a esta capital un batallón paraguayo en representación de todo el ejército? Entonces la solemnidad sería verdaderamente grandiosa».^[36]

Se trataba de hacer de la inauguración de la estatua «una gran fiesta popular de confraternidad argentina-paraguaya»:

«Difícilmente se podrá presentar una ocasión mejor, porque ahora no hay susceptibilidades ni etiquetas que puedan retraer al pueblo paraguayo a trasladarse a esta capital; y exagerando, diré, al pueblo todo, íntegro. Vendría nada menos que a glorificar a uno de los grandes hombres de esta República. Mi opinión es que la delegación tiene que ser muy numerosa. Deben venir representantes del gobierno, poder ejecutivo y legislativo; del ejército, jefes, oficiales y algunos soldados, de los más llenos de gloria, de las reparticiones públicas, facultades de derecho, medicina, ingeniería, correos, aduana, asociaciones particulares, diarios, etcétera. ¿Qué propósito traería a los paraguayos? El muy noble de rendir homenaje a la memoria del Dr. Alberdi».^[37]

Y el resultado para la sociedad paraguaya sería, nada más y nada menos, que:

[35] BNP-CJO, Buenos Aires, 29 de enero de 1902.

[36] BNP-CJO, Buenos Aires, 31 de agosto de 1902.

[37] BNP-FGB, Buenos Aires, 31 de agosto de 1902.

«Los trofeos de guerra, arrancados de las manos de los héroes moribundos, esos trofeos no tienen colocación posible en nuestros museos y deben ser devueltos al noble pueblo que los sostuvo. Es necesario, señor, que estos dos pueblos hermanos se den un estrecho abrazo. La ocasión se ha presentado: se abrazarán sobre la tumba del ilustre argentino, a quien sus enemigos llamaban traidor porque sirviendo a su país y a la América se oponía a la guerra. Le suplico que a los señores del *Instituto Paraguayo* les haga extensivas mis ideas de esta carta».^[38]

En los meses previos a la inauguración de la estatua, el diario paraguayo *La Patria* invitó a participar de una reunión en el Instituto Paraguayo con el fin de nombrar a un representante del país cuando se trasladasen los despojos del «gran Alberdi». Al mismo tiempo, Benites escribió en los diarios *El País* y *El Paraguay* artículos de oportunidad y en *La Patria* insertó, incluso, algunas cartas provenientes de su archivo particular para que «los grandes méritos de Alberdi para con el Paraguay sean bien conocidos». El entusiasmo de Cruz y de Benites tuvo, sin embargo, una discreta repercusión. La delegación del Paraguay se limitó a autoridades de la Municipalidad de Asunción, al Dr. Manuel Gondra, en representación del Instituto Paraguayo, y al Dr. Enrique Parodi, quien participó en nombre de los paraguayos residentes en Buenos Aires. La prensa prosiguió dando cuenta de los preparativos. El artículo publicado por *La Patria* recordando que sería descubierta en Buenos Aires la estatua del «esclarecido tucumano» es particularmente interesante para entender los mecanismos de construcción del pasado que se operaban en el país a través de la reivindicación póstuma:

«La fiesta de mañana importa para el Paraguay algo más que una manifestación de pública admiración: con ella queda justificada la actitud del Dr Alberdi en aquellos días tempestuosos en que el general Mitre se prestó a los manejos de una política contraria a los intereses republicanos y peligrosos para los destinos de las pequeñas potencias americanas. Esa fiesta es la santificación de la causa por la que luchamos desesperadamente durante un lustro, pereciendo en la demanda más de medio millón de paraguayos. Alberdi no es traidor. A los traidores no les levantan monumentos los pueblos,

[38] BNP-FGB, Buenos Aires, 31 de agosto de 1902.

ni los glorifican. Y si la República Argentina lava esa mancha estampada en la frente del más grande de sus hijos, quiere decir que reconoce la justicia de su defensa desinteresada, por la que bajó a la tumba, lejos de la patria, olvidado y aborrecido. Es pues, para el Paraguay, día muy grande el de mañana».^[39]

Ninguna de las empresas editoriales incoadas en el intercambio epistolar de Benites y Cruz cristalizó y tampoco parecía acabar de cuajar en Paraguay la corriente intelectual favorable a Alberdi.

¿Cómo pudo Alberdi analizar la problemática de la guerra de la Triple Alianza observándola a la distancia? Si atendemos a los intercambios epistolares que sostuvo con corresponsales como los que hemos examinado hasta aquí, comprobamos que el argentino dialoga, comenta o debate con ellos las informaciones periodísticas, documentales y bibliográficas que recibe durante el desarrollo del conflicto. De este modo piensa, cavila, edifica su propia posición intelectual y extiende su magisterio a los seguidores. Incluso, después de concluida la contienda, vuelve sobre la «cuestión del Paraguay», produciendo reflexiones que apuntan a resaltar el poder vaticinador de sus escritos públicos, pergeñados, en parte, en el intercambio epistolar privado:

«¿Si mis escritos hubieran obtenido todo lo que buscaban, que hubiera sucedido? Que hoy vivirían treinta mil argentinos enterrados en esta guerra que nunca debió tener lugar. Hoy contendría el tesoro cincuenta millones aplicables a mil útiles empresas de mejoramiento material. El país no conocería el cólera ni el vómito negro; vivirían las víctimas que han hecho esas dos epidemias traídas por la guerra; el Paraguay sería paraguayo, en vez de ser brasilero; la República Argentina tendría un aliado de su raza; los archivos públicos no habrían necesitado quemarse; ni los trofeos de la gloria argentina reemplazados por los del Paraguay».^[40]

En la misma dirección, Alberdi repone largamente sus sentimientos con relación a la acusación de traidor a la patria en una carta a su sobrino, Guillermo Aráoz:

«El libro *Imperio del Brasil* es poco conocido en el Plata, por el cuidado que tomaron los promotores de la guerra del Paraguay en suprimirlo. Fueron com-

[39] *La Patria*, Asunción, 27 de septiembre de 1902.

[40] Juan Bautista Alberdi, «Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sud América», *Escritos Póstumos* (1898-1900), tomo X, pág. 715.

prados de un golpe y destruidos todos los ejemplares que estaban en venta en Buenos Aires. ¿Qué dirían los que por él me llaman traidor, si supieran que es el escrito que he trabajado con más convicción y más desinterés, con más amor a mi país y a la verdad, y que estoy lejos de abandonar la idea de reimprimirlo, en servicio de los mismos propósitos argentinos con que lo escribí y lo publiqué por primera vez, porque los peligros que quise combatir no han hecho sino crecer y agravarse, como el tiempo irá mostrándolo? (...) ¿Qué pueden hacer los autores y promotores de la guerra del Paraguay (calificada como un crimen de lesa humanidad, por todo el mundo civilizado) sino justificarla en su propia defensa, y acriminar a sus acusadores y fiscales? ¡Pobre Mitre! Toda el agua del Paraná convertida en tinta, no le bastaría para convencer y probar que la guerra del Paraguay tuvo la menor razón de ser argentina y nacional. Otro tanto digo de la revolución del 11 de septiembre [de 1852], que inauguró la reacción localista, que nos ha traído en quince años a la ruina general en que nuestra sociedad se encuentra. (...) No entra en esta divergencia ni sombra de prevención personal a Mitre. Hemos sido amigos, y toda la amistad de otra época vive en mi memoria. Si muchos puntos de la política de nuestro país nos dividen, cien otros nos acercan y aproximan como hijos de una misma patria y secuaces convencidos de los mismos principios de la revolución en América. Es una estúpida invención el decir que yo he jurado no volver al país mientras él tenga un cargo público (...) Sarmiento es otra cosa. Él ha elegido para conmigo el terreno del crimen. Es decir, de la calumnia. Dice que tiene pruebas de que yo me comuniqué con López en el Paraguay y que serví su causa por interés pecuniario. Yo le juro a usted que tiene pruebas de lo contrario, pues sabe a ese respecto todo lo que sabe su digno amigo el señor Barreyro (sic) que representó a López en París, cuando la guerra, y lo entregó entero a los aliados contra su jefe y protector. Por conducto de ese felón, cambiamos una vez con López dos cumplimientos banales. Ni él me escribió, ni yo a él jamás. Ha muerto sin leer ni conocer los escritos míos sobre la guerra, porque el mismo Bareiro cuidaba de que no le llegasen. Yo lo he sabido por madame Lynch. ¿Qué motivo tendría yo de negar una carta de López? Sarmiento podría creer en mi sinceridad si le dijera que, por tener una carta de López, yo daría en cambio cincuenta cartas de Sarmiento que poseo y muchas de ellas bien lisonjeras. La historia de López en Paraguay está por escribirse. Su prefacio está hecho, sin embargo, en un orden numérico de artículos del *Times*, el papel más libre y culto del mundo

civilizado, que dijo toda la verdad respecto de ese hombre extraordinario y superior, y de la guerra de que fue víctima».^[41]

Alberdi sobresalió en el nutrido grupo de impugnadores contemporáneos de la guerra de la Triple Alianza. Sus escritos serían piedra angular para una revisión historiográfica y política del acontecimiento. Así pareció reconocerlo el Estado paraguayo cuando el 30 de julio de 2010 sancionó la ley n.º 4.062 por la que se le concedió la nacionalidad paraguaya honoraria, con carácter póstumo. El proyecto fue presentado como un acto de justicia en el año del bicentenario del nacimiento de quien, sostenía la fundamentación, «ha defendido la causa paraguaya y ha sido atacado con fiereza y dureza en su propio país»; se explicaba que «al producirse la Guerra del Paraguay, propiciada y conducida por Mitre con el apoyo del capital inglés, Alberdi, como José Hernández y Guido Spano, apoyó decididamente la causa paraguaya y acusó a Mitre de llevar adelante una Guerra de la Triple Infamia contra un pueblo progresista y moderno».

Las tensiones en la historiografía argentina y paraguaya en torno a su postura intelectual ante la guerra afloran como un hecho representativo de un momento sumergido de su trayectoria. Un sumergir que aparece como un recurso distinto a prohibir unas obras. Al sumergir se produce una inmersión de ciertos escritos –los que Alberdi redactó entre 1864 y 1870– con el propósito de dejar en flotación los relativos a la organización nacional que, por su propio destello, originalidad o envergadura, puedan sombrear otras obras mucho más incómodas, relegándolas en segundo plano.

Tanto en los escritos públicos como en los que circularon en la esfera privada hay una presencia del yo de Alberdi que busca defenderse de las acusaciones de ajenidad y de traidor a la patria, así como auto justificarse y hacer llegar su magisterio a los seguidores. Particularmente, ese yo está presente en las notas que intercala en los márgenes de cartas y de impresos; una especie de auto instrucciones para analizar mejor o seguir pensando los contenidos. Estos registros dicen mucho sobre él: revelan a uno de

[41] De Juan Bautista Alberdi a Guillermo Aráoz, 17 de junio de 1878. Horacio Crespo reproduce esta pieza epistolar en el capítulo 7 de su obra *En torno a la literatura latinoamericana. Conceptos y ensayos críticos* (Crespo 2017, pág. 244).

los intelectuales más destacados que tuvo el pensamiento político del siglo XIX, que actuó y escribió en el Estado argentino.

Referencias

ALBERDI, JUAN BAUTISTA

- 1889 *Las dos guerras del Plata y su filiación en 1867*, Buenos Aires: La Tribuna, págs. 28-47 [original publicado en 1867], referencia citada en página 15.
- 2017 *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación [original publicado en 1852], referencia citada en página 7.

ALBERDI, JUAN BAUTISTA y GREGORIO BENITES

- 2006-2007 *Epistolario inédito (1864-1883)*, ed. por Elida Lois y Lucila Pagliai, con introducción de Liliana María Brezzo y Ricardo Scavone Yegros, 3 vols., Asunción y Buenos Aires: Academia Paraguaya de la Historia (FONDEC), Fundación Biblioteca y Archivo de Jorge M. Furt y Universidad Nacional de General San Martín, referencia citada en página 5.

ALBERDI, JUAN BAUTISTA y FRANCISCO JAVIER VILLANUEVA

- 2015 *Correspondencia Epistolar (1855-1881)*, con introducción de Lucila Pagliai, Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín, referencia citada en página 4.

ANTEQUERA, MARÍA FLORENCIA

- 2022 «Letras póstumas. Inteligibilidad de los afectos y Guerra del Paraguay a través del epistolario de Dominguito Sarmiento a su madre (1865-1866)», en *Paraguay. Escrituras y representaciones del pasado*, coord. por Liliana María Brezzo, Asunción: Intercontinental, págs. 61-95, referencia citada en página 5.

ARENAS DELEÓN, NICOLÁS

- 2022 «Un bastión paraguayo a orillas del Pacífico: El Mercurio de Valparaíso y su posicionamiento durante la Guerra de la Triple Alianza», en *Paraguay. Escrituras y representaciones del pasado*, coord. por Liliana María Brezzo, Asunción: Intercontinental, referencia citada en página 5.

ARNOUX, MAGDALENA

- 2012 «Ignacia Gómez de Cáneva: una corresponsal de guerra en Buenos Aires», en *La Guerra del Paraguay. Historiografías. Representaciones*, ed. por Horacio Crespo; Juan Manuel Palacio y Guillermo Palacios, Ciudad de México: El Colegio de México, págs. 227-238, referencia citada en página 20.

- 2016 «La escritura epistolar. Cartas de Josefa Gómez a Juan Bautista Alberdi en tiempos de la Guerra del Paraguay», en *Traslaciones. Revista latinoamericana de lectura y escritura*, vol. 3, n.º 6, págs. 197-222, referencia citada en página 20.

BARATTA, VICTORIA

- 2019 *La guerra del Paraguay y la construcción de la identidad nacional*, Buenos Aires, referencia citada en página 5.

BARROS, CAROLINA

- 1997 *Alberdi. Periodista en Chile*, Buenos Aires: Verlap, referencia citada en página 6.

BREZZO, LILIANA MARÍA

- 1988 *Cartas de Alfredo Marbais du Graty a Juan Bautista Alberdi*, Rosario: Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, referencia citada en página 17.

BREZZO, LILIANA MARÍA y FRANCISCO DORATIOTO

- 2019 «Ojos en la Guerra del Paraguay. Archivos, enfoques, Lecturas», en *Anuario IEHS*, vol. 34, n.º 2, págs. 123-139, referencia citada en página 5.

BREZZO, LILIANA MARÍA y MARÍA GABRIELA MICHELETTI

- 2016 «Libros, cartas, lecturas: la revisión de la historia en Argentina y Paraguay a través de los intercambios epistolares entre David Peña y Juan E. O'Leary», en *História da Historiografia*, n.º 20, págs. 14-30, referencia citada en página 25.

CABALLERO CAMPOS, HERIB y CARLOS GÓMEZ FLORENTÍN

- 2018 *Nación y Modernidad en moldes de plomo. La época de El Semanario de Avisos y Conocimientos Útiles (1853-1868)*, Asunción: Prociencia y Universidad Nacional de Asunción, referencia citada en página 5.

CATERINA, LUIS MARÍA y SANDRA VILLA

- 2009 «Alberdi y Esquiú: dos hombres y una constitución», en *Res Gesta*, n.º 47, págs. 51-90, referencia citada en página 8.

CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS

- 2016 «Alberdi y el sentido de su federalismo», en *PolHis. Revista Bibliográfica Del Programa Interuniversitario de Historia Política*, vol. 17, págs. 8-21, referencia citada en página 3.

CRESPO, HORACIO

- 2017 «“Con profundo dolor”. La campaña crítica de Juan Bautista Alberdi en la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay», en *En torno a la historiografía latinoamericana. Conceptos y Ensayos críticos*, Buenos Aires: Teseo, referencia citada en páginas 5, 37.

FLORES DE ZARZA, IDALIA

- 1976 *Juan Bautista Alberdi en la defensa del Paraguay en la Guerra contra la Triple Alianza*, Asunción: edición de autor, referencia citada en página 5.

GARCÍA MEROU, MARTÍN

- 1890 *Juan Bautista Alberdi. Ensayo Crítico*, Buenos Aires: Félix Lejouane, págs. 315-373, referencia citada en páginas 25, 26, 30.

HERRERO, ALEJANDRO

- 2010 «Juan Bautista Alberdi y las ideas políticas francesas. En busca de un proyecto alternativo al orden rosista (1835-1852)», en *Revista Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 15, n.º 48, págs. 75-85, referencia citada en página 8.

JESÚS SILVA, ROSANGELA

- 2017 «La prensa ilustrada y la guerra en el siglo XIX. Imágenes de los líderes de la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) en Cabichuí, Cabrião y El Mosquito», en *Americana*, n.º 5, págs. 65-102, referencia citada en página 5.

JOHANSSON, MARÍA LUCRECIA

- 2017 *La gran máquina de publicidad. Redes transnacionales e intercambios periodísticos durante la guerra de la Triple Alianza (1864-1870)*, Sevilla: Universidad de Andalucía, referencia citada en página 5.

LOIS, ÉLIDA

- 2010 «Autobiografía y autoficción en la escritura del último Alberdi», en *Aletria*, vol. 20, n.º 2, págs. 13-26, referencia citada en página 1.
- 2017 «Las reescrituras del yo en los borradores del último Alberdi», en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, vol. 81, n.º 343-344, págs. 30-41, referencia citada en página 1.

LÓPEZ, MAGDALENA

- 2021 «Estado y Constituciones en Paraguay: un análisis de las Cartas Magnas de 1844, 1870 y 1940», en *Res Gesta*, n.º 57, págs. 207-232, referencia citada en página 8.

MANNEQUIN, THEODORE

- 2019 *A propósito de la guerra contra el Paraguay por la Confederación Argentina, el Uruguay y el Brasil*, Asunción: Arandurá, referencia citada en páginas 18, 19.

MARTINO, LUIS MARCELO

- 2016 «La auto representación de un sujeto romántico: “Mi vida privada” de Juan Bautista Alberdi», en *Revista de pensamiento crítico y estudios literarios latinoamericanos*, vol. 13, págs. 147-161, referencia citada en página 1.

MAYER, JORGE

- 1963 *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 5.

MOGLIA, RAÚL Y MIGUEL GARCÍA

- 1979-1990 (eds.), *Archivo del doctor Juan María Gutiérrez*, 7 vols., Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación, referencia citada en página 3.

OLLEROS, MARIANO

- 1905 *Alberdi. A la luz de sus escritos en cuanto se refieren al Paraguay*, Asunción: El Cívico, referencia citada en página 26.

PAGLIAI, LUCILA

- 2012a «Alberdi y Brasil en los escritos de combate y en las cartas de la Guerra del Paraguay: el desinterés y la uniformidad como operación político cultural», en *La Guerra del Paraguay. Historiografías. Representaciones. Contextos*, Ciudad de México: El Colegio de México, págs. 323-335, referencia citada en página 6.
- 2012b «Alberdi y la Guerra del Paraguay: las cartas del “ilustre finado” en la operación cultural de la epopeya», en *Filología*, vol. XLIV, págs. 165-182, referencia citada en página 6.
- 2018 «La polifonía del archivo. Voces que circulan por el espacio epistolar de Alberdi y sus corresponsales en la travesía de las Bases», en *Traslaciones. Revista Latinoamericana de lectura y escritura*, vol. 5, n.º 10, págs. 39-62, referencia citada en páginas 3, 6.

PEÑA, DAVID

- 1965 *Alberdi, los mitristas y la guerra de la Triple Alianza*, Buenos Aires: Peña Lillo, referencia citada en página 9.

RIVAROLA, MILDA

- 1988 *La polémica francesa sobre la Guerra Grande*, Asunción: Editorial Histórica, referencia citada en página 16.

SCAVONE YEGROS, RICARDO

- 2010 *Polémicas en torno al gobierno de Carlos Antonio López en la prensa de Buenos Aires 1857-1858*, Asunción: Tiempo de Historia, referencia citada en página 7.
- 2011 *Gregorio Benites: un diplomático del viejo Paraguay*, Asunción: El Lector, referencia citada en página 10.
- 2015 (compilador), *Colombia ante la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza: documentos oficiales, artículos periodísticos y otros escritos contemporáneos*, Asunción: Tiempo de Historia, referencia citada en página 5.
- 2018 *Paraguay y Colombia. Del reconocimiento a la segunda reelección de Stroessner (1846-1963)*, Asunción: Tiempo de Historia, referencia citada en página 5.

SCAVONE YEGROS, RICARDO

- 2019 *Entre expectativas y recelos. Las relaciones del Paraguay y Bolivia después de la Guerra del Chaco (1938-1989)*, Asunción: Tiempo de Historia, referencia citada en página 5.

WHIGHAM, THOMAS

- 2013 *La guerra de la Triple Alianza*, Asunción: Taurus, referencia citada en página 5.

CAPÍTULO 2

El *curriculum vitae* de un historiador. David Peña y su postulación a la Jefatura del Archivo General de la Nación (1923)

MARÍA GABRIELA MICHELETTI

Con sesenta años de edad, y siete años antes de su fallecimiento, David Peña (1862-1930) presentó su candidatura a la Jefatura del Archivo General de la Nación Argentina (AGN). Fundaba su solicitud en un decreto del Poder Ejecutivo Nacional, de 5 de febrero de 1923, sobre concurso para el cargo de jefe del Archivo. El AGN, para entonces, ya era una institución centenaria. Creado por Bernardino Rivadavia en 1821 como una repartición provincial, y nacionalizado bajo la presidencia de Julio A. Roca en 1884, había estado bajo la dirección de figuras de peso en el ámbito de la cultura, como Manuel Ricardo Trelles (1858-1875), Carlos Guido Spano (1875-1894) y José Juan Biedma (1904-1921).^[1]

En el momento de su postulación, David Peña era una figura conocida en los círculos intelectuales y políticos del país. Más allá de su regular desempeño en su bufete de abogado, instalado en las proximidades del casco histórico de la ciudad de Buenos Aires, en las calles San Martín 253, Sarmiento 1331 y en el Pasaje Barolo (avenida de Mayo 1370) –según las épocas–, desde joven se había destacado por sus condiciones en el periodismo (había fundado y dirigido varios periódicos y revistas, de distinta índole y que corrieron diversa suerte), también había descollado como escritor y autor

[1] La función que cumplió el AGN en el resguardo, recuperación, organización y edición de documentos contribuyó a la consolidación de la nacionalidad y a la legitimación del Estado, ya que en la elaboración de un discurso histórico cobraba importancia el lugar en el que se preservaban los manuscritos del pasado (Swiderski 2019).

teatral, y por sus incursiones en estudios de temática histórica, cobrando fama por su defensa del caudillo Juan Facundo Quiroga. Peña había promovido, asimismo, la organización de espacios de sociabilidad cultural, como el Ateneo Nacional (1913). Profesor en las Facultades de Filosofía y Letras de Buenos Aires y de Ciencias Jurídicas de La Plata, era miembro, además, de la Junta de Historia y Numismática Americana. Había ocupado, en distintas ocasiones, varios cargos de responsabilidad, a nivel provincial, en Santa Fe –fue legislador, convencional constituyente y secretario personal del gobernador José Gálvez–, y en el Estado nacional, como secretario de la Comisión Nacional del Centenario. También, por breves períodos, fue asesor del Ministerio de Obras Públicas y secretario de Embajada. La convocatoria a concurso para el cargo del AGN le abría la posibilidad de aspirar a obtener un cargo rentado en un espacio de trabajo que por su afición a la historia le resultaba conocido y atractivo, el del archivo.

Para acompañar su postulación al AGN, Peña confeccionó un *Memorial*^[2] de 42 folios, organizado en seis apartados, más un apéndice. En sus apartados dos al seis, el texto estaba dedicado a reseñar la historia del Archivo, referir a sus publicaciones, sentar la necesidad de una escuela de bibliotecarios y archiveros, fundamentar una concepción unitaria de archivo y presentar un plan de trabajo, para el caso de acceder al cargo.

El primer apartado, en tanto, bajo la denominación de «Títulos y Antecedentes», constituía una hoja de ruta de la carrera que llevaba recorrida David Peña hasta ese momento, y puede ser considerado un verdadero *curriculum vitae* de su itinerario como historiador. También puede ser analizado como un esbozo de autobiografía académica de quien postulaba para insertarse en la función pública, a comienzos de la década de 1920.

David Peña nunca obtuvo el cargo, que fue otorgado en esa ocasión a Augusto Mallié.

¿Cuál es la significación de ese escrito, elaborado para fundamentar una solicitud que resultó infructuosa? En el caso de un intelectual con variadas aristas como David Peña, que escapa a

[2] Según el *Diccionario enciclopédico hispano-americano* de Montaner y Simón (edición de 1893), un «memorial» es un «papel o escrito en que se pide una merced o gracia, alegando los méritos o motivos en que se funda la solicitud» (DEH-A 1893, pág. 813).

los encasillamientos fáciles, ese escrito significa una autoafirmación del «yo» como historiador y de la vocación historiográfica, de quien desarrolló buena parte de su obra en una época previa a la de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina. También es el testimonio de una etapa de la historia de la función pública en el país, en la que hubo un intento por revertir la práctica de designaciones basadas en otras circunstancias –influencias y recomendaciones, amistades y parentescos, compromisos políticos– que no fueran la idoneidad para el cargo.

El principal objetivo de estas páginas consiste en estudiar aspectos poco explorados de la vida de un intelectual –en este caso, David Peña–, a partir del análisis de un texto autobiográfico escrito para aplicar a un puesto en la administración pública del Estado argentino.^[3] Ello posibilita, a un segundo nivel, proponer algunas reflexiones acerca del trabajo con documentos de carácter personal para los estudios de historia de la historiografía. Esta investigación se beneficia de las perspectivas actuales que se interesan en examinar las interconexiones entre el campo historiográfico y la historia política, y de los avances teóricos que se han producido sobre escritura autobiográfica de historiadores.

[3] Una abundante literatura –citada, en parte, en el «Prólogo» de esta obra colectiva– se ha dedicado a estudiar en Argentina la relación entre intelectuales y Estado y a las burocracias estatales. En menor medida se han desarrollado investigaciones de carácter histórico que se ocupan de las formas concretas de acceso a la administración pública. Mariluz Urquijo (1998) las ha considerado en su estudio sobre el funcionario indiano. Para el período de la historia argentina en el que se ubica este capítulo, resultan de utilidad los aportes de Persello (2000). Sin pretensión de exhaustividad puede mencionarse, entre otras, una obra que pone en relación aspectos generales y teóricos y reconstrucciones en el largo plazo, con estudios de caso (Di Liscia y Soprano 2017). Desde el campo sociológico, se destaca el clásico desarrollo de Max Weber sobre la burocracia estatal, revisado a la luz de América Latina (Oszlak 1984). Contribuciones recientes al tema se encuentran en Inda (2023) y en el esfuerzo de sistematización que supone la base de datos «Empleo público civil y militar, Río de la Plata: 1600-1873» que acompaña a la obra de Rabinovich y Zubizarreta (2023).

Arqueología de un documento

El texto del *Memorial*,^[4] todo un hallazgo, ya que permitió acceder a un fragmento que desconocíamos del itinerario vital de David Peña,^[5] se conserva en el Fondo Juan Antonio Solari, en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CEDINCI). Se trata de un texto escrito a máquina, con inserción en los márgenes de comentarios manuscritos por el propio Peña. Al comienzo posee estampado, a mano, el nombre de David Peña y la palabra «Copia», y todas las hojas llevan sus iniciales. Se trata, evidentemente, del ejemplar que quedó en poder del autor, copia del presentado oportunamente ante el ministro Celestino Marcó para postular al cargo. Aunque se ignora de qué manera llegó este documento a manos del dirigente socialista Juan A. Solari (1899-1980), varias décadas más joven que Peña, se pueden plantear algunas pistas.

Solari fue amigo de Fernando Peña, hijo de David. Ambos mantuvieron correspondencia (1947-1971) que se conserva en el Fondo Solari, especialmente fluida en los primeros años de la década de 1950. Por ese entonces, Fernando Peña se encontraba en Alta Gracia (Córdoba) y se dedicó a difundir y vender obras de Solari, mientras ambos tomaban recaudos en sus intercambios epistolares y utilizaban seudónimos (el de Solari, «Moreira») para referirse a la red de socialistas en la que militaban, como manera de escapar a la persecución política del gobierno de Juan D. Perón. En una de esas cartas, Fernando agradece la alusión a su padre que hiciera Solari, en un artículo sobre Juan B. Alberdi y las *Bases*.^[6]

[4] Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas, Fondo Juan Antonio Solari (en adelante CEDINCI-FJAS), carpeta 77, «Memorial presentado por el doctor David Peña para optar al cargo de Jefe del Archivo General de la Nación de acuerdo con el decreto de fecha 5 de febrero de 1923», 26 de febrero de 1923. En la misma carpeta se conserva otro material de David Peña, de 1927, sobre el homenaje de la Universidad de Buenos Aires a Juan María Gutiérrez.

[5] Desde hace varios años investigamos la producción historiográfica y emprendimientos culturales impulsados por David Peña en la Argentina del período de entresiglos (Ss. XIX-XX). Para ello hemos buceado en su archivo personal, preservado en la Academia Nacional de la Historia, y estudiado su epistolario, las publicaciones periódicas que fundó y dirigió (como *Revista Argentina* y *Atlántida*), la repercusión de su obra *Juan Facundo Quiroga* (1906) y sus artículos sobre materia religiosa (Micheletti 2013, 2015, 2017, 2018, 2019, 2020, 2024).

[6] CEDINCI-FJAS, carpeta 13, «Carta de Fernando Peña a Juan Antonio Solari», Córdoba, 5 de mayo de 1952. Amigo personal en su juventud –casi «hijo adoptivo»– de

Otro dato importante para tener en cuenta es que Solari –que ha sido caracterizado como «amante de la historia» (Petra 2007, pág. 209)– fue autor de una serie de libros y trabajos de contenido histórico, entre cuyos títulos se cuentan *Rivadavia y los afectos bien nacidos* (1946), *Florencio Varela, el decano de los jóvenes* (1948), *Eduardo Wilde y el laicismo argentino* (1948), *Desde la caída de Rozas hasta la constituyente de 1853* (1948), *Emilio Frugoni. Su magisterio político-social. Su mensaje lírico* (1950), *Hombres de la República: maestros, amigos, compañeros* (1966) y *Días y obras de Sarmiento* (1968). En su epistolario, abundan las notas de acuse de recibo de estas obras por parte de sus camaradas y amigos. Es fácil advertir que debido a su inclinación por la historia y a sus ideas progresistas, Solari se sentía atraído por la singular personalidad y la visión del pasado que en época temprana había desarrollado David Peña,^[7] y se ocupó de la divulgación de su obra. A principios de la década de 1960, como director de la editorial Bases (Jannello 2013), Solari tuvo parte principal en la edición de una obra póstuma de Peña, consistente en una compilación de artículos publicados en el diario *La Prensa* en 1923 (el mismo año de la postulación para la Jefatura del Archivo). Se trata de *La materia religiosa en la política argentina* (1960).^[8] En una carta de 1961, el escritor e historiador Bernardo González Arrili le agradeció a Solari el envío de este libro, y le reconoció el mérito de exhumación de un autor «un tanto olvidado»:

quien inspiró la Constitución Nacional a través de su libro *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, David Peña dedicó parte de su vida a recuperar la memoria de Alberdi, menoscabada por Bartolomé Mitre y su círculo, y a defenderlo de la acusación de «traición a la patria» (cfr. Brezzo, en este mismo volumen, y Brezzo 2020).

[7] Debido a sus planteos historiográficos, entre los que descuellan la reivindicación del caudillismo federal en la figura de Juan Facundo Quiroga y la defensa de la postura alberdiana ante la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, David Peña ha sido ubicado entre unos «primeros revisionistas», es decir, exponente de un tipo de «revisionismo» anterior al denominado revisionismo histórico argentino de los años treinta, y su obra ha sido vinculada a las relecturas del pasado que a principios del siglo XX promovieron los constitucionalistas de la Universidad de La Plata, institución de la que fue docente (Chiaramonte 2013, págs. 147-155; Devoto y Pagano 2009, págs. 203-205).

[8] Eran épocas de recuperación de la obra de David Peña por parte del revisionismo de izquierda. Pocos años más tarde, la editorial de Antonio Peña Lillo publicó *Alberdi, los mitristas y la guerra de la Triple Alianza* (1965), que compilaba sus escritos en defensa de Juan B. Alberdi, con estudio preliminar de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde.

«han hecho ustedes una verdadera “gauchada” publicándolo y ojalá el público responda al esfuerzo que la impresión importa».^[9] No debe sorprender la publicación de esta obra por la editorial socialista; aunque provenía de las filas conservadoras, David Peña había sido un espíritu abierto, y en vida había entablado vínculos con radicales y socialistas, con quienes compartía un común «credo liberal-laico», tal como se proclamara en la correspondencia sostenida con su amigo, el radical entrerriano Francisco Barroetaveña.^[10] Para la época de la aparición de los artículos sobre materia religiosa en *La Prensa*, existe registro del interés que despertaron los análisis de Peña en el diputado socialista Héctor González Iramain. Por entonces, Barroetaveña y Peña especulaban sobre la posibilidad de comprometer a los legisladores socialistas, como González Iramain –quien fue diputado por la Capital Federal entre 1920 y 1924–, para promover la sanción de leyes laicistas (Micheletti 2019). A la vez, en el Fondo Juan Antonio Solari existen varias cartas del mismo González Iramain, con agradecimientos y comentarios sobre la producción de carácter histórico de Solari. El análisis de estos fondos epistolares permite apreciar que Fernando Peña, Juan A. Solari y Héctor González Iramain, entre otros, compartieron espacios de sociabilidad intelectual y política, por los que circularon escritos en los que se recuperaban las ideas historiográficas de David Peña. En estos nexos, en la amistad entre Solari y Fernando Peña, y en el interés del primero por las ideas historiográficas del padre de este último, hay que situar la explicación de que una copia del *Memorial* de David Peña haya ido a parar a las manos de Solari.

Escritura autobiográfica y construcción del «yo» historiador

Según definió el holandés Jacob Presser en 1958, un egodocumento es un texto, de cualquier forma, o tamaño, «en el que se esconde o descubre deliberada o accidentalmente un ego» (Dekker 2002). Depositaba así un tanto anticipadamente su atención Pres-

[9] CEDINCI-FJAS, carpeta 7, «Carta de Bernardo González Arrili a Juan Antonio Solari», 8 de marzo de 1961.

[10] Archivo Academia Nacional de la Historia, Fondo David Peña (en adelante AANH-FDP), caja 2, «Carta-crónica sobre una improvisación oratoria», «Carta de Francisco Barroetaveña a David Peña», 15 de julio de 1922.

ser, en un tipo de escritura, la autobiográfica, que con el correr de las décadas ha ido concitando cada vez mayor interés, tanto en el campo de la literatura, como en el de la historia (Amelang 2006; Loureiro 1991). En los escritos autobiográficos, «bios» –la vida– y «graphé» –la escritura– quedan mediatizadas por el «autos» –el autor sujeto– (Amaro 2009, págs. 25-34). El «yo» cobra en ellos centralidad, y tanto el contexto de producción, como la intención y los móviles del autor al elaborarlos resultan componentes fundamentales, que ayudan a articular el relato. En palabras de Rudolf Dekker, que reactualiza el concepto de Presser, el egodocumento es «un texto en el que un autor o autora escribe sobre sus propios actos, pensamientos y sentimientos» (Dekker 2002).

Hay que reconocer, que el amplio abanico de textos personales de carácter autorreferencial que quedan incluidos bajo el genérico nombre de escritos autobiográficos fue bastante cuestionado, en su uso como documento o fuente histórica, con motivo del afianzamiento en el siglo XX de la historia científica, el paradigma estructuralista de posguerra, el auge de la historia económica, el desarrollo de la historia cuantitativa y el interés por el estudio de la sociedad por encima de los individuos. Desde ese paradigma historiográfico se objetó la escasa fiabilidad de este tipo de textos debido a su carácter subjetivo. Por ello, la «vuelta del sujeto» experimentada en la historia y otras ciencias sociales en las últimas décadas, ha dado paso a posiciones menos rígidas (Colin y Burdiel 2005). En la investigación histórica actual, que otorga mayor valor a ese componente personal, el uso de estos escritos no solo se ha visto revitalizado, sino también renovado en propuestas que ya no los piensan tan solo como fuentes capaces de ofrecer a los historiadores información importante para la reconstrucción de perfiles biográficos, sino incluso como objeto de estudio en sí mismos.

En sintonía con estos nuevos enfoques historiográficos, que prestan atención a las escrituras en primera persona por su capacidad «para revelar el lado subjetivo del pasado» (Amelang 2005), este trabajo considera al *Memorial* escrito por David Peña en 1923, que adopta formas semejantes a las de un moderno *curriculum vitae*, como un egodocumento o una forma embrionaria de autobiografía académica. Es decir, que, junto a autobiografías, memorias, diarios íntimos y cartas personales, señalados usualmente

como los textos que componen el universo de los egodocumentos, se propone aquí pensar al *curriculum vitae* como otra forma de expresión de este género de escritura.^[11]

En la antigua Roma se hablaba del *cursus honorum*, o carrera o camino de los honores que realizaba un ciudadano en su paso por diversas magistraturas. Con el tiempo, se comenzó a recurrir a la escritura de un texto, en el que el autor ponderaba sus conocimientos y competencias como forma de presentación, tal como se cuenta que hizo Leonardo Da Vinci frente al duque Ludovico Sforza. Las cartas de presentación fueron frecuentes, en distintas épocas, para postularse personalmente o para recomendar a alguien para un puesto o cargo. Sin embargo, el *curriculum vitae* no se popularizó en su uso ni alcanzó forma más o menos estandarizada sino en el siglo XX, acompañando los procesos de profesionalización, especialización y modernización laboral. Siguiendo a Pierre Bourdieu, Susana García Salord se refiere al *curriculum vitae* o CV como a la «oficialización de un discurso sobre sí mismo», y como a un mecanismo con capacidad de producir una identidad social y narrativa (García Salord 2010, pág. 106).

Desde esta perspectiva, el *curriculum vitae* de David Peña abre la posibilidad de tomar contacto con un texto en el que su autor construye su identidad como historiador, con el objetivo de convertirse en jefe del Archivo General de la Nación. Su abordaje, vincula con la línea de investigación que propone aplicar el corpus teórico desarrollado sobre escritura autobiográfica a los estudios de historia de la historiografía, procurando establecer relaciones entre la obra de un autor y sus papeles personales, entre vida y escritura. Jaume Aurell, quien se ha dedicado a recopilar y estudiar un corpus de más de cuatrocientas biografías y autobiografías de historiadores (Aurell 2023),^[12] explica que estas autobiografías intelectuales no

[11] Existen investigaciones que avanzan con un planteo similar, como la que toma como materia de estudio los memoriales académicos que deben presentar los docentes brasileños en la universidad para el ascenso profesional. El memorial académico es «uno de los raros momentos en los cuales se legitima el discurso del intelectual sobre sí mismo, abordando desde la elección de la profesión y la formación inicial hasta el desarrollo de la carrera docente, así como las perspectivas personales, transiciones, prácticas, vivencias y recuerdos, en tanto que “experiencia”» (Silva y González-Monteagudo 2016, pág. 135).

[12] Pierre Nora estableció un hito en 1987, cuando reunió varias autobiografías de historiadores bajo la denominación de «ego-historia». *Essais d'ego-histoire* contribuyó de

solo son textos «informativos», en los que los autores comunican aspectos de su trayectoria profesional, sino que también actúan como «performativos», ya que comportan hechos intelectuales y pueden transformar realidades disciplinarias, académicas y epistemológicas, resultando útiles como «plataformas privilegiadas para una mayor comprensión de la evolución de nuestra propia disciplina» (Aurell 2008, pág. 197). Se sitúan en el corazón mismo de la disciplina, porque consisten, en definitiva, en «historiar-se a uno mismo» (Aurell 2017, pág. 127, traducción propia).

Puede decirse entonces que, desde la historia de la historiografía, el *curriculum vitae* de un historiador –como el de David Peña– se constituye en una inestimable fuente, en diversos sentidos. En primer lugar, desde un uso estrictamente documental, por los datos que aporta, ordenados y clasificados, sobre la obra y antecedentes que su autor lleva realizados hasta el momento de su redacción. Se puede afirmar que dar con el CV de alguien resultaría de una gran ayuda para cualquier biógrafo. En un segundo nivel del análisis historiográfico, el currículum puede ser considerado un tipo de autobiografía académica, que devela el «yo» íntimo del historiador, al dejar traslucir de qué manera él mismo expone y pondera sus antecedentes y valora su propia obra. A un tercer nivel, brinda información sobre el estadio historiográfico y el grado de desarrollo de la disciplina en la época en que a aquél le tocó actuar, ya que, a través de sus autobiografías, los historiadores «aportan nuevas claves para comprender la evolución de la disciplina histórica y, más elocuentemente, contribuyen a generar nuevas transformaciones en los paradigmas que sustentan teóricamente las tendencias historiográficas» (Aurell 2006, 2008). Ignacio Peiró ha reflexionado sobre algunas notas características de los discursos autobiográficos de los historiadores, como «la singular percepción y utilización del tiempo» que contienen y la aguda percepción de su propia historicidad, debido a que los historiadores no solo viven en el tiempo, sino que han «asumido la función de ser sus vigilantes» (Peiró Martín 2001, pág. 365). En estas claves de análisis se propone aquí una aproximación al *Memorial* de David Peña.

una forma decisiva –al decir de Jaume Aurell– a que los ejercicios autobiográficos, tradicionalmente percibidos como poco ortodoxos dentro de la profesión, fuesen reconocidos como relevantes y útiles para la práctica historiográfica (Aurell 2017).

Antes de avanzar, resulta conveniente aclarar que se dispone de, al menos, cuatro escritos autobiográficos de David Peña, aunque sería más ajustado agregar que, en realidad, se trata de un autor que hizo uso frecuente de este tipo de textos –propios y ajenos– como recurso metodológico para su práctica historiográfica (Micheletti 2024), y que fue dejando de sí mismo «reliquias autobiográficas» (Aurell 2009) en muchos de sus escritos. Este estilo personal de escritura –y la existencia de varias versiones autobiográficas– permite cotejar cómo un individuo se construye, y se re-construye a sí mismo, y apreciar cómo elabora las representaciones sobre sí mismo, en función de sus posibles interlocutores. En relación con esta diversidad de «yoes» que se deslizan por los relatos autobiográficos, vale la reflexión acerca de que la vida de un individuo no es necesariamente unívoca, ni guarda una completa coherencia bajo las diversas circunstancias en que se desenvuelve. Incluso, se ha señalado a la autobiografía «como espacio desde el que indagar, no tanto en un yo estable y rescatable en su unicidad y pureza, sino precisamente en la fragmentación del yo, en su inestabilidad interna» (Colin y Burdiel 2005, pág. 21). Así, al poner en relación varios escritos autobiográficos de David Peña, pueden advertirse diferenciados matices de una vida que buscaba explicarse a sí misma. El primero de esos escritos da cuenta de sus iniciales «tentativas» como autor dramático, y fue publicado como «autobiografía» en 1907.^[13] Los otros tres textos fueron elaborados en la última década de vida del autor. Por un lado, una *Memoria* de 1926, que ha sido utilizada como fuente por uno de sus biógrafos, Kanner (1974). En ella, Peña evoca principalmente su niñez y sus años estudiantiles en el Colegio Nacional de Rosario, época en la que tuvo por benefactor –como le gustaba recordar– al presidente Nicolás Avellaneda. Otro escrito, para el que Peña invoca el modelo de Jean J. Rousseau^[14] y al que también le da el carácter de «autobiografía», consiste en una breve encuesta que respondió en

[13] David Peña, «Tentativas dramáticas. Autobiografía», *Revista de Derecho, Historia y Letras*, año IX, tomo XXVI, 1907, págs. 471-486.

[14] Como género histórico, la «autobiografía» cobró forma a fines del siglo XVIII, señalando el nacimiento de un fenómeno literario vinculado a nuevas condiciones sociales y culturales: «la reflexión en torno al desarrollo de la propia personalidad, muy en sintonía con la importancia que la modernidad le comenzaba a atribuir al sujeto y su individualidad». En ese contexto, las *Confesiones* de Rousseau han

1928 para una revista de noticias sociales y de actualidad. Para el lector no especializado de *El Hogar*, Peña se sitúa históricamente y se muestra como un hombre público, próximo a las figuras más destacadas de la política argentina. En un balance con tintes metafísicos, y no del todo satisfecho con sus logros, particulariza en su actividad periodística y, solo de modo muy general, refiere a su obra literaria e histórica.^[15] A estos relatos hay que sumar los «Títulos y antecedentes» presentados en el *Memorial* de 1923. Es en este texto, analizado en las páginas que siguen, en el que David Peña se construye más propiamente como «historiador».

Reorganización administrativa y experticia

Al presentar su solicitud para optar al cargo de Jefe del AGN, David Peña la fundamentó «con los títulos de ser ciudadano argentino y abogado nacional», y en la posesión de antecedentes que consideraba serían valorados por Celestino Marcó, ministro de Justicia e Instrucción Pública durante el primer año de la presidencia de Marcelo T. de Alvear (1922-1928). Tal como sostuvo Peña en su escrito dirigido a Marcó:

«Muéveme a ello, además de la especialidad del cargo, la determinación del Gobierno actual de la Nación de elevarlo a mayor altura moral que la que antes ofrecía, llegando a cambiar su concepto aún en el sentido burocrático, todo ello con el incentivo por primera vez establecido, de alcanzarlo por propios merecimientos» (f. 1).^[16]

Nótese que, en esta breve frase introductoria, David Peña resaltaba dos condiciones que le servían de argumento para justificar su nombramiento. En primer lugar, «la especialidad» que el cargo requería, a la que consideraba responder debidamente con su deta-

sido consideradas un texto fundacional del discurso autobiográfico (Amaro 2009, pág. 51).

[15] AANH-FDP, caja 3, «Junio 16 de 1928». En el archivo personal existe una copia mecanografiada del texto publicado en *El Hogar*. La única oración relativa a su obra historiográfica es la siguiente: «Dejo 30 obras teatrales y 5 tomos de historia y literatura, de 500 páginas cada tomo. Por todo, 8 tomos».

[16] CEDINCI-FJAS, carpeta 77, «Memorial presentado por el doctor David Peña para optar al cargo de jefe del Archivo General de la Nación de acuerdo con el decreto de fecha 5 de febrero de 1923», 26 de febrero de 1923. Todas las referencias identificadas por el número de folio corresponden a esta fuente bajo análisis.

lle de antecedentes personales. En segundo lugar, la confianza que le despertaba la decisión del gobierno nacional –de signo radical– de llevar a cabo una designación de base meritocrática, dejando a un lado la costumbre –léase, entrelíneas, basada en relaciones personales y otorgamiento de favores– de nombramiento de los funcionarios.^[17] La «mayor altura moral» resultaba apuntalada por ambos supuestos. Conviene hacer algunas aclaraciones con respecto a estas afirmaciones de Peña.

Por mucho tiempo, las cartas de recomendación –a las que el mismo Peña había apelado en diversas ocasiones de su vida– fueron el mecanismo más utilizado para cubrir el empleo público argentino. Luego de varios proyectos de ley que, entre las últimas décadas del siglo XIX y primera del XX, no llegaron a buen puerto, en julio de 1911 un decreto del poder ejecutivo creó un Registro General de Empleados Públicos, con el objetivo de avanzar en una sistematización y mayor eficiencia de la carrera administrativa.^[18] Otro decreto, de enero de 1913, estableció las condiciones de admisión para los empleados públicos. De todos modos, ha sido estudiado que la llegada del radicalismo al gobierno nacional en 1916, que puso término al período de los «notables», facilitó el acceso por motivos políticos partidarios a los cargos de la administración pública. Esta característica destacó sobre todo en la fase yrigoyenista, lo que, en labios de la oposición, condujo a hablar del «gobierno de los incapaces». A la vez, también se ha reconocido que el presidente Hipólito Yrigoyen respetó muchas situaciones heredadas en la administración y mantuvo a los empleados que no tuvieran cuestionamientos en su desempeño. Probablemente esta haya sido la situación de José Juan Biedma, escritor, historiador, miembro por un tiempo de la Junta de Historia y Numismática Americana, y director, precisamente, del Archivo General de la

[17] El artículo 1° del decreto del 5 de febrero, que Peña transcribió en su presentación, enunciaba: «Llámase a concurso de títulos, antecedentes y aptitudes sobre las artes y las ciencias para el cargo de Jefe del Archivo General de la Nación...». *Memoria presentada al H. Congreso de la Nación por el ministro de Justicia e Instrucción Pública dr. Antonio Sagarna. Año 1923*, tomo I. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1924, pág. 93.

[18] *Registro Nacional de la República Argentina. Año 1911* (tercer trimestre), julio, agosto y septiembre. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, págs. 5-6.

Nación, entre 1904 y 1921. Finalmente, también se ha advertido que el presidente Marcelo T. de Alvear y sus ministros intentaron –sin que ello implicara un cambio cualitativo significativo y sostenido en el tiempo– racionalizar la administración, achicándola y depurándola de sus elementos más ineficientes. Así lo procuró hacer el ministro de Justicia e Instrucción Pública, Celestino Marcó, que reglamentó la provisión de cátedras en los establecimientos educativos nacionales, exigiendo examen de admisión, y dictado de clases en prueba durante un mes. Desde el Ministerio de Agricultura, el ministro Tomás Le Breton también instrumentó medidas para el desarrollo técnico y la reorganización administrativa (Persello 2000). Similar espíritu parece haber inspirado el decreto de 5 de febrero de 1923, por el que el ministro Marcó convocó a concurso de antecedentes para cubrir el cargo de Jefe del AGN, luego del breve ejercicio en el puesto de Juan José Comas (1921-1922).

Los considerandos del decreto dejaron en claro las falencias constatables en la repartición. Señalaron «deficiente la organización» del AGN «desde el punto de vista de los fines que debe realizar», y cuestionaron que «la formación de los conjuntos documentales aparece practicada sin método y sin criterio científico, y se carece de catálogo en forma». Ante esto, establecieron la «necesidad de confiar la Dirección del Archivo a un técnico evitando que constituya una posición burocrática», y de «metodizar los trabajos de orden y clasificación», sentándose asimismo la conveniencia de «crear la carrera de archivero, aboliéndose en lo posible los nombramientos y ascensos de oficio, substituyéndolos por el examen previo de los candidatos». El concurso para cubrir el cargo de director contaría con «un jurado formado con personas versadas en los estudios históricos y de humanidades». En la elección se tendrían en cuenta, no solo el mérito y la aptitud de los candidatos, sino también «el plan de los trabajos que a juicio de estos corresponda hacer en la repartición».^[19] La apertura del concurso despertó cierto interés entre quienes se movían en el mundo de los documentos y archivos y se recibieron veinticuatro postulaciones.

[19] *Memoria presentada al H. Congreso de la Nación por el ministro de Justicia e Instrucción Pública dr. Antonio Sagarna. Año 1923*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, tomo I, 1924, págs. 92-93.

A tono con la convocatoria, David Peña presentó un resumen de su trayectoria como historiador y de su experticia para el manejo de documentos de archivo, en un escrito cuya formalidad no hace perder el estilo narrativo y personal de un autor que cultivó varios géneros literarios, ejemplo de una época en la que los campos profesionales no estaban bien delimitados, ni tampoco los CV habían alcanzado formas estándares.

En cuanto al formato empleado, se puede aducir que Peña intuitivamente elaboró un tipo de currículum funcional, antes que uno de tipo cronológico, ya que organizó sus antecedentes de manera temática, realizando de cada uno de ellos una presentación integral, en lugar de priorizar el factor tiempo.^[20] Tal como explican hoy los manuales en uso, que brindan consejo a los postulantes sobre la mejor manera de confeccionar un CV, el de tipo funcional resulta más apropiado en aquellos casos en que las trayectorias no son lineales, ya que permite disimular mejor los vacíos o espacios de tiempo «en blanco», y también si «se poseen una serie de habilidades transferibles adquiridas a lo largo de diversas experiencias personales, pero no de experiencias laborales precisamente» (Puchol 2004, págs. 57-69). Ambas características resultan apropiadas al perfil de David Peña –que enseñaba y escribía sobre historia, pero que no era historiador profesional ni tampoco archivero– y al estadio de desarrollo del oficio de historiador en la época en la que le cupo actuar. En cambio, al contrario de las recomendaciones actuales que sugieren la utilización de un lenguaje impersonal a la hora de confeccionar el currículum, la autorreferencialidad a la que apeló David Peña resulta marcada, en un texto construido en primera persona, de principio a fin, y que al comienzo y al cierre adopta el formato de carta rematada con firma.

Con todo y en líneas generales, la presentación de David Peña parece seguir los pasos de un moderno CV. Enumerados en números romanos, uno a uno, Peña fue desplegando sus antecedentes, y la manera en que los ordenó es, de por sí, reveladora de la importancia relativa que su autor atribuía a cada uno.

[20] Para esta caracterización se ha hecho uso de una clasificación actual de los *curriculum vitae*.

Una confesión inicial o el talón de Aquiles

Aunque muchos de sus amigos y conocidos se refirieron a David Peña –en vida y después de su fallecimiento– como un hombre que descollaba en el ambiente literario por sus «bellas cualidades» y que hubiera podido desempeñar altas funciones: «diputado nacional, acaso ministro de Instrucción Pública o gobernador de Santa Fe» (Gálvez 1944, págs. 281 y 283), lo cierto es que la suerte, o las circunstancias, le resultaron adversas. Acerca de su idealismo y falta de constancia insinuaba la nota necrológica de la Dirección de *Nosotros*:

«Vemos así que en los distintos órdenes de actividades a que se dedicó fue un triunfador, y sin embargo no podemos decir que haya triunfado. ¿Qué le faltó?

»Es que el doctor David Peña fue toda su vida un lírico. Verdadero doctor en nubes, vivió siempre en el aire, olvidándose que para que la tierra no nos falte bajo los pies, hay que pisar muy fuertemente sobre ella».^[21]

Luego de egresar del Colegio Nacional de Rosario en 1879, Peña se inició muy joven en el empleo público, aunque a través de modestas intervenciones. El favor del presidente Avellaneda le facilitó un puesto en el correo, para poder continuar sus estudios en Buenos Aires. En 1885 actuó como secretario privado del ministro de Hacienda, Victorino de la Plaza, y también de Bernardo de Irigoyen, acompañándolo en un viaje de campaña electoral por el interior del país, cuya crónica volcó en un libro. Fue, además, secretario de la Intervención Nacional en La Rioja durante la presidencia de Julio A. Roca.

Durante la segunda mitad de la década de 1880 David Peña ocupó algunos de sus principales cargos públicos, a nivel provincial, durante la gestión del galvismo santafesino. Fue secretario personal del gobernador José Gálvez, legislador y convencional constituyente de Santa Fe en 1890 (luego volvería a ser convencional en la reforma constitucional de 1907).

A fines de la década de 1880 se casó y mudó a su ciudad natal de Rosario y, en esas circunstancias, intentó infructuosamente en 1892

[21] «David Peña», *Nosotros*, año XXIV, tomo LXVIII, Buenos Aires, 1930, pág. 101.

acceder al rectorado del Colegio Nacional, del que era exalumno. Una carta afectuosa del ministro Juan Balestra declinó la solicitud, aunque lo colocó como segundo candidato. El elegido para el cargo fue el exiliado balmacedista chileno, Eduardo de la Barra.^[22]

Años más tarde, fue en coincidencia con la presidencia de su amigo José Figueroa Alcorta que David Peña consiguió ocupar un lugar de especial lucimiento, al asumir como secretario de la Comisión Nacional del Centenario.

Siendo un hombre de escasa fortuna, y de familia numerosa que sostener, resulta evidente que un buen puesto como funcionario del Estado le hubiera otorgado cierta holgura económica –que su bufete de abogado no llegó a compensar–, pero, sobre todo, le hubiera atribuido un capital simbólico, cuya falta personalmente le pesaba. Este sentimiento se trasluce en sus escritos personales, que marcan esa falencia o debilidad, como una especie de estigma que lo afectaba. Al responder en 1928 con carácter de «autobiografía» a la encuesta que le realizara la revista *El Hogar*, Peña señaló la distancia que mediaba entre sus vinculaciones políticas y su magro aprovechamiento de ellas:

«Me han favorecido con su trato, amistad y con sus cartas, varios presidentes de República, –casi todos–, desde Mitre a Sarmiento, de Avellaneda a Roca; de ambos Sáenz Peña a Pellegrini y desde Plaza a Alvear. Solo he ocupado breves puestos en la administración pública como Secretario General de la Comisión Nacional del Centenario, Asesor del Ministerio de Obras públicas y Secretario de Embajada».^[23]

Estos breves cargos habían sido conseguidos gracias a vínculos de amistad y favor bajo la «república de los notables». O, mejor dicho, de intercambio de favores, porque al nombramiento en la Comisión del Centenario lo antecedió la defensa pública que hizo Peña en 1908, en conferencia y a través de la prensa, de la medida de Figueroa Alcorta de clausurar anticipadamente las sesiones del Congreso para combatir a los sectores roquistas. Tiempo después, Peña pidió personalmente y por carta al presidente el puesto de

[22] AANH-FDP, caja 1, «Carta de Juan Balestra a David Peña», 24 de febrero de 1892. Leopoldo Kanner transcribe esta carta en su libro sobre los años estudiantiles de Peña (Kanner 1974, págs. 137-139).

[23] AANH-FDP, Caja 3, «Junio 16 de 1928».

secretario de la Comisión. Y lo obtuvo. Dos años más tarde, al viajar Figueroa Alcorta a España como Embajador Extraordinario de Argentina para los festejos del Centenario de las Cortes de Cádiz, Peña fue elegido secretario (Aballe 2013). Por ello, la postulación en 1923 al concurso para la jefatura del AGN muestra cierta adecuación de Peña a nuevas reglas de juego, relacionadas con un avance hacia una mayor profesionalización en las formas de otorgamiento del empleo público. En el *Memorial* bajo análisis, Peña sintió la necesidad de hacer una confesión inicial y enunciar, casi con culpa:

«Antes, debo decir que no he ocupado puestos públicos sino accidentalmente. En mucho me decide intentar la obtención de éste la aspiración de que podré continuar prestando desde él relativos servicios a la cultura general del país atentas su naturaleza y las tendencias de mi espíritu» (f. 1).

La frase, además, de evidenciar cierta insatisfacción personal, parece apelar a la conmiseración. ¿Rastros de la costumbre que había ejercido en el pasado, de pedir por carta el favor de conocidos ilustres?

Al elaborar su solicitud, Peña sabía, porque así lo especificaba el decreto del 5 de febrero, que el jurado estaría integrado, además de por el ministro Marcó en carácter de presidente, por colegas –casi todos, más jóvenes que él– con los que interactuaba en la universidad y en los espacios de sociabilidad intelectual de la época: Ricardo Rojas, decano de la Facultad de Filosofía y Letras; Ricardo Levene, decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Antonio Dellepiane, director del Museo Histórico Nacional; y Luis María Torres, director del Museo de La Plata.^[24] A todos ellos, la figura simpática y respetable de un ya maduro Peña, allanándose a enumerar sus antecedentes para competir con una pléyade de candidatos treintañeros y prometedores en el campo de las letras y de la historia, debió generarles cierta compasión.^[25]

[24] *Memoria presentada al H. Congreso de la Nación por el ministro de Justicia e Instrucción Pública dr. Antonio Sagarna. Año 1923*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, tomo I, 1924, pág. 93.

[25] Entre los veinticuatro postulantes se encontraban Heráclito Mabragaña (1871-1925), Agustín R. Caffarena (1872-1933), Manuel Gálvez (1882-1962), Rómulo D. Carbia (1885-1944), Eduardo Fernández Olguín (1881-1935), Gontrán Ellauri Obligado (1885-1949), Eulalio Astudillo Menéndez (1886-1940), Hernán F. Gómez (1888-1945), Dardo Corvalán Mendilaharsu (1888-1959), Jorge Cabral Texo (1894-?). Varios lo tenían

La forma en que estaba compuesto el jurado, con la presencia de nombres como el de Levene y Torres, resulta, ya de por sí, demostrativa del creciente proceso de institucionalización e inserción universitaria de los estudios históricos y del ascendiente alcanzado a comienzos de la década de 1920 por los integrantes de la denominada Nueva Escuela Histórica (NEH), que desde la década anterior venía afianzándose con su insistencia sobre la importancia de establecer una práctica historiográfica sobre la base de un método y reglas precisas, paso importante hacia su profesionalización (Pagano y Galante 1993). También es posible encontrar a algunos de sus principales exponentes, como Rómulo Carbia, entre los postulantes al cargo. El «lugar» asignado al archivo, como reservorio de la documentación histórica sirve para explicar, tanto la resignificación que se buscaba otorgar por entonces al AGN, incluida la idea expresada en el decreto de establecer una escuela de archiveros,^[26] como el surgimiento de un nuevo tipo de «especialista», representado por aquellos jóvenes que se entrenaban en la organización de archivos y búsqueda y catalogación de fuentes. De esta manera, no es un dato menor que entre los postulantes se encuentre también a Eduardo Fernández Olguín, quien en su haber podía contar el relevamiento que había realizado en 1921 en los archivos de Corrientes, bajo las indicaciones del nuevo director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, Emilio Ravignani.

Finalmente, la presentación de David Peña y de otros postulantes fue desestimada, prefiriéndose designar en el puesto a Augusto S. Mallié (1872-1929), quien lo ocupó entre 1923 y 1929. En este caso, y en sintonía con los objetivos que se había propuesto el ministro Marcó, el conocimiento del AGN y la experiencia técnica más constatable de Mallié se impuso, frente a unas habilidades más difusas que podían exhibir Peña y otros candidatos. Mallié había

a Peña por maestro, como Gálvez o Carbia; incluso había algún exalumno suyo de la Facultad de Filosofía y Letras, como Juan C. Jara. Entre los postulantes no faltaron algunos sacerdotes apegados a los estudios históricos y con experiencia en archivos, como Agustín Piaggio (1873-1926) y Manuel J. Sanguinetti.

[26] La Escuela de Archiveros y Bibliotecarios de la Facultad de Filosofía y Letras fue creada bajo el decanato de Ricardo Rojas en 1922 y comenzó a funcionar al año siguiente, en línea con los preceptos de la NEH.

ingresado a la repartición a los 18 años y había sido por años el principal colaborador del ex director, José Juan Biedma.^[27]

¿Qué condujo a Peña a postularse, pasados los sesenta años, para un cargo para el que no tenía antecedentes específicos en archivología, y por el cual habría de competir, con quien se desempeñaba en la institución desde hacía más de treinta años? Se puede aventurar que lo empujó la necesidad económica, o la falta de «sentido de la realidad» con la que –al decir de Manuel Gálvez– encaraba muchas de sus actividades (Gálvez 1944, pág. 285). También se puede argüir su pertenencia a una generación de historiadores no especializados, que tenían la convicción de que la falta de formación específica podía suplirse con vocación, dedicación y exceso de voluntarismo.

No deja de resultar irónico que pocos meses más tarde, Francisco Barroetaveña pusiera por carta a su amigo David: «Cada vez que saboreo una producción suya, me pregunto: ¿en qué bien rentada función de Estado debiera ubicarse a este vate, para que escriba sobre cosas grandes y memorables?».^[28]

I. Formación en historia. Un alumno distinguido *

Ya se ha señalado más arriba que David Peña se presenta en el *Memorial* como «abogado nacional». Sin embargo, al iniciar en números romanos el listado de sus antecedentes, lo hace con la alusión a sus estudios secundarios, y de una original manera:

«Hice mis estudios preparatorios en el Colegio Nacional del Rosario, con beca del Gobierno Nacional. En el ramo de Historia Argentina obtuve la primera clasificación (sic) mereciendo reemplazar al profesor de la materia en frecuentes ocasiones como una distinción» (f. 1).

Esta forma de iniciar la enunciación de sus antecedentes para el cargo al que aspiraba dice mucho de la singular personalidad

[27] Eugenio Corbet France, «Mis maestros en el Archivo General de la Nación», *Estudios*, 1937, pág. 59.

[28] AANH-FDP, Caja 2, «Carta de Francisco Barroetaveña a David Peña», 22 de octubre de 1923.

* En este análisis se ha respetado la numeración y el orden establecido por David Peña para sus antecedentes, a los que se les ha agregado un subtítulo descriptivo que no pertenece al currículum original.

de David Peña y de su espíritu jovial y sencillo –tal como ha sido definido por sus allegados– y, en su brevedad, la frase encierra tres claves. En primer lugar, Peña reconoce su origen provinciano^[29] y se ubica en Rosario, ciudad de sus afectos. En segundo lugar, reivindica su pertenencia a la primera camada de alumnos del Colegio Nacional de esta ciudad y –algo que le gustó recordar muchas veces a lo largo de su vida– su carácter de «protegido» del presidente Nicolás Avellaneda. En otro escrito autobiográfico –su *Memoria* de 1926 recuperada por Leopoldo Kanner– David relató con detalles la entrevista en la que el niño de diez años, huérfano de padre e hijo de un coronel fallecido en servicio, consiguió interesar al presidente para financiar sus estudios (Kanner 1974, págs. 62-64). Fue esa primera vez, posiblemente, la que lo habituó a la costumbre de solicitar el favor de personajes públicos. Finalmente, Peña resalta las calificaciones sobresalientes obtenidas en la asignatura Historia Argentina, las que le abrieron el paso a un informal y prematuro ejercicio de la cátedra, en reemplazo del docente a cargo. De esta manera, la historia emerge como núcleo de interés en un horizonte lejano y ayuda a estructurar el relato autobiográfico, ya que el recuerdo de la formación de una «vocación» constituye «uno de los caminos más seguros seguido por un amplio grupo de escritores de autobiografías» (Peiró Martín 2001). La gratitud hacia el profesor que lo formó en el Nacional de Rosario en el aprendizaje de la Historia ya había sido explicitada por Peña al dedicar su *Juan Facundo Quiroga* (1906) a su «primer maestro de historia», el salteño Pedro Nolasco Arias, «en homenaje a la mejor lección: su vida» (Peña 1906, pág. V).^[30]

La evocación, a la vez, esconde una limitación y ayuda a situar a Peña en el incipiente estadio de desarrollo de la historiografía y del aprendizaje de la historia en Argentina. La formación específica en la asignatura Historia de quienes se dedicaron a la escritura

[29] Se puede considerar a David Peña como formando parte del grupo de escritores de provincia que, a fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, encontraron en su residencia o paso por Buenos Aires un lugar de legitimación intelectual (Pasolini 2012).

[30] En 1907 falleció Pedro N. Arias, y Peña le volvió a dedicar unas sentidas palabras en las que recordó su devoción provinciana por Güemes. «Necrología. Pedro N. Arias», *Revista de Derecho, Historia y Letras*, año IX, tomo XXVII, Buenos Aires, 1907, págs. 597-600.

del pasado y a su enseñanza en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, en la mayoría de los casos se concentraba en las lecciones que habían recibido durante el cursado del colegio secundario. Cuando Peña comenzó sus estudios superiores, la Universidad de Buenos Aires aún era provincial (fue nacionalizada en 1881) y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, si bien se impartían nociones de historia nacional, esto se hacía desde la cátedra de Derecho Constitucional, a cargo del prestigioso José Manuel Estrada (Chiaramonte y Buchbinder 1992; Cuello 2012).

II. Destreza para el manejo de documentos

A partir de aquel recuerdo inicial, de sus años de estudiante, David Peña comienza a reconstruir las etapas que lo convirtieron en «historiador». Para ello, apela a una primera experiencia en la que, muy joven aún, formó parte del personal de la Comisión Liquidadora de las Deudas de la Independencia y del Brasil. No es casual el recuerdo, ya que le permite acotar que le correspondió «el honor de liquidar los haberes del General San Martín», es decir, que el aparente trámite administrativo se transformó para él en una labor histórica, ya a comienzos de la década del ochenta: «Aquel primer contacto con expedientes militares, con fojas de servicios de guerreros ilustres, fue mi bautizo en la religión de la historia, despertando en mí la inclinación al manejo y descifración de papeles antiguos» (f. 1).

Un aspecto característico de los documentos personales consiste en los agregados realizados por el autor en los márgenes, que develan distintas instancias y depuraciones en el proceso de escritura. Así, a la frase anterior estampada en el *Memorial*, Peña acota al margen, en forma manuscrita: «Precisamente en el Archivo General de la Nación obran los documentos respectivos y en los que consta mi intervención», y menciona un expediente de 1882, con referencia de legajo, sobre cobro de sueldos del general San Martín.^[31] Esta estrategia resulta significativa, ya que Peña, que

[31] Efectivamente, en el Informe presentado al ministro de Hacienda de la Nación por la Comisión Liquidadora figura el brigadier José de San Martín en la «Relación de Expedientes liquidados hasta la fecha». Exp. n.º 160 de resolución 395, fecha de pago: 16/12/1882. *Memoria del Departamento de Hacienda correspondiente al año 1882*

aspira al cargo de director del Archivo, intenta demostrar, no solo conocimiento del oficio, sino también intervención directa sobre los fondos que este cobija.

Otro punto despierta interés en la cita transcrita. La práctica historiográfica es comparada por Peña con una «religión», con sus propios rituales, marcados por la utilización de un método y de reglas para el manejo y la interpretación de documentos, y vehículo de legitimación para quienes saben ejercerla. El desarrollo de la escuela histórica alemana rankeana y de la escuela metódica francesa de Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos tuvo, como en otros países occidentales (Pasamar Alzuria 1994), sus correlatos y derivaciones en la Argentina. Las polémicas decimonónicas entabladas en el país por Bartolomé Mitre con Dalmacio Vélez Sarsfield y con Vicente F. López contribuyeron a extender la convicción de que la historia debía basarse en la crítica de documentos para constituirse como ciencia y apartarse de los géneros literarios (Eujanian 2003a).

Se ha podido comprobar, en su epistolario y en sus escritos, el sentido de autoridad historiográfica que Peña reconocía en Mitre, más allá de las disputas por la memoria de Alberdi y de las desinteligencias a la hora de interpretar diversos episodios del pasado nacional (Micheletti 2018). Una «admiración» que emerge clara en pleno *Memorial*, al evocar la carta-respuesta que le enviara Mitre a una consulta sobre autenticidad que le había cursado en 1899, como novel profesor en la Facultad de Filosofía y Letras, sobre un presunto documento atribuible a Martín de Güemes. El valor que para Peña tenía el hecho de haber sido en su juventud destinatario de esta carta, lo conduce a entregarla en formato original, para conocimiento del Jurado que lo debía evaluar (fs. 16-17).^[32] Resulta interesante para destacar, en este punto, el uso realizado por Peña

presentada al H.C. Nacional en 1883. Buenos Aires: Imprenta del Porvenir, tomo II, 1883.

[32] AANH-FDP, caja 1, «Carta de Bartolomé Mitre a David Peña», 6 de diciembre de 1899. La carta de Mitre y las circunstancias que la rodearon ya habían sido dadas a conocer públicamente por Peña en una nota al pie de su *Juan Facundo Quiroga* (Peña 1906, págs. 83-86). El deseo de incluir esta referencia de autoridad en el *Memorial* parece hacerle «olvidar» a Peña esta publicación previa: «Se me ha de permitir que refiera en este momento, por su oportunidad, un hecho que no ha sido divulgado y que lo considero digno de publicidad» (f. 16). Resortes de la articulación memoria/olvido, activados por la forma de escritura autobiográfica.

de su archivo personal y epistolario, como modo de apuntalar sus antecedentes y su desempeño historiográfico. Un recurso –el de la transcripción de cartas personales para ser mejor comprendido– utilizado ya por otros autobiógrafos conocidos por él, comenzando por Rousseau, cuyo modelo invocaría en el texto confeccionado en 1926 para *El Hogar*.

Tal como ya se ha referido más arriba, no se puede pasar por alto que cuando Peña escribió su *curriculum vitae* inserto en el *Memorial* de 1923, los historiadores que en Argentina dieron forma a la denominada Nueva Escuela Histórica –Emilio Ravignani, Ricardo Levene, Diego Luis Molinari, Enrique Ruiz Guiñazú, Luis M. Torres, Rómulo Carbia–, y que, en general, reconocían un origen en la tradición mitrista, se encontraban empeñados en afianzar la idea de una profesión institucionalizada y sujeta a reglas (Pagano y Galante 1993). La sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, dirigida entre 1912 y 1920 por Luis M. Torres y convertida en 1921 en Instituto de Investigaciones Históricas bajo la dirección de Ravignani, llevaba desarrollando desde hacía varios años una intensa labor de búsqueda en archivos, recopilación y publicación de series documentales (Buchbinder 2021). El mismo David Peña reivindica en su *Memorial* los trabajos pioneros de la Biblioteca Histórica de la Sección de Historia, impulsados por iniciativa de Torres y del decano José Nicolás Matienzo (f. 13).^[33] Por otro lado, acciones similares realizaban los historiadores nucleados en la Junta de Historia y Numismática Americana (1893), institución que Peña asimismo integraba como miembro de número desde 1906. Por ello, el contexto historiográfico de la década del veinte reforzaba la importancia adjudicada al método y al correcto manejo de los documentos, cuyo dominio resultaba fundamental esgrimir para quien quisiera aspirar a la Jefatura del AGN.

Conviene recordar, de todos modos, que antes de que la NEH se visibilizara como grupo e institucionalizara su labor desde la se-

[33] Se publicaron, por ejemplo, en varios tomos, los *Documentos relativos a la organización constitucional de la República Argentina* (1911), los *Documentos relativos a los antecedentes de la Independencia de la República Argentina* (1912), los *Documentos para la Historia del Virreinato del Río de la Plata* (1912-1913), y los *Documentos para la Historia Argentina* (1913).

gunda década del siglo XX, una generación previa de historiadores eruditos había cumplido ya durante el siglo XIX una importante tarea de acopio de documentos, que circulaban por una red de vínculos privados y por revistas culturales (Buchbinder 1996). Paul Groussac (1848-1929), por ejemplo, desde un lugar de enunciación importante dentro del espacio intelectual, como director de la Biblioteca Nacional, había dado forma a la revista *La Biblioteca* (1896-1898) y su sección de Documentos históricos (Bruno 2004). Estanislao Zeballos, por su parte, dio comienzo en 1898 a la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, de prolongada existencia y prestigio. En cuanto a David Peña, había sido el responsable de llevar adelante una meritoria y, más bien, intuitiva labor de divulgación de documentos en dos revistas culturales que fundó y dirigió: *Revista Argentina* (Rosario, 1891) y *Atlántida* (Buenos Aires, 1911-1914).^[34]

Es decir que Peña, un historiador de entresiglos ubicado en la bisagra entre ambos estadios historiográficos, podía acreditar para 1923 una larga experticia en el manejo y divulgación de documentos históricos, de la que busca hacer gala también en el resto del *Memorial*. Aunque centrado a partir del segundo apartado en cuestiones más técnicas, en diversas partes de este se descuelgan al respecto algunos rastros autobiográficos. Además del mencionado intercambio de correspondencia con Mitre de 1899, Peña alude a su visita al Archivo de Sevilla y a otros archivos y bibliotecas europeos, en oportunidad de viajar como secretario de la Embajada a España en 1912,^[35] lo que le permitió ampliar –asegura– sus conocimientos de archivística y entablar contacto epistolar con algunos responsables de su gestión (f. 15). Sostiene conocer, a nivel internacional, los aportes de la tradicional *École des Chartes*

[34] En *Revista Argentina* David Peña publicó correspondencia del general Estanislao López y concedió espacio al deán de Paraná Juan José Álvarez para que diera a conocer «quince cartas semioficiales autógrafas» de Manuel Belgrano. También dio a publicidad cartas enviadas por Rivadavia y por Vicente López a un joven Alberdi, así como otros interesantes documentos. En *Atlántida* publicó a lo largo de varios números durante 1911 las cartas íntimas del deán Gregorio Funes a su hermano don Ambrosio, y cartas familiares escritas por Alberdi entre 1875 y 1878; en 1913, se publicaron por entregas las sesiones de la Asamblea del año XIII, entre otras piezas importantes del pasado (Micheletti 2013, 2020).

[35] En la revista *Atlántida*, David Peña realizó una crónica de su visita al Archivo de Indias, acompañada de grabados. *Atlántida*, Tomo IX, N° 26, febrero de 1913, págs. 245-257.

(1821), así como los de algunos contemporáneos. Se refiere a los trabajos sobre literatura sudamericana del estadounidense Sturgis Leavitt (1888-1977) en *The Hispanic American Historical Review*, a los esfuerzos de catalogación de fuentes del jefe del Archivo de Indias, Pedro Torres Lanzas (1858-1935), y a las contribuciones de Arthur Giry (1848-1899), un profesor de la *École des Hautes Études* de París fallecido prematuramente, y a quien Peña cita de manera indirecta –a través de Ricardo Rojas– para enunciar las tres «operaciones de la ciencia de conocer los papeles históricos», es decir, conservación, lectura e interpretación. Al mismo tiempo, destaca el «verdadero estudio de filología americana» realizado por Rojas (fs. 16-17),^[36] señala la importancia que para la archivología revistió el Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Roma, 1903), y advierte el impulso que significó la visita al país del catedrático español Rafael Altamira, «verdadero propulsor y propagandista de los actuales métodos de historia» (f. 22). Alusión relevante, que sitúa a Peña en los circuitos académicos y de discusión historiográfica que la presencia del alicantino contribuyó a movilizar,^[37] y que le posibilita un reforzamiento de la autorreferencialidad en el texto del *Memorial*:

«Se me debe permitir que recuerde fugitivamente que en mi limitada esfera he procurado acercar mi contribución desde hace muchos años a esa misma aspiración patriótica (...) Yo fundé una sociedad de librería –“Librería de América”– precisamente para dotar al país de estos peritos obreros; y en

[36] Peña y Rojas coincidieron como profesores en la Facultad de Filosofía y Letras, y en el momento en que el primero escribió su *Memorial*, el segundo se desempeñaba como director del Instituto de Literatura y decano de dicha Facultad (1921-1924). Los elogios vertidos de manera indirecta por Peña en el *Memorial*, a los miembros del jurado que debía evaluar a los candidatos al cargo en el AGN, no resultan ingenuos: «Bien quisiera detenerme en la apreciación detallada de esta obra que el tiempo valorizará debidamente. La circunstancia de que forme parte conspicua de su dirección [de la Biblioteca Histórica de la Facultad de Filosofía y Letras] un miembro de este Jurado [Luis M. Torres], me lo impide en cierto modo, pues solo por excepción, dada la naturaleza del trabajo, deberé ocuparme más adelante del que llevó a cabo el doctor Ricardo Rojas en la provincia de Jujuy». (f. 13). Se refiere a *Archivo capitular de Jujuy* (1913).

[37] El acuerdo entre la Universidad de Oviedo y la Universidad Nacional de La Plata posibilitó el traslado en 1909 de Rafael Altamira para el dictado de un curso de Metodología de la Historia en esta última casa de estudios, de la que David Peña era profesor. La presencia de Altamira incluyó conferencias y lecciones en Buenos Aires y Santa Fe, y tuvo su continuación en un periplo americanista (Prado 2010).

el Congreso de Bibliografía que presidí en 1916 inaugurado en la Facultad de Derecho por el ministro Dr. D. Francisco J. Olivier, tuve ocasión de dar a conocer el programa de un curso libre y gratuito de bibliografía que me ofrecía y proponía dictar.

»Mas, como lo enseña Altamira, esta clase de iniciativas, cuando son privadas, mueren al nacer, aunque más tarde la recojan como suyas los poderes públicos» (fs. 22-23).

Recuerda Peña, además, que integró la Comisión Nacional del Centenario que encargó al director del AGN, José J. Biedma, la publicación de documentos de la Revolución de Mayo (f. 12). La última frase del *Memorial* cierra con la categórica afirmación en primera persona de que «me fue dado influir» como secretario de dicha Comisión para encomendar a la Junta de Historia y Numismática Americana (JHNA) la dirección de la reimpresión de *La Gaceta*: «Jamás elección más oportuna» (f. 42). En las actas de las sesiones de la JHNA han quedado efectivamente registradas las intervenciones de Peña a fin de facilitar la colaboración entre ambas instituciones con respecto a esta publicación, aunque con la frase estampada en su currículum pareciera estarse atribuyendo la autoría de una iniciativa que en sí no le pertenecía, ya que la idea había comenzado a tomar cuerpo varios años antes de que él asumiera como secretario de la Comisión, e incluso antes de que se integrara como miembro a la Junta.^[38] ¿Se estaría aquí ante un fallo de memoria, o ante una argucia poco sincera de Peña para forzar la escritura y capitalizar a su favor logros que no eran exclusivamente personales?

III. Docencia universitaria en Historia Argentina

A sus antecedentes docentes, David Peña los desdobra según la materia de estudio y las unidades académicas en las que ejerció.

[38] Como antecedente de la Comisión Nacional del Centenario –constituida en febrero de 1809 a partir de la ley 6286, y a la que se incorporó David Peña como secretario– había funcionado la Comisión Central del Centenario, que ya había propuesto en 1906 la reimpresión de *La Gaceta* a cargo de la JHNA. La idea originaria había sido planteada por Alejandro Rosa, en 1904. *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana (BJHNA)*, vol. III, 1926, págs. 246 y 264, vol. IV, 1927, pág. 338, y vol. V, 1928, págs. 198-200.

En primer lugar, refiere a los cursos que dictó como profesor de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, una función que ejerció durante trece años, entre 1899 y 1912, y por la que Peña se incluyó entre los «precursores» de estos estudios en su *Memorial* (f. 13). Más adelante, en otro ítem del currículum, mencionará su docencia en materia de historia y derecho constitucional.

Hasta el momento, los biógrafos de David Peña no habían profundizado, y también pasó bastante desapercibido para los historiadores de la historiografía, su rol en los inicios de la enseñanza universitaria de Historia Argentina. A poco de su fallecimiento, al presentar un listado de su bibliografía en el *Boletín* del Instituto de Investigaciones Históricas, Ricardo Caillet-Bois le reconoció a Peña haber sido «uno de los primeros profesores de historia argentina con que contó la Facultad de Filosofía y Letras» (Caillet-Bois 1930, pág. 679). Leopoldo Kanner, a su vez, recordó el desembarco de Peña en 1899 –recién llegado de Rosario– como profesor suplente en esa cátedra de la que era titular Joaquín Castellanos, un antiguo discípulo suyo del Colegio Nacional (Kanner 1957, pág. 7). Por su parte, Alejandro Eujanian lo ha mencionado entre la camada inicial de docentes de Historia Argentina (junto a Juan Agustín García, Ernesto Quesada, Carlos Ibarguren y Antonio Dellepiane), particularizando en su carácter de «aficionados más o menos eruditos, más o menos serios en su trabajo»; en todo caso, que no respondían a «la imagen del historiador científico y profesional», ni poseían «formación específica» (Eujanian 2003b, pág. 73). Tal vez, el merecido foco puesto en los historiadores de la NEH ha soslayado prestar mayor atención a esa primera generación de profesores que los precedió. Resulta importante poner en realce este dato: la creación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1896 significó un intento de cambio en la orientación excesivamente profesionalista de la universidad argentina, para darle mayor cabida a la investigación científica y a los «estudios desinteresados». Una de sus consecuencias directas fue la inauguración en ella de la cátedra de Historia Argentina, verdadero acontecimiento para el desarrollo de la historia como disciplina autónoma en la Universidad de Buenos Aires y en el país, ya que hasta entonces su enseñanza aparecía subsumida en la del Derecho Constitucional

(Buchbinder 2021; Chiaramonte y Buchbinder 1992, págs. 105-108). En su *Memorial*, Peña se reivindica como parte de aquel núcleo inicial, un lugar que le habían reconocido autoridades de peso:

«(...) no solo por ser miembro de aquella Facultad, sino porque figuro a justo título entre los precursores de los estudios históricos (informe del Decano Dr. Miguel Cané en 1906; juicio del Dr. Estanislao S. Zeballos al aparecer *Juan Facundo Quiroga*; y discurso del Dr. Ricardo Rojas con motivo del centenario de la Universidad de Buenos Aires, 13 de agosto de 1921)» (f. 13).

Un lindo testimonio se conserva como muestra del entusiasmo con el que el joven profesor rosarino encaró sus primeras actividades en la Universidad de Buenos Aires, así como de su interés por estimular en los alumnos las tareas de investigación. En *Leciones de Historia Argentina* (1899) recopiló las conferencias y las monografías confeccionadas por los alumnos de cuarto año (Elvira y Ernestina López, Ana Mauthe, María A. Canetti, Juan C. Jara, Abraham Mendieta, Sebastián Direnzio y Clemente J. Andrada). Le envió un ejemplar a Mitre, quien evaluó «que deben juzgarse, como las impresiones que reciben [los discípulos en] sus mentes, más bien que como escritos de precisión, en que se manifiesta espontaneidad, y de cuyos errores de detalle no son responsables los maestros».^[39]

La sección de Historia de la Facultad fue creada en junio de 1905, y estuvo integrada por los profesores de la materia y por los adscriptos (entre los que se encontraría, a partir de 1909, Emilio Ravignani). Ese mismo año, la *Revista de la Universidad* dio cabida a un artículo del profesor suplente David Peña sobre la «Misión del Estado con relación a la historia nacional», racconto de lo realizado hasta el momento para el resguardo y publicación de documentos históricos, bajo el patrocinio del Estado, y escrito de aliento para

[39] AANH-FDP, caja 1, «Carta de Bartolomé Mitre a David Peña», 6 de diciembre de 1899. Pablo Buchbinder ha analizado el texto de cátedra: «Los apuntes transcritos permiten advertir el desarrollo de un curso general, de tono enciclopédico precedido de breves consideraciones historiográficas, pero sin una preocupación particular por las cuestiones metodológicas, aunque los profesores [Castellanos y Peña] se esforzaban por definir a la historia como una disciplina científica diferenciándola del discurso meramente político, el moral o el poético. Los trabajos de los estudiantes no se concentraban en algún problema en particular sino que abordaban dimensiones muy diferentes de la historia americana y argentina desde la conquista hasta 1820» (Buchbinder 2011, págs. 8-9).

toda la obra por hacer. Es decir, a las actividades de docencia e investigación y a las conferencias de David Peña en la Facultad hay que situarlas dentro de los primeros años de afianzamiento de la mencionada sección de investigación, cuya significación él mismo llegaba a vislumbrar desde sus inicios: «En el momento actual asistimos a una nueva inclinación interesante hacia los estudios históricos. (...) y en el seno de la Facultad de Filosofía y Letras se oye el hervor de colmena –el pensamiento que elabora– desde los viejos maestros hasta los más modestos».^[40] Casi dos décadas más tarde, en el texto de su currículum, Peña elogia de aquel tiempo los trabajos de investigación del padre Antonio Larrouy en los archivos de Paraná y Santa Fe, bajo el decanato de José Nicolás Matienzo (f. 13). Y enumera los temas sobre los que versaron sus propios cursos de Historia (fs. 1-2):

- 1) Juan Facundo Quiroga, período de la anarquía argentina
- 2) Rivadavia, 1811-1826
- 3) Dorrego, 1826-1828
- 4) La Revolución de Mayo, 1810
- 5) De Caseros a Pavón, 1852-1861
- 6) Historia del periodismo argentino. Época colonial, La Revolución, Anarquía, Tiranía y Organización Nacional.
- 7) La Cuestión Capital

Recordado es el revuelo que generó David Peña en 1903, casi recién llegado al ambiente historiográfico porteño, al dictar quince conferencias en las que procuró reivindicar al caudillo riojano Quiroga (Micheletti 2015).^[41] Tal como se ha señalado más arriba, este episodio ha contribuido a ubicarlo entre los escritores considerados pre revisionistas (como Adolfo Saldías y Ernesto Quesada), en línea con los antecedentes del revisionismo histórico que eclosionó en

[40] David Peña, «Misión del Estado con relación a la historia nacional», *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, año II, tomo IV, 1905, págs. 477-491.

[41] Las lecciones de Peña despertaron gran interés y atrajeron buena cantidad de oyentes, pero también suscitaban reparos y denuncias, que llevaron a las autoridades universitarias a asistir como veedoras a la tercera clase, para comprobar el tenor de las afirmaciones de Peña.

los años treinta del siglo XX. Las conferencias de Peña constituyeron un acontecimiento académico, al atraer una afluencia inusual de público a la Facultad. Muchos años después, con motivo del fallecimiento del autor, recordaba *Nosotros*:

«Fue el primero que acostumbró a la gente culta de esta ciudad a frecuentar el local de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando su famoso curso de 1903 en que vindicó la personalidad de Juan Facundo Quiroga hacía desbordar el anfiteatro de esa casa de estudios, hasta ese momento casi desconocida y desierta».^[42]

Además, de esa inicial piedra de escándalo, varios de los otros núcleos de historia argentina que Peña enuncia, que cubren el período comprendido entre 1810 y 1880, se corresponden con alguna de sus obras –éditas e inéditas–; es decir, un vínculo provechoso que consiguió establecer entre investigación, docencia y divulgación, ya que en función de sus clases desarrolló el estudio de varios temas que luego confluirían en una publicación o en una pieza teatral. Así aconteció con las conferencias sobre Quiroga, origen de su libro *Juan Facundo Quiroga* (1906) y de su obra de teatro *Facundo* (1906). Algo parecido, aunque a la inversa, ocurrió con sus estudios sobre la cuestión capital, que publicó a lo largo de varios números de *Atlántida* en forma de «Apuntes» y, a modo de anticipo –casi publicitario–, de su curso universitario.^[43] En cuanto a la influencia sobre la siguiente generación de historiadores, un testimonio recoge la ejercida sobre Rómulo Carbia: las conferencias sobre Quiroga habrían despertado en este la vocación por la historia y un estilo combativo y fervoroso en la búsqueda de la verdad y la justicia, que fue alentado por su maestro (Cuccorese 1962, págs. 13-14). Tres años después de aquellas célebres conferencias, Peña prologaba la primera obra de Carbia, su *San José de Flores (bosquejo histórico)*,

[42] La Dirección, «David Peña», *Nosotros*, año XXIV, tomo LXVIII, abril-junio 1930, pág. 101.

[43] «La cuestión de la capital definitiva de la República Argentina es la de su historia política en un período de setenta años, de los cien que la comprende. No hay otra más interesante ni más grave ni que mejor sirva de clave a otros distintos problemas de su vida. Además de esta consideración, en el próximo curso universitario de historia nacional, el profesor de la materia piensa elegirlo como asunto. Tales son las causas que nos determinan a insertar los presentes apuntes, de especial interés para los que concurren a ese curso como para todo espíritu investigador». *Atlántida*, tomo V, n° 15, marzo de 1912, pág. 388.

1609-1906 (1906), anudando una relación sustentada sobre el mutuo interés por la actividad historiográfica, literaria y periodística.^[44]

IV. Pionero del drama histórico y divulgador de la historia

Resulta interesante la manera en que David Peña presenta esta particular veta que explora:

«Creo ser el único hombre de letras que haya utilizado el teatro para la divulgación metódica de la historia argentina en el alma popular. Mi producción en este sentido, entre lo producido y lo inédito, abarca un período de más de cincuenta años» (f. 2).

Y a continuación enumera en su currículum su producción, «por orden cronológico» en cuanto a lo temático, de modo de subrayar el contenido histórico inserto en lo dramático: 1810 –Liniers; 1810-1820– Belgrano; 1813 –primera audición del Himno Nacional; 1828– Dorrego; 1835 –Facundo; 1835-1852– Rosas (en preparación); 1852-1870 – Urquiza.

Autor de unas treinta obras teatrales, que comenzó a producir y estrenar desde sus años juveniles («¿Qué dirá la sociedad?», teatro Ópera, 1883), David Peña es efectivamente considerado pionero del drama histórico nacional en Argentina, al que utilizó como un medio para divulgar el conocimiento sobre el pasado. Por los años en los que su obra teatral alcanzaba difusión y era representada en teatros como el Argentino (*Facundo*, 1906), Victoria (*Dorrego*, 1909) o el teatro Nuevo (*Liniers*, 1916), la española María Velazco y Arias, doctorada en 1913 en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires con la tesis «Dramaturgia argentina», se refirió a la «originalidad en el género histórico dramático» de Peña, quien se servía «del arte para hacer historia, y no de la historia para hacer arte, y como historiador artista ha de juzgársele en este caso más que como dramaturgo». Con ello, Velazco y Arias quería significar que Peña «forma con *Facundo* en las filas de los novadores, dado que es el suyo un método novedoso de llevar a los escenarios de convencionalismos tácitos, el hecho recogido en el archivo

[44] Andrés Freijomil ha estudiado el itinerario formativo no lineal de Rómulo Carbia, que incluyó estudios universitarios no concluidos en Letras y un doctorado en Sevilla, y lo ubica entre los jóvenes que acompañaron a David Peña en la redacción de *Diario Nuevo* (1904) (Freijomil 2015).

nacional».^[45] La literatura que reconstruye la historia del teatro argentino ha mantenido ese reconocimiento a Peña (Castagnino 1950, pág. 80). Tal como se ha indicado: «La concepción del teatro en David Peña, en relación con el drama histórico, también parece acercarse a una función propedéutica, de necesaria enmienda o reparación históricas» (Sosa 2012, pág. 253). La elección de los personajes contenía mucho de reivindicación y de polémica, y también de cierto romanticismo, que lo llevó a ser –al decir de Octavio Amadeo– «abogado de los grandes procesados de la historia».^[46]

El currículum de David Peña nos permite conocer, de primera mano, la autopercepción del autor sobre la originalidad de su aporte y de su lugar como iniciador del género en el país, y el valor que a este le atribuye. La función social que, al estilo griego, reconoce al teatro, para educación de los sectores populares y trasvasamiento de valores cívicos, parece acompañada de cierta concepción elitista de la cultura letrada, que al estar reservada a los sectores instruidos debe buscar formas alternativas para volcarse al gran público. Una función, por otra parte, que no resulta reñida con el rigor académico, ni con la utilización de diversos registros para la escritura de la historia, para un osado David Peña que algunos años después ofrecería a su «amigo», el decano Ricardo Levene, para ser publicado por la Biblioteca Humanidades de la Universidad de La Plata –y a título de «ex profesor de esa universidad»– un tomo de 500 páginas titulado «La Historia en el teatro», con ocho obras teatrales que permitirían difundir «la historia nacional bajo una forma nueva».^[47]

V y VI. Constitucionalista

A continuación, dos puntos del *curriculum vitae* aluden a la actividad docente en materia constitucional. Peña se desempeñó en

[45] María Velazco y Arias, «Teatro ecléctico. El doctor David Peña como autor dramático», *Atlántida* n.º 37, tomo XIII, 1914, págs. 87 y 93.

[46] Octavio Amadeo, «David Peña», *BJHNA*, vol. VIII, 1936, pág. 217.

[47] AANH-FDP, caja 3, «Carta de David Peña a Ricardo Levene», 4 de abril de ¿1927? y «Carta de Luis Peña a Gregorio Weinberg», 16 septiembre 1960. La obra ofrecida a Levene permaneció inédita. Los ocho dramas históricos incluidos en ella son: *Facundo*, *Dorrego*, *Liniers*, *Primera audición del himno*, *Alvear*, *Belgrano*, *José Miguel Carrera*, *Urquiza*; algunos fueron publicados por separado en *Atlántida* o en *Bambalinas*.

la novel Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata (1905), como profesor suplente a partir de 1907 de Derecho Público Provincial e Historia Constitucional Argentina, como sucesor del doctor Carlos Saavedra Lamas. Y también en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, donde como profesor libre dictó un curso sobre Historia de la Constitución, de 1810 a 1852, bajo el decanato del doctor Adolfo F. Orma (1917-1918).

Chiaramonte y Buchbinder (1992) han destacado el rol que desempeñó el grupo de constitucionalistas de La Plata, del que participó Peña. Allí se separó por primera vez el estudio de la Historia Constitucional y del Derecho Constitucional. Profesores de Derecho Constitucional en La Plata fueron Joaquín V. González, Agustín Álvarez, Manuel Montes de Oca, José Nicolás Matienzo y Juan Antonio González Calderón. A la vez, ambas asignaturas compartían profesores con la cátedra de Derecho Público Provincial. Así, Manuel Montes de Oca, José Nicolás Matienzo y Juan A. González Calderón también fueron profesores de esta última cátedra, al igual que Carlos Saavedra Lamas y David Peña, que eran profesores a la vez, de Historia Constitucional (Santos Atela 2010).

En 1923 la cátedra de Historia Constitucional fue ocupada por Emilio Ravignani. Tal como lo han estudiado los autores mencionados, en la Facultad de Ciencias Jurídicas de La Plata se originó una nueva tradición en materia de enseñanza y doctrina histórico constitucional, ya que docentes como Peña, González Calderón y Ravignani reivindicaron la acción de los caudillos provinciales, y quitaron fuerza a la idea de que en ellos hubiera habido tendencias segregacionistas o antinacionalistas. El rasgo característico que adquirió allí la enseñanza de la Historia Constitucional fue la defensa del sistema federal, en un contexto en el que este estaba siendo cuestionado desde ámbitos políticos y académicos (Chiaramonte y Buchbinder 1992). En David Peña, esta interpretación en materia constitucional encontraba continuidad con sus esfuerzos de revisión histórica desplegados desde comienzos de siglo sobre Quiroga y los caudillos, así como también con el pensamiento alberdiano, y lo ubicaba en un lugar historiográfico particular, de tradiciones en pugna. La inserción en dos de las instituciones universitarias más renovadoras para la época, como lo eran la Facultad de Filosofía y

Letras de Buenos Aires y la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, le posibilitaron ser partícipe y protagonista en esas polémicas.

VII. Docencia secundaria

Luego de referir a sus antecedentes como profesor universitario, David Peña considera conveniente dedicar también un espacio de su currículum a su desempeño como joven docente de Instrucción Cívica, Historia y Geografía en la Escuela Normal de Santa Fe, en el Colegio Nacional de Rosario, en el Colegio particular de los señores Pizzurno de Buenos Aires y, años después, en el Colegio Nacional Mariano Moreno, de esta última ciudad.

Efectivamente, ese recorrido por la docencia secundaria se inició con un decreto del poder ejecutivo nacional de 31 de marzo de 1886 que designó a David Peña como profesor de Historia Nacional e Instrucción Cívica de la recién creada Escuela Normal de Santa Fe;^[48] una creación justificada por entonces debido a la necesidad de paliar la falta de docentes naturales del país en una provincia de importante afluencia inmigratoria y en plena expansión de su sistema educativo. Las actividades de Peña en este establecimiento se dieron en el período de su vida en que estuvo más vinculado a la capital santafesina y a su sector político, como secretario del gobernador José Gálvez y como director del diario oficialista *Nueva Época*. Tras ello, su derrotero lo llevaría nuevamente a Rosario y al Colegio Nacional y, sobre el final del siglo, definitivamente a Buenos Aires.

VIII. Conferencias en la JHNA

Un punto del CV lo ocupan las conferencias y lecturas que pronunció Peña en la Junta de Historia y Numismática Americana, a la que fue incorporado en 1906. Son siete las que detalla: «Expulsión de los olores», «El primer virrey del Río de la Plata», «La justicia argentina», «Dorrego», «Alberdi», «El Acuerdo de San Nicolás» y «El paso de los Andes».

[48] *Registro Nacional de la República Argentina, año 1886*, tomo XXIX. Buenos Aires: Taller Tipográfico de la Penitenciaría, 1887, pág. 302.

Estos datos pueden cruzarse con los aportados por las actas de las sesiones de la Junta, que han sido transcritas en el *Boletín* de la institución. Tanto el número, como las temáticas de las conferencias, coinciden en general, variando parcialmente los títulos (ANH 1995, págs. 338 y 354; Micheletti 2013, págs. 168-174). Algunas diferencias sutiles pueden pecar de inexactitud, o de omisión, y el estilo breve del currículum elude anécdotas. No aclara Peña en su CV, por ejemplo, que la lectura que realizó en 1909 sobre «Dorrego» fue la de su obra de teatro, frente a colegas que, aunque felicitaron, también observaron algunas expresiones criollas «poco cultas», que podían producir «mal efecto» en el auditorio.^[49] Tampoco especifica que la exposición sobre «Alberdi» consistió en un estudio biográfico comparado con las figuras de Sarmiento y Mitre; ni que la referida como «El Acuerdo» había implicado la presentación más amplia «De Caseros al 11 de Septiembre», una «crítica al libro del mismo título del dr. don Ramón Cárcano» –a la sazón, presidente de la institución–.^[50] Temas espinosos para ser presentados en «la casa de Mitre», especialmente debido a la posición historiográfica de David Peña, como le acotaría elogiosamente por carta, con respecto al último tema mencionado, su amigo Francisco Barroetaveña.^[51]

Estas diferencias constatables entre las fuentes públicas y «objetivas» –las actas– y las personales y «subjetivas» –el currículum y las cartas– resultan reveladoras, y complementarlas enriquece el análisis historiográfico, ya que permiten apreciar el uso que el autor realiza de las referencias y de los silencios. A esto cabe agregar que la mención, de manera separada y, en primer lugar, de las conferencias pronunciadas en la JHNA es, por sí misma, demostrativa del prestigio que la pertenencia confería a sus miembros y del rédito personal que de ello pretendía obtener el postulante a la Jefatura del AGN.

[49] BJHNA, vol. V, págs. 198 y 200-201.

[50] AANH-FDP, caja 2, carta de David Peña a Ernesto Quesada, 17 de septiembre de 1920.

[51] AANH-FDP, caja 2, carta de Francisco Barroetaveña a David Peña, 21 de septiembre de 1920.

IX. Conferencista por el país

De la participación como orador en la principal y más antigua institución dedicada a la historia que funcionaba en el país, Peña se proyecta como un formador de conciencia cívica y dimensión nacional: «En diversas provincias y en diversas asociaciones y sitios de esta Capital he pronunciado conferencias de carácter histórico» (f. 2). A este punto Peña le dedica bastante espacio, y el listado es extenso, ya que recuerda su paso por Tucumán, Córdoba, San Nicolás y Concepción del Uruguay, además de sus muchas disertaciones en Buenos Aires.

Es evidente –pues encabeza el listado– que en su memoria guarda un orgulloso recuerdo de la importante recepción que le rindió la Sociedad Sarmiento de Tucumán, presidida por el joven abogado Juan B. Terán, cuando fue a pronunciar en junio de 1908 un ciclo de conferencias sobre «Dorrego», «Rivadavia» y «Alberdi». En su archivo personal, resguardado en la Academia Nacional de la Historia, se conservan los recortes periodísticos que atesoró sobre aquella visita de un «huésped distinguidísimo», al decir de la prensa tucumana.^[52] Explica Peña también, en su presentación de antecedentes, que regresó a esa ciudad, «en otra ocasión», para hablar de «Marco Manuel de Avellaneda».

Entre las conferencias que recupera, menciona su discurso en Córdoba sobre «El Deán Funes», con motivo de la inauguración de la estatua en diciembre de 1911, acto en el que participó en representación de la Comisión Nacional del Centenario.^[53] Agrega que en San Nicolás disertó sobre «La Organización Nacional»; y sobre «Urquiza», en Concepción del Uruguay.

El listado de las conferencias pronunciadas en Buenos Aires es extenso, con detalle de los lugares de enunciación, que hablan también de sus espacios de sociabilidad: «La Defensa de Alberdi» (Colegio Mariano Moreno, en el que fue docente), «Elogio de Avellaneda» (Academia de la Facultad de Filosofía y Letras, que

[52] AANH-FDP, Libro 3, «Las conferencias del Dr. Peña. Alberdi y su obra. Demostración merecida», y «Dr. David Peña», *El Orden*, 20 de junio de 1908.

[53] La crónica de los actos y de los discursos en honor de Gregorio Funes fueron publicados por Peña en la revista *Atlántida* («El Deán Funes. Inauguración de su estatua», *Atlántida*, tomo V, 1912, págs. 7-37).

integraba como miembro^[54]), «Mariano Moreno», «Vida de Belgrano», «El Dr. Julián S. de Agüero», «El Dr. Vicente F. López» y «Don Vicente López y Planes» (como presidente del Ateneo Nacional, que fundó en 1913), «Carlos Tejedor» (en Palermo, al inaugurarse su estatua), «Juan Bautista Alberdi» (en La Recoleta, «al trasladar sus restos y al inaugurar su estatua en mi carácter de presidente de la Comisión Popular»), «Avellaneda» (Consejo Nacional de Mujeres), «Alberdi, abogado» (conferencia inaugural en el Colegio de Abogados), «Buenos Aires de antaño» (Club del Progreso), «Explicación histórica y literaria del Himno Nacional Argentino» (Asociación Cristiana de Jóvenes). Sin entrar a analizar el contenido –cuestión que excede a los objetivos de este trabajo– los lugares y títulos de las conferencias revelan características de la actividad historiográfica de Peña: su rol de divulgador en múltiples actos y comisiones de homenaje, su gusto por las biografías, su actitud de revisión histórica y su ideario federal, su defensa de personajes oscurecidos o cuestionados. Por otra parte, la función de formación patriótica reconocida a la historia en las primeras décadas del siglo XX ayuda a explicar la ampliación, para entonces, de los circuitos por los cuales los historiadores vertían sus discursos sobre el pasado, a través de asociaciones que nucleaban a diversos actores sociales: estudiantes, mujeres, jóvenes, profesionales, etcétera.

La fama alcanzada por David Peña como orador se recoge en numerosas notas periodísticas de la época, que destacaron su talento para transmitir con belleza y poder de seducción, incluso los temas más áridos o técnicos. Este fue uno de los rasgos más característicos de su personalidad. Con motivo de las conferencias sobre los orígenes constitucionales argentinos dictadas en la Facultad de Derecho en 1918, *Fray Mocho* afirmaba categórico:

«Que el doctor Peña es un orador y un ingenioso hombre de letras, nadie lo ignora; pero que esta materia histórico-jurídica es posible tratarla en una

[54] En el archivo personal se conservan cartas intercambiadas sobre esta conferencia con el presidente de la Academia. AANH-FDP, caja 2, «Carta de Ernesto Quesada a David Peña», Buenos Aires, 10 de julio, y 10 y 31 de agosto de 1917, y «Elogio de Avellaneda», conferencia pronunciada en la Academia de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires por el Académico Dr. David Peña el 1º de septiembre de 1917.

forma artística, envolviendo en una onda de placer exquisito para el espíritu la enumeración melancólica de cosas inertes, ninguno como este eximio expositor lo ha demostrado con mayor acierto. (...) La “historia sin bostezos” podría llamarse al elocuente, armonioso y bellísimo curso del doctor Peña».^[55]

X. Artículos en periódicos y revistas especializadas

Puede llamar un poco la atención –si uno se atiene a los criterios actuales–, el lugar relegado que David Peña le reservó en la exposición de sus antecedentes a su producción monográfica de carácter histórico.

El autor sigue un principio moderno de diferenciación, entre los trabajos dados a conocer a través de publicaciones periódicas, y las obras editadas de manera independiente. De este modo, en el décimo punto del currículum comienza por referir, de manera muy general y escueta, a su producción dedicada a temas de «historia argentina», que vio la luz a través de publicaciones periódicas. Peña se menciona como colaborador en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (dirigida por Estanislao Zeballos), la *Revista de Filosofía* (dirigida por José Ingenieros), el semanario *Caras y Caretas*, la *Revista de la Universidad y Estudios*, así como en los periódicos *La Nación*, *La Prensa*, *La Razón* y *La Unión*, de Buenos Aires, y *La Capital*, de Rosario. La breve referencia no permite conocer título y materia tratada, ni inferir la extensión ni la importancia relativa desde el punto de vista historiográfico de cada una de esas contribuciones, por lo que resulta deficiente, aun cuando posiblemente su autor no haya considerado relevante consignar esos datos para postular al cargo del AGN.

Estas intervenciones en publicaciones periódicas por lo común se sostenían sobre la base de vínculos privados previos con los editores, testimoniados en el ir y venir de las cartas conservadas por Peña en su epistolario. Así, por ejemplo, en 1918, José Ingenieros le solicitaba a través de una carta –que trasunta una antigua y sentida amistad–, un artículo «sobre Alberdi» para la *Revista de Filosofía*; tiempo después, el artículo aparecía, en tres entregas,

[55] AANH-FDP, caja 4, «Las conferencias del doctor David Peña», *Fray Mocho*, 9 de mayo de 1918.

bajo el título «Alberdi, Sarmiento y Mitre».^[56] La simple referencia de Peña al nombre de las revistas y periódicos, por lo tanto, antes que a poner énfasis en el valor intrínseco de los trabajos, parece apuntar a resaltar esa inserción en los circuitos culturales.

XI. Libros publicados

Con respecto a las «producciones sobre Historia» que ha «dado a publicidad», David Peña establece un orden –que no es el cronológico– con el que da a conocer el grado de importancia –decreciente– que le atribuye a cada una. No sorprende que comience con el libro más polémico y que le dio mayor popularidad, su *Juan Facundo Quiroga* (1906), del que aclara que han aparecido cuatro ediciones, y que se encuentra «agotado». Esta obra se hizo merecedora en su momento de juicios que advirtieron la importancia de su aparición para la «crítica histórica», ya que venía a conmover «el silencio y la inacción reinantes en materia de historia nacional», que a comienzos del siglo XX permanecía «cristalizada», «paralizada» –al decir de Zeballos– «en las obras prestigiosas de Mitre y de López».^[57]

El listado completo provisto por Peña es el siguiente:

- a) *Juan Facundo Quiroga. Conferencias pronunciadas en la Facultad de Filosofía y Letras*. 4 ediciones. Agotado
- b) *Historia de las Leyes*. Años 1810-1811-1812. Dos tomos de 850 páginas cada uno (interrumpida)
- c) *Atlántida. Revista mensual de Historia, Letras y Administración*. 13 tomos. En esta es copiosa mi bibliografía histórica como lo dicen los Índices de cada entrega
- d) *Vicente Fidel López. En su centenario*
- e) *Basta de Alberdi!* Refutación al senador Mantilla

[56] AANH-FDP, caja 2, carta de José Ingenieros a David Peña, 13 de marzo de 1918, y David Peña, «Alberdi, Sarmiento y Mitre», *Revista de Filosofía* n.º 6, tomo VIII, noviembre de 1918, págs. 321-365, n.º 2, tomo IX, marzo de 1919, págs. 161-186 y n.º 3, mayo de 1919, págs. 332-357.

[57] «Juan Facundo Quiroga», *Revista de Derecho, Historia y Letras*, tomo XXIV, 1906, pág. 498. Sobre el momento historiográfico y la vigencia que mantuvieron por muchos años las obras de Bartolomé Mitre y Vicente F. López, consultar Halperin Donghi (1980).

f) *Elogio de Avellaneda*. Con un discurso prólogo del Dr. Ernesto Quesada

g) *Conferencia sobre Marco M. de Avellaneda*

h) *Lecciones de Historia Argentina*. Monografías de alumnos. 1899 (f. 3)

A excepción de estas últimas *Lecciones*, de ninguna obra consigna el autor la fecha de edición. La producción histórica publicada y detallada por Peña reafirma la apreciación realizada más arriba sobre la interconexión entre sus actividades docentes, de investigación y de divulgación. Sus primeras publicaciones (a y h) tuvieron origen durante los inicios de su desempeño en la Facultad de Filosofía y Letras. Otras, como los trece tomos de la revista *Atlántida*, aparecidos entre 1911 y 1914, fueron el resultado directo de su compromiso con la cultura y su promoción por medio del periodismo. La *Historia de las Leyes* (b) recoge su investigación de orden jurídico, como abogado, historiador y docente; un proyecto ambicioso y de largo aliento (30 volúmenes que abarcarían la legislación sancionada entre 1810 y 1916), que comenzó a publicar en 1916 y que quedó inconcluso. Por último, algunas publicaciones más breves (d, e, f, g) vuelcan en letras de imprenta escritos y discursos de carácter biográfico, divulgados en actos y homenajes, o en periódicos.

Finalmente, Peña alude a la producción inédita –«tengo en preparación una obra de 3 tomos titulada *Alberdi y la organización nacional*» (que no llegó a publicar)–^[58] y anuncia que, como depósito en Secretaría, deja *ad effectum vivendi* varios ejemplares de sus obras, así como la «carta autógrafa del general Mitre», ya mencionada más arriba (f. 3).

XII. Cargos públicos y membresías en instituciones culturales

En el último punto del currículum, Peña se refiere a los escasos cargos que ocupó a nivel provincial y nacional, como había explicado ya, casi a modo de disculpa, al comienzo de su presentación. En Santa Fe: diputado provincial y dos veces miembro de la Convención Constituyente. En Buenos Aires: abogado del Banco Nacional, secretario de la Comisión Nacional del Centenario (1910) –«las

[58] De manera póstuma aparecería: David Peña, *Alberdi, los mitristas y la guerra de la triple alianza*. Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1965. Apenas unos fragmentos, de la voluminosa obra que tenía en preparación el autor.

actas y *Memoria* de esta Comisión me pertenecen»–, asesor letrado del Ministerio de Obras Públicas, y secretario de la Embajada a España.

Cierra el detalle de sus antecedentes con la mención de su membresía en instituciones y academias:

«Soy académico de la Facultad de Filosofía y Letras de esta capital; miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana; miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid y de varias instituciones análogas de América, y comendador de la Real Orden de Isabel la Católica» (f. 4).

Como miembro de la Academia de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que presidía Ernesto Quesada hacia 1917, coincidió junto a intelectuales como Juan Agustín García, Joaquín V. González, Rodolfo Rivarola, José Nicolás Matienzo, Samuel Lafone Quevedo, Luis María Drago, Ramón Cárcano, Manuel Montes de Oca, Calixto Oyuela, Rafael Obligado, Clemente Fregeiro, Ángel Gallardo, Antonio Dellepiane, José María Ramos Mejía, Enrique Peña, Carlos Ibarguren y José Ingenieros. Varios de estos nombres se repetían en la Junta de Historia y Numismática Americana. Allí alternaba en las sesiones con Ernesto Quesada, Ramón Cárcano, Carlos Correa Luna, Antonio Dellepiane, Lucas Ayarragaray, Carlos Ibarguren, Ricardo Levene, Pastor Obligado, Enrique Peña, Ricardo Rojas, Adolfo Saldías, Mariano de Vedia y Mitre y Estanislao Zeballos, entre otros. El ingreso de Peña a la Junta en 1906 fue algo accidentado^[59] –lo que no se refleja en su CV–, debido a la disconformidad de algunos miembros con la posición historiográfica expresada en el *Juan Facundo Quiroga*. A pesar de ello, su compromiso con la institución se hizo visible a través de los años, al proponer diversas iniciativas que buscaban afianzar el accionar y la influencia cultural de esta en la sociedad y por el interior del país (Micheletti 2013, págs. 168-174). Asimismo, la pertenencia a la JHNA le valió la corresponsalía en la Real Academia de la Historia de Madrid, establecida en 1920 para todos sus miembros.

La puesta en valor de este «anclaje institucional» evidencia los nuevos aires que a comienzos de la década de 1920 se respiraban en el ambiente historiográfico, en donde ya comenzaban a

[59] BJHNA, vol. IV, págs. 329-330, 332 y 346.

descollar los jóvenes de la NEH –con su rigor metodológico y su ausencia de compromisos con las tradiciones familiares y políticas decimonónicas–, aunque algunas de esas instituciones todavía se encontraran bajo la conducción de la intelectualidad de entresiglos (Pagano y Galante 1993; Devoto y Pagano 2009, págs. 139-155).

Referencias ilustres

Cierra Peña con frases de modestia, que no le impiden hacer una alusión final a sus vinculaciones con hombres eminentes (algo que retomaría al comienzo de su «autobiografía» para la revista *El Hogar*, de 1928). Es decir, un eco que recuerda las viejas formas de otorgamiento de cargos, de las que al comienzo había parecido rehuir:

«Debo acogerme por lo demás a la lealtad de quienes me hayan de juzgar para expresar con sencillez que cifro como el mayor de esos títulos, susceptible de llevarme a la ufanía, el haber alcanzado el aprecio de los hombres más valiosos del país, obteniendo de casi todos ellos su confianza y su amistad» (f. 4).

Amago de apelar a una política de favores, que no pasa a mayores, ya que Peña no aporta nombres. De otro tenor es la frase siguiente, con citas de autoridad de quienes han sabido valorar su labor intelectual, lo que vuelve a colocar a Peña en la senda de intentar acceder al cargo en base a sus méritos. Invoca, con relación a sus conferencias sobre Juan Facundo Quiroga, los «juicios de personalidades tan ilustres como Max Nordau, Ferrero y Unamuno para hablar de los lejanos»; así como, también, el juicio vertido por Ernesto Quesada en el prólogo al *Elogio de Avellaneda*^[60] acerca de su «espíritu de investigación paciente» (f. 4). Estas menciones vienen a funcionar a la manera de las referencias –profesionales o personales– con las que a menudo se acompañan los *curriculum vitae*.

[60] Ernesto Quesada, «Avellaneda juzgado por Peña», *Nosotros* n.º 101, año XI, septiembre 1917, págs. 9-10.

A modo de cierre

A comienzos de 1923, en circunstancias de implementar cierto orden en el otorgamiento del empleo público y una reorganización a la gestión del Archivo General de la Nación, el gobierno del presidente Alvear convocó a un concurso de antecedentes para cubrir el cargo de director de esta repartición estatal. La presentación elaborada por David Peña como postulante, se ha ofrecido en estas páginas como un ejemplo de escritura autobiográfica susceptible de ser analizada bajo varios aspectos. Por un lado, permite conocer, puesta en relación con otros papeles personales del mismo autor, varios mecanismos que este intelectual utilizó para la búsqueda de cargos. En su epistolario han quedado evidencias de las cartas que escribió para solicitar el favor de amigos y conocidos. Sus autobiografías dan cuenta de una costumbre, frecuente bajo los gobiernos conservadores e internalizada, que lo lleva a remarcar su dificultad personal –casi anomalía– para conseguir el empleo público, a pesar de sus vinculaciones políticas. El *Memorial* presentado en 1923 ante el ministro Marcó refleja, por su parte, un comportamiento de adaptación a nuevos tiempos y a nuevas modalidades de otorgamiento del empleo público en el país.

Es en otro aspecto, empero, en el que se ha buscado principalmente hacer foco. A la luz de los estudios actuales sobre «escrituras del yo», «egodocumentos» y «autobiografías académicas», y de los enfoques que plantean a las autobiografías de historiadores como una forma válida de historia, y a lo «subjetivo» como una forma útil de conocimiento (Aurell 2006), el listado de «Títulos y antecedentes» del *Memorial* resulta un documento de valor para dimensionar la importancia adjudicada por su autor a las actividades y producciones que lo posicionan en la república de Clío. El análisis de su contenido, además de permitirnos realizar una reconstrucción bastante completa de la obra historiográfica de David Peña, devela la manera en que este se construye a sí mismo como historiador, a la par que aspira a ocupar un puesto para el que el saber histórico y la práctica del oficio centrada en la manipulación de documentos constituyen su principal atributo de experticia.

La enumeración de antecedentes o *curriculum vitae* se ofrece, así, como un tipo de escritura autobiográfica, no opacada por el formato medianamente estandarizado. El uso por parte de Peña de

la primera persona, la intromisión repetida del «yo» –«muéveme», «debo decir», «mi espíritu», «yo fundé», etcétera– emparejan al texto analizado con memorias y autobiografías propiamente dichas, y aportan una perspectiva muy personal de la trayectoria profesional del postulante a la Jefatura del AGN. Se podría reflexionar si esta mirada subjetiva no le cabe a todo CV, aún en sus formatos más estándares e impersonales.

Lo que pretendemos sostener a través de este recorrido trazado por el *Memorial* es que Peña eligió este tipo de egodocumento para construir una imagen pública de su «yo» como historiador; y no es un dato menor que supiera que figuras de la relevancia de Ricardo Rojas, Ricardo Levene, Antonio Dellepiane y Luis María Torres serían las encargadas de la lectura. No se puede desconocer que, como todo escrito autobiográfico, los «Títulos y antecedentes» de David Peña conforman un texto atravesado por motivaciones e intereses personales. Con la mira puesta en la meta de ser designado jefe del AGN, este intelectual opera sutilmente sobre su pasado, en una prolija selección de antecedentes, para referir aquellas instancias de su itinerario vital que –según su entender– contribuirían a ese propósito, mientras va dejando a un lado la mención de otras actividades (periodísticas, literarias, políticas, etcétera) que tal vez pondrían al descubierto cierta dispersión y carácter «diletante», si nos atenemos al decir de quienes lo conocieron.^[61] Hay que reconocer que estos rasgos de su personalidad pasan desapercibidos en un *Memorial* que se esmera por enunciar todos los antecedentes que a la historia se refieren, para tratar de encuadrarse en el modelo que el avance disciplinar demandaba de sus cultores. Pero aún hay más. Posiblemente sin ser consciente de ello, David Peña consiguió plasmar, por medio de su *curriculum vitae*, un escrito testimonial del basamento metodológico e institucional sobre el que se estaba cimentando la historia, a comienzos de los años veinte.

[61] «Sin profundizar en ninguna disciplina, enemigo de encajonarse en un solo sistema de actividades, “mariposeando” –válgame la expresión– en todos los jardines, el triunfo estaba supeditado a las cualidades intrínsecas del individuo. Así vivió produciendo sin solución de continuidad el espíritu selecto de David Peña, que fue desde las posiciones áridas de la función política, a volcar su talento en las columnas voraces de la prensa, y a diluirse en un divino entregamiento en la clase diaria del claustro universitario». *La Unión*, 10 de abril de 1930. En: *David Peña. Juicios póstumos, oraciones fúnebres, pésames*, edición íntima, 1930, págs. 28-29.

Referencias

ABALLE, GUADA

- 2013 *Figueroa Alcorta. El hombre de los tres poderes*, Buenos Aires: Olmo Ediciones, referencia citada en página 59.

AMARO, LORENA

- 2009 *Vida y escritura. Teoría y práctica de la autobiografía*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, referencia citada en páginas 49, 53.

AMELANG, JAMES

- 2005 «Presentación al Dossier “De la autobiografía a los ego-documentos: un fórum abierto”», en *Cultura Escrita & Sociedad*, n.º 1, págs. 17-18, referencia citada en página 49.
- 2006 «La autobiografía moderna entre la historia y la literatura», en *Chronica Nova*, vol. 32, págs. 143-157, recuperado de <<http://hdl.handle.net/10481/22709>>, referencia citada en página 49.

ANH [Academia Nacional de la Historia]

- 1995 *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, Buenos Aires, vol. 1, referencia citada en página 77.

AURELL, JAUME

- 2006 «Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author», en *Rethinking History*, vol. 10, n.º 3, págs. 433-449, referencia citada en páginas 51, 85.
- 2008 «Del logocentrismo a la textualidad: la autobiografía académica como intervención historiográfica», en *Edad Media. Revista Histórica*, n.º 9, págs. 193-222, referencia citada en página 51.
- 2009 «El texto histórico como relato autobiográfico», en *Actas del III Congreso Internacional Historia a Debate*, coord. por Israel Sanmartín Barros, Santiago de Compostela, págs. 311-324, referencia citada en página 52.
- 2017 «L’ego-histoire en perspective: réflexions sur la nature d’un projet historiographique ambitieux», en *Cahiers de civilisation médiévale. Xe-XIIIe siècle*, n.º 238, págs. 125-138, referencia citada en página 51.
- 2023 «Las autobiografías de historiadores, entre la literatura y el testimonio autobiográfico», en *Res Gesta*, n.º 59, págs. 11-24, doi: 10.46553/RGES.59.2023, referencia citada en página 50.

BREZZO, LILIANA MARÍA

- 2020 *Si mi pluma valiera tu cañón. Juan Bautista Alberdi ante la Guerra del Paraguay*, Asunción: Atlas, referencia citada en página 47.

BRUNO, PAULA

- 2004 *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 66.

BUCHBINDER, PABLO

- 1996 «Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina», en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 13, referencia citada en página 66.
- 2011 «¿Qué debe saber un historiador?: Reflexiones sobre los modelos curriculares y la enseñanza superior de la historia de la Argentina durante el siglo XX», en *Clío & Asociados*, n.º 15, referencia citada en página 70.
- 2021 «Los orígenes del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires», en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 55, págs. 105-119, referencia citada en páginas 65, 70.

CAILLET-BOIS, RICARDO

- 1930 «Contribución a la bibliografía de David Peña», en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, vol. XI, n.º 46, págs. 679-716, referencia citada en página 69.

CASTAGNINO, RAÚL

- 1950 *Esquema de la literatura dramática argentina*, Instituto de Historia del Teatro Americano, referencia citada en página 74.

CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS

- 2013 *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 47.

CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS y PABLO BUCHBINDER

- 1992 «Provincias, caudillos, nación y la historiografía constitucionalista argentina, 1853-1930», en *Anuario IHES*, n.º 7, referencia citada en páginas 63, 70, 75.

COLIN, DAVIS e ISABEL BURDIEL

- 2005 (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia: Universidad de Valencia, referencia citada en páginas 49, 52.

CUCCORESE, HORACIO JUAN

- 1962 *Rómulo D. Carbia: ensayo bio-bibliográfico*, Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, referencia citada en página 72.

CUELLO, ESTEFANÍA

- 2012 «El primer plan de estudios de Abogacía de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Su incidencia en la formación de la clase dirigente argentina», en *La Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires en la formación de las elites*, coord. por Tulio Ortiz, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, referencia citada en página 63.

DEH-A

- 1893 *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes*, Barcelona: Montaner y Simón Editores, vol. XII, referencia citada en página 44.

DEKKER, RUDOLF

- 2002 «Jacques Presser's Heritage: Egodocuments in the Study of History», en *Memoria y Civilización*, n.º 5, págs. 13-37, referencia citada en páginas 48, 49.

DEVOTO, FERNANDO y NORA PAGANO

- 2009 *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en páginas 47, 84.

DI LISCIA, MARÍA SILVIA y GERMÁN SOPRANO

- 2017 (eds.), *Burocracias estatales. Problemas, enfoques y estudios de caso en la Argentina (entre fines del siglo XIX y XX)*, Rosario: Universidad Nacional de La Pampa y Prohistoria, referencia citada en página 45.

EUJANIAN, ALEJANDRO

- 2003a «El surgimiento de la crítica», en *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960*, ed. por Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, Buenos Aires: Alianza, referencia citada en página 64.
- 2003b «Método, objetividad y estilo en el proceso de institucionalización, 1910-1920», en *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960*, ed. por Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, Buenos Aires: Alianza, págs. 69-99, referencia citada en página 69.

FREIJOMIL, ANDRÉS

- 2015 «Historiografía, literatura y tradicionalismo en la formación intelectual del primer Rómulo Carbia (1903-1915)», en *PolHis. Revista Bibliográfica Del Programa Interuniversitario de Historia Política*, n.º 15, págs. 13-29, referencia citada en página 73.

GÁLVEZ, MANUEL

- 1944 *Recuerdos de la vida literaria (1900-1910). Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft, referencia citada en páginas 57, 61.

GARCÍA SALORD, SUSANA

- 2010 «El curriculum vitae: entre perfiles deseados y trayectorias negadas», en *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, vol. 1, n.º 1, DOI: 10.22201/iisue.20072872e.2010.1.18, referencia citada en página 50.

HALPERIN DONGHI, TULIO

- 1980 «La Historiografía: treinta años en busca de un rumbo», en *La Argentina del Ochenta al Centenario*, comp. por Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, Buenos Aires: Sudamericana, págs. 829-840, referencia citada en página 81.

INDA, GRACIELA

- 2023 (ed.), *El Estado y sus burocracias: discusiones teóricas y avances de investigación*, Buenos Aires: Teseo, referencia citada en página 45.

JANNELLO, KARINA

- 2013 «Las políticas culturales del socialismo argentino bajo la Guerra fría. Las redes editoriales socialistas y el Congreso por la Libertad de la Cultura», en *Papeles de Trabajo*, n.º 12, págs. 212-247, referencia citada en página 47.

KANNER, LEOPOLDO

- 1957 *Ideas historiográficas de David Peña*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, referencia citada en página 69.
- 1974 *David Peña y los orígenes del Colegio Nacional de Rosario*, Rosario, referencia citada en páginas 52, 58, 62.

LOUREIRO, ÁNGEL

- 1991 (coord.), *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Anthropos, vol. 29, referencia citada en página 49.

MARILUZ URQUIJO, JOSÉ

- 1998 *El Agente de la Administración Pública en Indias*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, referencia citada en página 45.

MICHELETTI, MARÍA GABRIELA

- 2013 *Historiadores e historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino*, Buenos Aires: Lumiere, referencia citada en páginas 46, 66, 77, 83.
- 2015 «“Facundo Quiroga rehabilitado”. Una aproximación al contexto de producción, repercusiones y aportes historiográficos del libro de David Peña (1906)», en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 42, págs. 125-153, referencia citada en páginas 46, 71.

- 2017 «“Un epistolario que puede ser considerado como elemento de historia”. Amistades personales, sociabilidades intelectuales y proyectos editoriales a través de las cartas del archivo de David Peña (1862-1930)», en *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti*, n.º 117, págs. 4-21, referencia citada en página 46.
- 2018 «Entre la tradición liberal y la revisión histórica. La construcción del pasado argentino a través de la correspondencia privada del historiador David Peña (1862-1930)», en *Historiografías. Revista de historia y teoría*, n.º 16, págs. 57-75, referencia citada en páginas 46, 64.
- 2019 «“Credo liberal-laico”, cartas y olvidos detrás de la historia religiosa de David Peña», en *Anuario IEHS*, vol. 34, n.º 2, págs. 33-54, referencia citada en páginas 46, 48.
- 2020 «La revista Atlántida de David Peña. Entre el impulso por unir el “alma de la América” y la vehemencia por reafirmar lo nacional», en *Humanidades*, n.º 8, págs. 175-211, DOI: 10.25185/8.7, referencia citada en páginas 46, 66.
- 2024 «El archivo personal como libro de historia. El “Prospecto” inédito de David Peña, o el íntimo desvelo de un historiador por la publicación de sus obras completas», en *Investigaciones y Ensayos. Academia Nacional de la Historia*, n.º 78, DOI: 10.51438/25457055IyE78037, referencia citada en páginas 46, 52.

OSZLAK, OSCAR

- 1984 *Teoría de la burocracia estatal: enfoques críticos*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 45.

PAGANO, NORA Y MIGUEL GALANTE

- 1993 «La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional, del Centenario a la década del '40», en *La historiografía argentina en el siglo XX (I)*, comp. por Fernando Devoto, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, págs. 45-78, referencia citada en páginas 60, 65, 84.

PASAMAR ALZURIA, GONZALO

- 1994 «La invención del método histórico y la historia metódica en el siglo XIX», en *Historia contemporánea*, n.º 11, págs. 183-214, referencia citada en página 64.

PASOLINI, RICARDO

- 2012 «Prólogo», en *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*, Rosario: Prohistoria, págs. 11-20, referencia citada en página 62.

PEIRÓ MARTÍN, IGNACIO

- 2001 «La contemplación de Narciso. La “vocación autobiográfica” de los historiadores», en *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España: actas del II Congreso de Historia Local de Aragón (Huesca, 7 al 9 de julio de 1999)*, coord. por Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Carmen Frías Corredor, págs. 361-388, referencia citada en páginas 51, 62.

PEÑA, DAVID

- 1906 *Contribución al estudio de los caudillos argentinos. Juan Facundo Quiroga. Conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras (con ampliaciones y notas)*, Buenos Aires: Coni, referencia citada en páginas 62, 64.

PERSELLO, ANA VIRGINIA

- 2000 «Administración y política en los gobiernos radicales, 1916-1930», en *Sociohistórica*, n.º 8, págs. 121-152, referencia citada en páginas 45, 55.

PETRA, ADRIANA

- 2007 «Los documentos particulares como fuentes históricas: la experiencia del CeDInCI con los fondos de archivo de las izquierdas argentinas», en *Políticas de la Memoria*, n.º 6-7, págs. 206-211, referencia citada en página 47.

PRADO, GUSTAVO

- 2010 *Las lecciones historiográficas de Rafael Altamira en Argentina (1909)*, Oviedo: Universidad de Oviedo, referencia citada en página 67.

PUCHOL, LUIS

- 2004 *El libro del curriculum vitae*, Madrid: Díaz de Santos, referencia citada en página 56.

RABINOVICH, ALEJANDRO e IGNACIO ZUBIZARRETA

- 2023 (eds.), *La construcción estatal en el Río de la Plata a través del empleo civil y militar (1600-1873)*, Santa Rosa: IEHSOLP Ediciones, referencia citada en página 45.

SANTOS ATELA, VICENTE

- 2010 «El derecho público provincial y municipal: algunas reflexiones acerca de la disciplina y su historia en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata», en *Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales*, vol. 7, n.º 40, págs. 468-478, referencia citada en página 75.

SILVA, WILTON y JOSÉ GONZÁLEZ-MONTEAGUDO

- 2016 «Cartesianos o hermeneúticos: el memorial académico como forma de autobiografía docente en Brasil», en *Cuestiones Pedagógicas*, n.º 25, págs. 133-144, DOI: 10.12795/CP.2016.i25.10, referencia citada en página 50.

SOSA, CARLOS HERNÁN

- 2012 «Una revisión del caudillo a dos voces. Notas sobre reescritura e intertextualidad en el teatro de David Peña y David Viñas», en *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, págs. 249-267, referencia citada en página 74.

SWIDERSKI, GRACIELA

- 2019 *Documentos para armar una nación. Documentos para definir la esencialidad argentina*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, vol. 1, referencia citada en página 43.

CAPÍTULO 3

José Luis Busaniche en la gestión del patrimonio histórico de la nación a través de documentos y correspondencia institucional (1939-1950)

RENZO SANFILIPPO

Introducción

Hacia la década de 1930, en Argentina, se impulsaron desde el Estado una serie de acciones tendientes al fortalecimiento de la memoria histórica, entre ellas la creación de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos (en adelante, CNMyMyLH) en el año 1938. Como se advertirá, esta particular repartición estatal ha sido estudiada principalmente como un vehículo de transmisión de una memoria «oficial» asociada a la «tradición liberal» del país (Pagano 2014; Rotman 2018; Schávelzon 2008; Uribarren 2009).

En las páginas siguientes se explora la experiencia de gestión del historiador santafesino José Luis Busaniche (1892-1959) como secretario de la CNMyMyLH, la cual tuvo lugar entre los años 1939 y 1950. Perteneciente a una familia tradicional de la ciudad capital de su provincia y formado como abogado en la Universidad Provincial, donde obtuvo su título en 1919, Busaniche tuvo hacia mediados de la década de 1920 una primera experiencia local en la función pública, en carácter de subsecretario de Instrucción Pública y Fomento de Santa Fe. En simultáneo comenzó a publicar sus primeros trabajos de contenido histórico en la prensa provincial y en revistas académicas, consolidándose en esta profesión también

a partir de su ejercicio como docente en ámbitos universitarios y de formación superior, así como en instituciones como la Junta de Historia y Numismática Americana (en adelante, JHNA). Se estableció en Buenos Aires, insertándose en sus circuitos institucionales e intelectuales a partir de su nombramiento como secretario de la CNMyMyLH, experiencia que configura, en su itinerario vital, la más extensa en el ejercicio de la función pública.

Este capítulo procura contribuir a los estudios que ponen el foco en el «rostro humano» del Estado, esto es, en la importancia que tienen en la «definición de agendas, modos de intervención y producción de resultados (...) las personas que participan del Estado desde (...) la llamada “función pública”». Esta línea de investigación propone preguntarse por la infinidad de intercambios entre agentes estatales y no estatales, así como el reconocimiento «del peso de ciertas figuras en las trayectorias de las instituciones» (Bohoslavsky y Soprano 2010, págs. 14-16).

El análisis de una intervención individual en un marco institucional requiere el establecimiento de cierta precisión metodológica en cuanto a las posibilidades del género biográfico. La experiencia de Busaniche como secretario de la CNMyMyLH permite recuperar lo que en un texto ya clásico de 1989 Giovanni Levi llamó «el margen de libertad intersticial de los agentes en sistemas normativos no exentos de contradicciones» (Levi 1996, pág. 23). La biografía, de este modo, constituye una mejor vía para la comprensión de la riqueza humana, porque el todo y las partes se nutren entre sí de manera circular; lo individual y lo subjetivo humanizan las ciencias sociales sin desestimar lo colectivo, porque la biografía no es autosuficiente y debe estar atravesada por problemas (Bruno 2016; Loriga 2012). Ahora bien, se debe atender a ciertas particularidades cuando se procede a la construcción de biografías de historiadores, tales como «sus formas de representación del pasado y procesos de institucionalización disciplinar», así como los usos y hábitos comunitarios, motivos académicos o compromisos políticos, entre otros intereses (Peiró Martín 2013, pág. 22).

En este caso, la biografía se relaciona también con la autobiografía, porque en las fuentes que se analizarán Busaniche construyó a través de la escritura una imagen de sí mismo y de su actuación en la Comisión, así como de otros agentes, por lo que se prestará aten-

ción a las prácticas discursivas en primera persona. Atender a la voz del «yo» es fundamental para comprender la propia subjetividad de Busaniche y, en consecuencia, dentro del género autobiográfico se considerará el subgénero epistolar, el cual permite seguir esta perspectiva (Saiz Cerredá 2006).

El enfoque que se adopta permite visitar los boletines de la CNMyMyLH y renovar el conocimiento referido al funcionamiento de la institución en una etapa en que se advierte su conformación, auge y un declive que persistirá por varios años. Actas de sesiones, informes de gestión, notas y comunicaciones, algunas bajo la forma epistolar y que podrían catalogarse como correspondencia institucional o administrativa, constituyen un corpus documental que demanda una definición precisa del aparato teórico y metodológico con el cual se lo procede a analizar.

A partir de la Edad Moderna adquiere importancia cada vez más creciente la escritura como instrumento de gobierno y de administración en la cultura europea occidental (Chartier y Madero 2013). En casos como el de la Monarquía Hispánica, el género epistolar tuvo un desarrollo significativo desde el siglo XVI y las «cartas generales» de los Habsburgo fueron un instrumento privilegiado de comunicación, anticipando la correspondencia administrativa y operando a la vez como un medio desde el cual podían construir una imagen de la propia casa, sus personajes y su historia (Bouza 2022). A diario, tanto al interior de la corte como fuera de ella, circularon durante los siglos XVI y XVII grandes volúmenes de cartas y, en un proceso de centralización y burocratización, la correspondencia epistolar empleada en la administración adquirió cada vez mayor importancia en una red de instituciones a las que había que transmitir órdenes y de las que, a la vez, se debía recibir información y peticiones (Cadarsó 2002). También en la gestión de los territorios americanos de la Monarquía, como lo ha acreditado Vassallo (2013) en su estudio centrado en la Comisaría de Córdoba durante el siglo XVIII, la correspondencia en la burocracia administrativa jugó un rol fundamental para asegurar el funcionamiento de la Inquisición por medio de una política de la «presencia».

En Argentina, Leandro Di Gresia ha advertido un avance en el estudio de la escritura epistolar privada, pero cierta marginación en cuanto al intercambio epistolar burocrático porque, según su

visión, en los trabajos dedicados al análisis de agencias institucionales las misivas entre sus agentes son consideradas como un mero acto administrativo. Sin embargo, destaca el autor, en ocasiones pueden constituir piezas valiosas que revelan información sobre criterios interpretativos personales ante conflictos con otros funcionarios o instituciones, tal como lo encontró en la correspondencia burocrática de la Justicia de Paz de Buenos Aires durante el siglo XIX (Di Gresia 2015, págs. 40-41). En cuanto al siglo XX y el problema más específico de la gestión de la memoria y el patrimonio histórico, Pupio y Piantoni (2017) estudiaron el proceso de creación del Museo de la Patagonia en Bariloche, el cual estuvo ligado a la figura de su primer director Enrique Amadeo Artayeta, quien desde una oficina en Buenos Aires administró la institución por medio de la correspondencia que intercambió con distintos agentes.

En el caso del capítulo que aquí se presenta se estudia la correspondencia institucional de la CNMyMyLH junto a otra documentación administrativa plasmada y publicada en los boletines. Sin corresponder al género de lo privado, advertimos sin embargo en estas fuentes la presencia de elementos autobiográficos, esto es, intereses personales y criterios interpretativos que permiten reconstruir la actuación de Busaniche como secretario. Entre ellos, puntos de vista historiográficos, sugerencias sobre distintas medidas a llevar a cabo para la conservación del patrimonio histórico y folclórico del país, respuestas y solicitudes sobre diversas gestiones dirigidas a quienes ocupaban cargos en otras dependencias estatales, interpretación de normativas vigentes y decisiones concretas. Si se recuperan los aportes de Aurell (2008) respecto de las autobiografías escritas por historiadores, se observa que en las cartas dirigidas a otros miembros de la Comisión, como a Ricardo Levene, o a distintos funcionarios nacionales y agentes culturales, se revelan aspectos que no se reducen al itinerario personal de Busaniche sino que aportan información sobre la función social desempeñada por los historiadores en la década del cuarenta, en la gestión de la memoria y el patrimonio histórico de la nación, y brindan datos sobre sus ámbitos de actuación, de modo que también ayudan a delinear las características de ese período historiográfico. Así, resulta un objetivo prioritario en este trabajo rastrear los elemen-

tos personales del desempeño institucional de Busaniche como un medio para renovar el conocimiento sobre el funcionamiento de la propia Comisión, y de los acuerdos y conflictos suscitados con otros actores políticos y culturales en contextos específicos.

La CNMyMyLH y la memoria oficial. Interpretaciones a debate

La Comisión Nacional de Monumentos, de Lugares y Bienes Históricos es un organismo estatal encargado de resguardar el patrimonio histórico de la nación argentina. Fue creada como Comisión Nacional de Museos y Lugares Históricos por decreto del Poder Ejecutivo Nacional en 1938 y su institucionalización se hizo plena con la ley 12.665 sancionada en 1940. Desde entonces se llamó Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos, denominación que mantuvo hasta el año 2015 cuando la ley 27.103 la modificó por la actual.

La institución tuvo su antecedente en el Patronato Nacional de Sitios y Monumentos Históricos, creado en 1919 bajo la dependencia del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. El Patronato fue una institución de rumbo incierto que en la práctica dejó las iniciativas en la materia en manos de particulares. La situación cambió en la década de 1930 cuando confluyeron los intereses del presidente de la Nación Agustín P. Justo y del historiador Ricardo Levene, ya que juntos buscaron «anudar la historia y la memoria a los resortes del Estado» (Blasco 2012). Levene se vio directamente beneficiado: la JHNA que presidía desde 1934 fue reconocida de manera oficial como Academia Nacional de la Historia a inicios de 1938, antes de que Justo dejara su cargo. También por obra de este último se creó en 1937 la Superintendencia de Museos y Lugares Históricos, base de la Comisión establecida al año siguiente y cuya presidencia quedaría reservada para Levene.

Varios autores coinciden en señalar que la institución se encargó de consolidar desde sus comienzos una «memoria oficial», anclándose en la tradición o historiografía a veces denominada «liberal» o sencillamente «argentina». Al respecto, Nora Pagano señala que el contexto político favoreció la activa intervención del Estado en una dimensión patrimonial-memorial y la acción de la Comisión se inscribió en una más amplia de elaboración de

una liturgia patriótica por parte de los gobiernos de la década del treinta. Desde su punto de vista, la CNMyMyLH buscó consagrar una «memoria pública oficial» a fin de consolidar una identidad nacional que conciliaba «la herencia colonial y su simbología católica con espacios que manifestaban cierto criterio de autoridad y republicanism, y un panteón de héroes de las guerras de la independencia y civiles». Todo ello, sostiene, se hallaba ligado a «la tradición liberal» (Pagano 2014, págs. 50-52).

María Sabina Uribarren, por su parte, al analizar el período correspondiente a los años en que Ricardo Levene presidió la institución, indicó que esta tuvo un accionar cuyo éxito perduró en el tiempo al lograr instalar en la «memoria colectiva» una serie de lugares y monumentos asociados a la «tradición histórica» que «ya existía» por entonces en el país (Uribarren 2009, pág. 214). Con tales términos se refería a la valoración de

«La Revolución de Mayo, de la Independencia Argentina, de la Formación de la República, del proceso de consolidación del territorio de la Nación, de diversos acontecimientos vinculados a la Soberanía nacional, de batallas ocurridas en el siglo XIX, de las actividades de la comunidad jesuítica, de las figuras de San Martín (el Libertador de América), de Urquiza (el primer presidente según la constitución federal de 1853), de Sarmiento (el educador), de Alberdi (el legislador)» (Uribarren 2009, pág. 236).

La autora no utiliza los términos «oficial» o «liberal» para definir a esa tradición histórica que «había sido celebrada de diversas formas desde finales del siglo XIX» y solo se preocupa por aclarar que figuras como los caudillos federales Estanislao López, Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas «fueron recordados por la CN, pero no se observaron palabras positivas en relación con ellos» (Uribarren 2009, pág. 230).

Análoga es la explicación que ofrece Daniel Schávelzon: luego de señalar que el período 1938-1946 «fue lo mejor que tuvo la Comisión en la mayor parte de su historia» ya que hubo «coherencia y continuidad durante ocho años», indicó que su acción estuvo «marcada por el nacionalismo, por la historia oficial, los héroes militares y el unitarismo –y algo federal, aunque poco–, porque hubiera sido impensable de otra manera» ya que, según su punto de vista, «estaban en la Comisión todos los que provenían

de esa línea», aunque no señaló a quiénes se refería (Schávelzon 2008, pág. 114). En cuanto a la etapa en que gobernó el peronismo en el país, el autor detectó un estancamiento institucional en el que ni siquiera hubo «lazo de unión entre el proyecto político del peronismo y el del patrimonio» (Schávelzon 2008, págs. 153-154).

Mónica Rotman, por su parte, examinó los boletines de la Comisión y encontró una narrativa que validaba la «historiografía liberal» en función de una «memoria oficial y legítima». Para la autora, la «línea historiográfica» de la institución continuó durante el peronismo y en ella no tuvo cabida la «corriente historiográfica revisionista», a la que entiende como un «movimiento reivindicatorio de los caudillos antiliberales (representantes de la barbarie en la historiografía oficial)», a pesar de que sus integrantes «se ubicaban cercanamente a J. D. Perón». Rotman no precisa a quiénes considera como revisionistas cercanos al oficialismo peronista ni aclara si interpreta al revisionismo como un fenómeno de conjunto. Entre las distintas hipótesis que ofrece figura el hecho de que «el Poder Ejecutivo Nacional no fue propenso a confrontar con una línea historiográfica que no le suscitaba totales desacuerdos» (Rotman 2018, págs. 92-93).

Más allá de las similitudes o diferencias que pudiesen tener en cuanto a la utilización de los términos «liberal» u «oficial» y en sus conexiones con la memoria o las tradiciones históricas e historiográficas, es importante destacar que, en las perspectivas de Pagano, Uribarren, Schävelzon y Rotman, subyace una concepción común: la CNMyMyLH es contemplada como una institución homogénea que definió en sus distintos períodos una visión coherente y compartida del pasado. Pero, si se revisa cómo procedieron las personas que la integraron, hubo intercambio de opiniones y voces plurales. A la hora de tomar decisiones de carácter histórico-patrimoniales, es advertible cierta heterogeneidad entre sus miembros, tal como lo ha indicado en varios trabajos María Élica Blasco. En un artículo de su autoría explora la intervención de los historiadores nucleados en la CNMyMyLH en el proceso de organización del Museo Histórico del Cabildo y la Revolución de Mayo durante los años 1938-1943 e identifica dos posturas disímiles en cuanto al plan arquitectónico de reconstrucción del edificio del Cabildo (Blasco 2014). En un texto posterior centrado en la constitución de la Casa

Histórica de la Independencia en Tucumán, Blasco (2017) observó una situación similar, aunque era cualitativamente más importante porque la reconstrucción partía de una condición previa que era la demolición del edificio, centro de «peregrinaciones patrióticas» desde fines del siglo XIX.

Examinar a la CNMyMyLH simplemente como una institución productora de memoria «oficial» o «liberal» oscurece más de lo que aclara ya que no hubo entre sus miembros posturas homogéneas. En esta consideración de posiciones heterogéneas debe ubicarse la labor del secretario José Luis Busaniche.

Del Litoral a la capital del país

José Luis Busaniche nació en 1892 en la ciudad de Santa Fe, en el seno de una familia de historiadores y aficionados a la historia.^[1] En 1919 se recibió como abogado en la Universidad Provincial, año en que esta se transformó en Universidad Nacional del Litoral (en adelante, UNL) y poco tiempo más tarde, entre 1925 y 1928, tuvo su primera experiencia local en la gestión pública al desempeñarse como subsecretario de Instrucción Pública y Fomento, durante el gobierno radical de Ricardo Aldao. Los vínculos de su familia con el radicalismo venían de parte de su propio padre, Julio Mateo Busaniche, quien integró las filas de los primeros dirigentes del partido en la capital provincial entrada la década de 1890, y también de su hermano mayor, Julio Antonio Busaniche, quien se desempeñaría como diputado nacional por Santa Fe entre 1936 y 1940. Con la intervención de Diego Saavedra a la provincia de Santa Fe que siguió al golpe de estado de 1930, José Luis Busaniche volvió a ocupar el cargo de subsecretario de Instrucción Pública y Fomento, aunque solo por unos meses hasta enero del año siguiente.

[1] Su tío materno Ramón J. Lassaga (1858-1921) es considerado uno de los primeros historiadores de la provincia que intentó dotar a su obra de una base erudita y documental, marcando distancia con los memorialistas locales cuyos escritos sobre el pasado santafesino buscaban transmitir lo que habían visto o escuchado (Micheletti 2013). También su hermano Julio A. Busaniche (1878-1942) escribió algunos trabajos de contenido histórico, aunque en relación con su actividad como abogado, esta fue una ocupación marginal. Quien sí tuvo una carrera importante en cuanto a su inserción académica como historiador fue su sobrino José Carmelo Busaniche (1910-1978).

A la par de su desempeño en la gestión pública santafesina comenzó a publicar sus primeros trabajos de contenido histórico, dedicados con especial interés a la figura de Estanislao López y a la acción de los caudillos federales del Litoral del país, durante la primera mitad del siglo XIX. Más que una coincidencia, su involucramiento con el aparato estatal de la provincia le permitió llevar adelante y dirigir proyectos historiográficos como la compilación documental relativa a la Convención celebrada en Santa Fe en 1828 (Busaniche 1926, 1928). Además, adquirió relevancia en la prensa local en el marco de una disputa por el pasado santafesino que durante esos mismos años tuvo con su comprovinciano Carlos Agustín Aldao. La distancia generacional, los debates en torno al método histórico y marcadas diferencias en cuanto a la interpretación del papel desempeñado por los caudillos provinciales en el período abierto por la revolución de mayo y las guerras de independencia constituyeron el marco de la disputa (Sanfilippo 2022).

Ya hacia fines de la década del veinte y comienzos de la siguiente, Busaniche afianzó las conexiones institucionales e intelectuales que le permitieron hacerse un lugar en el escenario historiográfico argentino. En 1929 fue nombrado miembro correspondiente por Santa Fe de la JHNA y obtuvo por concurso un cargo docente de Historia Argentina en la Facultad de Ciencias Económicas y Educativas de Paraná (en adelante, FCEyE), perteneciente a la UNL. Entre los miembros del jurado figuraron nombres representativos de la Nueva Escuela Histórica (en adelante, NEH) como Ricardo Levene y Emilio Ravignani (Ibarlucía 2018), con quienes Busaniche trabó un vínculo perdurable, tal cual lo demuestra la correspondencia intercambiada y los espacios e iniciativas culturales que compartieron en los años subsiguientes.

En los primeros años de la década del treinta, Busaniche tuvo algunos sinsabores personales. Poco después del golpe de Estado de septiembre, el presidente de facto José Félix Uriburu ordenó la intervención de las universidades y en el caso de la FCEyE de Paraná encomendó la tarea a Maximio Victoria, quien inició su misión en enero de 1931. Se trataba de una figura conocida en el ámbito local por su experiencia de dirección en la Escuela Normal (1907-1920) y su oposición a los principios de la Reforma Universi-

taria. En 1921 había renunciado a la dirección de la Escuela Normal Anexa a la FCEyE de Paraná y al ejercicio de su cátedra de Historia de la Educación tras ser relegado del puesto de decano, lugar que ocupó Antonio Sagarna. Cuando regresó como interventor, diez años después, apoyó su cierre –que se efectivizó en 1932– denunciando los efectos de la «demagogia universitaria» (Motura y Vartorelli 2019).

Sin cátedra universitaria, Busaniche concentró su labor profesional como docente en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Paraná (en adelante, INPS), ciudad en la que se radicó hacia 1935. En simultáneo, publicó a lo largo de la década una importante cantidad de libros, artículos académicos, notas en la prensa y traducciones al castellano de relatos de viajeros extranjeros arribados al continente americano durante el siglo XIX.

Cuando en 1939 fue nombrado secretario de la CNMyMyLH y a raíz de esta designación decidió mudarse a la ciudad de Buenos Aires, Busaniche ya se había ganado un nombre entre la comunidad historiográfica del país. Sin embargo, su labor intelectual no había despertado hasta el presente importantes estudios y los trabajos que abordaban algún aspecto de su obra se limitaban en su mayoría a una caracterización de su discurso histórico, definido sin demasiada claridad como «revisionista» o «disidente».^[2] Conviene, igualmente, remarcar una excepción. Aunque no profundizó en estos aspectos, en su «Nota preliminar» a la reedición de la *Historia Argentina* (2005) de Busaniche, Fernando Devoto se refirió a la vinculación intelectual e institucional del autor con otros historiadores provinciales y de Buenos Aires, así como a las características de una «nueva lectura académica» del pasado argentino que, sobre la base de la valoración de los caudillos y sus aportes a la organización del país, habría antecedido al revisionismo de la década del treinta (Devoto 2005, pág. 18).

La reinterpretación del peronismo luego del golpe de Estado de 1955 y un horizonte mundial en el que confluían las influencias de la revolución cubana y el tercermundismo ampliaron las narrativas sobre la historia y la identidad nacional y el esquema

[2] De manera reciente se ha defendido la tesis doctoral que busca revertir esta situación y realizar un aporte sustantivo al conocimiento de este autor (Sanfilippo 2025).

reversionista sirvió de apoyo a diversos arcos ideológicos que dejaron de otorgar un carácter protagónico a la figura de Rosas –como había sido característico dentro de esta corriente historiográfica desde la década del treinta– para incluir a los caudillos federales del interior y a las masas populares que los seguían como partes de una búsqueda de liberación nacional (Goebel 2013, págs. 139-144). Fue en este contexto que se asimiló a Busaniche por sus trabajos reivindicatorios del caudillismo federal como integrante de una genealogía de autores revisionistas que, opositores a la «historia oficial», habrían sido silenciados o desplazados de las instituciones culturales.

Este tipo de operaciones sobre el pasado conocía antecedentes y los revisionistas del nacionalismo conservador de la década del treinta habían convertido a intelectuales decimonónicos como Adolfo Saldías y Ernesto Quesada en autores «excluidos» por sus simpatías hacia Rosas (Cattaruzza y Eujanian 2010, pág. 365). En su biografía para homenajear a Busaniche, fallecido en 1959, Chávez (1964) procedió de forma similar al caracterizarlo como un «historiador marginado de las academias» por glorificar a Estanislao López y a los caudillos del litoral en lo que suponía como una clara reacción contra la «escuela oficial» (Chávez 1964, págs. 38-43). También otros textos publicados entre las décadas del sesenta y el ochenta enfatizan la imagen de Busaniche como un autor solitario o independiente y la vinculan a su interpretación historiográfica (Arrieta 1966; Buonocore 1962; D'Atri 2019; Funes 1986).

Sin embargo, estas lecturas sobre la obra de Busaniche no parecen corresponderse con la evidencia empírica que permite delinear el itinerario intelectual de un historiador de origen provinciano que se proyectó exitosamente al plano nacional, tal como lo demuestra su actuación como secretario de la CNMyMyLH, uno de los aspectos menos estudiados de su vida profesional. Aun cuando no sea objeto de este trabajo, cabe destacar también que una vez establecido en Buenos Aires y ya en ejercicio de su cargo, Busaniche siguió ampliando su inserción en otras redes académicas como el INPS de la Capital y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (en adelante, FFyL de la UBA).

El desempeño de Busaniche durante la presidencia de Levene

Al año siguiente de que fuera creada la CNMyMyLH, José Torre Revello elevó la renuncia a su cargo de secretario tras ser nombrado profesor de Historia del Arte en la Escuela Nacional de Artes Plásticas «Manuel Belgrano» en la ciudad de Buenos Aires. No era sencillo ocupar esta vacante, ya que se trataba de una figura de prestigio vinculada a la NEH, más particularmente a la Sección Historia de la FFyL de la UBA que luego se transformó en Instituto de Investigaciones Históricas (en adelante, IIH). Torre Revello colaboró en esta institución, fue catedrático de la Facultad y publicó gran cantidad de trabajos de contenido histórico, con especial interés en el desarrollo del periodismo y las letras en el período de dominación española en América (Sabor Vila 1963).

Según De Masi (2012), quienes acercaron el nombre de Busaniche para ocupar el puesto vacante fueron el presidente de la institución, Ricardo Levene, y los vocales Alejo González Garaño, Félix Best, Emilio Ravignani, Enrique Udaondo, Rómulo Zabala y Tomás Cullen. Dentro de la Comisión puede observarse el apoyo prestado a Busaniche de parte de referentes de la NEH, tales los casos de Ricardo Levene y Emilio Ravignani. Más ligado a la profesionalización e institucionalización de la disciplina en la ciudad de La Plata, llamada también «escuela histórica platense», Levene fue un actor central de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y de la red de instituciones e iniciativas culturales a ella vinculadas, tales como la revista *Humanidades*, el Instituto Bibliográfico y el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Ravignani, por su parte, desarrolló su intensa acción desde el IIH de la FFyL de la UBA, el cual dirigió desde 1921 y durante un cuarto de siglo. Desde allí se vinculó con historiadores de los distintos puntos del país y de Europa y a través del *Boletín* procuró difundir la actividad historiográfica local e internacional (Devoto y Pagano 2009, págs. 155-158).

Los vínculos con otras figuras de origen provinciano parecen haber sido igualmente importantes para su designación como secretario. En una fuente familiar se menciona que fueron las gestio-

nes de Cullen, «su comprovinciano y amigo», las decisivas.^[3] No se sabe con precisión el origen de esa amistad y entre Busaniche y Tomás Cullen (nacido en 1863) había una importante distancia generacional, pero es probable que los hubiese acercado la publicación de Busaniche, «El bloqueo francés de 1838 y la misión Cullen», aparecido en el *Boletín* del IIH (1934), artículo dedicado a valorar el accionar político de Domingo Cullen, genearca de una familia de fuerte arraigo en Santa Fe.

En definitiva, puede inferirse que la figura de Busaniche generó consenso en los integrantes de la Comisión. El cargo de secretario era rentado y entre sus funciones estaba la redacción de las actas y el orden del día, y el despacho administrativo. No tenía voto en las deliberaciones formales pero su voz se consideraba como autorizada en materia de conocimiento histórico. Todo esto debió haber pesado de algún modo en la decisión de Busaniche, quien finalmente se mudó a Buenos Aires y renunció a sus horas docentes en Paraná.

Hay un antecedente en la trayectoria de Busaniche que pudo haber sido considerado por Levene y el resto de los miembros de la Comisión, ya que situaba tempranamente al santafesino en materia de conservación patrimonial. El 8 de octubre de 1926 el gobierno provincial de Ricardo Aldao encomendó a Edmundo Rosas,^[4] a cargo del Patronato Nacional de Sitios y Monumentos Históricos, al diputado nacional Agustín Araya,^[5] y a José Luis Busaniche

[3] Archivo Julio Néstor Busaniche. «Cronología del Dr. José Luis Busaniche», s/f, pág. 15. El escrito no tiene fecha de redacción ni está formulado en primera persona. Además, incluye acontecimientos posteriores a la muerte del autor. Dado que algunos de los hechos referidos son presentados con gran similitud en la biografía escrita por Fermín Chávez, es probable que haya sido mecanografiado por Susana Barrier, viuda de Busaniche, quien permitió a Chávez la consulta de papeles personales del difunto historiador santafesino para la confección de su obra. El autor de este capítulo agradece al titular del archivo privado por permitirle la consulta del material referido.

[4] Edmundo Rosas era santafesino y estaba fuertemente vinculado a la vida política y cultural de la capital provincial. Entre 1908 y 1912 estuvo a cargo del Gobierno Municipal y su intendencia fue valorada como un impulso modernizador. Rosas puso al servicio de la ciudad sus conocimientos en urbanística, los cuales fueron materializados en el diseño de espacios verdes (plazas y paseos), la pavimentación de calles, la construcción de veredas y la proyección de la Casa de Gobierno (Montoro 2020).

[5] Agustín Araya (1876-1936) fue un destacado dirigente del radicalismo santafesino. Entre 1920 y 1924 fue ministro de Instrucción Pública y Fomento y en 1926 fue electo

–entonces subsecretario de Instrucción Pública y Fomento–, la «formación de un inventario de todos los sitios, monumentos o reliquias que por su valor arquitectónico merezcan la protección o conservación por parte del Estado». Según el decreto del Poder Ejecutivo de la provincia, la clasificación era necesaria «(...) para incorporar a las funciones administrativas del estado esa misión cultural que vincule el pasado provincial a la vida activa de la nación y sirva a la vez de enseñanza histórica y artística».^[6]

No se han encontrado registros posteriores de esta tarea y Busaniche renunció al cargo de subsecretario a comienzos de 1928, pero igualmente, la propia designación es un hecho que no se puede omitir.

Respecto de la labor específica de Busaniche como secretario de la CNMyMyLH cabe comenzar con información que aporta el *Boletín* n.º 2 (1940) de la institución. Un hecho en particular pone en relación el rol del santafesino en la Comisión con su producción historiográfica. Como se ha mencionado, desde comienzos de la década del treinta el autor había publicado distintos trabajos relativos a una serie de gestiones llevadas a cabo por Domingo Cullen, en representación del caudillo de Santa Fe Estanislao López, durante el bloqueo francés de 1838. Cullen fue fusilado por orden del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, en 1839, culpado de actuar en alianza con los unitarios y las potencias extranjeras. La posición historiográfica asumida por Busaniche denunciaba a Rosas por acusar falsamente de traidor a Cullen, y cien años después de la muerte del personaje sintetizaba su postura en la biografía *Domingo Cullen* (1939). El centenario del acontecimiento, además, activó una serie de conmemoraciones en las que la Comisión y su secretario tomaron parte. Luis María Campos Urquiza, en su breve reseña sobre la labor anual del Museo y Biblioteca de la Casa del Acuerdo de San Nicolás, que entonces dirigía, mencionó que el 24 de junio de 1939, dos días después del cumplimiento del centenario del fusilamiento de la «inocente víctima» Domingo

como diputado nacional. Sobre su trayectoria política, se puede leer una breve nota biográfica en http://www.efemeridesradicales.com.ar/Indice/A/Agustin_Araya/Agustin_Araya.html.

[6] Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe, fondo Instrucción Pública y Fomento. «Decreto del Poder Ejecutivo de la Provincia de Santa Fe», 1926.

Cullen, «ordenado por el tirano Rosas» en la Posta de Vergara, se rindió un homenaje a su memoria. Meses más tarde, el 7 de octubre, una escuela de San Nicolás fue nombrada «Domingo Cullen» y Busaniche, junto a Campos Urquiza, Tomás R. Cullen y Enrique Udaondo, se hizo presente en representación de la CNMyMyLH.^[7]

Hay una explícita toma de posición de Luis María Campos Urquiza ya que su interpretación del pasado, que ubicaba a Juan Manuel de Rosas en el campo de la tiranía y a Domingo Cullen como víctima de su política de terror, parecía condicionada por su propia historia familiar. Hijo de Justa Urquiza y Luis María Campos, era uno de los nietos descendientes del general Justo José de Urquiza, caudillo de Entre Ríos que había liderado al ejército vencedor que puso fin al gobierno de Rosas luego de la batalla de Caseros del 3 de febrero de 1852. La memoria histórica afectaba distintas tradiciones y en ese terreno se enlazaban también los apellidos Cullen y Busaniche, partes de una amplia red de familias de la elite política y cultural santafesina de la década del treinta que estaban relacionadas por vínculos de parentesco (Coudannes Aguirre 2007). Tomás R. Cullen era nieto de Domingo Cullen, y José Luis Busaniche hijo de Julio Mateo Busaniche, uno de los primeros dirigentes del partido liberal de Santa Fe, facción que en 1862 apoyó desde la legislatura provincial al gobierno de Patricio Cullen (hijo de Domingo Cullen y partícipe de la batalla de Caseros en el bando de Urquiza).

Aunque un posicionamiento historiográfico predominantemente liberal pudiera ser visible en varios de los miembros de la Comisión, esto no significaba una postura oficial y antirrosista del conjunto de sus integrantes (al menos no en un sentido tajante). Como lo demuestran las actas, ese mismo año de 1939 el Instituto de Investigaciones Históricas «Juan Manuel de Rosas» (en adelante, IIHJMR), fundado en 1938 y presidido entonces por el teniente de navío de la Armada Argentina Lauro Lagos, fue considerado como un interlocutor válido. De hecho, ante el pedido de la institución consistente en la creación de una obra defensiva en el morro de tierra existente en la playa del río Paraná, denominado «La vuelta

[7] «Homenaje a Domingo Cullen», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 2, 1940, págs. 202-203.

de Obligado», la Comisión procedió favorablemente.^[8] Por otro lado, en sesión del 5 de junio de 1939 se discutió sobre otro pedido del IIHJMR para declarar monumento histórico la cruz que recordaba el lugar del fusilamiento de Dorrego en las inmediaciones del pueblo de Navarro, y hubo posturas distintas. Udaondo se opuso al señalar que «se trata de una construcción moderna y que no puede considerarse monumento», mientras que Ravignani propuso que se prescindiera del monumento, pero sí que se declarara al sitio «lugar histórico».^[9] El dictamen propuesto por Ravignani se aprobó, pero Tomás R. Cullen «dejó constancia de que estaba de acuerdo con la declaración que se auspiciaba, pero creía que a la entidad peticionante que lleva el nombre “Juan Manuel de Rosas” no debía reconocérsela personería en esta Comisión».^[10] Así, la vindicación de una memoria familiar llevaba a Tomás Cullen a reconocer a Dorrego, pero obturar la memoria de Rosas.

Esto demuestra la existencia de líneas historiográficas diversas al interior de la CNMyMyLH. Otro hecho quizás aún más claro puede verse respecto a la valoración de los caudillos. En la misma sesión se menciona que el vocal coronel Félix Best recibió por parte del coronel Cernadas, agregado militar argentino en la embajada en Uruguay, una solicitud de adhesión de la Comisión al proyecto de levantar un monumento a Artigas en Buenos Aires. Levene pareció expresar su conformidad al explicar que en Artigas «los uruguayos personifican el principio de su independencia y su nacionalidad» y que, además, «el concepto sobre los caudillos de las primeras horas de nuestra historia, ha evolucionado, y en general, no se les considera como enemigos de la nacionalidad, sino como los representantes de un principio político».

Ravignani estuvo a favor y señaló que él mismo había estudiado «en forma objetiva y desapasionada la figura de Artigas, considerándole como un caudillo argentino, que nunca aspiró a la

[8] «Construcción de una obra defensiva en el morro de tierra situado en la playa de la Vuelta de Obligado. Buenos Aires, 24 de abril de 1939», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 2, 1940, pág. 342.

[9] «Acta de sesión del 5 de junio de 1939», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 2, 1940, págs. 426-427.

[10] «Acta de sesión del 4 de julio de 1939», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 2, 1940, pág. 440.

independencia absoluta del Uruguay, sino a la autonomía de las provincias que después fue consagrada por la historia».

Enrique Udaondo, en cambio, consideraba a Artigas un elemento de discordia en el Río de la Plata y a Buenos Aires como el principal blanco de sus iras, por lo que su posición era de voto negativo, igual que la de Campos Urquiza. Finalmente, no hubo consenso y se decidió tratarlo en otra sesión.^[11] Busaniche estuvo presente en la sesión y en carácter de secretario no tenía voto en estas cuestiones, pero si hubiese podido, seguramente se habría expresado a favor del monumento a Artigas ya que en sus libros se advierte una posición similar al argumento planteado por Ravignani.^[12]

Otro hecho a destacar es que Busaniche dominaba idiomas extranjeros como el francés y el inglés y puso sus conocimientos al servicio de la Comisión. En el mismo *Boletín* n.º 2 que se viene analizando figura su transcripción al castellano de R. Poincaré^[13] y su ley sobre monumentos históricos.^[14] Esta última acción constituyó un aporte relevante que se evidencia en el siguiente hecho: en el anteproyecto de constitución formal de la institución, que Levene había elevado al Poder Ejecutivo Nacional en junio de 1938, se había mencionado a la ley francesa como parte de la legislación extranjera más interesante y de la cual se había servido para la redacción del escrito. Teniendo en cuenta que la ley que conformó oficialmente la CNMyMyLH se sancionó finalmente en 1940, la traducción hecha por Busaniche y publicada un año antes puede ubicarse en el marco de las gestiones realizadas desde la institución para formalizar su funcionamiento. Por otro lado, con la traducción del texto de Roberto C. Smith sobre políticas patrimoniales

[11] «Acta de sesión del 5 de junio de 1939», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 2, 1940, págs. 427-428.

[12] La reivindicación artiguista por parte de Busaniche es explícita en sus trabajos de la década del veinte, tal como se puede observar en *Estanislao López y el federalismo del litoral* (1926). De hecho, la valoración de los aportes del caudillo oriental al federalismo rioplatense será constante hasta el último de sus trabajos, la póstuma *Historia Argentina* (1965).

[13] Raymond Poincaré fue un destacado político del liberalismo francés que ocupó distintos cargos entre 1893 y 1928. Entre 1913 y 1920 fue presidente de la República Francesa.

[14] José Luis Busaniche, «Ley francesa sobre monumentos históricos (1913)», traducción al texto de Raymond Poincaré, en *Boletín de la CNMyMyLH*, n.º 2, 1940, págs. 371-383.

en Estados Unidos^[15] Busaniche demostraba que estaba al tanto de las acciones que al respecto se llevaban a cabo en el extranjero.

Es justamente a partir de estos años iniciales de la década del cuarenta que disponemos de las primeras fuentes epistolares que refieren a la actuación de Busaniche en la Comisión, aunque en este caso se trata de una correspondencia privada sobre asuntos de la institución, que está en el archivo particular de Levene. A principios de 1941 Busaniche le envió de manera personal una carta a Levene que revela información sobre las funciones asignadas al secretario. El historiador santafesino había sido consultado sobre ciertas solicitudes realizadas a la institución y así comenzaba su respuesta: «En el pedido del Instituto de Cultura Histórica (presidente, Sr. Castro Estéves) sobre calle Manuel José Olascoaga en la Capital Federal se abultan un poco, como de costumbre, los méritos del personaje y se callan naturalmente los hechos negativos».^[16]

El Instituto Argentino de Monumentos y Cultura Histórica –denominación que mantuvo hasta el 24 de abril de 1941– había sido fundado en 1937 por el profesor Ramón de Castro Estéves, y si bien se trataba de una sociedad civil nacida de la iniciativa privada, su fundador y presidente le había asignado la misión de presentar propuestas a los poderes públicos para que resguardasen el patrimonio histórico y natural del país.^[17] Oficializadas por ley las atribuciones de la CNMyMyLH desde 1940, le correspondía la facultad de establecer, por ejemplo, la idoneidad de la nomenclatura de las calles. Busaniche justificaba su opinión en términos historiográficos: señalaba que Olascoaga había prestado un «servicio relevante» en la «expedición al desierto y en los escritos que publicó después; tiene en su contra una participación activa en el levantamiento de Cuyo (1867) que terminó con la derrota de Saá en

[15] José Luis Busaniche, «La conservación de lugares y edificios históricos en los Estados Unidos», traducción al texto de Roberto C. Smith, en *Boletín de la CNMyMyLH*, n.º 4, 1942, págs. 51-91.

[16] Fondo Archivo Ricardo Levene Padre, Serie Epistolario, «Carta de José Luis Busaniche a Ricardo Levene», Buenos Aires, 20 de enero de 1941, recuperado de http://www.bnm.me.gov.ar/ebooks/reader/reader.php?mon=5&dir=09040713&nun_img=09040713.

[17] «Instituto Argentino de Cultura Histórica», en revista *Veritas*, tomo 15, 1945, pág. 1170.

San Ignacio mientras se desarrollaba la guerra del Paraguay».^[18] Con todo, sugería que la CNMyMyLH podría informar que no veía inconvenientes en la designación propuesta por Estéves.

Otra carta del mismo año, también dirigida a Ricardo Levene aunque esta vez de carácter institucional, fue publicada en el *Boletín* n.º 4 y confirma que a Busaniche se lo consideraba una voz autorizada para emitir opiniones que antecederan a ciertas decisiones de la Comisión, por lo que su puesto lejos estaba de reducirse a cuestiones administrativas. Titulada la pieza epistolar como «Informe del secretario de la Comisión Nacional, doctor José Luis Busaniche, sobre la casa de Ejercicios Espirituales»,^[19] consistía en una descripción de su encuentro con la superiora del convento, del recorrido por cada una de las salas de la casa y en un examen de sus objetos, a los que consideró «de evidente interés para la historia del arte colonial».^[20] De las religiosas de la Congregación del Divino Salvador sostuvo, además, que obraban con «verdadero sentido de su responsabilidad como guardadoras de ese patrimonio». Si se considera que al año siguiente, a esta casa se la declaró Monumento Histórico Nacional, puede inferirse que el informe de Busaniche influyó positivamente sobre una decisión concerniente a la conservación del patrimonio histórico del país.

Busaniche acudió a otros mecanismos para brindar sus puntos de vista históricos y apoyar iniciativas relacionadas con la gestión patrimonial. Hacia 1943, Alejo B. González Garaño, entonces director del Museo Histórico Nacional, estaba buscando adherentes para que se levantara en Buenos Aires una estatua al litógrafo y retratista Carlos Enrique Pellegrini. El historiador santafesino buscó contribuir a esta gestión a través de un artículo histórico, por medio del cual aprovechaba, en primera instancia, para volver a exaltar a Estanislao López como «el caudillo de más sólidos pres-

[18] Fondo Archivo Ricardo Levene Padre, Serie Epistolario, «Carta de José Luis Busaniche a Ricardo Levene», Buenos Aires, 20 de enero de 1941.

[19] La Santa Casa de Ejercicios Espirituales fue fundada en Buenos Aires por Santa María Antonia de la Paz y Figueroa, que reestableció en esta ciudad la práctica de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. Véase <https://www.argentina.gob.ar/pais/patrimonio/casa-ejercicios>.

[20] «Carta de José Luis Busaniche a Ricardo Levene», Buenos Aires, 1 de septiembre de 1941, en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 4, 1942, págs. 586-587.

tigios en el litoral». Luego sí, al cierre, trazaba una ligazón entre López, su retratista y los homenajes que les correspondían:

«Aquel caudillo que posó para él en la ciudad heroica de los primeros tiempos de la emancipación, tiene ya la estatua que condensa el homenaje y la gratitud de su posteridad. Su pintor de 1830, tendrá también, como es de esperarse, el tributo debido a su vasta y fecunda labor».^[21]

La gestión de la memoria y el patrimonio histórico encontró a Busaniche ocupando un rol importante. Esto se vuelve a advertir cuando el presidente Ricardo Levene le encargó la confección de un listado de lugares históricos y antiguas postas existentes en la ruta nacional n.º 9, así como de las leyendas que se debían colocar al borde del camino. Busaniche cumplió, la lista fue remitida a la Dirección Nacional de Vialidad, y Levene volvió a encargarle un pedido similar, pero para otros caminos nacionales.^[22] Por otro lado, Busaniche participó junto a Héctor C. Quesada y Rómulo Zabala en una comitiva encargada de verificar el avance del arreglo de la Casa Histórica del Tucumán, con motivo de la visita del entonces presidente de la nación Pedro Pablo Ramírez. Los gastos de alojamiento de los tres miembros de la CNMyMyLH fueron cubiertos por la institución con el voto unánime de los vocales y este tipo de información aporta datos también sobre los modos en que se manejaban los recursos disponibles.^[23]

Los viajes de Busaniche en tal sentido no eran excepcionales y parece que eran considerados parte de sus funciones, por lo que se vuelve a observar que se valoraba su experticia. Esto se refleja cuando, en su informe anual, Levene lo mencionaba como el encargado de evaluar la posibilidad de organización del archivo del Palacio de San José, residencia del general y expresidente Justo José de Urquiza en Entre Ríos.^[24] A Busaniche lo había recomendado

[21] José Luis Busaniche, «Carlos Enrique Pellegrini en Santa Fe», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 6, 1944, págs. 301-302.

[22] «Acta de sesión del 1 de marzo de 1943», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 6, 1944, pág. 546.

[23] «Acta de sesión del 5 de octubre de 1943», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 6, 1944, pág. 616.

[24] «Labor realizada por la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos. Memoria correspondiente al año 1945», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 8, 1946, pág. 69.

para esta tarea Manuel E. Macchi, un ex alumno del INPS de Paraná, que se desempeñaba como director del Palacio.^[25] Esta misión conectaba con su trabajo previo en Paraná y en archivos de Entre Ríos y con sus investigaciones sobre historiografía regional, por lo que era idóneo para la tarea encomendada.

La gestión patrimonial en tiempos del peronismo

Hacia 1946 la situación política del país, marcada por una fuerte polarización respecto del apoyo o el rechazo al peronismo, impactó en el funcionamiento de la Comisión. Luego del triunfo en febrero de 1946 de la candidatura presidencial de Juan D. Perón, elevaron sus renuncias Ricardo Levene y los vocales Luis Mitre, Héctor C. Quesada, Guillermo Furlong, Luis María Campos Urquiza, Rómulo Zabala y Emilio Ravignani, las cuales fueron aceptadas en un decreto del Poder Ejecutivo Nacional del 30 de julio de aquel año.^[26] De manera provisoria, Perón reservó la dirección de la Comisión al vocal Benjamín Villegas Basavilbaso, jurista liberal vinculado a la Armada Argentina con el que tenía relación al menos desde 1944, cuando en la búsqueda de ampliación de apoyos políticos fue nombrado integrante de una comisión encargada de redactar un proyecto de Estatuto Orgánico de los Partidos Políticos (Piñeiro Iñiguez 2021). Durante un corto período, Villegas Basavilbaso llevó a cabo su labor como presidente de la CNMyMyLH con la compañía de Busaniche como secretario.

Es plausible que la continuidad de Busaniche en funciones se debiera a distintas circunstancias. Entre ellas, a las características del cargo que ocupaba, el cual era rentado y al menos desde el punto de vista del estatuto de la institución, se limitaba a funciones burocráticas (si bien, como se ha sostenido, en la práctica Levene valoraba su experticia como historiador y lo hacía partícipe de la gestión a través de distintas tareas). El presidente de la Comisión y los vocales ejercían *ad honorem* desde 1938 y la puesta a disposición de sus renuncias frente al cambio de gobierno podía ser esperable,

[25] «Palacio San José y Museo Regional Urquiza de Concepción del Uruguay», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 8, 1946, pág. 393.

[26] «Renuncia del Presidente y vocales de la Comisión Nacional», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 9, 1948, págs. 326-327.

sobre todo si se tiene en cuenta que algunos de ellos, como Emilio Ravignani, estaban abiertamente en la política partidaria opositora al gobierno (electo diputado nacional en febrero de 1946, Ravignani asumiría su cargo en junio como parte integrante del bloque de 44 diputados radicales que constituyeron la principal oposición al peronismo en el Congreso). Al tratarse de una figura ajena a la política partidaria (luego de su renuncia al cargo de subsecretario de Instrucción Pública y Fomento de Santa Fe en enero de 1931 no volvió a ser funcionario de ningún gobierno) y formalmente en desempeño de un cargo administrativo, la permanencia de Busaniche en la Comisión no parecía implicar algún tipo de incomodidad para el gobierno peronista.

El interinato de Benjamín Villegas Basavilbaso duró hasta diciembre de 1946, cuando presentó su renuncia.^[27] Durante su corto período de mandato logró por iniciativa personal que los descendientes del general Bartolomé Mitre realizaran una donación de su archivo personal, con documentación relativa a la guerra del Paraguay y a su presidencia nacional, el cual fue incorporado al Museo Mitre. El 24 de septiembre de 1946 fue el propio Busaniche quien recibió la donación.^[28]

En lugar de Villegas Basavilbaso asumió el coronel Aníbal Imbert. El nuevo director interino de la Comisión estaba vinculado a ella desde mediados de 1945, cuando había sido nombrado por un decreto del Poder Ejecutivo a fin de sustituir el lugar que había dejado el vocal renunciante coronel Bartolomé Ernesto Gallo. Según consta en las actas de sesiones, Imbert «traía el saludo del Ministerio de Guerra» y manifestaba que «pondría sus mejores empeños para colocarse a la altura de sus distinguidos colegas (...) deseando que pudieran ser de alguna utilidad sus conocimientos de historia militar».^[29]

[27] En los siguientes años, Benjamín Villegas Basavilbaso se ubicará más claramente en la oposición al gobierno peronista y, de hecho, tendrá su recompensa en octubre de 1955, cuando la dictadura de la «Revolución Libertadora» lo nombre interventor en la Universidad Nacional de La Plata y miembro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Véase el ya citado libro de Piñeiro Iñiguez (2021).

[28] «Donación del Archivo del General Mitre», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 9, 1948, págs. 20-21.

[29] «Acta de sesión del 10 de septiembre de 1945», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 8, 1946, pág. 634.

En verdad, Imbert no tenía experiencia en materia de gestión del patrimonio histórico y eran otras sus áreas políticas y culturales de intervención. Miembro del Grupo de Oficiales Unidos (GOU), había estado a cargo de la Dirección General de Correos y Telégrafos entre junio de 1943 y julio de 1944. Desde esa dependencia ejerció una fuerte censura sobre las radiodifusoras a partir de una serie de directivas orientadas al «uso correcto» del lenguaje, prohibición del lunfardo y difusión de la «argentinidad» desde una línea nacionalista que limitaba las interpretaciones musicales extranjeras, en una coyuntura de tensión diplomática con Estados Unidos a causa del mantenimiento de la neutralidad argentina durante la segunda guerra mundial. Imbert dejó su cargo de director para asumir la presidencia de la Caja Nacional de Ahorro Postal y desde agosto de 1944 integró también el Consejo Nacional de Posguerra a cargo del entonces vicepresidente Perón, con quien estaba estrechamente ligado. Además, fue quien presentó al futuro líder del justicialismo a Eva Duarte, a la que había conocido en ejercicio de su cargo de director de Correos y Telégrafos por medio de su secretario privado Oscar Nicolini (Lindenboim 2021).

La designación de Imbert como presidente de la CNMyMyLH era una muestra del mayor grado de injerencia del partido gobernante en las distintas áreas y dependencias estatales. Ahora bien, su poca experiencia en materia de gestión del patrimonio histórico colocó al secretario Busaniche en una posición de mayor influjo. Tal como se observa en el *Boletín* n.º 10 (1948),^[30] Imbert fue convocado por Perón para integrar la delegación argentina que participaría de la Conferencia de Telecomunicaciones en Atlantic City, Estados Unidos, el día 15 de mayo de 1947. Ante esta situación, el 30 de abril el director decidió que, durante su ausencia, el despacho de la Comisión quedaría a cargo de Busaniche, facultándolo para la firma de cheques y documentación administrativa, resolución que fue confirmada un mes después por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. La licencia de Imbert duró hasta el 11 de septiembre y, hasta entonces, la cara visible de la CNMyMyLH

[30] El autor agradece a María Élica Blasco que le haya facilitado el material digitalizado correspondiente a los boletines de 1948-1950.

fue Busaniche, que solo contó con la compañía del Auxiliar Mayor Julio César Palacios.

Es en este escenario que volvemos a contar con correspondencia institucional publicada en los boletines. El 19 de mayo, ya a cargo del despacho, Busaniche dirigió a Belisario Gache Pirán, ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, una epístola en donde le sometía a consideración una nota de José Manuel Barretta Moreno, apoderado de los propietarios de «La Cruz» de Salta, que ofrecía esta finca en venta al estado nacional o, en caso de imposibilidad, solicitaba su expropiación. Se trataba de un monumento histórico nacional reconocido como tal desde 1941 y que había sido habitado durante algunos años por el general Martín Miguel de Güemes. Busaniche señalaba que su carta buscaba poner a disposición del Poder Ejecutivo Nacional «todos los elementos de juicio necesarios para resolver en este asunto» y adjuntaba para tal fin una serie de documentos que funcionaban a manera de antecedentes. Hacia el cierre, proponía que el Ministerio de Obras Públicas se hiciese cargo de la compra de la finca para «evitar la ruina de un monumento histórico y asegurar su incorporación al patrimonio del Estado».^[31]

La actitud de Busaniche daba continuidad a gestiones realizadas previamente por Imbert. Unos meses antes, el director de la Comisión ya había sugerido al ministro de Obras Públicas Juan Pistarini que suspendiera la restauración de la Casa de Ejercicios Espirituales de la Capital y que destinara parte de esos fondos a la adquisición de la finca La Cruz, por haber sido casa habitación de Güemes «mientras defendió con heroísmo sin par las fronteras del norte argentino».^[32] El asunto, que significaba el reconocimiento a un caudillo provincial por su accionar durante las guerras de independencia, no pareció interesar demasiado a las autoridades nacionales. En octubre Imbert, ya en ejercicio de su cargo, volvió a la carga al enviar otra carta al ministro Gache Pirán en donde puso énfasis en el estado calamitoso en que se encontraba la finca y en que su salvación «sería celebrada por todos cuantos se in-

[31] «Carta de José Luis Busaniche a Belisario Gache Pirán», Buenos Aires, 19 de mayo de 1947, en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, págs. 362-363.

[32] «Carta de Aníbal Imbert a Juan Pistarini», Buenos Aires, 7 de marzo de 1947, en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, pág. 362.

teresen por la tradición patriótica argentina».^[33] Además, reiteró el envío de uno de los documentos que Busaniche había adjuntado en su carta de mayo: el proyecto de ley de expropiación de Ricardo E. Araoz, diputado nacional de la Unión Cívica Radical por la provincia de Salta. Más allá de las tratativas, resultó una gestión fallida.

Más exitoso fue otro cometido que tuvo a Busaniche en un rol preponderante. En junio se dirigió al ministro Gache Pirán para recordarle un dictamen de la Comisión, fechado el 14 de junio del año anterior, que establecía el carácter histórico del sepulcro del coronel de marina Francisco José Seguí, cuyos restos descansaban en el Cementerio de la Recoleta. No era una iniciativa personal sino un intento por darle curso a gestiones previas de Imbert que seguían en espera. Si nos guiamos por algunos ejes interpretativos constantes en la obra de Busaniche –defensa del caudillismo federal de las provincias y críticas al centralismo porteño–, Seguí tenía sus sombras: había combatido contra López y Ramírez en 1820 y junto a los unitarios exiliados en Montevideo desde 1835 hasta 1850. De allí que Busaniche decidiera destacar como «señalados servicios a la Patria» la participación de Seguí en distintos combates desarrollados durante la guerra contra Brasil, omitiendo las referencias que lo involucraban en los enfrentamientos internos. Busaniche pidió al ministro que «auspiciara este pedido»^[34] y el 3 de noviembre Perón dio el visto bueno. Un decreto del Poder Ejecutivo estableció como un «deber ineludible del pueblo argentino demostrar su agradecimiento a quienes por su actividad pública hicieron posible la grandeza actual de la Nación» y, por lo tanto, el otorgamiento del carácter de histórico al referido sepulcro.^[35] En comparación a la gestión anterior, es probable que su éxito tuviera que ver con el hecho de que implicaba una nula erogación de dinero por parte del Estado.

[33] «Carta de Aníbal Imbert a Belisario Gache Pirán», Buenos Aires, 3 de octubre de 1947, en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, pág. 366.

[34] «Carta de José Luis Busaniche a Belisario Gache Pirán», Buenos Aires, 12 de junio de 1947, en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, pág. 403.

[35] «Se declara monumento histórico el sepulcro del coronel de marina, don Francisco Seguí. Decreto n.º 34.033 dictado por el Poder Ejecutivo Nacional, Buenos Aires, 3 de noviembre de 1947», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, págs. 403-404.

También hubo ocasiones en que Busaniche prefirió no tomar resolución y esperar el regreso del director a sus funciones. Ocurrió, por ejemplo, cuando respondió a Rufino Cossio, director de la Biblioteca Alberdi, que el pedido que había hecho para recibir iconografía, libros y documentos de Juan Bautista Alberdi solo podía ser autorizado por Imbert, notificándole su ausencia del país.^[36] En otros casos tampoco tomó postura: frente al pedido de un informe por parte del jefe de Secretaría del Ministerio de Guerra sobre los detalles del plan de expropiación del campo en que ocurrió el combate de San Lorenzo, Busaniche se limitó a enviar una copia del anteproyecto de ley que había elaborado Imbert.^[37] Las gestiones concluyeron al año siguiente, el 15 de junio de 1948, cuando un decreto del Poder Ejecutivo Nacional declaró de utilidad pública y sujetas a expropiación las tierras contiguas al Convento de San Carlos, cumpliendo así «una vieja aspiración nacional y muy en particular de esa Comisión que tanto hace por la preservación de los lugares que saben a patria y que constituyen la tradición histórica de nuestro pueblo».^[38]

Desde las renunciaciones de mediados de 1946, la CNMyMyLH vivía una situación transitoria y de indefinición en cuanto a su reorganización institucional. Las direcciones eran interinas y había quedado sin vocales en ejercicio, por lo que, mientras duró la ausencia de Imbert del país en el curso del año 1947, recayó también en Busaniche la resolución de cuestiones del área de «Nomenclatura de Estaciones Ferroviarias». Así, luego de examinar los pedidos para nombrar como «Cañadón Verde» y «Cañadón Chileno» a una colonia agrícola-pastoril del entonces Territorio Nacional de Chubut, dictaminó el 23 de mayo de aquel año que más conveniente sería el término *Sepaual*, un paradero de indios tehuelches, porque tenía la ventaja de «conservar un nombre indígena y toponímico, lo que está de acuerdo con disposiciones en vigor» y porque no

[36] «Carta de José Luis Busaniche a Rufino Cossio», Buenos Aires, 12 de junio de 1947, en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, pág. 224.

[37] «Carta de José Luis Busaniche a Secretaría del Ministerio de Guerra», Buenos Aires, 19 de mayo de 1947, en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, pág. 356.

[38] «Se decreta la expropiación del campo de San Lorenzo. Decreto n.º 17463/48 dictado por el Poder Ejecutivo Nacional, Buenos Aires, 15 de junio de 1948», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 11, 1949, págs. 470-475.

existía pueblo ni estación en el país que llevara dicho nombre.^[39] En otra oportunidad, con fecha del 12 de junio, se mostró reacio a la propuesta de Raúl Gardey de cambiar el nombre de la estación ferroviaria Ochandío por el de *Huinca-Loo*. Justificó su negativa en que el término era «simplemente la forma araucana de “Cristiano Muerto”» y de adoptarse se introduciría «una expresión indígena exótica y sin arraigo en la tradición». A la vez, para dar cuenta de que no se trataba de una postura netamente personal, recordaba que la permanencia del nombre había sido establecida por Imbert en diciembre del año anterior.^[40]

En otros casos, su negativa fue justificada con mayor detalle. El 15 de julio se expidió sobre la solicitud de cambio de nombre al pueblo y la estación «La Gloria» de La Pampa por el de «Alfredo Espeche» y enumeró distintas causas: en primer lugar, indicó que el propósito de la Comisión era la conservación de «la toponimia tradicional del país y su patrimonio folklórico», por lo que se prefería homenajear a las «generaciones del pasado» privilegiando la adopción de antiguas denominaciones de parajes regionales antes que nombres propios; en segundo lugar, que existía la vigencia de un decreto del Poder Ejecutivo Nacional del 5 de mayo de 1943 que anteponía la tradición y el folclore local a los nombres y apellidos; por último, que la postura de autorizar un cambio de nombre solo en caso de que se hiciera por uno toponímico regional se amparaba en las resoluciones antes mencionadas y no era por desprecio a los «merecimientos y prestigios de la persona cuyo nombre se propone». Al proceder de tal modo, Busaniche señalaba que creía «interpretar la opinión del señor director interino».^[41] Una disposición prácticamente idéntica adoptó el 28 de julio de 1947 cuando la gobernación de Formosa pidió cambiar el nombre del paraje *Punta*

[39] «Se propone el nombre de “Sepaual” para denominar la colonia agrícola-pastoril ubicada en el Territorio Nacional del Chubut. José Luis Busaniche, Buenos Aires, 23 de mayo de 1947», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, págs. 422-423.

[40] «Se aconseja mantener el nombre de “Ochandío” para una estación del F.C.S. José Luis Busaniche, Buenos Aires, 12 de junio de 1947», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, pág. 423.

[41] «Sobre la propuesta para designar con el nombre de “Alfredo Espeche”, la localidad “La Gloria” (La Pampa). José Luis Busaniche, Buenos Aires, 15 de julio de 1947», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, pág. 424.

Porá por «Tres Lagunas», indicando que el primero respondía «más genuinamente a la tradición y al folclore locales».^[42]

El apego de Busaniche a una postura nacionalista y tradicionalista como representante de la Comisión es comprensible en un contexto particular. Desde fines de la década del treinta, con la segunda guerra mundial como telón de fondo, se acentuaron las preocupaciones por la nacionalidad. El Estado intervino en la materia a través de distintas acciones, desde la creación de la propia CNMyMyLH en 1938 hasta un mayor impulso por parte del Consejo Nacional de Educación a la enseñanza de la historia nacional y la incorporación de composiciones musicales folklóricas a la liturgia patriótica desplegada en las escuelas (Cattaruzza 2007, pág. 107). La preservación del patrimonio histórico del país se ligaba así al resguardo de la tradición y el folclore. En 1943, por ejemplo, se creó el Instituto Nacional de la Tradición, el cual contó entre sus objetivos la «salvación» del acervo folklórico del país, así como la formación de especialistas y de instituciones como archivos y bibliotecas. Este tipo de operaciones tuvieron también su lugar en tiempos del peronismo al ser interpretadas como expresiones del «sentir popular» (Crespo y Ondelj 2012).

Las «disposiciones en vigor» a las que hacía referencia Busaniche correspondían a la historia de la Comisión prácticamente desde sus orígenes y expresaban una continuidad en sus funciones. Ya en el *Boletín* n.º 2 (1940) se había hecho mención del interés de la institución por mantener un «concepto de defensa de los nombres tradicionales» de calles y lugares históricos a fin de «conservar la toponimia general del país», acción que tenía «significado para la educación popular y formación de la conciencia colectiva».^[43] Se había dado un paso concreto en 1940, al formalizarse por ley el funcionamiento de la CNMyMyLH que tenía entre sus atribuciones la «superintendencia inmediata sobre los monumentos y lugares históricos nacionales», y Levene había buscado extender, a través de un anteproyecto de «Ley sobre Monumentos Conme-

[42] «La Gobernación de Formosa, pide que se dé el nombre de “Tres Lagunas” al paraje actualmente denominado “Punta Porá”. José Luis Busaniche, Buenos Aires, 28 de julio de 1947», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 10, 1948, págs. 424-425.

[43] «Labor realizada por la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos. Memoria correspondiente al año 1939», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 2, 1940, págs. 12-13.

morativos y denominaciones históricas», su facultad de custodia de la tradición sobre los nombres de «pueblos, lugares, estaciones, caminos, calles o plazas», estableciendo un criterio de preferencia por los «nombres consagrados por el folclore, la toponimia regional, la tradición o la historia de la Nación, de las provincias o de las localidades».^[44] Al referido decreto nacional de 1943 aludido por Busaniche, se podía incorporar también la decisión tomada el 18 de diciembre de 1944 por el ministro de Obras Públicas que había otorgado a la Comisión el carácter de Junta Asesora para la Nomenclatura de las Estaciones Ferroviarias dependientes de dicho ministerio.^[45] En definitiva, durante los meses en que Busaniche estuvo al frente de la CNMyMyLH por ausencia de Imbert, obró en materia de nomenclaturas defendiendo el celo de la institución por la defensa de la tradición y el folclore.

A mediados de 1948, el gobierno nacional reemplazó a Aníbal Imbert por Eduardo Acevedo Díaz en la presidencia de la CNMyMyLH. Se acompañó la designación con una decisión que ponía término al año y medio sin vocales: ahora, dicho lugar sería ocupado por los directores de los museos nacionales (Schávelzon 2008, pág. 174). Más allá de estos movimientos que corresponden a la organización interna de la institución y del activo papel que había cumplido individualmente Busaniche el año anterior, lo cierto es que el impacto que tuvo la Comisión en materia patrimonial y cultural durante los años del peronismo fue en lo sucesivo cada vez más débil. Al respecto, quizás sea la propia memoria escrita por Eduardo Acevedo Díaz en el *Boletín* n.º 11 (1949) el documento más fehaciente. Se enumeran allí las causas que se «opusieron» a un «más fructífero funcionamiento» de la CNMyMyLH y que Acevedo Díaz subdividía en: «Impedimentos del sistema administrativo vigente» (principalmente la dependencia en el orden técnico y financiero de la Dirección Nacional de Arquitectura, visible en el hecho de que el arquitecto adscripto a la Comisión dependía del Ministerio de Obras Públicas) e «Impedimentos de orden estructural»

[44] «Anteproyecto de Ley sobre Monumentos Conmemorativos y denominaciones históricas. Ricardo Levene. Buenos Aires, 7 de diciembre de 1942», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 5, 1943, págs. 446-447.

[45] «La Comisión Nacional y la nomenclatura de las Estaciones Ferroviarias», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 7, 1945, págs. 23-24.

relativos a las dificultades legales con que se encontraba la institución para proceder, por ejemplo, a la expropiación de inmuebles debido a diversos decretos del Poder Ejecutivo que contradecían las normativas vigentes.^[46]

Que la Comisión fue perdiendo importancia como institución dentro de la gestión estatal que llevaba a cabo el gobierno peronista lo demuestra el hecho de que el siguiente *Boletín*, relativo a la memoria del año 1949, recién se publicó tres años después y tiene poco más de 300 páginas, es decir, prácticamente la mitad que la extensión habitual de los boletines anteriores. Esa reducción se explica por la menor cantidad de gestiones realizadas. En cuanto a Busaniche, la alusión al *Boletín* n.º 12 (1952) sirve para constatar que su firma como secretario siguió apareciendo hasta, por lo menos, la fecha de abril de 1950, la que puede tomarse como cierre de la actuación del historiador santafesino al interior de la CNMyMyLH. También en este año Busaniche finalizó su labor docente en la FFyL de la UBA, institución a la que había ingresado en 1942 (Devoto 2005, pág. 23). El motivo, en ambos casos, fue la solicitud de su jubilación, la cual se hizo efectiva en 1951.

A la gestión de Acevedo Díaz siguió, luego, la de José Torre Revello, y en el *Boletín* n.º 13 (1956), relativo al período de actuación 1950-1954, figura como secretario Julio César Palacios. Desde la actual Comisión Nacional de Monumentos, de Lugares y de Bienes Históricos se ha informado que en «notas internas» aparece registrado trabajo de Busaniche en la institución hasta el año 1955, aunque no ha sido posible acceder a la consulta de tales notas. Es probable que Busaniche, ya jubilado, haya seguido como colaborador y así lo confirmaría el hecho de que en el *Boletín* n.º 14 (1958) se publicara su traducción al castellano de Augusto María Baron,^[47] pero lo que se puede confirmar es que su contribución ya no la hacía en carácter de secretario, donde seguía figurando Palacios.

[46] «Labor realizada por la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos (junio 1948-junio 1949). Memoria del Presidente», en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 11, 1949, págs. 7-13.

[47] José Luis Busaniche, «Los exiliados de Bruselas (1830)», traducción de Augusto María Barón, en *Boletín de la CNMyMyLH* n.º 14, 1958, págs. 107-122.

Conclusiones

A lo largo de este estudio se ha seguido el rastro de la gestión de José Luis Busaniche como secretario de la CNMyMyLH, entre los primeros tiempos de esta institución y las transformaciones que experimentó bajo los años del peronismo. El abordaje de su caso individual en un marco institucional y atravesado por los propios cambios que tenían lugar en el país, a partir de cartas y otros documentos presentes en los boletines de la Comisión, nos devolvió una imagen más diversa de esta dependencia estatal.

En relación con el período en cuestión (1939-1950) se advierten dos momentos diferenciables: en primer lugar, la etapa en que la CNMyMyLH fue presidida por Ricardo Levene, entre 1938 y 1946, en la cual la acción estatal de gestión patrimonial se dio en un marco institucional de estabilidad y mayores realizaciones hasta que la mayoría de sus miembros decidió renunciar por oposición al gobierno peronista; más adelante, la etapa de reestructuración que siguió a este hecho, con interinatos y modificaciones de estatuto, sintetizados en las gestiones de Benjamín Villegas Basavilbaso (1946-1947), Aníbal Imbert (1947-1948) y Eduardo Acevedo Díaz (1948-1950). En el segundo momento hubo un intento de continuidad en cuanto a las funciones del organismo estatal pero las limitaciones presupuestarias y jurisdiccionales fueron mayores y se llegó prácticamente a una parálisis.

A pesar de que el cargo de secretario era formalmente administrativo y que, a diferencia del presidente y de los vocales, no tenía la posibilidad de voto en las resoluciones que se tomaran en las distintas sesiones, se ha visto que mientras Busaniche desempeñó el puesto estuvo involucrado en la gestión del patrimonio histórico a través de diversas modalidades. El análisis de la correspondencia expuso que en la primera etapa fue directamente consultado por el presidente Levene para emitir opiniones y sugerencias sobre nombres de calles y la necesidad de resguardar oficialmente a ciertos edificios como patrimonio histórico; además, otras fuentes consultadas en los boletines revelan que Busaniche asistió a conmemoraciones en calidad de representante de la Comisión y que participó también en comitivas cuya función era verificar el avance de obras de restauración. Las renunciaciones acaecidas a inicios de la primera presidencia de Perón y la reorganización institucional de

la Comisión, por su parte, tuvieron el efecto de que Busaniche asumiera mayores responsabilidades de carácter burocrático, sobre todo en el lapso en que el director interino Aníbal Imbert estuvo ausente del país. Sin embargo, en la dimensión histórico-patrimonial su intervención aparece más opacada y deslucida.

Cabe mencionar, por otro lado, que el análisis de fuentes permitió revisar la imagen usualmente brindada por la historiografía dedicada a la historia de la CNMyMyLH –especialmente a sus orígenes–, según la cual se trató de un organismo estatal dedicado a consolidar la versión «oficial» de la historia asociada a la tradición «liberal». Por ejemplo, las posturas en torno al papel de los caudillos en la historia del país no eran unánimes, pero en las sesiones se registra una visión favorable en las intervenciones de figuras importantes como Levene y Ravignani. El propio Busaniche encontró en los boletines un espacio para seguir enaltecendo al caudillo santafesino Estanislao López, como lo refleja su artículo sobre Carlos Enrique Pellegrini. Asimismo, sobre la más polémica figura de Juan Manuel de Rosas se aceptó como interlocutor válido al instituto que llevaba su nombre y, de hecho, la Comisión procedió favorablemente sobre algunos de sus pedidos específicos.

En relación con esto último, es indispensable avanzar en los senderos de la historia de la historiografía y de la historia cultural matizando los clásicos antagonismos entre historiadores e instituciones «oficiales» o «reversionistas». Seguir la vía alternativa de las trayectorias individuales puede renovar la mirada del conjunto, tarea que se ha intentado realizar en el capítulo que aquí finaliza.

Referencias

ARRIETA, RAFAEL ALBERTO

1966 *Lejano ayer*, Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, referencia citada en página 105.

AURELL, JAUME

2008 «Del logocentrismo a la textualidad: la autobiografía académica como intervención historiográfica», en *Edad Media. Revista Histórica*, n.º 9, págs. 193-222, referencia citada en página 98.

BLASCO, MARÍA ÉLIDA

2012 «De objetos a “patrimonio moral de la nación”», en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, referencia citada en página 99.

- 2014 «La intervención de los historiadores en la organización del Museo Histórico del Cabildo y la Revolución de Mayo (Buenos Aires, Argentina, 1938-1943)», en *Patrimonio e Memoria*, vol. 10, n.º 1, págs. 4-27, referencia citada en página 101.
- 2017 «Productos culturales conmemorativos. La azarosa constitución de la Casa Histórica de la Independencia durante la década de 1940», en *Anuario IEHS*, vol. 32, n.º 1, págs. 51-73, referencia citada en página 102.

BOHOSLAVSKY, ERNESTO y GERMÁN SOPRANO

- 2010 «Introducción», en *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 hasta la actualidad)*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en página 96.

BOUZA, FERNANDO

- 2022 «Un gobierno en cartas: la correspondencia entre información, despacho y memoria en los siglos XVI y XVII», en *Hipogrifo*, vol. 10, n.º 2, págs. 241-259, referencia citada en página 97.

BRUNO, PAULA

- 2016 «Biografía, historia biográfica, biografía-problema», en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 20, n.º 2, págs. 267-272, referencia citada en página 96.

BUONOCORE, DOMINGO

- 1962 «“Nota aclaratoria”, en “Prólogo para Rosas visto por sus contemporáneos”, de José Luis Busaniche», en *Universidad*, págs. 143-146, referencia citada en página 105.

BUSANICHE, JOSÉ LUIS

- 1926 *Estanislao López y el federalismo del litoral*, Santa Fe: Imprenta Oficial, referencia citada en página 103.
- 1928 *Representación nacional en Santa Fe, 1828-1829. Actas y otros documentos*, Santa Fe: Imprenta Oficial, referencia citada en página 103.

CADARSO, PEDRO LUIS LORENZO

- 2002 «La correspondencia administrativa en el estado absoluto castellano (ss. XVI-XVII)», en *Tiempos Modernos*, vol. 3, n.º 5, págs. 1-29, referencia citada en página 97.

CATTARUZZA, ALEJANDRO

- 2007 *Los usos del pasado: la historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 122.

CATTARUZZA, ALEJANDRO Y ALEJANDRO EUJANIAN

- 2010 *Historia crítica de la Literatura Argentina*, vol. 3: *La cuestión de Rosas a fines del siglo XIX: una discusión sobre el pasado*, dir. por Alejandra Laera, Buenos Aires: Emecé, referencia citada en página 105.

CHARTIER, ROGER Y MARTA MADERO

- 2013 «Poderes de la escritura. Escrituras del poder», en *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, vol. 34, págs. 1-15, referencia citada en página 97.

CHÁVEZ, FERMÍN

- 1964 *José Luis Busaniche*, Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, referencia citada en página 105.

COUDANNES AGUIRRE, MARIELA

- 2007 «Pasado, prestigio y relaciones familiares. Elite e historiadores en Santa Fe, Argentina», en *REDES*, vol. 13, n.º 3, págs. 1-22, referencia citada en página 109.

CRESPO, CAROLINA Y MARGARITA ONDELJ

- 2012 «Patrimonio y Folklore en la Política Cultural en Argentina (1943-1964)», en *Avá*, n.º 21, págs. 129-150, referencia citada en página 122.

D'ATRI, NORBERTO

- 2019 «El revisionismo histórico. Su historiografía», en Arturo Jaurerche, *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires: Corregidor, referencia citada en página 105.

DE MASI, OSCAR ANDRÉS

- 2012 «El Arquitecto adscrito y el Secretario del Cuerpo Colegiado: dos figuras técnicas previstas desde el comienzo», en *Memorias de la Comisión*, n.º 9, referencia citada en página 106.

DEVOTO, FERNANDO

- 2005 «Estudio preliminar», en José Luis Busaniche, *Historia Argentina*, Buenos Aires: Taurus, referencia citada en páginas 104, 124.

DEVOTO, FERNANDO Y NORA PAGANO

- 2009 *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 106.

DI GRESIA, LEANDRO

- 2015 «La “correspondencia burocrática”: el intercambio epistolar institucional como fuente para una historia socio-cultural de la Justicia de Paz de la provincia de Buenos Aires (Tres Arroyos, fines del siglo XIX-principios del XX)», en *Archivos y Fuentes para una nueva Historia socio-cultural*, ed. por Silvina Jensen; Andrea Pascuaré y Leandro Di Gresia, Buenos Aires: Hemisferio Derecho, referencia citada en página 98.

FUNES, JUAN MARÍA RAFAEL

- 1986 «Las relaciones entre López y Rosas y el historiador José Luis Busaniche», en *Bicentenario de Estanislao López*, Santa Fe: Imprenta oficial, referencia citada en página 105.

GOEBEL, MICHAEL

- 2013 *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en página 105.

IBARLUCÍA, RICARDO

- 2018 «Luis Juan Guerrero en la Facultad de Paraná: renovación filosófica y pedagogía moderna», en *Tópicos*, n.º 35, págs. 36-68, referencia citada en página 103.

LEVI, GIOVANNI

- 1996 «Los usos de la biografía», en *Historias*, n.º 37, págs. 14-25, referencia citada en página 96.

LINDENBOIM, FEDERICO

- 2021 «El desarrollo de la Subsecretaría de Informaciones (1943-1945). Los primeros ensayos de política mediática de Perón antes del peronismo», en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n.º 55, págs. 80-96, referencia citada en página 117.

LORIGA, SABINA

- 2012 «La escritura biográfica y la escritura histórica en los siglos XIX y XX», en *Anuario IEHS*, vol. 27, págs. 121-143, referencia citada en página 96.

MICHELETTI, MARÍA GABRIELA

- 2013 *Historiadores e historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino*, Buenos Aires: Lumiere, referencia citada en página 102.

MONTORO, CLAUDIA

- 2020 «La modernidad en imágenes-Imaginario de modernidad. Santa Fe a través de las revistas culturales (1908-1946)», en *Culturas*, n.º 14, págs. 61-84, referencia citada en página 107.

MOTURA, NICOLÁS y OSVALDO VARTORELLI

- 2019 «Disputas en torno a la Reforma. Maximio Victoria y las reacciones contra la Facultad de Ciencias Económicas y Educacionales de Paraná», en *Avances del Cesor*, n.º 20, págs. 87-107, referencia citada en página 104.

PAGANO, NORA

- 2014 «La cultura histórica argentina en una perspectiva comparada. La gestión de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos durante las décadas de 1940 y 1990», en *Tarea*, n.º 1, págs. 43-58, referencia citada en páginas 95, 100.

PEIRÓ MARTÍN, IGNACIO

- 2013 «En el taller del historiador: la(s) biografía(s) como práctica histórica e historiográfica», en *Gerónimo de Uztariz*, n.º 28-29, págs. 11-29, referencia citada en página 96.

PIÑEIRO IÑIGUEZ, CARLOS

- 2021 *El peronismo y la consagración de la Nueva Argentina. Desde la revolución de junio de 1943 hasta 1950. Año del libertador*, Buenos Aires: Peña Lillo, referencia citada en páginas 115, 116.

PUPIO, MARÍA ALEJANDRA y GIULIETTA PIAINTONI

- 2017 «Coleccionismo, museos y saberes estatales. La colección de Enrique Amadeo Artayeta en el Museo de la Patagonia (Argentina) 1939-1950», en *Estudios Sociales del Estado*, vol. 3, n.º 5, págs. 31-54, referencia citada en página 98.

ROTMAN, MÓNICA

- 2018 «Dinámica de un organismo nacional de patrimonio; continuidades y rupturas en vinculación con procesos histórico-sociopolíticos», en *Revista Mandaú*, n.º 5, págs. 84-100, referencia citada en páginas 95, 101.

SABOR VILA, SARA

- 1963 «José Torre Revello (1893-1964)», en *Revista de Historia de América*, n.º 55-56, págs. 189-192, referencia citada en página 106.

SAIZ CERREDA, MARÍA DEL PILAR

- 2006 «El discurso íntimo: paradigmas de la carta como género autobiográfico», en *Análisis del discurso: lengua, cultura, valores. Actas del I Congreso Internacional*, Madrid: Arco Libros, referencia citada en página 97.

SANFILIPPO, RENZO

- 2022 «El pasado santafesino en discusión. La polémica entre José Luis Busaniche y Carlos Agustín Aldao (1925-1926)», en *Res Gesta*, n.º 58, págs. 73-93, referencia citada en página 103.

- 2025 *El historiador José Luis Busaniche y su obra. Su contribución a la producción, discusión y circulación del saber histórico en Argentina (1925-1959)*, Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Rosario, referencia citada en página 104.

SCHÁVELZON, DANIEL

- 2008 *Mejor olvidar. La conservación del patrimonio cultural argentino*, Buenos Aires: De Los Cuatro Vientos, referencia citada en páginas 95, 101, 123.

URIBARREN, MARÍA SABINA

- 2009 «La Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos de la Argentina entre 1938 y 1946: el patrimonio cultural y la construcción de una idea de nación», en *Cuadernos de Historia*, n.º 11, págs. 213-244, referencia citada en páginas 95, 100.

VASSALLO, JAQUELINE

- 2013 «La correspondencia en el entramado burocrático inquisitorial de América. La comisaría de Córdoba, siglo XVIII», en *Temas Americanistas*, n.º 33, págs. 57-73, referencia citada en página 97.

CAPÍTULO 4

«Una cosa he aprendido bien: ¡luchar y luchar!»: Ángel Guido en la universidad peronista

MARÍA FLORENCIA ANTEQUERA

Yo que he ahondado la vida por muchos
caminos
Y que tengo los ojos gastados de tanto hurgar
los destinos
Sé que la vida no es más que tempestad.
Amada: grábalo bien, grábalo bien:
la vida no es más que tempestad

Ángel Guido^[1]

«La vida no es más que tempestad»

El proceso que concluyó con la designación del arquitecto e ingeniero Ángel Guido (Rosario, 1896-1960) como rector de la Universidad Nacional del Litoral (UNL) fue de una celeridad tan arrolladora que su referente intelectual, el escritor Ricardo Rojas (San Miguel de Tucumán, 1882-Buenos Aires, 1957) llegó a molestarse por no haberse enterado sino con el hecho consumado.^[2] Lo sabemos por las cartas intercambiadas^[3] con motivo de ese acon-

[1] Archivo Monumento Nacional a la Bandera, Ángel Guido, «Para con los hombres», *Poemario inédito*, 1920-1921.

[2] Una versión anterior de este trabajo y algunos aspectos de su designación rectoral fueron abordados en Antequera (2023).

[3] Será de próxima aparición el epistolario entre Ángel Guido y Ricardo Rojas, bajo el título *Sirenas con charangos. El epistolario inédito de Ángel Guido a Ricardo Rojas*

tecimiento. Entre 1925 y 1955, Guido y Rojas urdieron un intenso trocar de correspondencia que da cuenta, en primer término, de una fuerte y sostenida amistad a través de los años: son casi ochenta piezas documentales^[4] que delinean un vínculo de afecto y admiración de Guido por Rojas (Antequera 2019, 2020a,c) y denotan sus preocupaciones intelectuales.^[5]

Es un epistolario de «estructura monofónica» (Saiz Cerrada 2024a) ya que solo contamos con las cartas enviadas por el arquitecto por el afán patrimonialista de Rojas. La correspondencia privada contribuye a expresar asuntos que no pertenecen solo al ámbito estrecho de lo íntimo, lo que muestra la connivencia de la carta y el universo intelectual de la cultura (Antequera 2019; Bouvet 2006). En efecto, esta «correspondencia intelectual» (Brezzo 2018) exhibe que ambos letrados estaban hermanados por un ideario común atravesado por la pregunta por lo americano.

Rojas, como expresa Lojo (2006, pág. 17), estaba «en busca de la Historia perdida»: se proponía desarrollar un programa intelectual integral en torno a la construcción de una tradición sustentada en su idea de nacionalidad (Pulfer 2010, pág. 18). Era un nacionalista cívico, laico, pacifista (Cattaruzza 2007, pág. 46) e historicista de raigambre romántica que volvía sobre el pasado aborígen, colonial y federal con eje en el «espíritu de la tierra», en un movimiento simultáneo y paralelo al que estaba realizando la Nueva Escuela Histórica liderada por Emilio Ravignani, con quien compartió el desarrollo político y el itinerario intelectual (Pulfer 2010, pág. 22). De ademanes y gestos solemnes, voz grave, traje oscuro y paso

(1925-1956). Hemos realizado el estudio preliminar, las notas y las transcripciones. Las cartas forman parte del Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas (CABA). Para mayor información sugerimos consultar: Antequera (2019, 2020a,c). En 2022, la archivista del Museo Casa Ricardo Rojas Elvira Ibarguren confeccionó el índice onomástico del epistolario de Ricardo Rojas, que se encuentra disponible en la página web del Museo y que contiene el listado de las correspondencias trocadas por Rojas con otros intelectuales, artistas, etcétera. Disponible en: <https://museorojas.cultura.gob.ar/noticia/conmemoracion-del-dia-de-la-cultura-nacional>.

[4] Al evaluar el conjunto de cartas de Guido a Rojas, coincidimos con Saiz Cerrada (2024b, pág. 3): «Cuando la carta está inserta en un epistolario adquiere un ritmo, adquiere una dimensión, unos ecos que la carta aislada no tiene».

[5] En trabajos anteriores (Antequera 2019, 2020a), pudimos explorar la matriz epistolar de la correspondencia inédita, las reliquias autobiográficas (Aurell 2009) y los tópicos que fulguran en ese intenso intercambio.

mesurado (Vidal de Battini 1984, pág. 195), Rojas era un referente y maestro para el rosarino.

Guido, por su parte, conocía muy bien *La restauración nacionalista* (1909); Rojas ya lo había seleccionado para su *dream team*, como reza un pasaje de su *Eurindia: ensayo de estética sobre las culturas americanas* de 1924:

«Varios son los artistas argentinos que han emprendido ya la nueva verdad: Ángel Guido, Noel y Greslebin, en arquitectura; Bermúdez, Quirós y Fader, en pintura; Williams, Forte y De Rogatis, en música; para no citar sino los más notorios, y sin olvidar a numerosos novelistas, poetas, colegas y dramaturgos. Entre ellos, Luis Perloti, el escultor, ha entrado en el sendero de *Eurindia*, que yo creo el verdadero» (Rojas 1951, pág. 155).

Algunos años más tarde, en 1930, el arquitecto publicó su conferencia *Eurindia en la arquitectura americana*^[6] para rubricar la admiración frente al legado prehispánico que impulsó la búsqueda de lo nacional en lo americano anterior a la conquista. La idea de nación que comparten, entonces, hunde sus raíces en un proceso de transculturación entre el elemento indígena (en el sufijo, -india) y el legado español (en el prefijo, eur-). Ese mismo año, Rojas le dedicó su *Silabario de la decoración americana* y Guido respondió en una misiva:

«Su constante recuerdo en esta labor sobre inquietudes tan queridas fue bien un presente de fe para mis preocupaciones y por muy feliz coincidencia llegó a mis manos, más que su recuerdo, su obra, *La decoración americana* con su cálida y cordial dedicatoria para fiesta de mis entusiasmos».^[7]

Con antelación, en una carta del 5 de marzo de 1928 desde Tanti (Córdoba), el arquitecto había manifestado su agradecimiento en estos términos:

«Ahora, mi admirado amigo, refiriéndome a su última carta en la que me reitera la promesa de dedicarme una de sus obras, quiero yo, a mi vez, reiterarle mi profundo agradecimiento por tal gesto que tanto me honra.

[6] Fue publicada por el Departamento de Extensión universitaria de la Universidad Nacional del Litoral cuyo presidente era, en ese momento, el doctor Juan Álvarez.

[7] Instituto de Investigaciones del Museo Casa Ricardo Rojas (IIMCRR), Correspondencia Ricardo Rojas-Ángel Guido, «Carta de Ángel Guido a Ricardo Rojas», Rosario, 6 de mayo de 1930.

»Será, sin dudas, la mayor satisfacción íntima de mi vida y el más grande estímulo que pudiera lograr mi labor, todavía pequeña, como artista e investigador.

»Gracias, pues, mi gran amigo, y ojalá pueda yo algún día, retribuir esa gentil actitud suya, tan honrosa para mí».^[8]

Discípulo y maestro, amigos durante más de tres décadas, Guido y Rojas aunaron esfuerzos en torno a innumerables proyectos. En efecto, ese nacionalismo cultural que los aguijoneaba se concretó en aquello que hemos denominado «la pasión por Eurindia», un modo de entender el arte (y la arquitectura) que hace de la fusión –este es el término destacado por Guido– entre el elemento europeo y el legado indígena, su razón de ser y su horizonte de expectativa (Antequera 2017, 2020a,c). Admiración e impagable deuda de gratitud fueron los sentimientos hacia Rojas que Guido puso en palabras en las cartas. Algunos de los tópicos que, insistentes, tañen en las misivas son: los proyectos comunes, las confesiones personales del discípulo al «querido maestro», los libros intercambiados, los desafíos profesionales y las reflexiones sobre el arte americano; también el pedido de consejo o de intercesión (Antequera 2020b). Están bordadas por la vida familiar y la trascendencia pública, el universo afectivo y los compromisos profesionales, las conferencias, los encargos, las dificultades económicas y las vicisitudes políticas en Argentina. En la primera pieza del ramillete epistolar, que data del 3 de octubre de 1925, se puede leer:

«He recibido su gentilísima esquila en la que muy bondadosamente elogia Ud. mi obra *Fusión hispanoindígena en la Argentina colonial*. Le agradezco de corazón. Todos los esfuerzos realizados durante mis años de investigación sobre el maravilloso misterio de Eurindia en nuestra arquitectura, tuvo, para mí, el más alto estímulo: su aprobación de maestro y el haber sido motivo para merecer su franca y cordial amistad».^[9]

Una de las iniciativas conjuntas fue la construcción de la morada de Rojas en la ciudad de Buenos Aires –entre 1925 y 1927– bajo una

[8] IIMCRR, Correspondencia Ricardo Rojas-Ángel Guido, «Carta de Ángel Guido a Ricardo Rojas», Rosario, 5 de marzo de 1928.

[9] IIMCRR, Correspondencia Ricardo Rojas-Ángel Guido, «Carta de Ángel Guido a Ricardo Rojas», Rosario, 3 de octubre de 1925

gramática neocolonial donde el arquitecto y proyectista fue Guido. Este maridaje entre el sustrato indígena y el elemento europeo acrisoló la mirada y cimentó una lectura singular que se materializó en la práctica proyectual arquitectónica (Antequera 2015). Otro afán conjunto fue la puesta en escena en 1939 del drama quechua *Ollantay*^[10] escrito por Rojas, que contó con los bocetos para la escenografía de Guido. Esta puesta en escena, que tuvo lugar en el Teatro Nacional de la Comedia (hoy Cervantes) e implicó varios años de estudio, se coronó con un éxito rotundo de público. En ambos casos, intentó «traducir» el ideario de Rojas a través de la arquitectura y el diseño escenográfico, respectivamente. Sin embargo, en otra carta, fechada el 10 de junio de 1948, y a raíz de su designación como rector de la UNL, Guido le dice con cierto pesar a Rojas:

«¡Cómo he esperado su carta! ¡Cómo me llegó a entristecer su silencio! Tuve casi la certeza que detrás de ese su silencio había una amargura y, posiblemente, una desilusión. No conocía Ud. mi querido maestro, nada del proceso rapidísimo de mi nombramiento de Rector. Tampoco estaba Ud. enterado de la dignidad del ofrecimiento y de igual dignidad, creo, en la aceptación del cargo.

»Por ello, se me antojaba que Ud. –tan digno, tan maestro de conducta– llegó a dudar de su discípulo. En esta dolorida patria nuestra de hoy, donde pareciera que la ingratitud y el interés personal constituyen verdaderas instituciones, la desilusión puede alcanzar hasta a los hombres más cercanos a nuestro corazón.

»De esta lastimadura sufrí, querido amigo, durante los días de su silencio. Ya se podrá imaginar la satisfacción mía al sentir su carta tan bella, tan noble, tan afectuosa, tan de maestro como todo lo suyo».^[11]

El cargo al frente del rectorado de la UNL^[12] solo duró un breve lapso en su intensa vida, hasta el 30 de septiembre de 1950. Fue

[10] En las piezas epistolares de Guido a Rojas correspondientes a 1939, el arquitecto discurre en torno a las *maquettes* hechas para la escenografía y en una carta fechada el 2 de agosto de ese mismo año felicita a su maestro por su gran éxito.

[11] IIMCRR, Correspondencia Ricardo Rojas-Ángel Guido, «Carta de Ángel Guido a Ricardo Rojas», Rosario, 10 de junio de 1948.

[12] La Universidad Nacional del Litoral fue creada por la ley 10.861 el 17 de octubre de 1919. Su creación no solo se enmarca en el clima reformista de la época, sino que respondió a demandas estudiantiles que se venían efectuando desde principios

designado por un decreto del Poder Ejecutivo con fecha de 20 de abril de 1948, luego de un período de intervención.^[13] Cabe destacar que con la ley 13.031, Juan D. Perón había desplazado el cogobierno –elemento central de la reforma universitaria de 1918–, y designaba por decreto a los rectores, aunque se intentaban incorporar algunos ejes de esa tradición reformista; en particular, los aspectos de la promoción social del estudiante como la relación universidad-sociedad, entre otros (Fiorucci 2007, 2011; Sigal 2002; Torres *et al.* 2004). Pero esos casi dos años y medio significaron no solo una cierta radicalización de las posiciones político-ideológicas de Guido sino también un acercamiento tangible con el peronismo^[14] que hemos podido constatar, gracias a materiales documentales recientemente hallados.^[15] Y aunque se trata de un período breve, tempestuoso y quizás circunstancial, le valió a Guido el encasillamiento y la crítica de numerosos detractores (Montini 2014, 2019; Welti y Guida 2025).

A juzgar por sus escritos, la universidad fue todo un desvelo para el arquitecto, quizás solo superado por otros dos tópicos, la ciudad y el arte emancipado. La arquitectura pública, el diseño urbanístico y la gestión y docencia en el seno de la UNL son facetas que lo consolidaron como un hacedor material vinculado al estado, construyendo simultáneamente un futuro y una tradición, como analizaremos.

de siglo y que tomaron nuevas fuerzas a la luz del movimiento cordobés de 1918 (Bertero y Larker 2018; Rubinzal 2016).

- [13] El doctor Alejandro Greca fue elegido como vicerrector: «En la reunión del Consejo Universitario del día 20 de noviembre fue elegido vicerrector de la Universidad el decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, doctor Alejandro Greca. Le fue discernido el cargo por el voto unánime de los miembros del alto cuerpo», se recoge en el segmento «Crónica universitaria» del volumen 20 de la revista *Universidad* (1948, págs. 305-316).
- [14] En la década del cincuenta, Guido se alejó críticamente de este movimiento. Prueba de esto es quizás su arriesgada novela *La ciudad del puerto petrificado: el extraño caso de Pedro Orfanus* (1954) bajo el seudónimo de Onir Asor (nótese: rosarino, al revés). Esta afirmación amerita un trabajo crítico ulterior. Véase el texto de Montini (2014).
- [15] Nos interesa examinar algunas piezas escriturarias de este período, algunos de sus discursos rectorales –discursos «performativos» en el sentido que postula Derrida (2002) en su texto *La universidad sin condición*– que bien pueden dialogar con parte de su obra publicada e inédita, como trataremos de demostrar en las siguientes páginas.

De alguna manera, bregamos por ampliar los márgenes de lo que se entiende por «obra intelectual de Ángel Guido» al poner en diálogo textos y textualidades de diferente índole, de diverso registro y calibre y con disímiles destinatarios; nos referimos a cartas personales, discursos proferidos en una situación comunicativa particular –la asunción del rectorado, por ejemplo– y otras intervenciones puntuales en donde se manifiesta el desvelo por una cultura y un arte emancipados, es decir, liberados de tiranías extranjerizantes y cosmopolitas, según sus concepciones.

En esta dirección entonces, nos aventuramos a revisar qué entiende Guido por emancipación (Laclau 1996),^[16] cuáles son los alcances de este entresijo en su obra; de igual modo, queremos ahondar en su poco transitado vínculo con el peronismo. Dicho en otros términos, bregamos por entrever, en los intersticios de su apasionada escritura, esquivarlas de continuidades y rupturas de un pensamiento nacionalista que hizo del aquí y ahora de la participación académico-universitaria un modo de situarse frente a los requerimientos del presente de la enunciación.

Documentos de archivo como artefactos literario-historiográficos

Quizá me quisieron,
Como se quiere a una cosa rara
A un mueble antiguo que cuente cosas viejas
A un objeto patinoso, que cuente cosas pasadas,
Como esas cartas amarillas escondidas en algún rincón

Ángel Guido^[17]

[16] Conviene apuntar que hemos tomado este término en el sentido en que Laclau (1996) lo trabajó en su ya clásico libro *Emancipación y diferencia*, más precisamente en el primer capítulo titulado «Más allá de la emancipación». Laclau analiza este concepto en torno a seis dimensiones inextricablemente vinculadas. Nos referimos a las dimensiones: «dicotómica» (la cesura entre el momento emancipatorio y el orden social precedente), «totalizante» (la emancipación afecta todos los órdenes de la vida social), «de transparencia» (no hay lugar para relaciones de poder o de representación), «preexistencia» (de lo que debe ser emancipado respecto del acto emancipatorio, esto es, no hay emancipación sin opresión), «de fundamento» (si el acto emancipatorio es verdaderamente radical, operará al nivel del fundamento de lo social) y «racionalista» (en oposición a religioso).

[17] Archivo Monumento Nacional a la Bandera, Ángel Guido, «Hermanita, ¿dónde estás?», *Poemario inédito*, 1920-1921.

¿Cuánto hay de «archivo de sí» (Artières y Kalifa 2012-2013) en una carta, en un discurso, en un poema inédito de juventud, cuánto de «operación de memoria»? El ejercicio crítico que aquí proponemos incluye la exhumación de inéditos y la recuperación de textos no reeditados, en el marco de una tarea de largo aliento que venimos desarrollando, la «construcción del archivo de escritor de Ángel Guido». Ahora bien, la noción de archivo con la que operamos no remite exclusivamente a un espacio físico determinado y valorizado en su aceptación histórica posterior, sino a la sintaxis que permite leerlo y articular mediante el montaje significaciones teórico-críticas. En palabras del historiador del arte Georges Didi-Huberman: «Forzosamente, la empresa arqueológica debe correr el riesgo de ordenar fragmentos de cosas supervivientes, que siempre se mantienen anacrónicas, puesto que provienen de diversos tiempos y espacios, separados por agujeros. Este riesgo lleva el nombre de imaginación o montaje» (Didi-Huberman 2021, pág. 17).

Una premisa que recoge el libro de Aurell (2024) *Historians' Autobiographies as Historiographical Inquiry. A Global Perspective* puede ayudarnos a auscultar estos documentos: nos referimos a su definición de las autobiografías –de historiadores en ese caso– como «artefactos literario-historiográficos». Conjeturamos que estos materiales de Guido en particular también pueden ser pensados como híbridos de este tenor, al articular elementos literarios (aunque no solamente aquellos ligados a la primera persona, a lo autobiográfico) y esquilas de acontecimientos históricos relevantes, poco o nulamente transitados por la crítica especializada. Según explica Aurell:

Yet I realised that these literary-historiographical artefacts were original and relevant. Their originality and, therefore, their charm lie in the ability of certain historians to proceed retrospectively when carrying out an introspective analysis of their own lives. They have a particular talent for connecting the general context that has governed their lives with their personal itinerary, which only they can reveal. They are at the crucial crossroads between the subjective and the objective, the private and the public, the retrospective and the introspective, the intimate and the unveiled. These are spheres from which historians cannot disengage, and so the historians' autobiographies become not only literary artefacts, but also a relevant source of intellectual history (as diaries,

correspondence and other personal documents) and an intellectual event in themselves.^[18]

En este entre-lugar de literatura e historia se fragua entonces nuestro interés por la potencia performativa de los escritos autobiográficos y en última instancia, del archivo: las cartas, por ejemplo, se inscriben en ese lugar intersticial –entre lo público y lo privado, entre la realidad y la ficción, entre la presencia y la ausencia, la oralidad y la escritura– y con Aurell subrayamos que, además de fuentes documentales, son todo un acontecimiento intelectual en sí mismas, como los discursos rectorales que analizamos aquí. Si la correspondencia es a fin de cuentas «el reino de lo discontinuo», como dijo Benoît Melançon (cit. en Saiz Cerredá 2024a), así como también «arenas culturales» (Gorelik y Areas Peixoto 2016) donde se propicia el debate intelectual, estas fuentes primarias sirven para reconstruir datos relevantes sobre la vida, la obra y el contexto de enunciación. Pero, además, y sin ánimo de caer en biografismos ni en vinculaciones lineales entre obra y vida, la correspondencia dialoga con la obra publicada e inédita, con su práctica proyectual arquitectónica concreta, con su labor como rector, con sus discursos públicos, dejando traslucir su concepción de arte americano en búsqueda de la emancipación (Antequera 2023), por ejemplo. En este sentido, también es performativa. Porque como dice Aurell, haciendo referencia a los historiadores y a la práctica de la historia:

When these authoritative historians write about their own pasts, their writings become a relevant tool for the study not only of their particular lives and

[18] «Sin embargo, me di cuenta de que estos artefactos literario-historiográficos eran originales y relevantes. Su originalidad, y por lo tanto su encanto, reside en la capacidad de ciertos historiadores de proceder retrospectivamente al realizar un análisis introspectivo de sus propias vidas. Poseen un talento especial para conectar el contexto general que ha regido sus vidas con su itinerario personal, que solo ellos pueden revelar. *Se encuentran en la encrucijada entre lo subjetivo y lo objetivo, lo privado y lo público, lo retrospectivo y lo introspectivo, lo íntimo y lo revelado.* Estas son esferas de las que los historiadores no pueden desprenderse, por lo que *sus autobiografías se convierten no solo en artefactos literarios, sino también en una fuente relevante de historia intelectual (como los diarios, la correspondencia y otros documentos personales) y en un acontecimiento intelectual en sí mismas*» (Aurell 2024, pág. 3, traducción y bastardillas propias).

contexts, but also of the practice of history They become sources of cultural and intellectual history, and (some of them) valuable literary narrations.^[19]

En efecto, los textos autobiográficos no «reflejan» directamente los acontecimientos, ni tampoco los hilvanan sin más, sino que, por el contrario, utilizan los mismos procedimientos de la ficción literaria. En el género epistolar, por ejemplo, a partir de un relato fragmentado y fragmentario –«retazos del yo», dijo Saiz Cerrada (2024b)– se da forma a ese (esos) personaje(s) que se construye(n) al calor de las misivas que vienen y van. Ahora bien, en un discurso público, por otra parte, también se instituye tanto un yo como un destinatario a quien interpelar^[20] –la conferencia, por caso, implica un género privilegiado de la escena de interpelación (Aguilar y Siskind 2002, pág. 372)–.

Paralelamente, como explicó Pedro Salinas, el epistolario despliega toda una «panoplia de seducción» (cit. en Saiz 2024b, pág. 7) cuya finalidad es captar la atención del remitente. Ampliando el corpus, podríamos esbozar que los epistolarios, los diarios íntimos y las autobiografías de figuras de notoriedad pública, aunque no hayan sido originariamente pensados para su publicación, sí fueron escritos con «conciencia de trascendencia» (Antequera 2019) y no podrán sustraerse a esos influjos que caracterizarán y condicionarán la escritura. En rigor, esa conciencia de trascendencia –de los propios límites temporales en primer lugar– (y de pervivencia) alimenta su potencia performativa: no hay un afuera de la presunción de que en la posteridad ese corpus será velado (en una doble

[19] «Cuando estos historiadores de renombre [intelectuales diríamos nosotros para el caso que nos convoca] escriben sobre su propio pasado, sus escritos se convierten en una herramienta relevante para el estudio no solo de sus vidas y contextos particulares, sino también de la práctica de la historia. Se convierten en fuentes de historia cultural e intelectual y (algunas de ellas) en valiosas narraciones literarias» (Aurell 2024, págs. 4-5).

[20] El día 30 de diciembre de 1949 en el teatro La Ópera de la ciudad de Rosario, en oportunidad del solemne acto de colación de grados correspondiente al curso académico 1949 de la Universidad Nacional del Litoral, Guido expresa: «Señores egresados: he querido cerrar estas palabras de fe y esperanza en vosotros, invocando la figura arquetípica de nuestra nacionalidad: San Martín. La providencia nos ha concedido uno de los paradigmas más admirables de la historia americana y yo deseo señalar, en este acto, una de las virtudes más notables de este genio de América que, después de haber vencido la Montaña y el Mar, supo vencerse a sí mismo en su renunciamento inmortal. Me refiero a su constante amor a la libertad, a la paz y a su propósito siempre cumplido de no esgrimir jamás su sable en lucha entre hermanos de América».

acepción: no solo será puesto bajo el foco de las miradas fisgonas, sino que se quitará su velo al sustraerse de la órbita privada y privativa de un solo sujeto^[21]). Por ende, los escritos autobiográficos están destinados a un lector por-venir y «sobreviven» a su autoría: son «póstumos», como el archivo es póstumo.

Agreguemos además que los documentos de archivo, más en concreto los textos autobiográficos, como artefactos literario-historiográficos constituyen un cuerpo consistente y representativo de las vidas de los escritores e intelectuales, como leyó Brezzo (2018, pág. 174) en el diario íntimo del historiador paraguayo Juan E. O’Leary. Sin embargo, detentan una característica insoslayable: es el acto de escritura en sí mismo aquello que se transforma en un objeto de saber, como explica Artières (2020).

«Los ojos gastados de tanto hurgar»

Señor, Señor, yo quiero ser ya ingeniero
Para poner una placa en mi puerta
Que diga, austeramente: Guido, Ingeniero,
poeta...

Ángel Guido^[22]

Como reza ese poema autobiográfico de Guido titulado «Para con los hombres»: «Yo que he ahondado la vida por muchos caminos / Y que tengo los ojos gastados de tanto hurgar los destinos», Guido fue un intelectual cuya proficua labor tuvo múltiples aristas e intereses.

Mediante incisivos escritos sobre historia del arte y la arquitectura y como un intelectual de fuste en los debates públicos,^[23] «reescribió» los postulados de Rojas que fueron discutidos en las aulas como docente universitario^[24] y en las cartas desde donde

[21] El destinatario en las cartas, la ipseidad en el diario.

[22] Archivo Monumento Nacional a la Bandera, Ángel Guido, «Yo quiero ser ya ingeniero», *Poemario inédito*, 1920-1921.

[23] Su arriesgada diatriba contra Le Corbusier en el III Congreso Panamericano de Arquitectos (1927), reunido en Buenos Aires, fue quizás la más osada y la que más repercusiones tuvo (Antequera 2020a).

[24] Además de titular de Arquitectura II e Historia de la Arquitectura en la Facultad de Ciencias Matemáticas, Físico-Químicas y Naturales Aplicadas a la Industria (UNL), ocupó el cargo de profesor adjunto de Historia del Arte en la Facultad de Filosofía

realiza relecturas propias en clave de sus disciplinas, la arquitectura^[25] y la ingeniería, como experto. Si como dijo Aurell (2006a), «los buenos narradores son capaces de exponer de un fogonazo lo que los académicos explican con un tratado», podríamos apuntar que Guido supo aunar en su trayectoria ambas facetas: supo proferir penetrantes discursos que se conjugaron con sus cavilados escritos sobre historia del arte y de la arquitectura.

Al asumir como rector a fines de la década del cuarenta, ya cargaba en su haber con un Doctorado Honoris Causa en Bellas Artes, distinción otorgada por la University of Southern California (1933) en su viaje a Estados Unidos con motivo de la beca Guggenheim (Antequera 2020b) y además había recibido el título de Profesor Honoris Causa de la Universidad de Guayaquil (1945). Ese viaje importador y exportador de conocimientos fue un parteaguas en su itinerario: Guido quería que la perspectiva euríndica de Rojas tuviera una resonancia continental y creyó encontrar en algunas manifestaciones como el *californian style* y el muralismo mexicano, por citar dos ejemplos, la materialización de esa anhelada emancipación artística.

Algunos de sus libros son: *Orientación espiritual de la arquitectura en América* (1927); el ya mencionado *Eurindia en la arquitectura americana* (1930); *La machinolatrie de Le Corbusier* (1930); *Redescubrimiento de América en el arte* (1940); *Supremacía del espíritu en el arte* (1949); *La arquitectura mestiza en las riberas del Titikaka* (escrito en 1952 y publicado por la Academia Nacional de Bellas Artes en 1956), cuyos títulos ya preanuncian una toma de posición americanista. Como textos propiamente literarios, escribió la novela *La ciudad del puerto petrificado* (1954), el poemario *Caballitos de ciudad* y la obra de teatro *La hermana fea*, ambos publicados en 1922. Ilustrada por su autor, como muchas de sus obras, esta

y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Asimismo, fue profesor titular en las cátedras de Estética e Historia del Arte en la Escuela Superior de Bellas Artes de Rosario y de Historia del Arte en el Profesorado Nacional de Dibujo de Rosario.

[25] Sostuvo una militancia nacionalista incólume desde la práctica proyectual concreta. A partir de una obra recientemente hallada –que Guido nunca había publicado– cuyo título es *La casa del Maestro* (Antequera 2020c), hemos podido conocer de primera mano, los pormenores en la elección de cada detalle de la casa de Rojas. Esta obra funciona como una metatextualidad que quiere explicar las elecciones ornamentales del inmueble.

última, manuscrito de juventud, no fue reeditada ni mencionada por Guido a lo largo de su carrera, diferencia notable con otras a las que aludía y/o reescribía. Estas facetas de escritor y poeta refulgen en el año 1922, aunque también en 1920 y 1921, años en que compone sus primeros poemas dedicados a su esposa Bertha Eirin y que se encuentran inéditos. Este trienio condensó momentos clave de su trayectoria: se recibió de ingeniero y arquitecto en la Universidad Nacional de Córdoba, participó de la creación de la carrera de Arquitectura en la Universidad Nacional del Litoral y viajó junto a su hermano Alfredo y el escritor, cineasta y jurisconsulto Alcides Greca (San Javier 1889-Rosario, 1956) por el altiplano peruano-boliviano donde se sintió fascinado por lo que luego denominaría utilizando un neologismo de su maestro Rojas, Eurindia. Además, se casó y el 13 de diciembre de 1922 nació su primogénita, la futura escritora Beatriz Guido.

Fue un hijo legítimo de la Reforma Universitaria de 1918 y discursó sobre el perfil de la institución en comunicaciones editadas, entre otras, por la revista *Universidad* de la UNL, órgano oficial de difusión de las actividades de dicha institución^[26] y, en particular, de un grupo profesoral-dirigente, tratándose de un colectivo intelectual-profesional que gestionaba, editaba y participaba de manera activa en sus páginas (Escobar 2022, pág. 161). También propulsó instituciones gremiales, educativas, culturales y museísticas,^[27] como el Museo Histórico Julio Marc (Rosario). Sin embargo, es fundamentalmente recordado como mentor del Monumento Nacional a la Bandera, obra arquitectónica inaugurada en 1957, «lugar de memoria» (Nora 2008) que innumerables desasosiegos y alegrías le procuró.^[28]

[26] Para una caracterización de la revista *Universidad* de la UNL consultar Escobar (2022).

[27] Para ahondar en el programa pedagógico americanista de Guido en otros niveles educativos más allá del universitario y seguir los derroteros institucionales que supo atravesar, conviene consultar el interesante trabajo de Welti (2019). Con respecto a las iniciativas culturales en las que participó, la Asociación Cultural El Círculo junto a su hermano, el artista plástico Alfredo Guido, es ciertamente digna de destacar (Fernández 2003, 2011).

[28] «Como lo analizó Eduardo Hourcade (1995), el modelo estuvo ideológicamente inspirado en las formulaciones euríndicas de Ricardo Rojas, que proponían la fusión de lo europeo y lo aborígen, lo americano y lo colonial en la construcción del Altar de la Patria. Su arquitectura procura establecer un pliegue monumental capaz de comunicar el presente homogéneo de la ciudad portuaria de Rosario con la

En resumidas cuentas, podríamos sostener que Guido desplegó una sólida trayectoria académica y profesional aquilatada también por intervenciones en la prensa gráfica, la escritura de textos literarios, el dibujo,^[29] la práctica proyectual concreta y una activa presencia en los claustros universitarios. Esas múltiples facetas (como se puede leer en el fragmento del poema titulado «Miguita de pan» «Yo que sé tantas cosas, / Yo que tengo mi cabeza/ Tan llena de libros, de proyectos, de dibujos/ De versos, de filósofos, de visiones, / De fantasmas, de números...»^[30]) hacen que su obra –artística, proyectual-arquitectónica, teórica, académica– se pueda expandir más allá de los estrictos límites locales y/o regionales.

En este sentido, aceptar el cargo de rector de la UNL significó, por un lado, la cimentación de un programa con objetivos manifiestos y metas claras de gestión en un contexto de avance del peronismo en las casas de estudio de educación superior^[31] y, por otra parte, más en clave personal, este desafío renovó sus bríos para la batalla intelectual, expresando la radicalización de algunas de sus consignas nacionalistas más controvertidas, como intentaremos desarrollar. En última instancia, el rectorado se constituyó en otra tribuna privilegiada desde donde proferir su credo nacionalista.

diferencia y la singularidad de su pasado nacional. El artefacto arquitectónico, elaborado por Ángel Guido, posee dimensiones importantes y es una de las pocas formas monumentales dedicadas a la bandera de un Estado Nacional» (Vera y Roldán 2021).

[29] En este campo se destacan sus *exlibris* por ejemplo para libros de su amigo Alcides Greca y también para la película *El último malón* (1917) en donde diseña viñetas, por ejemplo.

[30] Archivo Monumento Nacional a la Bandera, Ángel Guido, «Una miguita de pan», *Poemario inédito*, 1920-1921.

[31] Sugerimos consultar oportunamente los siguientes trabajos: Bracamonte (1996), Buchbinder (2005), Buchrucker (1987), Fiorucci (2011), Girbal-Blacha (2005), Martínez del Sel y Riccono (2013), Navascués (2017) y Sigal (2002), entre otros. Para pensar los vínculos entre el primer peronismo y literatura: Edwards (2014) y González (2015), entre otros.

Guido y Perón, ¿un solo corazón?

¡Adiós Guido! Adiós...
Algunos amigos me saludaban
Con una cierta interrogación:
–¿Qué le pasará a Guido
Que anda tan veloz?–
Pero aquel adiós se lo llevaba el viento
Porque yo no pensaba más
Que lo que llevaba sobre el corazón

Ángel Guido^[32]

Poco sabemos de los entretelones de la propuesta que lo convirtió a Guido en rector. Su primogénita, la novelista Beatriz Guido (Rosario, 1922-Madrid, 1988), esboza dos elucubraciones, según cuenta la escritora Angélica Gorodischer: una primera recoge que la razón de ser de su rectorado se resumiría en un modo de asegurarse fondos para el megaproyecto del Monumento a la Bandera. Por su antiperonismo furioso, a Beatriz le resultaba difícil aceptar que su padre hubiera tenido un cargo de tanto relieve en ese gobierno:

«Siempre fue [Beatriz] una antiperonista recalcitrante. Contaba que en un viaje que hizo en 1938 a Berlín junto con su padre, se hospedaron en un hotel donde estaba Perón, y fue testigo de que este asistía a los mitines de la SS. “Cierta mañana aparecieron todos los negocios de los judíos apedreados, con las vidrieras rotas. Mi padre me llevó a ver los destrozos y luego tomamos mate con Perón y otros militares argentinos, que parecían contentos por lo que había pasado”, declaró en un reportaje» (Gorodischer en Mucci 2015, pág. 15).

Según la segunda opción, más arriesgada aún, algunos peronistas lo habrían amenazado con poner una estatua de Evita en el Monumento a la Bandera si él no aceptaba el ofrecimiento (cfr. Gorodischer en Mucci 2015, pág. 15).

Por su parte, en las cartas privadas cuyo destinatario es el fundador de la primera cátedra de Literatura Argentina, Guido solo apuntó que había sido una súbita propuesta y una más repentina

[32] Archivo Monumento Nacional a la Bandera, Ángel Guido, «Bertha», *Poemario inédito*, 1920-1921.

aún aceptación. Sin embargo, aquello que sí podemos constatar es que aprovechó cada intervención pública como rector para dejar constancia de las ideas nacionalistas que venía madurando al calor de su vida universitaria.^[33]

Rápido de reflejos –convengamos que siempre detentó una retórica muy cuidada y directa, que no daba lugar ni a grises ni a medias tintas–, este mojón en su vida académico-institucional no sería por cierto una excepción. En su discurso de asunción del 3 de mayo de 1948 planteó una serie de directrices y objetivos programáticos, muy en consonancia con los discursos proferidos entre 1946 y 1949 por Juan Domingo Perón (Altamirano 2001; Riccono 2015): en primer término, no dudó en definir su labor como de «pacificación definitiva de la Universidad» (Guido 1948b, pág. 8). Asimismo, propuso a los claustros: «reajuste funcional de la enseñanza técnica, incrementación de la producción científica, enérgico impulso a la cultura humanista y acomodación al *pathos* social presentísimo» (Guido 1948b, pág. 7).^[34] De alguna manera, este es el programa explícito de gestión que guiará su paso por el rectorado y que quedó materializado en el denominado «Plan trienal de sincronización universitaria con la realidad argentina, americana y universal».

Fragmentos del encendido discurso luego serán recogidos y estampados bajo el título de «La nueva universidad», en las páginas del número 20 de la revista *Universidad* (Guido 1948a), órgano de difusión de la labor académica de la UNL. De allí recogemos que el acto público de asunción se realizó en el paraninfo, en la ciudad de

[33] Teniendo en cuenta que excede las pretensiones de este texto, pero para profundizar en esa trama de ideas que en los años treinta van corporizando las acciones públicas/institucionales/políticas tanto de Guido como de otros intelectuales, y que incluye el lugar dado a la cultura por la experiencia del antipersonalismo en la provincia, sugerimos consultar J. C. Giménez (2021) así como el artículo del mismo autor: «Legitimidades y usos del pasado en el antipersonalismo santafesino (1937-1943)» (2020).

[34] Para profundizar en el discurso crítico acerca de la universidad y las reformas, sugerimos consultar Castro (1998). Este autor retoma «el conflicto de las facultades de Kant» y lo retrabaja en clave de conflicto de las racionalidades, un conflicto entre los usos de la razón, entre un uso del conocimiento subordinado a los fines del Estado y un uso autónomo de la razón. Los postulados kantianos le sirven a Castro para poner de relieve el nexo entre filosofía de la universidad y filosofía de la historia y en qué modo las posibilidades de un pensamiento crítico acerca de la racionalidad técnica dependen de comprender el nexo entre estas y las crisis de filosofía de la historia.

Santa Fe, y que contó con la presencia del médico cirujano devenido secretario de Educación de la Nación de Juan D. Perón, el Dr. Oscar Ivanissevich (1895-1976),^[35] quien ocupó el cargo entre 1948 y 1950 y a posteriori, al crearse el ministerio, pasó a ser ministro (1949-1950). De familia croata, nacionalista y católico, Ivanissevich –caro en la búsqueda de arquetipos– exaltó en su pieza de oratoria la figura de Guido como un ejemplo moral e intelectual para la juventud.

Al parecer, esta era la primera vez que ambos compartían el protagonismo excluyente en una actividad pública. Ivanissevich precedió a Guido en el uso de la palabra. Resumió la nueva etapa de la universidad como una «regeneración moral».^[36] En su intervención destacó:

«El pueblo sustituyó a los universitarios y les señaló el camino de la verdad. En ese camino estamos ahora apoyados por los más humildes que aspiran a darnos una universidad, más modesta, más representativa del pueblo, es decir, más argentina y más humana. Una universidad en la que se trabaje con alegría y salud moral. Sin el veneno de la política y sin la ansiedad anormal de exhibir al público, la sabiduría» (Ivanissevich 1948, págs. 308-309).

Sin embargo, dos años antes ya había expresado Perón (1946) sus inquietudes en torno a la regeneración moral de esa «institución enferma». En efecto, en el Teatro Municipal, frente a un nutrido auditorio de estudiantes universitarios formuló:

«La universidad es como un “enfermo grave” al que es necesario curar: su curación como la de todos los enfermos requiere dos factores primordiales: la propia resistencia del cuerpo y la creación de “autodefensas” fisiológicas y la “actuación de un médico de cabecera”. El gobierno será el médico de la universidad» (Perón en Riccono 2015, pág. 17, comillas propias).

Como apunta el sociólogo Riccono (2015, pág. 24): «La palabra de Perón como vocero principal del gobierno en relación con la educación superior fue determinante para anticipar las medidas que su gobierno tomaba».

[35] Entre 1973 y 1974 volvió a ocupar dicho puesto en el gobierno.

[36] Como señalan Carrizo (2019) y S. Giménez y Azzollini (2019) el regeneracionismo es un componente de las culturas políticas que puede reconocerse en el radicalismo y que vuelve a tener presencia en los treinta. En el caso del texto de Giménez, resulta sumamente interesante la vinculación entre las identidades fundacionalistas y la tentación de no inclusión del actor otrora dominante («el otro excluido»).

Al analizar los discursos del líder del movimiento peronista se podría caracterizar a «la universidad como una institución en crisis –al igual que la nación– producto de la politización de sus componentes y del alejamiento de sus objetivos con respecto a las necesidades de la sociedad» (Riccono 2015, pág. 24). Según la historiadora Georgieff (2011, págs. 3-4), Perón interpela a los intelectuales en calidad de forjadores de un ordenamiento simbólico y de los valores fundacionales de una sociedad. Como se puede observar, el mensaje es contundente: la universidad estaba enferma y debía ser sanada. Ivanissevich y Guido no solo compartieron el mismo lapso temporal, uno al frente de la UNL y el otro al frente de la cartera de educación de Perón, sino que se encontraban unidos por un mismo *sentipensar* (Fals Borda 2009): eran aliados en la gesta de que la universidad fuera la institución por antonomasia para materializar dicha «regeneración moral», excluyendo la política de los claustros (como si esto fuera posible) y prescindiendo de los alardes de vanagloria atribuidos a los universitarios. Porque como ya había apuntado Guido en otra alocución: «No se hace docencia, señores, únicamente con el libro escrito, con la cátedra brillante, con el trabajo de laboratorio, con la investigación científica. Se hace docencia también, con el factor “hombre”» (Guido 1935, pág. 33).

En resumidas cuentas, la tan mentada consigna peronista «de la casa al trabajo y del trabajo a la casa» podría ser reformulado en estas palabras de Perón que Guido hace suyas en el discurso de asunción: «los estudiantes a estudiar, los docentes a enseñar». Ya había dicho Perón en mayo de 1947: «las universidades solo existen para enseñar, aprender, realizar las actividades científicas adecuadas. Otros factores no deben intervenir en ella. Pretendemos eliminar totalmente la política de las universidades, no la política contraria para imponer la nuestra, sino toda la política, porque de lo contrario le haríamos un flaco servicio a la universidad. Queremos crear un clima de dedicación total a la función docente» (Perón en Pis Diez 2012, pág. 51).

Aunque dicha búsqueda de regeneración no podría escindirse de la diatriba entre la preponderancia del reformismo en el estudiantado y el peronismo en los cargos de gestión de la universidad,^[37]

[37] El desencuentro entre peronismo y reformismo universitario hunde sus raíces en un triple orden de factores: el clivaje laicismo/clericalismo, el impacto de la

de alguna manera, se ponía en juego «un intento de imponer un nuevo modelo de universidad, acorde a la etapa económica, social y política que se abría en el país» (Pis Diez 2018, pág. 68). Una «regenerada» universidad para los tiempos que corrían que, por cierto, esquivaba al peronismo, debía reformarse «de arriba hacia abajo», esto es, desde los cargos de gestión hacia los claustros.

Razón por la cual, para Ivanissevich Guido era, en última instancia, un «aliado» del peronismo, un arquetipo a seguir como expresa públicamente y quien debía llevar la batuta de este arduo y perentorio proceso de «sincronización universitaria con la realidad argentina, americana y universal».

Una universidad en la encrucijada de la emancipación

No en vano mis ojos se han gastado en los libros. No en vano he hurgado los profundos destinos. Una cosa he aprendido bien: ¡luchar y luchar!

Ángel Guido^[38]

El nacionalista Guido se encontraba en una encrucijada: entre culturas políticas de diversa raigambre –el reformismo y el americanismo– su intervención discurrió en torno a las cuatro notas que debía asumir la institución de educación superior para estar a tono con los cambios suscitados por el peronismo. Esas observaciones destacadas eran: «argentinidad», «americanidad», «universalidad» y «movilización» que repasaremos sucintamente para auscultar los sonidos de este afán compartido.

Sin embargo, antes de adentrarnos en el análisis del discurso de asunción, conviene realizar una breve puntualización. Una primera aproximación a la pieza oratoria indica que la insistencia retórica pulsó por superar la sola idea de la universidad como formadora de técnicos: buscaba consolidar paralelamente la formación moral y

segunda guerra mundial sobre los alineamientos políticos y culturales –división entre aliadófilos y partidarios del Eje– y en tercer lugar, las políticas universitarias llevadas adelante primero por el régimen de junio de 1943 y luego por el presidente electo, coronel Juan Domingo Perón (Tcach 2019). También sugerimos consultar Pis Diez (2012).

[38] Archivo Monumento Nacional a la Bandera, Ángel Guido, «Para con los hombres», *Poemario inédito*, 1920-1921.

científica de los universitarios, en consonancia con el proyecto político que el peronismo estaba desarrollando a nivel nacional. Esto es clave: Guido no piensa una universidad escindida del proyecto político general, sino como parte constitutiva de un todo, haciendo hincapié, de este modo, en la función social de la institución.

Asimismo, conviene destacar que en el discurso apeló a sus propios textos, reciclados. Fundamentalmente, tomó fragmentos de su polémica obra *Redescubrimiento de América en el Arte* y reprodujo algunos de sus párrafos (en ocasiones, sin citar explícitamente esta obra publicada por la Facultad de Ciencias Matemáticas, Físico-Químicas y Naturales Aplicadas a la Industria de la UNL). Volvió a considerar nociones ampliamente analizadas en su bibliografía como su aversión al cosmopolitismo, la responsabilidad social de la universidad en la solución y el acompañamiento de los problemas actuales, la función moral de la universidad, la necesidad de una formación integral, sumados a los cuatro ejes transversales (o notas) citados ut supra. Este punto resulta de importancia porque viene a refrendar también que, en este aspecto, no hay hiatos sino más bien continuidades en su producción escrituraria. Como se ve, todo un programa de cuño nacionalista para la universidad que venía perfilando desde entrada la década del veinte, no solo estrictamente en lo relativo a la función social de la institución sino también en su modo de ver la arquitectura y la historia del arte americanas. En estas lides, como ya adelantamos, Guido no era un improvisado. De igual forma, conviene tener en cuenta que la empresa intelectual de Guido, se funda en la de Rojas a través de

«una afirmación espiritualista; vinculada con el rechazo de las perspectivas positivistas y del “materialismo dominante”, así como con una reconsideración de la herencia hispanoamericana basada en la idea de un “renacimiento del alma nacional”, que Rojas tomaba de los autores españoles de la generación del 98 (fundamentalmente de Unamuno, aunque también de Ganivet y Maeztu), en un gesto que tuvo sus correspondencias en otros países de América latina por las mismas fechas» (Pulfer 2010).

De esta manera, el discurso de asunción radicaliza entonces nociones que ya había conceptualizado en otros registros al anali-

zar el arte y la arquitectura americanos.^[39] Desde el punto de vista arquitectónico, con la anatematización de la producción arquitectónica ecléctica de raíz europea como expresión de una sociedad que perdió su memoria, se produjo el surgimiento del denominado «movimiento neocolonial» como forma de reencontrarla o, mejor aún, de refundarla apelando a un pasado indígena refuncionalizado que encarnaría la emancipación del arte y la arquitectura. Guido fue el exponente teórico más importante de esta vertiente neocolonial en Argentina y, desde la práctica proyectual concreta, tiene en su haber «casas-manifiestos» (Petrina 2008) de esta inflexión del nacionalismo en arquitectura, como las ya mencionadas.

El término clave por antonomasia de su trayectoria intelectual es la «fusión» (euríndica) entre el sustrato indígena y el legado español: a través de esta expresión, Guido construyó no solo una herramienta teórica para explicar el proceso transculturador europeo/americano, sino también una proyección mitopoiética y, anclado en el porvenir, un horizonte de expectativa del arte y la arquitectura americanos (Antequera 2020a), alejados del eclecticismo, la copia y el cosmopolitismo, esto es, «emancipados», otro término central en su producción escrituraria.

Ahora bien, hechos estos devaneos, retomemos su discurso de asunción. Con respecto al primer eje citado en el discurso –argentinidad–, el rector esboza que la función social prioritaria de la universidad se resume en resolver «los problemas de los argentinos», aunque sin precisar específicamente a cuáles se refiere. De esta forma apela a una realidad telúrica cuya «magia nos ha permitido lograr esa singularidad en la geografía humana del mundo» (Guido 1948a, pág. 12), y cuyo arquetipo es –claro está– Martín Fierro. La gesta de nuestra independencia y el ideal san-

[39] Otros intereses basculaban en el mismo momento, y además fueron publicados en tándem por la misma institución universitaria. Son acaso dos caras de una misma moneda. Nos referimos a su libro *Supremacía del espíritu en el arte. Goya y el Aleijadinho* (Guido 1949c). Quizás podríamos pensar que, para Guido, Goya y el Aleijadinho son artistas que al emerger del subsuelo de lo torturado y del dolor, construyen la emancipación: Goya, liberándose de la hegemonía extranjera y académica y afirmando su hispanidad con un nuevo arte humanizado; el Aleijadinho, por su parte, dando la espalda a la moda de su tiempo afirmando la autenticidad social y telúrica de su América. O, en otros términos, podríamos apuntar que Goya redescubre España después de su sordera y el Aleijadinho reencuentra su América después de la lepra. En última instancia, solo resta decir que el peronismo vendría a realizar aquello tan ansiado que ya en el arte Goya y el Aleijadinho habían realizado.

martiniano^[40] son, sin más, los «valores formativos» (Guido 1948a, pág. 13) a propulsar para Guido. Este gesto de cimentación de una «argentinidad» basada en la obra literaria de José Hernández no es una novedad: pensemos solamente que ya había sido propuesto varios años antes por Leopoldo Lugones, entre otros intelectuales.

Paralelamente, expone que la función de la universidad comprende formar élites entre sus filas para contribuir con la visión universalista que debe tener esta institución de educación superior (1948b, p. 15). Para este fin, discurre sobre un plano, el espiritual, y declara las raíces: la tradición cristiana legada desde la Conquista hispánica en América, los ideales de libertad y la inmigración, como ya había trabajado en el citado *Redescubrimiento*. Y como si esto fuera poco, no se priva de dedicar un crítico párrafo de su discurso al cosmopolitismo^[41] –otro de sus desvelos teórico-críticos a juzgar por la iteración en su obra intelectual– para, en estos términos, oponer las nociones de argentinidad y cosmopolitismo portuario:

«El cosmopolitismo gestó, sin lugar a dudas, ese clima de desautenticidad de lo nuestro (...) Pero, especialmente Buenos Aires, extremó la medida de nuestra extranjerización. Las raíces profundas de nuestra argentinidad comenzaron a vacilar. Nuestro endeble federalismo político, espiritual y humano no fue suficiente para equilibrar esa expresión que yo he llamado *portua-*

[40] Para ubicar las representaciones de San Martín y el sanmartinismo como canon, desde los años treinta del siglo veinte, retomamos un párrafo de Amorebieta y Vera (2022): «la crisis política abierta en 1930 impactó fuertemente en el “zócalo de las representaciones históricas”, disolviendo “la homogeneidad que más o menos hasta entonces había caracterizado a la producción historiográfica local”. De esta forma, el quiebre “del orden constitucional del año 30, junto con muchos cambios en la vida social argentina, traería también aparejada una crisis de la percepción del pasado común. Inesperadamente, se habían encontrado los límites del progreso material y los límites del procesamiento de conflictos del orden político. Ambas rupturas tal vez requerían nuevas elaboraciones sobre el pasado, acaso un poco más a la medida de los nuevos protagonistas de la escena pública. En ese contexto se pueden ubicar tres acontecimientos relevantes, los cuales habrían sido expresión de las transformaciones ocurridas en las modalidades de constitución de una imagen sanmartiniana en la memoria colectiva”: la edición en 1932 de *Historia del Libertador General Don José de San Martín* por José Pacífico Otero, la fundación en 1933 del Instituto Sanmartiniano, cuya sede sería el Círculo Militar; y, por otro lado, el anuncio en 1931 de *El Santo de la Espada* [de Ricardo Rojas], el cual sería publicado también en 1933».

[41] Entre las preocupaciones de Guido que fulguran en las páginas de *Fusión hispano-indígena en la arquitectura colonial* (Guido 1925), podemos advertir la tónica que lo impregna todo: la arquitectura es entendida como arte social, como «antena de los pueblos». Guido pretende instaurar una arquitectura propiamente americana, tan alejada de la imitación como del eclecticismo y del cosmopolitismo.

ría, por saberla atada a las cien banderas del mundo. Era indispensable esa segunda y auténtica emancipación de que nos habla Ricardo Rojas en su *Restauración nacionalista*. La emancipación política la realizaron los hombres de Mayo. La emancipación económica la está cumpliendo admirablemente el gobierno que hoy dirige nuestros destinos. Nos falta la emancipación espiritual. Esta última libertad, la del espíritu, debe preocupar a las universidades» (Guido 1948a, pág. 14).

Ahora bien, detengámonos en esta ristra de elementos puestos en diálogo. Elocuente serie la que establece el rector en torno a la tan mentada emancipación: Mayo-Rojas-peronismo, esto es, emancipación política, nacionalismo cultural –que se podría traducir según Guido en emancipación cultural y artística– y emancipación económica, respectivamente. Serie que, por otra parte, debía ser esclarecida, esto es, explicada, en el aquí y ahora de la universidad, institución que debía bregar por la regeneración en el plano espiritual, la última liberación requerida.

Sin lugar a dudas, el problema de la emancipación también es un tópico recurrente a lo largo de todo su quehacer intelectual: en textos como *Fusión hispanoindígena en la arquitectura colonial* (1925), por ejemplo, al que le hemos dedicado varios trabajos (Antequera 2019, 2020a), establece una concatenación entre arte euríndico (o fusional entre el sustrato indígena y el elemento europeo) y arte emancipado. Aquello que resulta novedoso en estos documentos es que se posicione abierta y públicamente desde una nueva forma de entender la emancipación que comprende al peronismo o, quizás más atinado, que el peronismo vendría a encarnar.

También conviene subrayar la utilización de las mismas categorías que profiriera Perón en algunas de sus 29 comunicaciones a los estudiantes: por ejemplo, la crisis universitaria ligada a la crisis de la nación, la necesidad de excluir la política de los claustros, la urgencia de formar técnicos y hombres que estén al servicio de la nación, el campo semántico y las metáforas médicas (universidad enferma, regeneración, cura), el cumplimiento excluyente y exclusivo de enseñar y aprender para docentes y alumnos respectivamente, entre otros tópicos.

Americanidad, universalidad y movilización

Ahora bien, otro dato relevante se puede sumar a este entramado. El 19 de diciembre de 1949, atravesando casi un año y medio de gestión en el rectorado, en un acto con motivo de la creación de la cátedra de Defensa Nacional^[42] en la UNL, Guido pronunció las siguientes palabras que agregan información y refrendan su poco estudiada adscripción al peronismo:

«En el ancho de nuestra nacionalidad argentina, está la geografía humana, política y social de la nación. Las riquezas naturales, la realidad económica, la pujanza industrial, la selecta etnografía y la masa social de la patria. En lo político, desde el Triunvirato de Mayo hasta el federalismo y la consolidación nacional, y desde el liberalismo capitalista de fin de siglo hasta la actual Justicia Social, hemos logrado una excepcional experiencia política y económica que conviene esclarecer cada vez más universitariamente, para saber defenderla mejor» (Guido 1949a, pág. 10).

Más allá del tópico recurrente en su bibliografía, el cosmopolitismo que, como esbozábamos más arriba, reúne en sí el peligro de la extranjerización y plantea la dicotomía ciudades puerto vs. el interior del país, en este párrafo de diciembre de 1949 así como también en el anterior de 1948 construye una muy interesante ristra: toma como punto inicial 1810 y como línea de fuga, el peronismo, esto es, el presente de la enunciación, «la revolución social de nuestra Patria» (Guido 1949b, pág. 8).

Sin embargo, cabe destacar que el nacionalismo cultural (Rojas, en esta serie) es para Guido la «fase inferior» (por anterior) del peronismo.^[43] Según expresa, el peronismo vendría a traer la tan ansiada emancipación espiritual de la que ya venía hablando desde la década del veinte, aunque –como exponíamos más arriba–, en otros términos. Conviene resaltar que no es la primera vez que construye un mito de origen: basta reparar en el concepto de Eu-

[42] Conviene reparar que esta cátedra se instauró en otras universidades también. Por ejemplo, en la Universidad Nacional de La Plata se fundó en 1943 (cfr. Pis Diez 2018, pág. 69).

[43] Cabe destacar que en un conocido relato titulado «La fiesta del monstruo» (de Bustos Domecq, seudónimo de Borges y Bioy) y que fue escrito en diciembre del 47, es decir, solo unos meses antes del discurso de 1948, estos dos escritores enhebran otra serie entre *La refalosa* de Hilario Ascasubi, *El matadero* de Esteban Echeverría y el peronismo, esto es, Rosas (1º tiranía) y Perón (2º tiranía).

rindia acuñado por Rojas y refuncionalizado en sus textos. Guido insufló estas inquietudes, que pulsaban en pos de construir un arte y una arquitectura americanos cuya emancipación sentía perentoria, durante toda su vida: su práctica profesional escrituraria y proyectual, su itinerario académico universitario, así como también su búsqueda como artista y sus desasosiegos como epistológrafo delatan estos intereses. La emancipación implica detestar la copia ramplona, las arquitecturas extranjerizantes y eclécticas (Guido 2020) pero también denotar la falta de argentinidad encarnada en un cosmopolitismo de múltiples banderías (Antequera 2024).^[44]

Ahora bien, este modo lineal de concebir los procesos como una sumatoria de fases encadenadas donde inexorablemente la emancipación estaría por darse remite a una concepción teleológica de la historia: es siempre en el futuro donde reposaría la emancipación a conquistar. Sin embargo, en este último discurso con motivo de la creación de la cátedra de Defensa Nacional, agrega un elemento más: la universidad debe convertirse en custodia del proceso político vigente, en una salvaguarda de los avances logrados y en una instancia productora de metatextualidades porque, según expresa, debe explicar los procesos de transformación social.

Retomemos una vez más el discurso de asunción al rectorado. Con respecto a la americanidad, la segunda nota propuesta como directriz en la gestión que estaba comenzando, Guido repara en que «América ha comenzado a pensar en sí misma y a tener fe en su adultez recién nacida» (Guido 1948a, pág. 15). Este ideal americanista hunde sus raíces en «la comunión de todos los pueblos de América» y «debe penetrar generosamente los claustros, para ejercer esta alta docencia de confraternidad continental» (Guido 1948a, pág. 17). En efecto, «San Martín, el Santo de la Espada, llevó el ideal de emancipación americana desde el Atlántico hasta el Pacífico» (Guido 1948a, pág. 17). Situados en un momento de segunda libertad «será imprescindible también la conjuración de

[44] Esta afirmación de Guido sin dudas es tributaria de escribir desde una ciudad puerto, Rosario.

todos los pueblos de América para alcanzar esa independencia espiritual» (Guido 1948a, pág. 17).^[45]

En resumidas cuentas, la apuesta con respecto al americanismo en este discurso se podría resumir en «una didáctica ecuménica de universalidad tamizada por la esperanzada juventud de América». Este aspecto concreto se podría vincular con otros aspectos. Por un lado, con la propia reforma de 1918, teniendo en cuenta que remite a Sudamérica, al inicio, y a América, al final (deriva que nos llevaría a profundizar otro matiz de su vínculo con el reformismo). Este punto es quizás el que más relación tiene con el resto de su obra teórica y proyectual, fundamentalmente, como decíamos, la ligada a la concepción euríndica y, por esto, emancipatoria, del arte y la arquitectura (Antequera 2020a,c). Por otra parte, esta «didáctica ecuménica» es el motor de algunas de sus iniciativas académicas: la inclusión de «contenido americanista» –como por ejemplo «El arte hispano indígena del siglo XVIII en América» (García y Schwartzman 2015)–, en los planes de estudios de la asignatura Historia del Arte (UBA) donde ejerció de profesor adjunto es una muestra de este interés.

Universalidad, la tercera nota aludida en el discurso de asunción, no entra en colisión con la americanidad deseada, porque es entendida como ecumenismo, menos en un sentido religioso que cultural: «Las lastimaduras de la vieja Europa son también nuestras propias lastimaduras. Su alto magisterio debemos recordarlo siempre con gratitud de discípulos» (Guido 1948a, pág. 17). Este cuadro de pensamiento se enriquece al reparar en que, si bien esa asimilación de la universalidad del conocimiento europeo se presenta como gratitud y admiración, no dejan de estar presentes los dramas de la posguerra europea, que lo alientan a dar una solución por la vía espiritual mediante un (remozado) cristianismo que cure las heridas del resentimiento y de la desazón:

«Después de algunos años de vida turbulenta, esta Universidad del Litoral inicia hoy la segunda etapa de su existencia, al amparo de la nueva Ley Universitaria. La primera etapa comenzó inmediatamente después de terminada

[45] Quedará para ulteriores trabajos profundizar en algunas articulaciones entre el peronismo y el nacionalismo, como por ejemplo, el lugar de la autoridad, el sanmartinismo, la tradición católica y la «nación en armas».

la anterior Guerra Mundial. La segunda, hoy, después de esta gran guerra reciente. Ha pasado y está pasando, pues, nuestra Universidad por la dura prueba de dos posguerras, cuando el mundo sufre profundas vacilaciones en su dirección y en su destino. Es probable que esta incertidumbre de Occidente en reencontrarse a sí mismo, haya incidido profundamente en el mundo de la cultura y haya sido motivo de esa turbulencia de que habláramos» (Guido 1948a, pág. 9).

Por su parte, la última nota destacada en su discurso de asunción –movilización– «significa disponerse a tomar las armas en defensa de la Patria» (Guido 1948a, pág. 19). Esta idea de «nación en armas» está vinculada a

«la necesidad de fortalecer al cuerpo nacional a través de uniformar a sus componentes ya que la aparición de diferencias, grietas y divergencias entre ellos, pone en peligro a la nacionalidad toda ¿Por qué? Por el peligro extranjero y la posibilidad de la 3ª Guerra Mundial, perspectiva que estaba en la cabeza de quienes tenían las riendas del Estado» (Riccono 2015, pág. 15).

La pregnancy de una nueva conflagración internacional no dejó de formar parte del discurso político en esos años en los albores de la segunda posguerra (Georgieff 2011). Asimismo, declama que sí están en peligro

«el patrimonio cultural y los valores espirituales de la madura civilización europea ante el advenimiento de las masas agitadas por las banderas de la justicia social. Pareciera que el Viejo Mundo tuviera flaca capacidad para defenderlos frente al avance oriental. Por ello, debemos movilizarlos para proteger, americanizar y argentinizar ese patrimonio del saber y del sentir, que tanta grandeza dio a Occidente y ofrecerlo, universitariamente, a nuestro Gobierno que, en estos momentos, está realizando el gigantesco esfuerzo de consagrar esa justicia social, sin desmedro ni riesgo para nuestra argentinidad. Y en las movilizaciones como en las trincheras, no hay diferencias de clases, ni de ideologías políticas, ni de doctrinas sociales. Solamente son incompatibles: la traición, la desertión y la cobardía. La fraternidad cunde porque, junto al coraje, brilla refulgente un solo alto ideal: la defensa de la Patria» (Guido 1948a, págs. 19-20).

Más adelante, apunta también que su gestión tenderá a consolidar puentes de entendimiento, diálogo y conciliación entre los claustros.

Recapitulando, podríamos decir entonces que vale la pena dirigir la mirada hacia estos discursos proferidos entre 1948 y 1949 para situar el pensamiento de este intelectual que, a la sazón, intentaba dar razones de su convencimiento: el peronismo resulta ser una nueva acepción emancipatoria y un eslabón en la cadena iniciada en la Semana de Mayo. Al jalonar la serie cuyos extremos son 1810 y el presente de la enunciación, Guido establece lazos de continuidad y no hiatos entre la emancipación política y la económica, en el terreno de las representaciones.^[46] En clave programática, la gestión al frente de la UNL debía acompañar la justicia social y los cambios que se estaban viviendo a nivel nacional, para generar así la emancipación espiritual y moral, mediante la encarnadura de las notas de argentinidad, americanidad, universalidad y movilización. Los discursos públicos e institucionales que compartimos son piezas documentales únicas, en primera persona, porque condensan el posicionamiento político de Guido frente al peronismo y, de este modo, contribuyen a mostrar nuevos aspectos en el palimpsesto de su itinerario intelectual.

Vivir para contarla

Entonces, antes que apagaran las luces,
Yo, que de mis libros venía
A mis libros volví

Ángel Guido^[47]

Gabriel García Márquez (2002, pág. 5) escribió en las primeras líneas de su autobiografía, «la vida no es la que uno vivió sino la que uno recuerda, y cómo la recuerda para contarla». Este «vivir para contarla» refrenda que «las fronteras entre realidad y ficción tienden a debilitarse cuando se trata de una mirada al pasado» (Aurell 2006b, pág. 150), más aún cuando esa mirada intenta auscultar la propia vida. Quizás la historiadora Spiegel (2007, pág. 89) tiene razón y escribimos de modo inconsciente, pero con determinación,

[46] Conviene reparar en que este aspecto es una construcción histórica del propio peronismo, al calor del revisionismo histórico, que aquí no se pretende abordar.

[47] Archivo Monumento Nacional a la Bandera, Ángel Guido, «Hermanita, ¿dónde estás?», *Poemario inédito*, 1920-1921.

nuestras obsesiones más íntimas. Los discursos, las conferencias y otros materiales que hemos puesto en consideración adquieren especial relevancia al haberse cumplido más de seis décadas del fallecimiento del rosarino. En ocasiones, los textos minimizados por ciertos mecanismos no siempre visibles de postergación, siguen un curioso derrotero para convertirse, finalmente, en objeto de estudio más o menos legitimado. Estos materiales coadyuvan así a profundizar en los recorridos de las ideas de un intelectual cargado de tensiones y con una multifacética trayectoria. Guido es un intelectual incómodo y polémico: en efecto, presenta, a semejanza del catalán Eugenio D'Ors (1881-1954) a quien lo une por cierto la reflexión sobre lo barroco (D'Ors 1946) –aristas dignas de transitar para no simplificar su pensamiento–. Si lo encasillamos como ecléctico o reaccionario, operación que –en última instancia– recortaría su potencia de «contemporáneo» en el sentido agambeniano, lo clausuramos.

Intentamos describir el nacionalismo cultural de Guido a fines de la década del cuarenta, y de analizar el tópico de la emancipación político-económica a través de algunos discursos rectorales. Los materiales de archivo aportan datos para la construcción de su itinerario universitario, y, en un contexto más amplio, sirven para explorar un episodio poco transitado de la vida cultural argentina de la primera mitad del siglo veinte; un episodio que forja un posicionamiento público en más de un aspecto: los discursos pronunciados con motivo de su asunción al rectorado son piezas retóricas singulares ya que contienen su modo de situarse frente al peronismo como ningún otro de sus otros textos. Por eso revisten importancia para cartografiar los sentipensares del arquitecto.

Al leer las intervenciones de Perón en filigrana con los discursos de Guido, notamos que instalan –utilizando una metáfora musical– más que un «contrapunto», un «recitativo», porque enfatizan las inflexiones del habla de quien fuera tres veces presidente de la República Argentina. Dicho de otro modo: en sus discursos se pueden auscultar los mismos sonos que en los de Perón, siguen una misma línea discursiva, repasan los mismos tópicos, utilizan inclusive las mismas frases. Por ende, estos textos de su paso por el rectorado de la UNL tienen un singular valor histórico: son documentos de carácter testimonial y, asimismo, materializan las líneas directrices

de un plan de gestión universitaria. De esta manera, se constituyen en acicate y en herramientas estratégicas e instrumentos de gran versatilidad para analizar su paso por la gestión universitaria. A su vez, parten del mismo diagnóstico: la universidad es una institución enferma, la formación moral y científica de los universitarios debe ir en tándem con el proyecto político que el peronismo estaba desarrollando a nivel nacional, esto es, no debía permanecer indiferente al proyecto político general.

Pero Guido no resuelve las tensiones que lo atraviesan: fue un reformista que devino rector peronista; un arquitecto que, unido a Rojas por el nacionalismo cultural, se sentía impelido a construir un futuro anterior, un pasado que no deja de pasar, que se estaba actualizando en el presente de la enunciación: Eurindia. Y también, interpelado por la palabra de Perón, como intelectual forjador de un ordenamiento simbólico, brega por definir las notas de la universidad «por-venir»: argentinidad contra el cosmopolitismo; americanidad como lo entendió San Martín al libertar América; universalidad como didáctica ecuménica y movilización para cuidar el patrimonio cultural y los valores espirituales de la justicia social. Esta faceta de Guido, quien se comprometió y se apropió en primera persona de esas notas, resultaba prácticamente desconocida, a juzgar por la bibliografía crítica, y contribuye a ampliar el conocimiento de su obra intelectual.

Didi-Huberman (2013, pág. 3) nos recuerda que «cada vez que intentamos construir una interpretación histórica –o una *arqueología* en el sentido de Michel Foucault–, debemos tener cuidado de no identificar el archivo del que disponemos, por muy proliferante que sea, con los hechos y los gestos de un mundo del que no nos entrega más que algunos vestigios». En la mesa del montaje^[48] de la crítica –que escapa a las teleologías y hace visibles las supervivencias y los anacronismos–, esa cohabitación que implica el

[48] Dice Didi-Huberman (2013, pág. 33): «El montaje será precisamente una de las respuestas fundamentales a ese problema de construcción de la historicidad. Porque no está orientado sencillamente, el montaje escapa de las teleologías, hace visibles las supervivencias, los anacronismos, los encuentros de temporalidades contradictorias que afectan a cada objeto, cada acontecimiento, cada persona, cada gesto. Entonces, el historiador renuncia a contar “una historia” pero, al hacerlo, consigue mostrar que la historia no es sin todas las complejidades del tiempo, todos los estratos de la arqueología, todos los punteados del destino».

archivo de imágenes disyuntas y heteróclitas busca articular vestigios documentales. Entre estos restos, entonces, intentamos captar atisbos para exhumar la fuerza del anacronismo deliberado, al decir borgeano, que hace de Guido un contemporáneo, «nuestro» contemporáneo.

Un manojo de cartas de puño y letra, un ramillete de discursos proferidos como rector de la UNL (1948-1950), todos «textos olvidados» –poco o nulamente transitados por la crítica– nos sirvieron para examinar estos desvelos en clave de archivo. Porque el archivo es construcción nos dice Didi-Huberman (2021), el archivo es sintaxis. En efecto, esas posibles articulaciones entre sus producciones escriturarias, en un sentido amplio, nos interesan porque tienden a ampliar los márgenes de lo que se entiende por obra intelectual, en tanto operación colectiva y transtemporal (Antelo 2001). Lejos de ser un «monumento pulido» (Balderston 2021), la obra nunca está atada a la concepción de texto definitivo.

Referencias

AGUILAR, GONZALO Y MARIANO SISKIND

- 2002 «Viajeros culturales en la Argentina», en *El imperio realista*, dir. por María Teresa Gramuglio, Buenos Aires: Emecé, vol. 6, referencia citada en página 142.

ALTAMIRANO, CARLOS

- 2001 *Bajo el signo de las masas 1943-1973*, Buenos Aires: Emecé, referencia citada en página 148.

AMOREBIETA Y VERA, MARÍA LAURA

- 2022 «“Sin Maipú no habríamos cantado a Ayacucho”: usos y representaciones de San Martín en tiempos de consolidación del panteón nacional (1878-1930)», en *Estudios del ISHIR*, vol. 12, n.º 33, referencia citada en página 154.

ANTELO, RAÚL

- 2001 «Política del archivo», en *Revista Iberoamericana de Educación*, vol. LXVII, n.º 197, págs. 709-720, referencia citada en página 163.

ANTEQUERA, MARÍA FLORENCIA

- 2015 «La residencia y casa de rentas Fracassi, una inflexión del neo-colonial en la ciudad de Rosario», en *Res Gesta*, n.º 51, págs. 189-198, referencia citada en página 137.

ANTEQUERA, MARÍA FLORENCIA

- 2017 «Un libro y una casa: Ángel Guido en la encrucijada euríndica», en *Cuadernos de Historia del Arte*, n.º 28, págs. 43-98, referencia citada en página 136.
- 2019 «Querido Maestro: el epistolario inédito de Ángel Guido a Ricardo Rojas. Entre la arquitectura euríndica y el archivo», en *Confluente*, vol. XI, n.º 2, págs. 265-289, referencia citada en páginas 134, 142, 155.
- 2020a «Eurindia o el organizador sintáctico de los fragmentos de mundo. Una aproximación al concepto de fusión en la obra de Ángel Guido», en *Maracanan*, n.º 23, págs. 221-247, recuperado de <<https://www.e-publicacoes.uerj.br/index.php/maracanan/about>>, referencia citada en páginas 134, 136, 143, 153, 155, 158.
- 2020b «La beca Guggenheim, las credenciales norteamericanas y la arquitectura euríndica. Una aproximación al epistolario inédito de Ángel Guido a Ricardo Rojas (1925-1955)», en *Palimpsesto*, vol. 10, n.º 17, págs. 197-220, referencia citada en páginas 136, 144.
- 2020c «Prólogo», en Ángel Guido, *La casa del Maestro*, Rosario: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, recuperado de <https://www.institutodehistoria.org.ar/uploadsarchivos/lacasadelmaestro__8_.pdf>, referencia citada en páginas 134, 136, 144, 158.
- 2023 «Ángel Guido, rector de la Universidad Nacional del Litoral (1948-1950): la pregunta por la emancipación en algunos de sus textos olvidados», en *Recial*, vol. 14, págs. 348-384, referencia citada en páginas 133, 141.
- 2024 «Un Sísifo rosarino: espaciamento, experimentación y descubrimiento en la novela *La ciudad del puerto petrificado. El extraño caso de Pedro Orfanus* (1954) de Ángel Guido», en *Escrituras del viaje: itinerarios, territorios y viajeros*, ed. por Marisa Budiño; María Inés Laboranti y María Laura Pérez Gras, Formosa: Universidad Nacional de Formosa, referencia citada en página 157.

ARTIÈRES, PHILIPPE

- 2020 *Escritos, manuscritos y archivos. Una historia en acto*, MALBA, recuperado de <https://www.malba.org.ar/evento/conferencia_escritos-manuscritos-y-archivos_una-historia-en-acto_por-phillipe-artieres/>, referencia citada en página 143.

ARTIÈRES, PHILIPPE y DOMINIQUE KALIFA

- 2012-2013 «El historiador y los archivos personales: paso a paso», en *Políticas de la Memoria*, n.º 13, págs. 7-11, recuperado de <<https://ojs.politicasdelamemoria.cedinci.org/index.php/PM/article/view/133>>, referencia citada en página 140.

AURELL, JAUME

- 2006a «Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author», en *Rethinking History*, vol. 10, n.º 3, págs. 433-449, referencia citada en página 144.
- 2006b «La función social de la memoria», en *La experiencia del tiempo*, ed. por Rafael Alvira Domínguez; Héctor Badaloni Ghiretti y Montserrat Herrero López, Pamplona: EUNSA, referencia citada en página 160.
- 2009 «El texto histórico como relato autobiográfico», en *Actas del III Congreso Internacional Historia a Debate*, coord. por Israel Sanmartín Barros, Santiago de Compostela, págs. 311-324, referencia citada en página 134.
- 2024 *Historians' Autobiographies as Historiographical Inquiry. A Global Perspective*, Cambridge University Press, referencia citada en páginas 140-142.

BALDERSTON, DANIEL

- 2021 *El método Borges*, Buenos Aires: Ampersand, referencia citada en página 163.

BERTERO, ELIANA y JOSÉ LARKER

- 2018 «El movimiento estudiantil santafesino y sus estrategias de intervención colectiva en tiempos de lucha por la reforma universitaria y la creación de la Universidad Nacional del Litoral (1918 y 1919)», en *Páginas*, vol. 18, n.º 23, págs. 8-28, referencia citada en página 138.

BOUVET, NORA

- 2006 *La escritura epistolar*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 134.

BRACAMONTE, JORGE

- 1996 «El peronismo como componente de la narrativa argentina (1943-1955)», en *Calibar sin rastros. Aportes para una historia social de la literatura argentina*, ed. por Jorge Torres Roggero, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, págs. 121-139, referencia citada en página 146.

BREZZO, LILIANA MARÍA

- 2018 *Juan E. O'Leary. Diario íntimo 1907-1920. La historia del hombre que escribió la historia*, Asunción: Tiempo de Historia, referencia citada en páginas 134, 143.

BUCHBINDER, PABLO

- 2005 *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 146.

BUCHRUCKER, CRISTIÁN

- 1987 *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 146.

CARRIZO, BERNARDO

- 2019 «Regeneracionistas, gubernistas, disidentes y Reformistas combaten en el Radicalismo. Santa Fe, 1910-1916», en *De signos y sentidos*, vol. 20, págs. 30-62, referencia citada en página 149.

CASTRO, EDGARDO

- 1998 «Filosofías de la reforma de la universidad», en *Signos universitarios*, vol. 17, n.º 33, págs. 101-112, referencia citada en página 148.

CATTARUZZA, ALEJANDRO

- 2007 *Los usos del pasado: la historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en página 134.

D'ORS, EUGENIO

- 1946 *Goya y lo goyesco. A la luz de la historia de la cultura*, en *La enciclopedia hispánica*, Valencia: López Mezquida Editor, vol. 2, referencia citada en página 161.

DERRIDA, JACQUES

- 2002 *La universidad sin condición*, Buenos Aires: Trotta, referencia citada en página 138.

DIDI-HUBERMAN, GEORGES

- 2013 *Cuando las imágenes tocan lo real*, recuperado de <https://img.macba.cat/public/uploads/20080408/Georges_Didi_Huberman_Cuando_las_imagenes_tocan_lo_real.pdf>, referencia citada en página 162.
- 2021 «El archivo arde», en *Las lenguas del archivo. Filologías para el siglo XXI*, coord. por Graciela Goldchluk y Juan Ennis, Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, págs. 15-38, recuperado de <<https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/174>>, referencia citada en páginas 140, 163.

EDWARDS, RODOLFO

- 2014 *Con el bombo y la palabra: el peronismo en las letras argentinas: una historia de odios y lealtades*, Buenos Aires: Seix Barral, referencia citada en página 146.

ESCOBAR, LUIS

- 2022 «América a través de la revista Universidad: un panamericanismo desde el litoral argentino», en *Colección*, vol. 33, n.º 2, págs. 157-194, referencia citada en página 145.

FALS BORDA, ORLANDO

- 2009 *Una sociología sentipensante para América Latina*, Bogotá: Siglo del Hombre Editores y CLACSO, referencia citada en página 150.

FERNÁNDEZ, SANDRA

- 2003 «La negación del ocio. El negocio cultural en la ciudad de Rosario a través de la asociación El Círculo», en *Andes*, n.º 14, referencia citada en página 145.
- 2011 *La revista El círculo o el arte de papel. Una experiencia editorial argentina del Centenario*, Murcia: Editum, referencia citada en página 145.

FIORUCCI, FLAVIA

- 2007 *La administración cultural del peronismo. Políticas, intelectuales y estado*, recuperado de <<https://cedinpe.unsam.edu.ar/content/fiorucci-flavia-la-administracion-cultural-del-peonismo-politicas-intelectuales-y-estado>>, referencia citada en página 138.
- 2011 *Intelectuales y peronismo*, Buenos Aires: Biblos, referencia citada en páginas 138, 146.

GARCÍA, CARLA y ANA SCHWARTZMAN

- 2015 «Historia del arte y universidad. Momentos clave en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (1915-1986)», en *Boletín de Arte*, vol. 15, n.º 15, págs. 51-57, referencia citada en página 158.

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL

- 2002 *Vivir para contarla*, Buenos Aires: Debolsillo, referencia citada en página 160.

GEORGIEFF, GUILLERMINA

- 2011 «El peronismo y sus intelectuales», en *Intervenciones intelectuales en el contexto del peronismo clásico*, coord. por María Celia Vázquez, Buenos Aires: Universidad Nacional del Sur, recuperado de <http://cedinpe.unsam.edu.ar/sites/default/files/pdfs/georgieff_el_peronismo_y_sus_intelectuales.pdf>, referencia citada en páginas 150, 159.

GIMÉNEZ, JUAN CRUZ

- 2020 «Legitimidades y usos del pasado en el antipersonalismo santafesino (1937-1943)», en *Cuadernos de Historia*, vol. 25, págs. 111-134, recuperado de <<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/cuadernosdehistoria/ys/article/view/31750>>, referencia citada en página 148.
- 2021 *Virado a sepia. Política y educación en Santa Fe de los años treinta*, Rosario: Prohistoria, referencia citada en página 148.

GIMÉNEZ, SEBASTIÁN y NICOLÁS AZZOLLINI

- 2019 (coords.), *Identidades políticas y democracia en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Teseo, referencia citada en página 149.

GIRBAL-BLACHA, NOEMÍ

- 2005 «Perfiles históricos de la Argentina peronista (1946-1955), Intelectuales, política y discurso», en, referencia citada en página 146.

GONZÁLEZ, CARINA

- 2015 *Peronismo y representación. Escrituras, imágenes y políticas del pueblo*, Buenos Aires: Final Abierto, referencia citada en página 146.

GORELIK, ADRIÁN y FERNANDA AREAS PEIXOTO

- 2016 (comps.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 141.

GUIDO, ÁNGEL

- 1925 *Fusión hispanoindígena en la arquitectura colonial*, Rosario: La Casa del libro, referencia citada en página 154.
- 1935 *Discurso del señor profesor arquitecto Ángel Guido. Acto de homenaje a los profesores fallecidos*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, referencia citada en página 150.
- 1948a «La nueva universidad», en *Universidad*, vol. 20, págs. 9-21, referencia citada en páginas 148, 153-155, 157-159.
- 1948b «Palabras preliminares», en *Universidad*, vol. 20, págs. 7-8, referencia citada en página 148.
- 1949a «Defensa y conciencia de nuestro patrimonio nacional», en *Universidad*, vol. 22, págs. 7-13, referencia citada en página 156.
- 1949b «Sincronización funcional de la universidad con la realidad argentina», en *Universidad*, vol. 21, págs. 7-22, referencia citada en página 156.
- 1949c *Supremacía del espíritu en el arte. Goya y el Alejaidinho*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, referencia citada en página 153.
- 2020 *La casa del Maestro*, Rosario: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, recuperado de <https://www.institutod ehistoria.org.ar/uploadsarchivos/lacasadelmaestro__8_.pdf>, referencia citada en página 157.

IVANISSEVICH, OSCAR

- 1948 «Discurso», en *Universidad*, vol. 20, págs. 308-310, referencia citada en página 149.

LACLAU, ERNESTO

- 1996 *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires: Ariel, referencia citada en página 139.

LOJO, MARÍA ROSA

- 2006 «Ricardo Rojas: en busca de la Historia perdida. La etapa del Centenario», en *Gramma*, vol. 42-43, págs. 16-24, recuperado de <http://www.salvador.edu.ar/gramma/42_43/Gramma_42_43.pdf>, referencia citada en página 134.

MARTÍNEZ DEL SEL, VALERIA y GUIDO RICCONO

- 2013 «Las trayectorias académicas: una nueva mirada sobre los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras durante el peronismo», en *Archivos de Ciencias de la Educación*, vol. 7, n.º 7, págs. 1-19, referencia citada en página 146.

MONTINI, PABLO

- 2014 «La ciudad del puerto petrificado», en *Las batallas por la identidad*, ed. por Alicia Megías, Rosario: Editorial Municipal de Rosario, referencia citada en página 138.
- 2019 «Ángel Guido entre el arte y las formas americanas», en *Ángel Guido, ingeniero civil y urbanista*, Rosario: Colegio de Profesionales de la Ingeniería Civil del Distrito II de la provincia de Santa Fe, referencia citada en página 138.

MUCCI, CRISTINA

- 2015 *Divina Beatrice*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, referencia citada en página 147.

NAVASCUÉS, JAVIER

- 2017 *Alpargatas contra libros. El escritor y las masas en la literatura del primer peronismo*, Madrid: Iberoamericana y Vervuert, referencia citada en página 146.

NORA, PIERRE

- 2008 *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, trad. por Laura Masello, Montevideo: Trilce, referencia citada en página 145.

PERÓN, JUAN DOMINGO

- 1946 «Ante estudiantes universitarios habló el presidente de la Nación (26 de octubre de 1946)», en *Obras completas*, Buenos Aires: Editorial Docencia, referencia citada en página 149.

PETRINA, ALBERTO

- 2008 «El neocolonial. Memoria y nostalgia de la raíz hispanoamericana», en *Summa*, vol. 96, págs. 108-115, referencia citada en página 153.

PIS DIEZ, NAYLA

- 2012 «La política universitaria peronista y el movimiento estudiantil reformista: actores, conflictos y visiones opuestas (1943-1955)», en *Los trabajos y los días*, vol. 3, págs. 41-63, referencia citada en páginas 150, 151.

PIS DIEZ, NAYLA

- 2018 «Peronismo, universidad y oposición reformista: El caso de la ciudad de La Plata/Ciudad Eva Perón (1943-1955)», en *Estudios Sociales*, vol. 54, n.º 1, págs. 67-91, recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8997/pr.8997.pdf>, referencia citada en páginas 151, 156.

PULFER, DARÍO

- 2010 «Presentación», en *La restauración nacionalista de Ricardo Rojas*, Buenos Aires: UNIPE, recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/unipe/20171121055305/pdf_336.pdf>, referencia citada en páginas 134, 152.

RICCONO, GUIDO

- 2015 «La universidad argentina en la voz de Perón: sus discursos sobre educación superior», en *Horizontes sociológicos*, vol. 6, págs. 9-27, referencia citada en páginas 148-150, 159.

ROJAS, RICARDO

- 1951 *Eurindia: ensayo de estética sobre las culturas americanas*, Buenos Aires: Losada, referencia citada en página 135.

RUBINZAL, MARIELA

- 2016 «La cultura combate en las calles. Nacionalismo e industrias culturales en la Argentina de entreguerras», en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 16, n.º 2, referencia citada en página 138.

SAIZ CERREDA, MARÍA DEL PILAR

- 2024a «Pacto epistolar en las cartas de Jorge Guillén a Teresa: la revelación de una identidad narrativa», en *Revista de Literatura*, vol. 86, n.º 171, DOI: 10.3989/revliteratura.2024.01.008, referencia citada en páginas 134, 141.
- 2024b «Retazos del yo: construcción de identidad a través del pacto epistolar», en *Res Gesta*, n.º 60, págs. 2-20, referencia citada en páginas 134, 142.

SIGAL, SILVIA

- 2002 *Intelectuales y peronismo en Nueva historia argentina*, Buenos Aires: Sudamericana, vol. 3, referencia citada en páginas 138, 146.

SPIEGEL, GABRIELLE

- 2007 «France for Belgium», en *Why France? American historians reflect on an enduring fascination*, ed. por Laura Lee Downs y Stéphane Gerson, Ithaca: Cornell University Press, referencia citada en página 160.

TCACH, CÉSAR

- 2019 «Peronismo y reforma universitaria, raíces de un desencuentro. Una mirada desde su cuna: Córdoba (1943-1955)», en *Postdata*, vol. 24, n.º 1, págs. 177-198, referencia citada en página 151.

TORRES, PABLO; FABIANA ROSSETTI Y GABRIEL SUBAN

- 2004 «La política universitaria estatal 1946- 1955. Indagaciones y problemas», en *VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, referencia citada en página 138.

VERA, PAULA Y DIEGO ROLDÁN

- 2021 «La invención turística de Rosario (Argentina). El patrimonio, la costa y el bulevar», en *Turismo y patrimonio*, vol. 17, págs. 79-98, DOI: 10.24265/turpatrim.2021.n17.05, referencia citada en página 146.

VIDAL DE BATTINI, BERTA

- 1984 «Ricardo Rojas, maestro», en *Testimonios sobre Ricardo Rojas*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, referencia citada en página 135.

WELTI, MARÍA ELISA

- 2019 «Ángel Guido: la construcción de un programa estético-pedagógico americanista para la ciudad de Rosario», en *Ángel Guido, ingeniero civil y urbanista*, Rosario: Colegio de Profesionales de la Ingeniería Civil del Distrito II de la provincia de Santa Fe, referencia citada en página 145.

WELTI, MARÍA ELISA Y MARÍA EUGENIA GUIDA

- 2025 «Las trayectorias de Ángel Guido y Juan Mantovani en la promoción de la cultura y la enseñanza de las artes visuales», en *Anuario de Historia de la Educación*, vol. 26, n.º 1, págs. 9-30, DOI: 10.51438/2313-9277.2025.26.1.e046, referencia citada en página 138.

CAPÍTULO 5

De recuerdos propios y vidas ajenas. Las memorias de Alicia Jurado como becaria y biógrafa

FERNANDO QUESADA

Introducción

El «giro reflexivo» en los estudios sociales alentado por Dosse (2012) revitalizó el interés de los historiadores en las autobiografías. Pero este traslado de textos y retóricas del «yo» desde la literatura a la bitácora de la disciplina histórica demanda una «vigilancia epistemológica» que permita incorporar este relato a lo que Lahire (2004) define como «corpus empírico teóricamente construido» y así, evitar la «ilusión» autobiográfica del que se narra a sí mismo y construye un mito retrospectivo sobre su existencia.

Comencemos por problematizar y aportar elementos teóricos acerca de qué se entiende por autobiografía. Una acertada e imaginativa definición la brinda Ivan Jablonka al considerar que: «El inventario de sí es un texto reflexivo, bajo la forma de un testimonio o una autobiografía, que aspira a dilucidar un itinerario, informar una experiencia, iluminar una intimidad, salir de sí mismo» (Jablonka 2016, pág. 229).

En este sentido, Jablonka retoma la reflexividad que caracteriza al sujeto que construye un relato sobre sí mismo y que informa y hecha luz sobre su interior. Es decir, que expone una narrativa controlada, en la que los acontecimientos, las amistades y enemistades, los procesos y las coyunturas poseen una significatividad diferenciada.

Fernando Durán López sugiere afrontar la problemática metodológica de la autobiografía partiendo del hecho de que es un «género literario» construido según pautas retóricas que habitan la frontera entre lo narrativo y lo documental. Debido a esto, abordar este género como fuente de información histórica debe evitar dos tipos de lecturas. A la primera, Durán López la denomina documentalista, porque acude a la autobiografía como si se tratara específica y únicamente de un archivo. En este punto, este filólogo recomienda «prescindir del criterio de veracidad» (Durán López 2002, pág. 178) del texto y reconocer su verosimilitud. La segunda lectura es la confesional, que consiste en consentir el «mito del yo» y suponer que la existencia que narra el protagonista es irrepetible y fascinante. Esta lectura conduce al desacierto metodológico de despojar al individuo que se analiza de su dimensión colectiva.

A partir de este breve planteamiento metodológico y reflexivo sobre el registro autobiográfico analizaré las memorias de Alicia Jurado para comprender su etapa como becaria de diversas instituciones y los ensayos biográficos que resultaron de estas experiencias. ¿Por qué resulta interesante el análisis de las memorias de Alicia Jurado (1922-2011) para intentar comprender estos acontecimientos vitales en su trayectoria? Porque fue una prolífica escritora que biografió a Jorge Luis Borges, a William Henry Hudson y a Robert Bontine Cunninghame Graham. Además, fue tan exhaustiva narrando la vida de otros intelectuales como la suya. Desde pequeña escribió en diarios, cuadernos, redactó cartas, testimonió sus travesías en una gran cantidad de registros de viajes y con ese material, sus recuerdos y una gran cuota de imaginación taquigrafió y publicó sus memorias en cuatro tomos: *Descubrimiento del mundo* (1989) está dedicada a su niñez, adolescencia y cierra con su adultez a los treinta años y abarca el período 1922-1952; *El mundo de la palabra* (1990) narra su vida como intelectual dedicada al oficio de escribir y en la foto de portada podemos ver a Jurado dialogando con Jorge Luis Borges y se enmarca en la coyuntura 1952-1972; *Las despedidas* (1992), como expresa el título, está atravesado por un amargo sentimiento de tristeza debido a la muerte de su hijo Federico y a otras pérdidas sufridas en el período 1972-1992, pero también a la consolidación de su prestigio como

mujer dedicada a las letras; y *Epílogo* (2003), que evoca los últimos años de su vida.

El relato de estos recuerdos nos ofrece la imagen que de sí misma construyó Jurado para sus lectores contemporáneos y los estudiosos de la posteridad y es por esto por lo que aclara al comienzo del primer libro: «estas páginas son el resultado de una selección de recuerdos» (Jurado 1989, pág. 10) y de esta forma confirma que sus memorias son una narración que no pretende ser ni minuciosa ni imparcial y, por el contrario, es selectiva, arbitraria e intimista.

Con el propósito de ofrecer una imagen de sí misma en la que se muestre lo más objetiva posible, Jurado utiliza la estrategia biográfica, de la que posee una gran experiencia técnica, para documentar exhaustivamente su narración autobiográfica:

«En el curso de mi vida escribí varias biografías, a las que precedió una investigación exhaustiva. Al emprender mi propia historia también traté, dentro de lo posible, de basarla sobre documentos, ya que una temprana vocación me llevó a escribir cuando chica y a relatar, hasta hoy, todos mis viajes; tampoco faltan, durante algunos períodos, cuadernos en los que consigné las experiencias que me interesaron» (Jurado 1989, pág. 11).

Del recorte que Jurado hizo en su relato autobiográfico, tomaré para este capítulo algunos retazos más pequeños, fragmentos temporales de menor duración: las evocaciones de cuando fue becaria de diversas fundaciones filantrópicas de Estados Unidos y de Gran Bretaña y sus experiencias como biógrafa.

En 1965 Alicia Jurado obtuvo la beca Guggenheim para realizar una investigación en Estados Unidos e Inglaterra sobre el escritor y naturalista William Henry Hudson. Este estipendio era otorgado por la John Simon Guggenheim Memorial Foundation para que artistas plásticos, científicos, poetas, intelectuales y dramaturgos, así como otros actores de diversas ramas de la cultura de América Latina realizaran intercambios durante un tiempo en Estados Unidos. Como complemento de este financiamiento extraordinario, Jurado obtuvo ayuda económica del British Council para visitar archivos en Inglaterra que conservaban cartas y documentos de Hudson. La investigación resultó en una biografía: *Vida y obra de W. H. Hudson* (1971), que fue publicada por el Fondo Nacional de las Artes, en la colección ensayos.

Diez años después, en 1975, Alicia Jurado resultó ganadora de la beca de la Comisión Fulbright, para realizar una nueva biografía, esta vez sobre Robert B. Cunninghame Graham. Además de una dotación de dinero, el estipendio tenía como propósito una estadía de seis meses en Estados Unidos y la realización de un trabajo de investigación sobre este escritor y aventurero escocés. En esta ocasión Jurado volvió a ser beneficiada nuevamente con un financiamiento del British Council para visitar bibliotecas y archivos en Escocia. Fruto de este trabajo resultó el libro *El escocés errante. Vida de R.B. Cunninghame Graham* (2001).

Para Jurado, el impacto cultural y social de estas becas en su itinerario intelectual resultó tan significativo que en su segundo libro de memorias *El mundo de la palabra*, tituló el capítulo XXXII «La beca de la Guggenheim Foundation», apartado en el que rememoró el trabajo realizado con el dinero de esa subvención. Posteriormente, en el tercer tomo de sus memorias, *Las despedidas*, rememoró su estancia en Estados Unidos y nombró al apartado XXXIX «La beca de la Fulbright Foundation».

El hecho de que Jurado haya invocado en sus memorias los recuerdos de estas becas y que les haya asignado tal significatividad dentro de su relato autobiográfico, nos conduce a reflexionar sobre el grado de relevancia que tenían para su trayectoria y la importancia que estos recursos extraordinarios tenían al interior del campo intelectual. Las becas y otros financiamientos extraordinarios en forma de *awards*, *fellowships*, *scholarships* y *grants*, son fondos que determinadas instituciones internacionales, fundaciones filantrópicas y agencias estatales de las grandes potencias vierten en algunos países o regiones que consideran relevantes por motivos diplomáticos, geopolíticos o estratégicos. Al interior de los diversos campos nacionales (académicos, científicos, intelectuales, artísticos, entre otros) los individuos disputan estos recursos materiales y simbólicos extraordinarios y ponen en juego estrategias profesionales, sociales y movilizan todo tipo de capitales para obtenerlos.

¿Cuáles son los recuerdos que Alicia Jurado plasma en su autobiografía sobre las experiencias como becaria tanto de la Guggenheim, como del British Council y la Comisión Fulbright? ¿De qué manera auto percibe la obtención de estas becas y cómo evalúa

las calificaciones y competencias que posee al momento de resultar ganadora? ¿Qué elementos explicativos que nos permitan iluminar el proceso de selección de estas becas podemos extraer del relato de Jurado? ¿Qué tipo de capitales pone en juego Alicia Jurado para la obtención de estas becas?

La hechicera de la tribu

Alicia Jurado nació el 22 de mayo de 1922 en Tapalqué, provincia de Buenos Aires, en el seno de una familia adinerada que era parte de un grupo social prominente cuyo poder económico estaba fundado en la propiedad de la tierra. Su padre, José Antonio Jurado, era un empresario y ganadero que heredó la estancia familiar llamada El Retiro y que en las memorias de Alicia aparece insistentemente como lugar de descanso estival y como paraje visitado por artistas e intelectuales de renombre que conformaban el círculo de amistades de Alicia. Jorge Luis Borges, quien era un frecuente visitante, le dedicó el breve poema «Estancia El Retiro» en el libro *El oro de los tigres*.

El patriarca de la familia fue su abuelo, José María Jurado, un destacado ganadero, miembro fundador de la Sociedad Rural Argentina, que ocupó la presidencia de esta institución en 1886 e integrante de esa elite que Roy Hora definió de «modernos empresarios rurales» (Hora 2015, pág. 79), que no se identificaban con los terratenientes ausentistas que proliferaban en la pampa argentina.

Por parte de su madre, Ilve Fernández Blanco, era nieta de Isaac Fernández Blanco, el hacendado, artista plástico y coleccionista de arte. Su familia materna detentaba un gran poder económico cuyo origen también estaba fundado en la gran propiedad rural, pero a diferencia de los Jurado, estos terratenientes entregaban en arriendo sus tierras y se vanagloriaban de no trabajar sus campos (Jurado 1989, pág. 69).

En su infancia Alicia Jurado recibió la formación que estos sectores sociales acostumbraban a darle a sus hijos: una gobernanta inglesa fue la que la acompañó durante su niñez y le transmitió la lengua sajona, por lo que Alicia presumía de haber adquirido desde niña y de manera simultánea tres lenguas: el español, el inglés de su institutriz y el francés en el que la familia acostumbraba a

comunicarse cotidianamente. Como veremos más adelante, este será uno de los recursos que Jurado resaltarán en la solicitud para aplicar para la beca Guggenheim: la adquisición casi maternal del idioma inglés.

La escolaridad primaria la completó en la Escuela Benjamín Zorrilla, más conocida como «El cinco esquinas» y los estudios secundarios en el Liceo Nacional de Señoritas n.º 1. A los dieciséis años ingresó a la Universidad de Buenos Aires, para estudiar la licenciatura en Ciencias Naturales, en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. En 1946 Juan Domingo Perón fue elegido presidente de la República Argentina y para los sectores sociales más altos de la sociedad a los que pertenecía Alicia Jurado este acontecimiento los condujo a posicionarse en las antípodas del movimiento justicialista. Los atropellos sobre las instituciones universitarias de algunas políticas presidenciales de Perón movilizaron políticamente a Jurado. En esta coyuntura Alicia Jurado participó de movilizaciones contra el gobierno y como consecuencia estuvo unos días detenida. Finalizó la carrera en 1947 y obtuvo el título de licenciada. Seguidamente inició los estudios doctorales, pero nunca terminó la tesis de doctorado. En esta etapa de su vida comenzó a relacionarse más asiduamente con personas del mundo de las artes y de las letras. En su relato autobiográfico Jurado le asigna mayor relevancia al ámbito literario e intelectual que a su inconclusa carrera de bióloga, a tal punto que a su trayectoria académica y a su etapa universitaria le dedica unas pocas páginas en *Descubrimiento del mundo*. En cambio, a su vida literaria le destina la segunda entrega completa de sus memorias *El mundo de la palabra*, y varios capítulos de *Las despedidas* y *Epílogo*.

Los orígenes de sus primeros pasos en las letras están estrechamente aunados con Jorge Luis Borges y Victoria Ocampo. Sobre estas dos figuras rememora Jurado: «En el año 1954 empezaron para mí dos de las amistades más importantes que tuve: la de Borges y la de Victoria Ocampo» (Jurado 1990, pág. 41). A partir de estas amistades Jurado ingresó a un ambiente literario y a un círculo de artistas e intelectuales dedicados a las artes y a la literatura y su oficio como escritora también comenzó en estos años. Al poco tiempo de conocer a Victoria Ocampo, esta intelectual la invitó a escribir en las páginas de la revista *Sur* y en 1956 publicó su primer

texto en esa prestigiosa publicación con una reseña sobre el libro *Teatro completo* de Roberto J. Payró. Luego de esto, Jurado comenzó a colaborar asiduamente con *Sur* y se abocó específicamente a la crítica teatral.

El genio y su primera biografía

Alicia Jurado mantuvo con Borges una estrecha relación amistosa e intelectual y su carrera como escritora de ensayos biográficos comenzó con el libro *Genio y figura de Jorge Luis Borges*. Al momento de recibir la invitación para este proyecto, Jurado tenía publicada su novela *La cárcel y los hierros* (1961). La colección *Genio y figura* de la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA) apuntaba a un público poco especializado en asuntos literarios y se editaba en ejemplares de bajo precio. Es decir, se dirigía a audiencias mucho más heterogéneas social y culturalmente que las colecciones científicas y académicas de esa casa editora.

En el relato autobiográfico que hace del ofrecimiento que recibió por parte de José Bianco para biografar a Borges, Alicia Jurado considera que lo hizo «por encargo». Incluso, el capítulo XXX de *El mundo de la palabra* en el que relata estos recuerdos, lleva por nombre «Trabajos literarios», título que parece restarle importancia a este libro dentro de su producción escrita. Jurado confiesa que no fue la primera elegida para escribirlo sino Adolfo Bioy Casares, pero al negarse este, Bianco se lo propuso a ella: «Acepté sin demasiadas ganas, ya que lo arduo de la tarea como yo entendía que debía hacerse, no guardaba relación con lo ínfimo de la paga» (Jurado 1990, pág. 193). Jurado rememora que aceptó por el hecho de que consideraba que Bianco era un «admirador de Fidel Castro» y podía asignarle el trabajo a alguno de sus amigos «cultores de la literatura comprometida» y de esta forma ofrecer una imagen distorsionada de Borges. La motivación fue más por un asunto ideológico que intelectual.

Genio y figura de Jorge Luis Borges fue el primer ensayo biográfico que se escribió sobre la vida del escritor y si observamos las ediciones y reimpressiones que se hicieron del libro, podemos inferir el éxito en su circulación. La primera edición es de 1964, la cual se agotó pocos años después y se reimprimió en 1967. En

1980 se hizo una segunda edición con Borges todavía con vida. En este caso Jurado hizo una revisión menor del libro. La tercera edición data de agosto de 1996, una década después de la muerte del biografiado. Jurado prologó el ensayo con palabras que revelan su intención reivindicativa de la figura de Borges y del libro que escribió sobre él:

«El carácter un poco polémico del librito se debe a que en la época de su publicación Borges estaba lejos de la fama mundial, lo conocía un círculo reducido de sus compatriotas y era unánimemente censurado por la crítica de izquierda, que abominaba de las élites intelectuales y de la literatura no comprometida con las ideas políticas (las de ellos, naturalmente). También lo atacaban los nacionalistas, de espíritu localista y xenófobo, admiradores de los tiranos del pasado y del presente, tanto los nuestros como los europeos. Hoy cuando nadie se atreve a poner en dudas los méritos literarios de Borges, no quise omitir ciertas vehemencias porque son testimonio de una época y me alegra pensar que, hace treinta años, hice en este libro su elogio y lo defendí de algunos cargos injustos» (Jurado 1996, pág. 9).

El naturalista y su biografía

En 1963, luego de haber publicado su primera novela y la biografía sobre Borges, Alicia Jurado se postuló a la beca de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation con un proyecto para escribir una biografía sobre William Henry Hudson.

La beca de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation fue creada en 1925 por el millonario Simon Guggenheim y su esposa Olga Hirsh para honrar la memoria de su hijo adolescente fallecido. Simon era uno de los miembros de la acaudalada familia que además de desempeñarse en los negocios tuvo una intensa participación política como Senador por el estado de Colorado. Simon se vanagloriaba de su cultura cosmopolita, de su refinamiento para el arte y de su capacidad para desenvolverse en varios idiomas. Su esposa Olga era también políglota y coleccionista de arte.

A finales de la década de 1920, las elites norteamericanas habían aceptado el fracaso de la aleccionadora política exterior para América Latina que se expresó en las denominadas «diplomacia del dólar» y «diplomacia del garrote» que atravesaron las gestiones presidenciales desde William McKinley (1897-1901) hasta

Calvin Coolidge (1923-1929). En el Departamento de Estado, bajo la presidencia de Herbert Hoover, se consolidó una visión más constructiva sobre la diplomacia hemisférica y las agencias filantrópicas norteamericanas confluyeron política e ideológicamente con sus intereses y objetivos (Rosenberg 1999, pág. 219). En 1930, en consonancia con la diplomacia para la región que comenzaba a perfilar el presidente Herbert Hoover y que luego retomaría con mayor amplitud y coherencia Franklin D. Roosevelt con la política de la «buena vecindad», el matrimonio Guggenheim creó el programa de becas para América Latina, con el objetivo de estrechar relaciones culturales entre Estados Unidos y sus vecinos al sur del Río Bravo.

La beca Guggenheim consistía en un financiamiento destinado a artistas, intelectuales, científicos y escritores de América Latina para realizar un intercambio cultural en Estados Unidos en alguna de las instituciones académicas, universitarias, científicas o culturales de ese país para estrechar vínculos y alcanzar entendimientos personales entre los beneficiarios de la beca y sus colegas locales. Los interesados en postular para este estipendio debían presentar por escrito un proyecto fundamentando el trabajo a realizar, un *curriculum vitae* y las referencias de algunas personas destacadas para brindarle a los oficiales de la fundación y a los miembros del comité de selección elementos personales, académicos e intelectuales sobre el postulante. Las *fellowships* se otorgaban en cuatro categorías: ciencias sociales, ciencias naturales, humanidades y artes creativas (Quesada y Gallardo 2024).

Desde que Argentina comenzó a participar de la convocatoria para la beca Guggenheim en 1931, fue uno de los países más beneficiados con estos estipendios. El arquitecto Ángel Guido, el físico Ramón Enrique Gaviola, el historiador José Luis Romero, el médico Bernardo Houssay y los artistas Luis Felipe Noé y Marta Minujín estaban entre los que la obtuvieron.

La solicitud de aplicación que debía presentar cada interesado constaba de tres partes: una primera de información personal, familiar y académica. Una segunda compuesta por el proyecto a realizar y la tercera conformada por las personas que referenciaban la presentación del postulante.

El proyecto de Alicia Jurado sobre William Hudson consistía en escribir una documentada biografía sobre el escritor y un estudio crítico sobre su obra, la cual en esos momentos no era intensamente estudiada debido a que la mayoría de los libros de Hudson no estaban traducidos al español. Sobre el escritor nacido en Argentina, pero radicado en Inglaterra, existían algunos ensayos. Ezequiel Martínez Estrada había escrito dos libros sobre él: *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* y *Estética y filosofía de Guillermo Enrique Hudson*. También otros ensayistas y estudiosos le habían dedicado algunas notas en los diarios *La Nación* y *La Prensa*.

Alicia Jurado argumentaba que estos estudios pintaban a un Hudson con características gauchescas, demasiado ligado a una tierra que nunca consideró su patria y sobre quien estos estudiosos habían montado una leyenda más con propósitos nacionalistas y localistas que con el objetivo de retratarlo de manera verosímil. En este sentido consideraba que la biografía de Martínez Estrada estaba: «tan llena de inexactitudes comprobables que espanta pensar en el número de invenciones puras que podrá contener» (Jurado 1971, pág. 11). Además, afirmaba que era un error por parte de este, como de los demás estudiosos, haber castellanizado el nombre de Hudson.

En el imaginario que Alicia Jurado construye sobre sí misma y que no solo se puede observar en su autobiografía sino también en el prólogo al libro de Hudson argumenta que ella poseía elementos personales y culturales que la convertían en una candidata perfecta para escribir el ensayo biográfico sobre el naturalista:

«Tuve otro motivo importante para intentar escribir sobre Hudson: la certeza de que ninguna biografía, que yo conozca, lo retrata en todas sus facetas con la necesaria comprensión. Los ingleses, que ignoran las condiciones del mundo de su infancia y juventud, no lo imaginan en ese período; los argentinos, que no están familiarizados con la mentalidad inglesa ni con los paisajes rurales de ese país, no pueden situarlo en la segunda mitad de su vida» (Jurado 1971, pág. 10).

En este breve párrafo se encuentran dos de los recursos que coloca ante los ojos del lector: en primer lugar, la pertenencia a un sector social del que Jurado forma parte y que tiene su *locus* en ese

«mundo de la infancia» de Hudson, en la estancia *Los veinticinco ombúes*, ubicada en Quilmes, a solo 290 kilómetros de la estancia *El Retiro* de los Jurado y localizadas ambas en la provincia de Buenos Aires. Aquí hace valer su linaje, no por lo que socialmente representa sino por lo que geográficamente significa. Jurado se erige como la correcta biógrafa de Hudson porque ambos, en sus respectivas infancias, habitaron territorios próximos y llanuras similares. En momentos diferentes, Hudson y Jurado hicieron de esa naturaleza que los fascinaba su patria. Por esto, dice que cuando el naturalista rememora y evoca la Argentina «añora una topografía, una flora, una fauna; no una nación» (Jurado 1971, pág. 14).

En segundo lugar, Jurado ostenta un capital cultural propio de su espacio social y familiar: la práctica pedagógica del acompañamiento educativo por parte de una institutriz de origen inglés, que la «familiariza» desde pequeña con la «mentalidad inglesa». El hecho de poseer no solo «competencias lingüísticas» sino de hablar desde niña en los dos idiomas en los que se comunicaba Hudson y en especial el inglés, en el que siempre escribió, le daba a Jurado un *plus* en su capacidad empática para comprender la intimidad y las motivaciones más profundas de su biografiado. En este sentido, Jurado intenta convencer al lector del ensayo de Hudson, como a los lectores de su autobiografía, de que su conocimiento del idioma inglés no es apropiación cultural sino familiarización y su capacidad para biografiarlo tiene una doble legitimación.

En diversos pasajes de sus memorias, recordando pormenores de su experiencia como becaria reafirma esta legitimidad:

«Había ganado la beca con el proyecto de escribir la biografía de William Henry Hudson, para lo cual creí hallarme en condiciones inmejorables porque conocía bien los dos países que habitó, la Argentina e Inglaterra, dominaba el idioma inglés en el que escribió siempre y tenía suficientes conocimientos para juzgar a la vez su obra de naturalista y sus cualidades literarias» (Jurado 1990, pág. 226).

En este párrafo, además, pone en valor un tipo de capital académico: su título de licenciada en ciencias naturales y biológicas. Jurado reflota una carrera académica inconclusa y saberes que nunca practicó profesionalmente en ninguna institución para re-

afirmar su oficio de biógrafa del reconocido naturalista y profundo conocedor de la ornitología y la zoología.

En tercer lugar, al momento de postular a la beca Alicia Jurado pone en juego un tipo de capital social y relacional al colocar como primer referente a Victoria Ocampo en el formulario.^[1]

Victoria Ocampo fue quien avaló la presentación de Alicia Jurado para la beca Guggenheim y el peso de esta referente en la postulación tenía una gran relevancia, en primer lugar, porque Victoria Ocampo era una figura de la cultura reconocida tanto local como internacionalmente. Además, Ocampo tenía una estrecha relación con la Fundación Guggenheim que databa de décadas antes cuando, en 1943, fue invitada por esta institución para pasar seis meses en Estados Unidos con el objetivo de dictar conferencias y charlas en diferentes universidades. Al evocar esto en sus memorias, Jurado olvida destacar la relevancia social que posee Victoria Ocampo y el peso que su referencia tiene en la postulación para la beca, en cambio recuerda la bondad hacia su persona:

«Debí a su insistencia para que me presentara y a los informes que dio de mí, la beca de la John Simon Guggenheim Foundation, me acogió en las páginas de *Sur*, que tenían fama de ser de difícil acceso; sin que yo le pidiese nunca nada, me recomendó a menudo para tareas diversas; cuando entré en la Academia, propuso que me nombraran a mí y, aunque llegué tarde para acompañarla, terminó consiguiendo su propósito, como solía suceder» (Jurado 1990, pág. 46).

Una vez que Jurado obtuvo la beca de la Guggenheim con un estipendio cercano a los seis mil dólares, que era un monto considerable para la década de 1960, se dirigió a Nueva York. En esta ciudad trabajó principalmente en la Public Library, pero además recorrió otras instituciones que resguardaban papeles de Hudson como la colección privada de Bradley Martin, el Smithsonian Institution de Washington, la Houghton Library de la Universidad de Harvard y la biblioteca de la Universidad de Michigan.

[1] Debido a que la John Simon Guggenheim Memorial Foundation no posee una política de acceso abierto a los archivos de los becarios no cuento con el formulario definitivo como tampoco quiénes fueron los otros dos referentes de Jurado. En ausencia de la postulación, he reconstruido la misma basándome en fragmentos y huellas que Alicia Jurado ha dejado en diversos textos.

Luego de varios meses en Estados Unidos, Alicia Jurado obtuvo el permiso de la Fundación Guggenheim para trasladarse a Inglaterra con parte del dinero de su beca. Además, para este viaje, le fue concedida una subvención del British Council para proseguir el estudio de los documentos y cartas de Hudson que se encontraban en archivos privados y públicos de Inglaterra.

Alicia Jurado anteriormente había recibido una subvención de esta institución británica para estudiar literatura inglesa en Inglaterra durante un breve período de tiempo. Pero en esta ocasión recibió una beca para proseguir sus estudios sobre Hudson y fortalecer los accesos documentales para su biografía.

El British Council fue creado en 1934 como una institución autónoma pero dentro de la órbita del Foreign Office y era la principal agencia británica de diplomacia cultural para relacionarse no con los Estados sino con los pueblos, por intermedio de la cultura y la lengua inglesa. Esta fue una estrategia de «diplomacia pública» tendiente a mostrar hacia sus aliados un rostro de Gran Bretaña menos imperialista. En esta coyuntura, los principales rivales de Inglaterra en la arena internacional no solo eran potencias que se mantenían dentro de los esquemas políticos del liberalismo como Francia o Bélgica, sino los emergentes fascismos de Italia y Alemania que comenzaban a competir con la gran potencia imperial (Taylor 1978).

En Inglaterra Alicia Jurado trabajó principalmente en el British Museum de Londres y en la biblioteca de la Royal Society for the Protection of Birds en Sandy, Bedfordshire. Ambas instituciones conservaban manuscritos originales de Hudson. Pero lo más importante de este viaje y que puede observarse en la calidad del ensayo que resultó de esta investigación, es que Jurado visitó gran parte de los pueblos de la campiña británica en los que el naturalista vivió y residió. Además, entrevistó personalmente a parientes directos del escritor que le narraron momentos y anécdotas con Hudson.

Vida y obra de W. H. Hudson fue publicado en 1971. Nuevamente el mecenazgo de Victoria Ocampo contribuyó a que el Fondo Nacional de las Artes lo publicara en una colección de ensayos que inauguraría este libro. Esta biografía obtuvo el Primer Premio Municipal de Literatura de la Ciudad de Buenos Aires en el rubro

ensayo. En cambio, en el Premio Nacional de Literatura no le fue del todo bien: en 1971 el primer premio fue declarado desierto y el ensayo sobre Hudson obtuvo el segundo galardón. Alicia Jurado considera en sus memorias que su biografía brindó una imagen completamente diferente del «mito gauchesco» que rodeaba a la figura de Hudson y que muchos escritores como Martínez Estrada, Luis Franco y Luis Horacio Velázquez, entre otros, habían reproducido y amplificado en Argentina. Jurado además consideraba que ese prejuicio localista fue lo que insidió sobre el comité para no otorgarle el primer premio de literatura sino el segundo lugar:

«Este afán nacionalista y gauchesco debe habersele contagiado al jurado del premio nacional, pues me otorgó el segundo declarando desierto el primero; es decir, afirmando tácitamente que el libro era el mejor de los presentados pero no tenía mérito suficiente para un primer premio» (Jurado 1990, págs. 244-245).

La poca cantidad de ejemplares que se imprimieron del libro debido a problemas presupuestarios del Fondo Nacional de las Artes contribuyó a que tuviera una restringida circulación y pasaron varios años hasta que fue reeditado por Emecé editores, en 1989. A pesar de ser un documentado trabajo biográfico sobre William Hudson y de contener una de las más exhaustivas lecturas críticas de su obra, no fue traducido al inglés hasta el momento.

El aventurero y su biografía

En la década de 1960, mientras Alicia Jurado realizaba la investigación para la biografía de William Hudson, apareció entre las amistades de este escritor la figura de Robert Bontine Cunningham Graham (1852-1936), un personaje multifacético, escritor, político y aventurero procedente de la nobleza de Escocia que despertó la atención de Jurado al observar la relación que había unido a Cunningham Graham con Argentina y que fue uno de los motivos que lo acercó a Hudson.

En la década de 1970 cuando Jurado comenzó a interesarse en el escritor escocés no existían traducciones de ninguno de sus libros, a pesar de que las temáticas de algunos versaban sobre asuntos y acontecimientos de regiones y países de América Latina.

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, Cunninghame Graham escribió sobre los conquistadores españoles Bernal Díaz del Castillo y Hernando de Soto, la conquista de Nueva Granada, la rebelión en Canudos de Antônio Vicente Mendes Maciel (Antônio Conselheiro), sobre los caballos de los conquistadores y sobre el caudillo paraguayo Francisco Solano López, como también una gran cantidad de relatos y cuentos de caballos, gauchos y sobre una gran cantidad de personajes característicos del Río de la Plata. Sin embargo, no había sido traducido al español.

En Argentina, *La Nación* fue el único medio gráfico que le había dado un lugar a Cunninghame Graham entre sus páginas, al publicar, el 26 de junio de 1921, un texto titulado *Añoranzas*, sobre sus recuerdos de la temporada en la que vivió en Argentina. Más de una década después de este artículo, el médico Fernando Pozzo escribió una semblanza del personaje y sus aventuras (Pozzo 1935). Luego de la muerte del escritor escocés, que ocasionalmente se produjo en Argentina cuando viajó para visitar la estancia de la familia Hudson en Quilmes, Pozzo evocó esta visita en un artículo para el mismo diario (Pozzo 1936).

En el transcurso de la investigación sobre Hudson el personaje de Cunninghame Graham había llamado la atención de Jurado, y en esa instancia había recolectado algunas cartas y manuscritos del escocés. La investigación comenzó a tomar forma cuando Jurado aplicó en 1975 para la beca de la Comisión Fulbright de Argentina, la cual obtuvo, y realizó el viaje a Estados Unidos en 1976, pocos días después del golpe de Estado. Jurado evocó de esta forma esa beca:

«Me había presentado también a una de las becas de la Fulbright Foundation, con un plan de investigación para escribir la biografía de un amigo de Hudson, que me resultó un personaje muy atrayente cuando me familiaricé con él: don Roberto Cunninghame Graham, un noble escocés aventurero y algo excéntrico, interesante escritor, gran viajero y apasionado amante de la Argentina, donde vivió en su juventud» (Jurado 1992, pág. 61).

El programa Fulbright fue creado por el senador estadounidense J. William Fulbright en 1946, en los inicios de la Guerra Fría, como un instrumento de diplomacia pública de Estados Unidos. Este legislador, influenciado por el internacionalismo liberal, consideraba

que se establecían relaciones internacionales más duraderas entre los estados, si en confluencia con las dispuestas por las cancillerías, se alentaban e instituían relaciones de tipo personal entre las elites políticas, culturales y académicas. Desde sus inicios el programa fue gestionado en el ámbito del Departamento de Estado. Hasta ese momento, los intercambios académicos no habían sido considerados como una política coherente y sistemática por el gobierno federal de Estados Unidos para entablar relaciones culturales y académicas con los países bajo la órbita del capitalismo liberal. En su lugar, fundaciones filantrópicas como la Fundación Rockefeller, la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, entre otras, fueron las instituciones que suplantaron a los esfuerzos gubernamentales. En 1940, en la Oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos (OCIAA) bajo la dirección de Nelson Rockefeller habían comenzado algunos programas de becas para viajes de académicos, intelectuales y artistas entre América Latina y el país del norte. Sin embargo, fueron interrumpidos por la guerra.

A finales de la Segunda Guerra Mundial, la emergencia de Estados Unidos como una super potencia, condujo a las elites de ese país a perfilar un programa acorde a la magnitud y a la proyección de poder con el que había emergido luego de la contienda. Según Randall Woods el programa Fulbright generó el mayor flujo de intercambios académicos en la historia moderna (Woods 1987, pág. 22). Y en el contexto de la guerra fría tuvo un papel destacado en la contienda con la Unión Soviética porque estructuró redes y generó dinámicas de circulación de ideas anticomunistas en todos los continentes en los que se desarrolló.

En Argentina el convenio bilateral para establecer la comisión Fulbright se firmó una década después de su creación, en 1956, debido a que las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y el país bajo el gobierno del general Juan Domingo Perón no habían logrado acuerdos duraderos en asuntos de política exterior, lo que condujo a que el programa se estableciera bajo la dictadura que derrocó al primer peronismo.

En 1976 Alicia Jurado pasó seis meses en Estados Unidos con la beca Fulbright y pudo realizar gran parte de la investigación sobre Cunninghame Graham en el Humanities Research Center, la Latin American Collection, de la Universidad de Austin en Texas, en la

Baker Library del Dartmouth College, en la Houghton Library de la Universidad de Harvard, en Rare Books Collection de Ann Arbor y en la Biblioteca del Congreso en Washington.

Luego de un breve regreso a Argentina, Jurado volvió a recibir un nuevo estipendio del British Council, esta vez como *distinguished visitor* para realizar un trabajo similar al que había hecho para la biografía de Hudson: un largo viaje por Escocia para recolectar fuentes y documentos de Cunninghame Graham, recorrer paisajes, edificios y lugares en donde habitó el escocés y tomar contacto con algunos de sus parientes con vida. En el prólogo de *El escocés errante* Alicia Jurado rememora las personas que colaboraron con ella en la investigación:

«Agradezco a mi amigo el doctor Neil R. Mackay, su valiosa ayuda y constante preocupación por mi trabajo en Escocia; al almirante Sir Angus Cunninghame Graham y a Lady Cunninghame Graham, sobrinos de don Roberto, su gentileza al permitirme visitar la casa de Ardoch; a la hija de estos, Lady Polwarth, que me hospedó en su casa de campo mientras estudié los papeles de la familia y en la Argentina, a don Emilio Solanet, que me facilitó cartas y fotografías de su archivo» (Jurado 2001, pág. 13).

El libro *El escocés errante. Vida de R.B. Cunninghame Graham* fue publicado en 1978 por Emecé editores. A diferencia del libro de Hudson, el ensayo sobre el escritor escocés es una biografía con información fragmentada, que se detiene en aspectos que no resultan del todo atrayentes o interesantes para el lector y que en algunos capítulos parece atender a circunstancias vitales de las que Alicia Jurado cuenta con información pero que no logran dar una imagen verosímil del biografiado. La vida de Cunninghame Graham transitó por peligrosas travesías y múltiples aventuras, por momentos de infortunio y cómicas desventuras. Sin embargo, el estilo narrativo del libro no refleja con un ritmo acorde estos momentos épicos o tragicómicos. Además, se toma demasiadas licencias en la biografía, al introducir en muchos fragmentos del texto juicios de valor sobre aspectos políticos, personales y éticos. Ejemplo de esto es cuando en el capítulo VI narra el episodio de la muerte de la esposa de Cunninghame Graham, Gabrielle de la Balmondière, como consecuencia del tabaquismo y Jurado introduce en el párrafo: «Hay algo que me repugna en la imagen de esta

mujer, entregada a una avidez patológica, que había transformado en hábito meramente sucio y dañino en una obsesión fatal» (Jurado 2001, pág. 118). Como también en la valoración que hace de la actuación política del escocés, que se definía como nacionalista y progresista de izquierda: «La política acabó desilusionando a Cunninghame Graham, como era previsible que ocurriera en un hombre íntegro, idealista y dinámico» (Jurado 2001, pág. 107).

En 1983 *El escocés errante. Vida de R.B. Cunninghame Graham* recibió el Premio Nacional de Literatura en la categoría ensayo. Desde hacía varios años no se otorgaba ninguno de los premios nacionales de literatura en ningún género y ese año la Secretaría de Cultura de la Nación hizo una reunión general para otorgar todos los que estaban pendientes. En 2001 el libro fue reeditado por Emecé con algunos retoques del prólogo realizados por Alicia Jurado.

La hechicera contra el Estado

Los años posteriores a la publicación de *El escocés errante. Vida de R.B. Cunninghame Graham* resultaron muy prominentes para Alicia Jurado. Hacia finales de la década de 1970 se erigió en una escritora relativamente consagrada pero dentro de un círculo de intelectuales que veían declinar progresivamente su influencia en la sociedad argentina y cuya principal manifestación se expresaba en el declive cultural de la revista *Sur* (King 1989, pág. 207).

La limitada consagración no provenía de la cantidad de lectores de sus libros de ficción, sino que venía acompañada de un conjunto de posiciones y cargos en instituciones de la cultura que acaparó desde la década de 1960 y se acrecentó en las siguientes. Poco antes de recibir la beca de la Comisión Fulbright, Alicia Jurado había sido nombrada presidenta del Centro Argentino del P.E.N. Club Internacional y también en esta época había sido designada presidenta de la Asociación Argentina de Cultura Inglesa por recomendación de Neil Macklay, quien fuera el representante en Argentina del British Council. Esta amistad con Macklay explica en parte los tres financiamientos extraordinarios que recibió de esta agencia: el primero para realizar un curso de literatura inglesa en 1961 en la Universidad de Londres, el segundo para complementar

la investigación que estaba realizando sobre William Hudson y el tercero para hacer el mismo trabajo sobre Cunninghame Graham.

Una de sus más prominentes posiciones dentro del campo intelectual provino por recomendación de Victoria Ocampo. En 1980 Alicia Jurado fue nombrada miembro de número de la Académica Argentina de Letras, acto que se concretó en la sesión solemne y pública del 28 de mayo de 1981, realizada en el Salón Renacimiento del Palacio Errázuriz y en la que Jorge Luis Borges ofreció el discurso de bienvenida. Jurado ocupó desde entonces el «sillón Juan Bautista Alberdi» que era el lugar vacante que había dejado la fundadora de *Sur*.

En 1981 Jurado fue designada miembro del directorio del Fondo Nacional de las Artes, en el marco de la Subsecretaría de Cultura de la Nación. Esta institución se creó en 1958 como una entidad de financiamiento para fomentar la creación artística y tenía como objetivo principal otorgar becas, créditos blandos y subsidios para proyectos con propósitos culturales. El subsecretario de Cultura en esos momentos era el escritor y periodista Julio César Gancedo, amigo personal, como reconoce ella en sus memorias. El directorio del Fondo Nacional de las Artes en esos momentos estaba conformado por Ary Brizzi, Delia Garcés, Jorge Petit de Murat, Jaime Potenze y Julián Cáceres Freyre.

A comienzos de 1981 había asumido la presidencia de la dictadura el general Roberto Viola, quien designó al frente de la cartera de Cultura y Educación al ingeniero Carlos Burundarena. El nuevo ministro confirmó en la secretaría a Julio César Gancedo, quien se encontraba al frente de la misma desde 1979 (Rodríguez 2015, pág. 318).

Existe suficiente evidencia que muestra las correspondencias políticas que existían entre Alicia Jurado y el gobierno dictatorial, del que aceptó formar parte de un cargo directivo en una institución cultural. Uno de los rasgos ideológicos que sobresale en las memorias de Alicia Jurado es su vehemente y en muchos casos iracundo antiperonismo, que lo expresa en diversos pasajes de sus recuerdos y que en algunos casos llega a la exageración, en especial en los párrafos sobre su breve encarcelamiento por razones políticas durante la dictadura del general Edelmiro Farrell, que relata en el capítulo XIV, «La cárcel», y que amplifica en el XVI, «La

dictadura peronista», ambos en *Descubrimiento del mundo*. Mónica Flori señala que incluso en su narrativa de ficción el antiperonismo aparece como un tema característico (Flori 1995, pág. 29).

Pero además de su antiperonismo, Jurado compartía con la dictadura el imaginario del liberalismo doctrinario decimonónico que poseía una fuerte carga de autoritarismo gubernamental y antidemocrático y en términos sociales pregonaba la existencia de un orden cuyo predominio debía ser ejercido por una elite distinguida, culta, cosmopolita y criolla.

Aunque existían analogías de ideas entre Jurado y los militares que gobernaron Argentina entre 1976 y 1983, su paso por el ejercicio de la función pública no resultó una buena experiencia para ella. En sus memorias evoca los problemas que tenía la institución en la que se desempeñaba, el exceso de burocracia que demandaba cada trámite y gestión y la escasez de presupuesto que poseía.

En una intelectual de las características socio-culturales de Alicia Jurado es probable que, como parte de un sector social cuyos integrantes como afirma Guillermo O'Donnell «suelen emprender elaboradas estrategias para eludir los lados del Estado que los fastidian» (O'Donnell 2008, pág. 9), nunca haya tomado contacto prolongado con organismos del sector público y, debido a esto, no poseía experiencia sobre la ineficacia de las burocracias estatales o la parsimoniosa duración de los expedientes gubernamentales. El asombro ante la dinámica de esta maquinaria monstruosa lo expresa así:

«Cuando recibíamos el dinero anual, nos estaba vedado colocarlo a interés, de modo que al poco tiempo la inflación lo había evaporado. Si por milagro sobraba algo a fin de año, teníamos que inventar algún premio para poder ayudar a artistas necesitados, porque en caso contrario había que devolverlo al cerrar el ejercicio e iba a parar a las fauces de ese dragón insaciable, el Tesoro General de la Nación» (Jurado 1992, pág. 122).

Su paso por la función pública no duró más que unos pocos años. Con el regreso de la democracia en 1983 y el proceso de transición que el gobierno radical de Raúl Alfonsín puso en marcha en la mayoría de las instituciones nacionales, el Fondo Nacional de las Artes no corrió una suerte diferente. Al frente del mismo el nuevo presidente nombró a Carlos Gorostiza, de insospechables simpatías

políticas con el nuevo gobierno. Según relata Alicia Jurado en *Las despedidas*, apenas nombrado en el cargo, Gorostiza les comunicó a los miembros del directorio del Fondo que debían presentar su renuncia para ser reemplazados. Jurado junto a sus colegas la presentaron ante la Subsecretaría de Cultura, la cual fue aceptada. Solo el antropólogo Julián Cáceres Freyre no lo hizo y de todas formas fue exonerado.

«Esta fue mi única experiencia en la función pública y espero no tener otra, porque no solo coartó mi libertad obligándome, si estaba en la estancia, a viajar con frecuencia a Buenos Aires para no faltar a las reuniones, sino que me fatigó la impotencia ante una máquina estatal montada para dificultar, retardar y enloquecer a personas con mentalidad ejecutiva» (Jurado 1992, pág. 123).

Consideraciones finales

A partir de la lectura y el análisis de las memorias de Alicia Jurado, especialmente en relación con su etapa como becaria de prestigiosas instituciones y sus ensayos biográficos resultantes, se pueden extraer diversas conclusiones. En primer lugar, la importancia de los recuerdos de Alicia Jurado, registro que resulta crucial para comprender los momentos vitales y las experiencias formativas en su trayectoria. En este sentido, Jurado fue una escritora prolífica que biografió a destacadas figuras literarias como Jorge Luis Borges, William Hudson y Robert B. Cunningham Graham.

En segundo lugar, se puede destacar la significación de su obra autobiográfica. A través de sus memorias en cuatro tomos, Alicia Jurado construyó una imagen de sí misma para sus contemporáneos y estudiosos futuros, revelando un proceso de autonarración selectiva, intimista y en algunos fragmentos arbitraria. La técnica que utilizó para narrar sus experiencias vitales las utilizó en la escritura de los ensayos biográficos que precedieron a sus memorias.

Como tercer punto es necesario destacar sus experiencias como becaria de instituciones como la Guggenheim Foundation y la Comisión Fulbright. En los fragmentos de sus memorias que hacen referencia a estos aspectos, Jurado rememoró detalladamente de qué formas estas oportunidades contribuyeron a fortalecer su desarrollo intelectual y a posicionarla en el campo de la cultura.

La importancia otorgada por Jurado a sus vivencias como becaria destaca la significatividad de estos recursos extraordinarios en su vida y carrera, así como la relevancia de las estrategias desplegadas para obtenerlos.

El relato que brinda sobre el proceso de selección de estos financiamientos extraordinarios contribuye a elucidar cómo Jurado percibía sus capitales y recursos y de qué manera los plasmaba en su proyecto para obtener estos estipendios.

En resumen, el análisis de las memorias de Alicia Jurado no solo permite adentrarse en su vida y obra, sino que también brinda una mirada reveladora sobre la importancia de las becas, la auto percepción y las estrategias desplegadas por una destacada figura del ámbito cultural para alcanzar logros significativos en su itinerario intelectual. Estas reflexiones enriquecen nuestra comprensión de las tramas y los recursos que se ponen en juego en el campo intelectual, los que están relacionados por diversos motivos con la búsqueda de oportunidades en el ámbito académico y artístico.

Referencias

DOSSE, FRANÇOIS

- 2012 *El giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y la atención a las singularidades*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Finis Terrae, referencia citada en página 173.

DURÁN LÓPEZ, FERNANDO

- 2002 «La autobiografía como fuente histórica: problemas teóricos y metodológicos», en *Memoria y Civilización*, n.º 5, págs. 153-187, referencia citada en página 174.

FLORI, MÓNICA

- 1995 *Streams of Silver: Six Contemporary Women Writers from Argentina*, Lewisburg: Buckwell University Press, referencia citada en página 192.

HORA, ROY

- 2015 *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 177.

JABLONKA, IVAN

- 2016 *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 173.

JURADO, ALICIA

- 1971 *Vida y obra de W. H. Hudson*, Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, referencia citada en páginas 182, 183.
- 1989 *Descubrimiento del mundo*, en *Memorias (1922-1952)*, Buenos Aires: Emecé, vol. 1, referencia citada en páginas 174, 175, 177.
- 1990 *El mundo de la palabra*, en *Memorias (1952-1972)*, Buenos Aires: Emecé, vol. 2, referencia citada en páginas 174, 178, 179, 183, 184, 186.
- 1992 *Las despedidas*, en *Memorias (1972-1992)*, Buenos Aires: Emecé, vol. 3, referencia citada en páginas 174, 187, 192, 193.
- 1996 *Genio y figura de Jorge Luis Borges*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 180.
- 2001 *El escocés errante. Vida de R.B. Cunninghame Graham*, Buenos Aires: Emecé, referencia citada en páginas 189, 190.
- 2003 *Epílogo*, en *Memorias (1992-2002)*, Buenos Aires: El Elefante Blanco, referencia citada en página 175.

KING, JOHN

- 1989 *Sur: Estudio de la Revista Literaria Argentina y de Su Papel en el Desarrollo de una Cultura, 1931-1970*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 190.

LAHIRE, BERNARD

- 2004 «Sociología y autobiografía», en *Revista de Antropología Social*, n.º 13, págs. 37-47, referencia citada en página 173.

O'DONNELL, GUILLERMO

- 2008 «Algunas reflexiones acerca de la democracia, el Estado y sus múltiples caras», en *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, n.º 42, págs. 5-30, referencia citada en página 192.

POZZO, FERNANDO

- 1935 «Un quijote escocés. Don Roberto B. Cunninghame Graham», en *La Nación* (22 de septiembre de 1935), referencia citada en página 187.
- 1936 «Cunninghame Graham en Los Veinticinco Ombúes», en *La Nación* (15 de marzo de 1936), referencia citada en página 187.

QUESADA, FERNANDO y OSVALDO GALLARDO

- 2024 «Apuntes para una historia de las becas de la Fundación Guggenheim para América Latina», en *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, vol. 42, págs. 1-10, referencia citada en página 181.

RODRÍGUEZ, LAURA GRACIELA

- 2015 «Cultura y dictadura en Argentina (1976-1983): estado, funcionarios y políticas», en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 42, n.º 2, págs. 299-325, referencia citada en página 191.

ROSENBERG, EMILY

- 1999 *Financial Missionaries to the World. The Politics and Culture of Dollar Diplomacy, 1900-1930*, Cambridge: Harvard University Press, referencia citada en página 181.

TAYLOR, PHILIP

- 1978 «Cultural diplomacy and the British Council: 1934-1939», en *British Journal of International Studies*, vol. 4, n.º 3, págs. 244-265, referencia citada en página 185.

WOODS, RANDALL BENNETT

- 1987 «Fulbright Internacionalism», en *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 491, n.º 1, págs. 22-35, referencia citada en página 188.

CAPÍTULO 6

La historia del Museo Estévez de Rosario en primera persona (1968-2007). «Textos escritos en los años de gestión», de Pedro A. Sinopoli

ANA LAURA BRIZZI

El 8 de julio de 1968, tras un breve pero intenso proceso de organización abrió sus puertas el Museo Municipal de Arte Decorativo «Firma y Odilo Estévez», en el corazón de la ciudad de Rosario, Argentina. La puesta en marcha de esta nueva institución –en lo que originalmente había constituido la vivienda familiar del matrimonio conformado por Firma Mayor y Odilo Estévez– estuvo a cargo de Pedro Alberto Sinopoli (1940), artista plástico y gestor cultural que fue su director durante más de tres décadas, aunque interrumpidas por un lapso intermedio durante la última dictadura militar.

Una de las vías posibles para reconstruir la historia de este museo rosarino es hacerlo a partir de la mirada de su organizador y director. Para ello, se cuenta con una fuente valiosa, una memoria institucional, que a la vez aporta elementos autobiográficos. Fue escrita entre fines de 2006 y comienzos del año siguiente, aunque también recupera textos anteriores de su autor.^[1]

A través de esas páginas, el director del Museo Estévez relata los orígenes, organización y pormenores de la vida del museo constituido en 1968, a partir de la donación del inmueble, mobiliario

[1] Archivo Museo Municipal de Arte Decorativo «Firma y Odilo Estévez» (en adelante AMMADFOE), Pedro Alberto Sinopoli, *Una memoria sobre la musealización del patrimonio Estévez. Textos escritos en los años de gestión 1968-1976 y 1984-2006*, inédita, 2007.

y objetos de arte de la vivienda familiar, por parte de Firma Mayor a la Municipalidad de Rosario.

En su memoria, Sinopoli reconstruye los pasos que le permitieron transformar esta propiedad en uno de los pocos museos de Arte Decorativo que existen en el país, da a conocer sus ideas sobre cómo concebir el espacio museo y relata las actividades que promovió y alternativas por las que atravesó la institución durante su prolongada gestión.

Cabe destacar que en el documento es Pedro A. Sinopoli quien utiliza el vocablo «gestión» en el título. Este concepto se encuentra a tono con la denominación que a nivel internacional se había comenzado a emplear para referirse a los encargados de organizar y conducir museos y otras instituciones del ámbito de la cultura, en paralelo con la resignificación de sus funciones. Poco a poco, los museos dejaron de ser lugares estáticos, silenciosos y reservados para un público en particular y comenzaron a dar lugar a una dinámica, con una amplia gama de propuestas, cuyo objetivo era atraer a mayor cantidad y variedad de visitantes (Panozzo Zenere 2018), a quienes se les fue otorgando un lugar cada vez más importante y participativo.^[2]

En esta dirección, en 1995, la museóloga Isabel Bravo Juega afirmó que el término gestión, que se venía aplicando a diversos ámbitos, se había extendido a los museos. Esto se debía a que la sociedad estaba exigiendo a los museos «una respuesta a todas sus demandas de información, educación, diversión». Esta situación trajo consigo un incremento y su consecuente determinación de funciones, las cuales requirieron una especialización de profesionales. De esta manera el museo se ha convertido en una institución «cuya complejidad de organización y administración puede ser comparable, en algunos casos, a empresas» (Bravo Juega 1995, págs. 177-179).

Para el caso de Argentina, Bayardo (2005) establece que fue hacia fines de la década de 1990 cuando comenzó la expansión

[2] A partir de la segunda mitad del siglo XX comenzó a construirse un nuevo tipo de museo. De esta manera, el antiguo «templo de arte» devino en una empresa de servicios, que buscó atender al público mediante una oferta atractiva, y en la cual cada vez resultaron más importantes los llamados servicios complementarios, como por ejemplo cursos, conferencias, seminarios, publicaciones, cafetería, restaurante y tienda de recuerdos. Al respecto léase, entre otros, Jiménez-Clavería Iglesias (2007).

de la gestión cultural, la cual se correspondía con una especie de explosión y moda de la cultura. Esta situación trajo aparejada la profesionalización de la gestión cultural con formaciones académicas, posgrados y maestrías específicos que se sumaron a los cursos y seminarios que se dictaban esporádicamente: «El gestor cultural es un mediador que opera desde una perspectiva generalista entre los diversos actores, cuerpos disciplinares y especialidades puestas en juego en las distintas fases de los procesos culturales» (Bayardo 2005, págs. 4-5).

En el caso particular de Pedro A. Sinopoli, en una entrevista realizada en el año 2021 identificó su labor con el concepto de «gestión»,^[3] manteniendo el uso de un término que ya había empleado varios años antes al redactar la memoria. Al respecto afirmó que, con la perspectiva que da el tiempo, se siente reconocido con el concepto de Luc Benoist (1971) que exige en *Musées et Muséologie* que un director de museo sea:

«Un erudito irrefutable en nombres y en fechas, un especialista en la historia del arte y de las civilizaciones, un experto que sepa evaluar la autenticidad de los objetos que le son propuestos, un financiero al corriente del valor de la obra de cada artista, un administrador que lleva el presupuesto de una gran casa, un técnico que conoce los más recientes adelantos para la conservación de las piezas que le han sido confiadas, un decorador que los presenta en la forma más armoniosa, original y sugestiva, un profesor capaz de enseñar a los visitantes, un diplomático que cultiva buenas relaciones para obtener donaciones y legados, un escritor, finalmente, si le queda tiempo y talento, para escribir libros y artículos».^[4]

Muchas de estas características pueden observarse en los registros de la memoria que constituye el objeto de estudio de este trabajo. Destacamos particularmente la última, el «escribir», ya que es esta actividad la que hace de Sinopoli un autor, en el sentido que le adjudica la presente investigación.

[3] Entrevista realizada por la autora a Pedro A. Sinopoli, 16 de mayo de 2021.

[4] Entrevista realizada por la autora a Pedro A. Sinopoli, el 16 de mayo de 2021. Durante la entrevista el ex director del Museo Estévez parafraseó a Luc Benoist, ya que, según explicó, siente que sus palabras identifican su labor.

«Una memoria sobre la musealización del patrimonio Estévez»

El Museo de Arte Decorativo «Firma y Odilo Estévez» está emplazado en el centro de la ciudad de Rosario, en una antigua casa^[5] localizada en la llamada «Lonja de Montenegro»,^[6] y fue organizado sobre la base de la vivienda familiar del matrimonio compuesto por Firma Mayor (1874-1964) y Odilo Estévez (1870-1944). Esta familia consolidó su fortuna durante las primeras décadas del siglo XX mediante el comercio de yerba mate. Sus negocios posibilitaron que se dedicaran a coleccionar objetos de lo más variados en cuanto a formas, materialidades y procedencias (García 2013); por ejemplo, pinturas de reconocidos artistas,^[7] muebles españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII, réplicas de mobiliario francés, marfiles europeos y orientales, vidrios antiguos, cristales de roca, porcelanas, jades, cerámicas, abanicos, alfombras españolas y orientales y un conjunto muy importante de platería hispanoamericana.^[8]

Por esos mismos años, el coleccionismo privado había puesto en marcha tanto a nivel nacional, como a nivel local en la ciudad de Rosario, un programa cuyo fin era insertarse en la vida pública a través de la creación y el sostén de museos y del traspaso de sus colecciones a dichos ámbitos. De esta manera, desde el siglo XIX, importantes colecciones privadas constituyeron la base sobre la cual se crearon los primeros museos de arte del país (Baldasarre 2006; Montini 2010).

En ese contexto, el matrimonio Estévez, a comienzos de la década de 1920, adquirió la casa que había pertenecido a una tradicional familia rosarina, los Ibarlucea, y luego se dedicó a incrementar su colección de objetos (Dell'Aquila 2008; García 2019). A diferencia de sus pares, que en general se dedicaban a coleccionar piezas de una misma tipología –entre los más representativos podemos mencionar a Juan Bautista Castagnino (1884-1925), colec-

[5] En el año 2010 fue declarada Monumento Histórico Nacional.

[6] Se conoce con ese nombre al primer trazado urbano de Rosario. Santiago Montenegro fue uno de los primeros pobladores de lo que hoy es la ciudad de Rosario. En esa zona también se encontraba la primitiva capilla –sobre la que se erige la actual Iglesia Catedral–, edificada por él, aproximadamente en 1748.

[7] Entre otras, de Francisco de Goya, Bartolomé Murillo, José de Ribera, Alonso Sanchez Coello, Adriaen Van Utrecht, Alessandro Magnasco, Il Sassoferatto, Lucas Jordán y Francois Gerard.

[8] *La Capital*, 4 de agosto de 1968.

cionista de pinturas,^[9] y a Julio Marc (1884-1965), coleccionista de numismática-,^[10] los Estévez se hicieron de objetos sumamente heterogéneos entre sí y no llevaron a cabo un sistema de registro y documentación de las piezas.^[11]

Esta colección constituyó un signo de diferenciación social para la familia Estévez Mayor y posibilitó la inserción del matrimonio como patrocinantes en reconocidas instituciones artísticas de la ciudad, entre las que se destacaban: la Asociación Cultural El Círculo,^[12] la Comisión Municipal de Bellas Artes,^[13] el Museo Municipal de Bellas Artes y la Asociación Amigos del Museo Histórico de la ciudad de Rosario^[14] (Dell'Aquila 2008).

En 1964 falleció Firma Mayor, y por legado testamentario tuvo lugar la donación de la propiedad con gran parte de sus colecciones a la Municipalidad de Rosario, con destino a museo. De esta manera, Firma entregó la custodia de su patrimonio y en compensación solicitó expresamente en su testamento, que el museo recibiese el nombre de Odilo Estévez Yáñez y Firma Mayor de Estévez.^[15]

Para concretar esa transformación de casa a museo, se contrató a Pedro Alberto Sinopoli (1940), por entonces un joven artista plástico local, que recientemente había complementado sus estudios en Europa, gracias a una beca otorgada en 1967 por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.^[16] Sin embargo, asegura Sinopoli que

-
- [9] Considerado un «coleccionista profesional», antes de fallecer, Castagnino instó a sus hermanos y a su madre a que contribuyeran con dinero para la construcción del edificio del Museo Municipal de Bellas Artes y que trasladasen allí su colección. Finalmente, la familia donó el edificio y en 1937 se inauguró el Museo Municipal de Bellas Artes, con el nombre «Juan B. Castagnino» (Cebollada 2022; Montini 2016).
- [10] Su colección privada dio origen al Museo Histórico Provincial «Dr. Julio Marc», fundado en 1936 (Montini y Siracusano 2011).
- [11] Archivo Pedro Alberto Sinopoli (en adelante APAS), caja n.º 4, carpeta n.º 2, Museo Municipal de Arte Decorativo Firma y Odilo Estévez, hojas sueltas, *La colección*.
- [12] Creada en 1912 para promover actividades que enriquecieran la cultura de la ciudad como conciertos, conferencias y exposiciones de arte.
- [13] Creada en 1917, como un desprendimiento de la Asociación Cultural El Círculo. Entre sus labores más importantes creó el antiguo Museo Municipal de Bellas Artes en 1920, cuya colección fue heredada por el Museo Castagnino a su apertura.
- [14] Asociación privada, creada en 1950 por Julio Marc para la búsqueda de fondos y un andamiaje legal para proteger el acervo del museo.
- [15] AMMADFOE, *Testamento de Firma Mayor de Estévez*, Rosario, 1964.
- [16] En Barcelona, concurrió al taller del pintor Joan Vila Grau y luego al Primer Seminario de Diseño Industrial, organizado por la Vicesecretaría Nacional de Ordenación Económica. En Italia asistió al Curso Especial de Historia y Crítica del Arte, or-

su formación fue inicialmente doméstica. Sus padres fueron sus primeros maestros, especialmente su madre, María Elena Lamant, a quien recuerda como una talentosa pintora formada en el taller de Fernando Gasparry (Sinopoli 2023, pág. 6). Su padre, Pedro Sinopoli, era arquitecto y por ese entonces se desempeñaba como director del Museo Municipal de Bellas Artes «Juan B. Castagnino».

El Museo de Arte Decorativo de Rosario resguarda un importante archivo, aunque su historia también se puede reconstruir, en buena medida, a través del archivo personal de Pedro A. Sinopoli. En conjunto, este acervo privado reúne abundante documentación correspondiente a su extendida gestión al frente del museo, entre la que es posible identificar escritos autobiográficos de distinto tipo y formato, como cartas, diarios de registros y agendas personales. Entre ellos, figura *Una memoria sobre la musealización del patrimonio Estévez. Textos escritos en los años de gestión 1968-1976 y 1984-2006*. El recorte temporal de este texto responde a los dos períodos en los que Sinopoli estuvo a cargo del museo.

El primer período comenzó con el ingreso, en junio de 1968, de Pedro A. Sinopoli a la recientemente legada vivienda familiar del matrimonio Estévez, y se extendió hasta abril de 1976, un año antes de que presentara formalmente su renuncia.^[17] Poco después del golpe de Estado militar que tuvo lugar en Argentina en marzo de 1976, bajo la intendencia del capitán de Navío Augusto Félix Cristiani y con la llegada del capitán de corbeta Enrique Mac Loughlin a la Secretaría de Gobierno de la Municipalidad, se produjo una inflexión que tensó irreparablemente la relación entre esta reparti-

ganizado por el Centro de Estudios del Concejo Nacional de Investigación para la Museología de la Università Internazionale Dell'Arte en Florencia. Con el correr de los años y en forma paralela a su cargo de director del museo, Sinopoli alcanzó cierta relevancia en el campo artístico. Expuso sus obras a nivel nacional e internacional. Fue miembro del Jurado en el Salón Anual de Santa Fe en varias ocasiones, concurrió a bienales de arte internacionales y obtuvo diferentes premios y distinciones. Además, se desempeñó como docente de Historia del Arte en la Facultad Católica de Humanidades de Rosario (entre 1970 y 1973), y en la Escuela de Artes Visuales de Pergamino (entre 1978 y 1982). También dictó cursos en el Centro Cultural Bernardino Rivadavia, desde 1979 a 1982 y en el Instituto Superior de Comunicación Visual de Rosario, entre 1993 y 2005. En relación con el campo museológico, participó del Colegio de Museólogos y de la organización de la Escuela Superior de Museología de Rosario, en la cual ejerció como profesor durante los primeros años (Brizzi 2023).

[17] *La Capital*, 14 de abril de 1977.

ción y el responsable del Museo Estévez, quien optó por dejar el cargo. Años después, y con motivo de la jubilación de la persona que ocupó el cargo de director durante la dictadura militar, se llamó a concurso por antecedentes y oposición, del cual Sinopoli resultó ganador. De esta forma, en febrero de 1984, y a poco del regreso de la democracia al país, comenzó el segundo período de gestión, el cual se extendió hasta fines de 2006, cuando tras concretar sus trámites jubilatorios, Sinopoli se alejó definitivamente del museo. Fue en esta ocasión, que confeccionó la memoria, con el propósito de dar cuenta de lo actuado, de poner en valor su desempeño al frente del museo y también de hacer su descargo acerca de algunas cuestiones. En una entrevista reciente, Sinopoli aseguró que la realizó cuando «me estaba yendo del Estévez», y que quiso reunir «todo lo que había hecho» en sus años de gestión, para que se supiera «lo que hice, cómo lo hice y con qué criterio».^[18]

Si bien las destinatarias de *Una memoria* eran las autoridades de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Rosario, repartición a la que entregó dos ejemplares, se conserva una copia en el fondo documental del Museo Estévez y otra en su archivo personal, como se mencionó más arriba. Con más de sesenta años de edad, habiendo permanecido ligado al museo desde su juventud, hacia los primeros años del siglo XXI Sinopoli creía que había llegado el momento de explicar su visión, sus ideas y sus labores, en un contexto político preciso en el que la institución que había estado hasta ese momento a su cargo se le aparecía como una «suerte de entidad enemiga para el gobierno socialista de esos años»: «Se tenía la idea –sostendría algún tiempo después– de que el Museo de Arte Decorativo era un museo elitista, una visión muy común sobre los museos de arte en general y, en este caso en particular, probablemente ligado a la suntuosidad de sus colecciones».^[19] En esta persuasión y en el hecho personal de finalizar su gestión como director del museo hay que situar su decisión de escribir esta memoria.

Vale aclarar que, si bien varios investigadores han utilizado a esta memoria como fuente documental para sus trabajos, hasta el momento, no ha constituido un objeto de estudio en sí mismo.

[18] Entrevista realizada por la autora a Pedro Alberto Sinopoli, 9 de noviembre de 2023.

[19] Entrevista realizada por la autora a Pedro Alberto Sinopoli, 9 de noviembre de 2023.

El escrito autobiográfico de Sinopoli engarza con un conjunto de textos elaborados por otros directores de museos que facilitan la construcción de un marco de discusión.

Escritos autobiográficos y memorias de directores de museos

La escritura autobiográfica constituye un género que se sitúa entre la literatura y la historia. De todos modos, la investigación sobre este tipo de escritura no es un ámbito de estudio consolidado ni dotado de férreos puntos de referencia (Sánchez Zapatero 2010), y genera posiciones dispares.

El crítico literario De Man (1991), por ejemplo, afirma que no existe diferencia entre los textos ficcionales y los autobiográficos, mientras que los historiadores han tendido a ver en estos últimos una fuente de información y a considerar a sus autores como «testigos» del pasado (Amelang 2006).

Una primera característica a señalar es que las autobiografías, los diarios, las memorias y el resto de textos en los que puede organizarse la escritura de sí mismo están conectados por la identidad entre narrador, autor real y personaje central. Tal como ha advertido Émile Benveniste, para establecer la identidad entre autor, narrador y personaje, hay que tener en cuenta el uso de los pronombres personales en el relato y el nombre propio de la persona que firma el texto autobiográfico, el responsable del escrito (Benveniste 1966).

Al género de la escritura autobiográfica pertenecen la autobiografía y la memoria que, aunque presentan elementos en común, no son unívocas. La autobiografía es la narración de una vida o de parte de ella, escrita por su protagonista. Philippe Lejeune se refiere al pacto autobiográfico y define a la autobiografía como un relato retrospectivo que una persona hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad. En la autobiografía la identidad del narrador y del personaje principal quedan indicados, en la mayoría de los casos, por el uso de la primera persona (Lejeune 1991).

Sánchez Zapatero explica que, mientras que para algunos estudiosos toda autobiografía es la narración retrospectiva de la vida de un individuo escrita por él mismo con la intención de contar la his-

toria verdadera de su experiencia, para otros se trata simplemente de la narración de la vida de una persona, escrita por ella misma. Cuando se habla de la escritura de uno mismo se está haciendo referencia a una realidad compleja y pluriforme susceptible de ser analizada desde diversos prismas (Sánchez Zapatero 2010). Pero, además, señala que, mientras que en la autobiografía el énfasis se pone en la intimidad, en las memorias se destaca el aspecto social: la relación de una persona con los acontecimientos de relevancia histórica que ha presenciado o con la gente a la que ha conocido.

«Al tener como objeto central de tratamiento la propia vida del autor, las autobiografías se diferencian de las memorias, en las que la vida del sujeto creador está sometida tanto a nivel temático como formal al contexto social, económico, cultural y político, elemento relevante y central del texto» (Sánchez Zapatero 2010, pág. 8).

Por su parte, Aurell (2020) afirma que en los últimos años se ha puesto en valor la investigación histórica realizada a partir de textos que ofrecen una mirada que pone en diálogo el oficio, con la profesión, el rigor científico y la pasión por la vida. Esta tendencia hace visible la importancia del giro experiencial, de las perspectivas teóricas, de las elecciones profesionales y de las preferencias personales, posibilitando una comprensión más compleja del corpus textual.

La variedad de perspectivas entre los estudiosos del tema acerca de las posibles manifestaciones de la escritura autobiográfica provoca que, en muchas ocasiones, las categorías queden abiertas.

Ahora bien, también es posible diferenciar entre memorias personales e institucionales. Las primeras, tal como lo indica su nombre, presentan aspectos de la vida de quien las escribe y, por lo tanto, son subjetivas en gran medida. Se sobreentiende que su redactor decide qué y cómo contar, sobre qué aspectos reparar y en cuáles no indagar. Por otro lado, las memorias institucionales, aunque también llevan la impronta subjetiva de quien las escribe, se elaboran con el propósito de dejar asentada la vida de un establecimiento durante un período determinado, por lo tanto, suelen ofrecer mayor espacio al registro de los logros y proyectos en marcha. Además, presentan información precisa sobre el espacio

físico, las metas y acciones, problemáticas, detalles presupuestarios y datos sobre el equipo de trabajo.

En el caso de los museos, entonces, este tipo de escritos constituyen un registro de las labores y actividades planificadas y desarrolladas por sus autoridades durante sus gestiones y, al mismo tiempo, dejan al descubierto el perfil del propio director, quien además de ser quien toma las decisiones más importantes, imprime su huella en la institución. Durante muchos años, la figura del fundador o la del director de museo estuvo asociada a la del guardián de ese patrimonio, incluso era común identificar directamente al establecimiento con la imagen de su director y viceversa (Podgorny *et al.* 2015), por lo tanto, estudiar las memorias de un museo, así como las autobiografías de sus directores, resulta importante, pues ofrecen datos valiosos y relacionados entre sí.

En museos y otras instituciones del ámbito de la cultura, suele ser común que se elaboren memorias, cuya redacción muchas veces está incluida de manera explícita dentro de las funciones del director o del secretario. Sin embargo, con frecuencia no son publicadas o lo son en impresiones de reducida tirada, motivo por el cual se dificulta su acceso. Además, es necesario tener en cuenta que existen distintas formas y estilos de dejar estos registros. Si bien las autobiografías y memorias personales de directores de museos y las memorias institucionales tienen elementos en común, cada una presenta especificidades, especialmente en lo que respecta a sus objetivos e intereses, los cuales pueden observarse a través de sus marcas de escritura.

Desde una perspectiva geográfica ampliada, hemos seleccionado como modelo una serie de memorias de directores de museos redactadas desde comienzos del siglo XX, que han sido publicadas, por lo cual, se trata de textos escritos con la intencionalidad de que fuesen difundidos, que han sido revisados y corregidos, y que en general pertenecen a la categoría de memoria institucional.

Dentro de este conjunto, se pueden advertir algunas características comunes, o bien diferenciar particularidades a partir de su análisis. En el contexto de América Latina, se ha considerado una más antigua, la memoria de Gutiérrez de Quintanilla (1921) –director del Museo Nacional de Lima– que comprende el período 1912-1921, y otras más recientes y que corresponden a una época

similar a la de la escrita por Sinopoli, como la memoria de Rafael Varón Gabai (1990) –director del Museo Nacional de Historia de Lima– publicada en 1990, la memoria de González Carré (2001), director del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, publicada en el año 2001 y la *Memoria del Museo de Arte* de Colombia, publicada en el año 2007 por la Universidad Nacional de Colombia (Pineda y Santander 2007). Las memorias mencionadas contienen una línea de escritura similar, están organizadas en núcleos temáticos y constituyen una suerte de informe que presenta las transformaciones y las actividades realizadas en cada gestión. Si bien el eje de cada memoria lo constituye la institución museo, se destaca la figura y labor del director. Estos escritos están acompañados de documentos y/o fotografías que respaldan la información brindada. Si bien la práctica de la escritura de memorias por parte de los directores de museos se prolongó en el tiempo, fueron variando las características del registro.

A nivel nacional, en Argentina también se cuenta con memorias y autobiografías que han sido publicadas, por lo cual se trata de versiones definitivas, editadas y corregidas. Es el caso, por ejemplo, de la memoria del Museo de La Plata, correspondiente a los años 1922 y 1923, redactada por el director Luis María Torres y publicada por la Revista de la institución (Torres 1924-1925). Está escrita en primera persona y organizada en dos partes. La primera contiene siete capítulos que abordan los distintos espacios del museo y la segunda hace referencia específicamente a los aspectos educativos.

El máximo referente de directores de museos de arte, en Argentina, es Eduardo Schiaffino.^[20] En 1926 se publicó la primera edición de *Recodos en el sendero*, un libro que, a través de un registro a modo de diario íntimo, presenta sus recuerdos autobiográficos (Schiaffino 1999). El autor recurre, además, al uso y cita de distintas referencias bibliográficas y fuentes documentales –por ejemplo, intercambio epistolar, periódicos, secciones de otros libros y transcripciones de diálogos–. El texto recoge diversos artículos que habían aparecido en la prensa, así como pequeños relatos de tono autobiográfico, que resultan valiosos testimonios de la formación de su sensibilidad

[20] En 1895 Eduardo Schiaffino fundó el Museo Nacional de Bellas Artes y fue su director hasta 1910.

como artista, intelectual y director del museo. Comenta sus viajes a Europa y la importancia de sus experiencias en el extranjero, tanto para su formación como artista, como para su gestión en la institución.

Cuatro décadas después se editó el libro *Un pintor ante el espejo*, la autobiografía de Pettoruti (1968). A lo largo del texto Pettoruti expone diversos aspectos de su vida, entre los que se destaca su desempeño como director del Museo de Bellas Artes de La Plata.^[21] Cuando hace referencia al museo destaca los vínculos con la política y el detonante de su alejamiento definitivo del cargo de director: «(...) nunca acepté nada mientras Perón manejó el país (...) Si conservé la Dirección del Museo, fue porque llevaba casi trece años de ejercicio en el cargo cuando se inició la dictadura» (Pettoruti 1968, pág. 280).

En una línea de escritura similar, en 2018, el arquitecto Bellucci (2018) publicó sus *Memorias de un director de museos*. A lo largo de casi veintisiete años, Bellucci dirigió el Museo Nacional de Arte Decorativo, el Museo Nacional de Arte Oriental y el Museo Nacional de Bellas Artes, durante períodos, en forma simultánea. Los relatos de la memoria, van entrelazando las tres instituciones y dan cuenta de la forma en que el arquitecto se los fue apropiando y su interés por ser una suerte de guardián del patrimonio.

A través de estas memorias de directores al frente de museos argentinos se observa la relevancia que adquieren los vínculos entre museo y Estado para concretar –o no– sus proyectos. Al tratarse de instituciones sociopolíticas y culturales, los museos no pueden pensarse de manera escindida del contexto y del aparato estatal que los contiene y del cual forman parte.

En el caso de las memorias y autobiografías mencionadas, todos los documentos se focalizan en los elementos constitutivos del museo, especialmente en las características edilicias, sus colecciones, actividades pedagógico-educativas, vínculos con el público y otras problemáticas. En las memorias de carácter personal o autobiográfico, como la de Pettoruti o la de Bellucci, se observa un tinte de justificación personal y exaltación del propio paso por el museo. Sin embargo, la clave para que estos componentes entren

[21] Cargo en el que lo designaron en 1930 y que ocupó durante diecisiete años.

en diálogo en proyectos de mayor o menor envergadura depende, en gran medida, de las relaciones que el museo establece con el Estado.

En cuanto a los museos de la ciudad de Rosario, pudo rastrearse que en el archivo del Museo Municipal de Bellas Artes se conservan seis memorias que corresponden a los primeros años de vida del museo, y otra, a comienzos de la década de 1960. En este caso en particular, es necesario destacar que el museo se gestó sobre la base de la Comisión Nacional de Bellas Artes (1920-1937), y a partir de 1937 se conformó como Museo Municipal de Bellas Artes «Juan B. Castagnino».^[22] Desde ese momento se estableció que el director debía enviar, anualmente, a la Municipalidad, una memoria institucional a modo de informe de la labor realizada.

Las memorias del Museo Castagnino que se han podido consultar han sido publicadas;^[23] sin embargo, presentan algunas características disímiles entre sí. Por un lado, un grupo de seis memorias y balances de la gestión presentan un formato prácticamente idéntico: describen las actividades realizadas, acompañadas de gráficos, planillas de registros, presupuestos, fotografías y notas.^[24] Por otro lado, la última memoria del Museo Castagnino^[25] disponible para

[22] Inaugurado el 7 de diciembre de 1937 en su emplazamiento actual, en la esquina de Boulevard Oroño y Avenida Pellegrini, el Museo Municipal de Bellas Artes «Juan B. Castagnino» surgió a partir del vínculo entre la iniciativa privada y el gobierno municipal. Es heredero del antiguo Museo Municipal de Bellas Artes, fundado en 1920 e impulsado por la Comisión de Bellas Artes con el objetivo de promover el arte local y nacional. Véanse, entre otros Montini *et al.* (2012).

[23] Archivo Museo Municipal de Bellas Artes «Juan B. Castagnino» (en adelante AMM-BAJBC), Dirección Municipal de Cultura, Rosario y Museo Municipal de Bellas Artes «Juan B. Castagnino», *Memoria y Balance al 31 de diciembre de 1938*. Rosario: Establecimiento Gráfico Pomponio, 1939; *Memoria y Balance del 1 de enero al 31 de diciembre de 1939*. Rosario: Tipo-Lito Pomponio, 1940; *Memoria y Balance del 1 de enero al 31 de diciembre de 1940*. Rosario: Tipo-Lito Pomponio, 1941; *Memoria y Balance del 1 de enero al 31 de diciembre de 1941*. Rosario, 1942; *Memoria y Balance del 1 de enero al 31 de diciembre de 1942*. Rosario, 1943; *Memoria y Balance al 31 de diciembre de 1946*. Rosario: Establecimiento Gráfico Pomponio, 1947; y *Museo Municipal de Bellas Artes «Juan B. Castagnino», Rosario (Argentina), Memoria: 1961-62-63*. Rosario: Tipografía Llorden Sociedad Responsabilidad Limitada, marzo de 1964, 51 págs.

[24] Cinco de continuidad anual, que van del año 1938 a 1942, que se corresponden con el período en el que el director del museo era el arquitecto Hilarión Hernández Larguía, y el otro ejemplar, correspondiente al año 1946, cuando el museo fue intervenido y Deolindo J. Saccone quedó a cargo de la institución.

[25] AMMBAJBC, *Museo Municipal de Bellas Artes «Juan B. Castagnino», Rosario (Argentina). Memoria: 1961-62-63*. Rosario: Tipografía Llorden Sociedad Responsabilidad Limitada, 1964.

la consulta, es una publicación que resume el ejercicio laboral de los años 1961, 1962 y 1963.^[26] Más extensa que las anteriores, describe al museo, sus espacios y equipamiento, a partir de los cuales fundamenta y caracteriza las distintas actividades.

Con respecto a otro de los museos de la ciudad, entre julio de 2000 y noviembre de 2004, Eugenio Travella escribió el libro *20 años en el Museo Histórico Provincial «Dr. Julio Marc»*, porque creyó que era su deber dar a conocer lo que contiene el museo y, a la vez, relatar la obra de Julio Marc y de quienes lo acompañaron (Travella 2004). El texto tiene 312 páginas, organizadas en 17 capítulos que recorren distintos ejes del museo –colecciones, seguridad, comunicación, difusión, etcétera– desde que Travella asumió la dirección del Marc, en 1980, hasta que finalizó su cargo, observando las transformaciones, cambios y permanencias.

El recorrido por las diferentes memorias y autobiografías de directores de museo da cuenta, en algún punto, del perfil de quien ocupó el cargo de director en cada período y de sus intereses. Además, permite observar los núcleos de mayor importancia, los vínculos con los distintos tipos de públicos y las dificultades que tuvo que afrontar cada uno. Por otro lado, las formas de escritura, en alguna medida, traslucen la manera en que el director se posiciona en el museo y se percibe en relación con la institución. Mientras que algunos optan por la primera persona y ubican su gestión en el eje del relato, adoptando una forma de escritura autobiográfica, otros prefieren una forma de escritura impersonal, o resaltan las funciones y desempeño de cada uno de los empleados.

Los museos rosarinos, en su mayor parte, son de gestión municipal; aunque existen también de gestión provincial^[27] o privada. Por lo tanto, los vínculos entre cultura y política constituyen un eje fundamental sobre el cual se cimientan las bases de estos museos. La concepción de cultura que tenga el gobierno de turno y las políticas públicas que lleve adelante tendrán influencia sobre la gestión de cada museo.

[26] Durante ese período el director del museo era el arquitecto Pedro Sinopoli.

[27] Es el caso del Museo Histórico «Dr. Julio Marc» y del Museo de Ciencias Naturales «Ángel Gallardo».

Las memorias de museos, ya mencionadas, se corresponden en general con registros institucionales. En su mayoría son un racconto de propuestas y labores desarrolladas en las cuales no se destacan a simple vista los vínculos con el Estado. Sin embargo, puede observarse, entre líneas, las afinidades del municipio con algunas tipologías de museos y/o temáticas abordadas en algunos períodos, en diálogo con una determinada ideología política y su transformación a lo largo del tiempo.

En el caso de *Una memoria sobre la musealización del patrimonio Estévez*, si bien es una memoria institucional, presenta elementos que le hacen guardar similitud con el tipo de memoria personal, ya que contiene muchos rasgos autobiográficos de Pedro Alberto Sinopoli. Estudiar los denominados escritos «de sí» o «del yo» ayuda a trazar una historia propia de los actores. El resguardo de una copia de este documento en el archivo personal, también reviste una importancia a considerar. Tomando las palabras de Philippe Artières y Dominique Kalifa, «el lugar otorgado al “yo” en la historiografía continúa siendo incierto»; y el uso de los archivos personales en la investigación histórica, «problemático y discutido». Por un lado, hay quienes «consideran que los escritos autobiográficos y los archivos personales mantienen con lo verídico una relación siempre equívoca» y solo pueden ser utilizados «a título indicativo o ilustrativo». Sin embargo, otros ven en ellos un material «único», especialmente «para captar las emociones, las sensibilidades y las representaciones sociales, para restituir las experiencias en toda su discontinuidad» o, a la inversa, «para captar las tentativas de su reorganización y reescritura». En los últimos años el archivo personal ha adquirido un importante lugar en el trabajo de los historiadores puesto que permite enunciar lo que se ha «callado» (Artières y Kalifa 2012-2013, pág. 8).

El estudio de la memoria que redactó Sinopoli, que, aunque fue reproducida a través de varias copias se mantiene inédita, cumple distintas funciones: contribuye a reconstruir, en parte, la historia institucional del Museo Estévez, al mismo tiempo que constituye una fuente para conocer de manera más precisa la trayectoria intelectual de su autor, su formación y sus ideas y su tarea de gestión en el museo. Además, el cotejo de la memoria de Sinopoli con otras memorias de directores de museos ayuda a comprender mejor las

posibles relaciones entre estas instituciones y el Estado, las relaciones entre cultura y política. Finalmente, hay que pensar en la escritura de estas memorias como una búsqueda de reivindicación del propio accionar y de legitimación pública frente a la sociedad.

Escribir una memoria, musealizar una colección, construir un museo

Según se ha explicado más arriba, tanto el archivo del Museo Municipal de Arte Decorativo «Firma y Odilo Estévez», como el archivo personal de Pedro Alberto Sinopoli, resguardan ejemplares de *Una memoria sobre la musealización del patrimonio Estévez. Textos escritos en los años de gestión 1968-1976 y 1984-2006*.

Resulta oportuno explicitar que el vocablo «musealización», que Sinopoli utiliza en el título, es un término de uso cotidiano en el interior de los museos. Sin embargo, desde una perspectiva teórica, «musealización» ha sido incorporado recientemente, al Diccionario de la Real Academia Española (RAE), el cual da cuenta de dos acepciones: «Transformar en museo un lugar de interés cultural» y «Convertir algo en pieza de museo».^[28] Dicho concepto es de uso frecuente en las labores de los museos, por lo cual existen diversos trabajos que lo retoman. Al respecto, podemos mencionar que André Desvallées y François Mairesse, consideran que la idea de musealización implica transformar un lugar viviente en una especie de museo, en el que los objetos representarían el pasado y un sentido de identidad. Desde un punto de vista estrictamente museológico, es la operación que tiende a extraer –física y conceptualmente– algo de su medio natural o cultural de origen para darle un estatus museal, transformándolo en *musealium* o *musealia*, es decir, «objeto de museo» (Desvallées y Mairesse 2010, pág. 50).

En esta misma dirección, Francisco Gallego Dueñas agrega que el proceso «implica mucho más que poner un objeto en las estanterías de un museo, también supone la contextualización y todos los procesos técnicos de archivo y selección, además de la presentación» (Gallego Dueñas 2018, págs. 41-42). Puede observarse que

[28] Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, recuperado de <https://dle.rae.es/musealizar>.

cada una de estas explicaciones refiere a una de las acepciones de la RAE. Desvallées y Mairesse toman la idea de musealizar un lugar de interés cultural, mientras que Gallego Dueñas se refiere a musealizar objetos. Por lo tanto, cuando se habla de musealización, se hace referencia a las principales actividades que se desarrollan en el museo: preservación, conservación, investigación y comunicación del acervo.

En el caso en particular de Pedro A. Sinopoli, cuando en el texto de la memoria utiliza el concepto de musealización no lo respalda en un referente teórico en particular, sino que responde a prácticas cotidianas propias de la institución museo, adquiridas en su larga experiencia al frente del Estévez y sustentadas, además, en su propia historia familiar. En este sentido, Sinopoli provenía de una familia en que las imágenes visuales, literarias y musicales formaban parte de una atmósfera común (Sinopoli 2023) y poseía un capital cultural vinculado a la actividad museística; afirma Sinopoli que «desde muy chico, pasaba largas horas leyendo textos y boletines que llegaban a mi hogar desde museos de todas partes del mundo».^[29]

Cabe agregar que el título de la memoria fue colocado cuando Sinopoli finalizó la redacción del texto, entre fines del año 2006 y comienzos de 2007, pero que no se observan registros de uso del concepto en los documentos correspondientes a la gestación e inicios del museo. Es decir, que Sinopoli adoptó, en retrospectiva, una terminología que estaba en uso en el ámbito de la museología a comienzos del siglo XXI, pero que no se encontraba difundida en las etapas iniciales de su gestión al frente del museo.

La memoria de Sinopoli corresponde al tipo de memoria de finalización de gestión, similar en este aspecto a las mencionadas de Eugenio Travella y de Guillermo Bellucci, aunque se diferencia de estas en su carácter de documento oficial. Por otro lado, la confeccionada por Pedro A. Sinopoli, si bien es una memoria institucional, en su mayor parte está escrita en primera persona, por lo cual comparte con las otras dos muchos elementos autobiográficos.

Esta memoria permite conocer la historia del Museo Estévez a través de la mirada de su organizador y director, al mismo tiempo

[29] Entrevista realizada por la autora a Pedro A. Sinopoli, 15 de mayo de 2021.

que ofrece aspectos de su vida, especialmente en relación con su trayectoria en el campo de la museología. Al respecto, cabe aclarar que, si bien Sinopoli contaba con un bagaje familiar y formativo ligado a la museología y al arte, en la práctica su experticia en estos campos del saber se fue gestando en el interior del Estévez. Vale destacar que, recientemente, se han publicado dos libros en los cuales Sinopoli retoma la escritura autobiográfica, pero focalizando en su faceta de artista (Sinopoli 2023, 2024).

Como se mencionó anteriormente, el recorte temporal que establece la memoria responde a los dos períodos en los que Sinopoli dirigió el Museo de Arte Decorativo. Al finalizar la segunda gestión, aunque el entonces director del Estévez ya pasaba los sesenta años de edad, se encontraba activo y sin motivos personales para dejar la dirección del museo. Sin embargo, con las políticas culturales del gobierno municipal socialista de Hermes Binner habían comenzado una serie de disensos que lo condujeron a tomar esa decisión.

Conviene recordar que, en la ciudad de Rosario, con la vuelta a la democracia en 1983, el gobierno municipal estuvo en manos de la Unión Cívica Radical (mismo partido político que, por entonces, gobernaba a nivel nacional). El intendente Horacio Usandizaga ocupó el cargo durante dos períodos consecutivos (1983-1987 y 1987-1989). En 1989 elevó su renuncia y asumió, por un breve período y de modo interino, Carlos Ramírez. En diálogo con sus simpatías políticas, Sinopoli mantuvo una buena relación con el gobierno de Usandizaga. Sin embargo, el vínculo con las autoridades municipales se fue deteriorando con la llegada del gobierno socialista, que comenzó con la gestión de Héctor Cavallero (1989-1991 y 1991-1995) y se sucedió con Hermes Binner (1995-1999 y 1999-2003) y Miguel Lifschitz (2003-2007), período este último que coincidió con el alejamiento definitivo de Sinopoli de la dirección del Museo Estévez, a comienzos del año 2007.

En este contexto fue elaborada *Una memoria sobre la musealización del patrimonio Estévez*. Para ello, Sinopoli se abocó a la tarea de dar cuenta de manera sintética de todo lo que había hecho en sus años de gestión. El objetivo era dar a conocer la cantidad de actividades llevadas a cabo, la forma de proceder y los criterios establecidos. Sinopoli llevó dos ejemplares a la Secretaría de Cultura

–aunque, aseguraría tiempo después, «realmente nunca supe en dónde quedaron, ni siquiera si los leyeron»–, y nunca obtuvo una devolución por parte de esta repartición.^[30] El texto deja traslucir este mismo grado de disconformidad y malestar.

La memoria compuesta por Sinopoli es un documento que, en realidad, reúne diversos textos, que había redactado con anterioridad a 2006. Es decir, la memoria consiste en una especie de compilación, sin mayores preocupaciones cronológicas, a través de la cual Sinopoli pretendió restituir la trayectoria del Museo y de su propia vida profesional. Está articulada a través de núcleos temáticos, que no necesariamente siguen el orden cronológico. De hecho, la mayor parte de la información que contiene la memoria había sido publicada previamente en distintos momentos y por diferentes medios. Por lo tanto, si bien la memoria como tal es inédita, contiene textos editados previamente. A modo de ejemplos, puede mencionarse el documento *Los orígenes del Museo*, un texto que se encuentra preservado, de manera suelta, en el archivo institucional y cuya copia también conserva Sinopoli en su archivo personal,^[31] así como el reportaje que Fernando Farina realizó a Pedro A. Sinopoli y que fue publicado por el diario *La Capital*, el 21 de abril de 1991.

La memoria está tipeada en computadora, sin tachaduras, anotaciones, ni sobreescrituras, por lo cual, puede deducirse que se trata de la versión definitiva, es decir, una copia textual de la que se envió a la Secretaría de Cultura. Aunque se trata de un texto informativo, el objetivo implícito es realzar la labor de Sinopoli durante sus años en la dirección del museo. A lo largo del relato, el Museo Estévez y la figura de Sinopoli se entrecruzan fundiéndose de manera simbiótica al punto tal que, en muchas ocasiones, pareciera que el museo y su director constituyen una misma entidad.

Se trata de un documento breve, en relación con otros que hemos reseñado más arriba. Tiene una extensión de dieciséis páginas y está organizado en trece apartados con subtítulos, cada uno acompañado de una fecha que se corresponde al momento en que Sinopoli puso por escrito los diferentes temas. La única excep-

[30] Entrevista realizada por la autora a Pedro Alberto Sinopoli, 9 de noviembre de 2023.

[31] APAS, caja n.º 2, carpeta n.º 3 «Primeros años», folio «Inicios», s/f.

ción la constituye el apartado final que se redactó días antes del alejamiento definitivo de la dirección del museo, y con el objetivo específico de dar un cierre al documento. En este acápite el autor se dedicó a poner en evidencia la situación de crisis por la que atravesaba el proyecto de puesta en valor del edificio.

En el primer apartado, «Marzo de 1991», Sinopoli da cuenta de su primer ingreso a la vivienda de los Estévez, las impresiones que se llevó al respecto y los objetivos que se planteó –los cuales retoma y detalla a lo largo del texto–. En el siguiente, «La casa (1993)», realiza una reseña histórica del inmueble. En los apartados tercero y cuarto, «La colección (marzo de 1999)» y «Reordenamiento de la colección», se detiene en la idea de coleccionismo para comenzar a analizar los objetos que atesoraban los Estévez y delinear un criterio de organización, el cual se refleja en el acápite siguiente, «Las salas (1991)». Les sigue «Investigación de la colección y catalogación preliminar (1999)», allí explica los diferentes procedimientos a los que acudió para poder dar con la información necesaria de cada objeto y poder concretar una primera catalogación. Continúa con el apartado «Resumen de avances en la gestión 1968-1976 (marzo de 1991)», allí se detiene en los logros e innovaciones del museo, durante su primera gestión. El octavo acápite, «Las donaciones (2006)», versa en torno a los objetos que ingresaron a través de donaciones de particulares y ampliaron la colección original del Museo Estévez. «El museo desde 1984 (1991)» realiza una pequeña reseña de su vuelta al museo como director, con lo que se dio inicio a su segunda y última gestión al frente del Estévez. En los tres apartados siguientes da cuenta de los logros más significativos de esta segunda etapa: «La gráfica del Museo (1997)», «La Sala de Actos en San Lorenzo 753 (2006)» y la «Puesta en valor de las salas del Museo (1999)», respectivamente. La memoria finaliza con el apartado «Tribulaciones y conquistas del Museo (2001-2006)», como se mencionó antes, este es el único texto redactado días antes del alejamiento definitivo de Sinopoli de la dirección del museo. En dicho apartado deja testimonio del proceso de puesta en valor del edificio y da cuenta de la situación de crisis por la que atraviesa.

Una Memoria detalla una labor de tres décadas de trabajo y permite analizar el proceder desde la gestación del museo –observando la transformación de vivienda familiar a casa museo–, hasta los

últimos días de Sinopoli al frente del Estévez. Si bien el texto está organizado en apartados con temas específicos, aborda grandes núcleos temáticos que constituyen el eje de la institución patrimonial: la casa, las colecciones, la organización del museo y las propuestas desarrolladas de las que se desprende el vínculo con el público. A lo largo del documento, se detallan pormenores de cada uno de estos grandes núcleos y se trazan las principales líneas de trabajo de los años de gestión de Pedro A. Sinopoli.

Como dato a mencionar, si bien en *Una Memoria* no hay un apartado especial sobre el período en que Sinopoli estuvo alejado del museo (abril de 1977 a febrero de 1984), dentro del dedicado a «Las donaciones (2006)», el autor hace una breve mención en torno a los objetos que fueron donados al museo durante ese período,^[32] destacándolo como «lo único ponderable de esa lamentable gestión» (pág. 12).^[33] En la memoria no hay registros de la renuncia de Sinopoli al cargo, la cual fue oportunamente publicada en el diario *La Capital*, junto a la dimisión de su padre, a la dirección del Museo Municipal de Bellas Artes.^[34]

Con respecto a la narrativa, a lo largo del texto se observa la búsqueda constante de fundamentos, tanto teóricos como prácticos, que legitimen el accionar y la toma de decisiones. En esta dirección, durante la primera parte se argumenta acerca de las modificaciones en el espacio que, a criterio de Sinopoli, eran necesarias para transformar la vivienda familiar en museo. De esta manera, a partir del segundo párrafo de la memoria, el autor comienza a delinear uno de los principales ejes sobre los cuáles profundiza en muchas de las páginas siguientes: «El objetivo, con corto plazo, era

[32] En marzo de 1978, Elena Alabern de Fábrega donó un par de tinajas de cerámica y una lámpara colgante de origen hispano-morisca. En diciembre de 1979, Marta Garrone de Lagos donó un sofá de estilo Luis XV. En febrero de 1981, Emma Mansilla Dellepiane donó muebles de estilo romántico siglo XIX, abanicos y sombrilla de cristal modernista. En julio de 1982, Susana Chiesa de Staffieri donó un tapiz de Aubusson. En marzo de 1983, Rina Modini donó cuatro abanicos y una sombrilla del siglo XIX. Véase AMMADFOE, carpeta «Donaciones».

[33] AMMADFOE, Pedro Alberto Sinopoli, *Una memoria sobre la musealización del patrimonio Estévez. Textos escritos en los años de gestión 1968-1976 y 1984-2006*, 2007. Todas las referencias que a continuación se presenten identificadas solo por el número de página/s corresponden a esta fuente bajo análisis.

[34] *La Capital*, 14 abril de 1977.

disponer lo que fuera necesario para inaugurar el Museo lo antes posible (...)» (pág. 1).

Luego plantea un interrogante que atraviesa gran parte del texto ¿Qué hacer con la colección? A criterio de Sinopoli, no podía mostrarse tal como había quedado al momento de fallecer la señora Firma Mayor. Si bien busca dejar en claro que quiso respetar la voluntad de la donante de disponer su heterogénea colección de una manera particular, Sinopoli pensó que debía ordenarla, otorgarle un sentido y jerarquizar los objetos, es decir, era necesario proceder a «musealizarla», tal como da a entender el título que se le otorgó a la memoria. El director describe cómo encontró la casa, la organización de los espacios y la disposición original de los objetos. Según su entender, no había una organización lógica o una coherencia en las colecciones de los Estévez, lo que, sumado a la poca iluminación de los espacios, creaba un clima de confusión. En sus propias palabras:

«(...) el espectáculo que se me presentó era el de un conjunto de ambientes saturados de muebles y objetos dispuestos con un orden disparatado o mejor dicho una multitud de cosas polimórficas, de diferentes estilos y épocas, que chocaban física y visualmente entre sí, creando una especie de atmósfera opresiva. La semi penumbra de los espacios contribuía a la confusión general» (pág. 1).

Adjetivos como «disparatado», «polimórficas», «estrafalarias» y «ecléctica» califican a las piezas por separado, o en su conjunto, las que conformaban un «revoltijo estilístico» con aspecto de «gabinete de las maravillas», lo que daba cuenta de una «atmósfera opresiva» con un *horror vacui*, característico de la época. Sin embargo, Sinopoli finaliza el primer apartado preguntándose qué sentido tendría para los Estévez una rigurosidad estilística. Como respuesta especula que, tal vez, simplemente dispusieron los objetos de la forma en que les complacía disfrutarlos. De esta manera, desde su preparación específica –predominantemente de autodidacta–, y luego de cierto sesgo despectivo, realiza un esfuerzo por comprender la cotidianeidad de las personas y de los espacios por ellas ocupados, antes de que estos hubiesen pasado por el proceso de musealización.

Sinopoli sostiene que organizó el museo desde la lógica y la intuición personal, aunque también es cierto que sus lecturas y conocimientos previos, sumados a los viajes y visitas a diversos museos, contribuyeron a idear el proyecto de paso de vivienda familiar a museo municipal. En este aspecto, lo que más llamaba su atención era la heterogeneidad de la colección del matrimonio y, para explicarlo, Sinopoli contrapone el perfil de coleccionistas de Firma y Odilo con el de otros rosarinos de la época, que se dedicaban a atesorar piezas de una misma tipología. Desde su perspectiva, el impulso primario del coleccionismo ha sido siempre el placer estético, acompañado de otras motivaciones, tales como criterios de inversión y las orientaciones y preferencias estilísticas. En esta dirección, define al coleccionista como «un entusiasta por naturaleza; a la curiosidad y la intuición suma el consejo del experto, luego –en el mejor de los casos–, vendrán el conocimiento adquirido y la capacidad de selección» (pág. 3). Explica Sinopoli que, desde mediados del siglo XVIII, la burguesía, afianzada en su riqueza y con un lugar importante en la sociedad, comenzó a coleccionar obras de arte y objetos originales. Con carácter universal, el coleccionismo tuvo su correlato en Rosario, si bien con sus propias particularidades.

Frente a la encrucijada del ordenamiento de una colección tan heterogénea, Sinopoli recurrió al albacea, doctor Pablo Borrás, y juntos analizaron el testamento de Firma Mayor, en donde encontraron un resquicio que les permitió respaldarse: «(...) deseo asimismo que la casa, con todos los muebles, obras de arte y demás que involucra esta donación, quede tal cual como se encuentra en la época de mi fallecimiento, como lo hemos vivido mi esposo y yo “con todo lo que ello sea posible”».^[35] Esta frase cumple la función de argumento de justificación, y es la que posibilitó llevar a cabo las modificaciones que Sinopoli estimó necesarias, para lograr que la colección de los Estévez adquiriese el sentido, ordenamiento y apariencia de museo.

También argumenta que, décadas atrás, cuando Odilo adquirió la casa que había pertenecido a la familia de Ibarlucea, introdujo

[35] AMMADFOE, *Testamento de Firma Mayor de Estévez*. Rosario, 1964. Entrecomillado propio.

cambios en un inmueble que ya tenía una «importancia superlativa», en virtud de su rango histórico y artístico (págs. 1-2).^[36] Al respecto, se lee en la memoria:

«El Museo Estévez pudo haber sido considerado como una obra de arte en sí misma, una obra cerrada: el edificio y su contenido. Pero tal consideración historicista conllevaba una cierta contradicción, ya que frecuentemente la búsqueda de la autenticidad no se hace en favor de la historia, pero sí de una inflexible línea de pensamiento. Por qué no considerar historia o mejor aún “documento global” de la cultura de un determinado pasaje histórico, también las reestructuraciones efectuadas o a efectuarse. ¿No había ocurrido antes con la casa de los de Ibarlucea y las radicales reformas impuestas por el Sr. Estévez?» (pág. 5).

Tras este interrogante, Sinopoli introduce respaldos conceptuales a las modificaciones. Explica en el documento que existen tres criterios básicos de la exposición museológica que corresponden a tres diferentes interpretaciones sobre la relación que se establece entre el objeto y el visitante: «la museología de la maravilla», «la museología racional» y «la museología evocativa». Si bien Sinopoli no menciona a los referentes teóricos de estos conceptos, hay que tener en cuenta que, entre fines de 1960 y 1970, la museología comenzó a virar desde la importancia puesta en las colecciones al interés en el público visitante. En la memoria, el director del Estévez aclara que lo que se define como «museología evocativa» tomó forma focalizándose en la evocación de épocas o personajes con el objetivo de lograr un impacto sobre el público. Esta museología se encuentra en los fundamentos de las casas museo «(...) Una tipología que le asigné al Estévez porque el concepto nacía en ese entonces en los primeros años de la década de 1970» (pág. 5).

Según desarrolla Sinopoli en la memoria, los tres criterios mencionados se basan en tres modos distintos de utilizar a los objetos y cada uno presenta un valor propio con respecto a la idea de difusión cultural que promueve una institución. En la organización del

[36] Desde mediados del 1700, ese inmueble había pertenecido al entramado familiar que llevaba en su conjunto y sucesivamente, los apellidos –tradicionales en la ciudad– de Gómez, Correa, Alcácer, Benegas y de Ibarlucea y constituyó parte de un solar que integró la lonja de Montenegro, primera partición que dio carácter urbano a Rosario (Rigotti y Bragagnolo 1981).

Estévez se evitó constituirlo como una colección muerta, donde nada pudiese modificarse, y con ese propósito se integraron estas tres ideas, de modo que los objetos, en palabras de Sinopoli, «podían a un mismo tiempo maravillar, evocar y educar» (pág. 5), y seguidamente defiende: «Se implementaron prácticas museológicas sin afectar el “alma” del lugar» (pág. 6). En esta última frase resalta que, a pesar de las transformaciones, se respetó lo expresado en el testamento.

En cuanto a los modelos utilizados, Pedro A. Sinopoli expresa que había recorrido numerosas casas museo en Europa y América, y que en el Estévez procuró plasmar aquellas ideas que veía como exitosas. Contaba, ya desde fines de los años sesenta, con un importante bagaje de información con el cual fundamentar su accionar. Desde el aspecto teórico, consultaba publicaciones del extranjero, en las cuales se abordaban cuestiones relativas a las casas museos, entre ellas se destacan las del Minneapolis Institute of Arts, en las que se postulaban los pormenores con los que debían encararse los *period rooms*^[37] en las casas museos. Desde la práctica, meses antes de asumir como organizador del Estévez, Sinopoli realizó un viaje de formación con una beca, por España e Italia, en donde recorrió la tipología museal de la casa museo. También conoció montajes de casas históricas y edificios reconstruidos o contruidos que recurrían al concepto de recreación con una libertad alegórica de la vida cotidiana, ya que generalmente no se contaba con fuentes documentales que contribuyeran a proyectar la disposición de los objetos. Además, en Italia, se había sumergido en la historia del arte y la museología y entrado en contacto con Franco Albini^[38]

[37] Según López Benito (2010) esta expresión hace referencia a la organización de las obras de arte con objetos decorativos e históricos de la misma época y estilo. Se crea una escenografía para que el visitante comprenda que el arte es fruto de un contexto histórico y que es diferente en función del contexto.

[38] Franco Albini (1905-1977) en 1939 proyectó el distrito de Filsi en Milán. A partir de 1945 se encargó del reajuste de los Museos del Palacio Rosso, en Génova, donde también construyó el Museo del Tesoro de la catedral y diseñó el Palacio de la Rinascente.

y Carlo Scarpa,^[39] referentes de la época, especialmente en lo que hace a la arquitectura de los museos.

En este aspecto, vale aclarar que, en un proceso que se extendió por tres años, en el Museo Estévez se crearon salas que nada tenían que ver con la función que cumplían antes de su conformación,^[40] algo que Sinopoli justificó explicando que, en la organización del espacio y el ordenamiento de la colección, había dos posibilidades: dejar todo tal cual estaba o crear un discurso museológico, y elaborar estrategias de comunicación y didáctica. Además, hubo ambientes que se recibieron sin muebles, por lo cual era imposible mostrarlos con la función que cumplían originalmente. En este punto, es importante aclarar que Lilia Arijón, sobrina e hija adoptiva del matrimonio, fue la heredera universal del patrimonio Estévez^[41] y, como tal, se quedó con algunos muebles y objetos de la casa. Esta situación también le sirvió a Sinopoli para emprender los cambios que se proponía realizar, pues no era posible que todo permaneciese tal como había quedado en vida de sus dueños.

La narrativa de *Una memoria* permite observar que las modificaciones del espacio fueron realizadas personalmente por Sinopoli y que, a lo largo del proceso, la situación fue modificando sus estados de ánimo. Al respecto, se leen expresiones que refuerzan el «yo» del narrador: «comencé a desplazar las piezas cautelosamente», «estaba en un laberinto», «entré en un estado de exasperación» y «decidí llevar todas las piezas al patio y recomenzar serenamente a ubicarlas en el vacío que había dejado». Este tipo de expresiones autobiográficas que se cuelan en la memoria institucional permiten imaginar muy vívidamente la escena: un director joven, con cierta formación en la materia, que había asumido la tarea de poner en

[39] Carlo Scarpa (1906-1978) fue un intelectual, artista, arquitecto y diseñador. Se desempeñó como docente, participó de las exposiciones internacionales más prestigiosas de diseño. Desde 1948, con el montaje de la exposición retrospectiva de Paul Klee, comenzó una actividad larga y una prolífica colaboración con la Bienal de Venecia, donde experimentó sus grandes cualidades de constructor de espacios para obras de arte, confirmada por más de 60 museos y de exposiciones que diseñó internacionalmente.

[40] Esta información que brinda la memoria se encuentra respaldada por documentación disponible en APAS, caja n.º 2; carpeta n.º 3 «Primeros años», Folio 1972, *Comunicación con el secretario de Gobierno y Cultura, Dr. Arturo José Arrizabalaga*, 31 de agosto de 1972.

[41] AMMADFOE, *Testamento de Firma Mayor de Estévez*, Rosario, 1964.

marcha un nuevo museo para la ciudad, pensando alternativas, buscando posibles soluciones, que respondieran a criterios museológicos.^[42] Tras la descripción que de cada espacio realiza en la memoria, Sinopoli reflexiona que había privilegiado el criterio de «hacer perceptible lo imperceptible», y que su determinación había sido audaz y decidida a afrontar posibles críticas.

Otra disyuntiva importante que se le planteó fue sobre la aceptación de donaciones. Aparentemente, esa posibilidad no había sido evaluada hasta que, en 1971, una dama inglesa, dueña de una estancia en Carreras, Lucy Eda Lett de Bruce, ofreció en donación algunas piezas. En ese contexto, Sinopoli volvió a consultar con el albacea, para estudiar si en el testamento se contemplaba la posibilidad de recibir donaciones, una consulta que muestra su esfuerzo por tomar una decisión jurídicamente correcta, que respetara la voluntad de Firma Mayor. Pero, además, en la búsqueda de argumentos, también en este caso apeló a ejemplos de otras casas museos que habían tenido su origen en donaciones testamentarias,^[43] y de museos instituidos como casas históricas o casas ambientadas,^[44] que aceptaron incrementar sus fondos patrimoniales con donaciones.

Los viajes fueron una constante para Sinopoli y supo aprovechar cada uno para tomar ideas y plasmarlas en el museo que dirigía. Se detuvo en el estudio de los museos estadounidenses,^[45] en el Museo

[42] Por ejemplo, las dos «Salas Españolas» fueron sistematizadas en los espacios que habían sido el escritorio y el salón de fumar de la casa, y la «Sala de Platería» se creó en lo que fue el vestidor de Odilo (trasladándose más tarde a otro ambiente). Reflexión aparte merece el hall central, que fue ordenado en oposición al criterio que le habían otorgado Firma y Odilo, quienes lo habían abarrotado de muebles, objetos y cuadros de distintos estilos, lo que impedía –a juicio de Sinopoli– que pudieran ser apreciados y que se percibiera la clara espacialidad del ambiente. En el dormitorio principal, que se recibió sin muebles, se exhibieron piezas de lo más variadas.

[43] Como el Museo Correr en Venecia (1830), que fue incrementando su colección con el paso del tiempo porque así lo alentaba Teodoro Correr, el donante. También el Museo Poldi Pezzoli de Milán (1881) admitió el enriquecimiento de su colección. El Museo Isabella Stewart Gardner de Boston (1901), en cambio, se sustentaba en el criterio de centrarse exclusivamente en las piezas de su colección.

[44] Entre otros, la Frick Collection de Nueva York, el Museo Jacquemart André de París, los Museos de Lázaro Galdiano y Cerralbo de Madrid.

[45] Más allá de su tipología, muchos son el resultado de sucesivas y enriquecedoras donaciones.

Cerralbo de Madrid^[46] y analizó también el caso de la Wallace Collection de Londres.^[47] Al respecto, argumentó Sinopoli que, si bien la Wallace constituye un legado extraordinario, es también una colección cerrada, «muerta», pues no se puede añadir ni quitar nada, ni siquiera temporalmente, en contraposición al Estévez, que está pensado en un sentido diferente.

En esta búsqueda de ejemplos que sirvieran como justificativo de su accionar, también recurrió a los museos del país que, por su tipología, se relacionaban con el Estévez: el Museo Nacional de Arte Decorativo, alojado en el Palacio Errázuriz, el Museo Larreta, establecido en la casa de Enrique Rodríguez Larreta, y el Museo Isaac Fernández Blanco, en la residencia de Carlos y Martín Noel. De hecho, antes de comenzar con la organización del Museo Estévez, Sinopoli viajó a Buenos Aires para ver cómo estaban organizadas estas tres casas museos. En los tres casos se trataba de situaciones mixtas, resultado de la conjunción de diferentes colecciones en edificios que eran notables ejemplos del patrimonio arquitectónico de la ciudad. En cada uno de ellos se ha conservado la arquitectura original de sus sedes y parte de la ambientación, pero han estado abiertos a incrementar sus colecciones.

Finalmente, en el Museo Estévez se decidió aceptar aquella primera donación destacando que lo importante era que de la totalidad del fenómeno se lograra hacer una lectura correcta, sin que se perdiera el espíritu dado al legado en su conjunto por los legatarios. Llegando a la mitad del texto de la memoria, Sinopoli finaliza la explicación en torno a la reestructuración del espacio y la organización de las salas y postula su propia idea de museo. Al respecto expresa:

«El concepto de museo como un espacio neutro en el que se dispone una suma de objetos que el visitante tiene que observar sin interferencias es un ideal quimérico. Una exposición es una confluencia, un entrecruzamiento de sistema y discursos en la que se inserta la obra de arte. Se puede decir que toda exposición es por un lado una realización que comprende la justipreciación de unos artefactos determinados y, por otro lado, la integración de

[46] Este museo alberga los bienes culturales legados por el marqués de Cerralbo y está habilitado para aumentar su acervo con nuevas donaciones, estableciéndose explícitamente qué se le puede donar y las condiciones impuestas a esas donaciones.

[47] No admite la exhibición de objetos que no sean de su colección.

un sistema de significaciones constituido por un conjunto de las diferentes expresiones propias que corresponden a cada obra» (pág. 6).

Cabe destacar que cuando Sinopoli emprendió su trabajo en el Estévez, en Argentina, la museología estaba en una etapa de desarrollo. Sin embargo, Sinopoli esboza una definición de la institución museo, en la cual cruza ideas de sus referentes teóricos con sus apreciaciones personales. Entre sus principales obras de consulta pueden mencionarse: *Art Collecting for Amateurs*, de Richard Seddons^[48] (Londres, 1965) y *The New Museum Architecture and Display* (Praga, 1965), de Michael Brawne.^[49] En ambas, se destaca la importancia de poder exhibir objetos estableciendo un hilo que les otorgue sentido y les permita dialogar entre ellos, al mismo tiempo que los visitantes puedan interrogarse en torno a lo que están visualizando. También se encontraban entre las lecturas de Sinopoli: *Conservación y Restauración de Antigüedades y Objetos de Arte* (Buenos Aires: Ediciones Centurión, 1945), de Jorge Saavedra Méndez, y *Cuadros bajo la lupa* (Buenos Aires: Editorial La Mandrágora, 1956), de Juan Corradini.^[50] En diálogo con este segundo bloque de lecturas se puede extraer la importancia otorgada por el director del Estévez a las colecciones, y el énfasis en la búsqueda de la originalidad de los objetos y su preservación, lo que lo condujo también a establecer vínculos con el Centro Regional Latinoamericano de Estudios para la Conservación y Restauración de Bienes Culturales (CEDOCLA) y con el Programa de Conservación y Utilización del Patrimonio Monumental y Artístico del Departamento de Asuntos Culturales de la Organización de los Estados Americanos (OEA), entidades cuya labor se focalizaba en la protección e investigación de las colecciones, y de las que Sinopoli recibía sus publicaciones regulares.^[51]

En una entrevista realizada recientemente,^[52] Sinopoli afirmó que los museos, más allá de las notables diferencias en cuanto a di-

[48] Catedrático de Historia del Arte y director del Museo de Sheffield.

[49] Arquitecto y docente inglés que realizó una suma de todo lo nuevo que había hecho la museografía mundial desde la posguerra.

[50] De nacionalidad italiana, establecido en Argentina. Fue un prestigioso restaurador de cuadros y formador del grupo inicial de restauradores del país.

[51] Entrevista realizada por la autora a Pedro A. Sinopoli, 15 de mayo de 2021.

[52] Entrevista realizada por la autora a Pedro A. Sinopoli, julio de 2023.

mensiones, tipología de las colecciones y equipamiento, presentan también características comunes. Por lo tanto, la razón de ser de un museo no puede prescindir de una definición de la institución museal compartida por todos. Entre las varias definiciones en uso, le resulta especialmente significativa la esbozada por el Consejo Internacional de Museos (ICOM)^[53] en 1947:

«Un museo es una institución permanente, sin fines de lucro, al servicio de la sociedad y su desarrollo, abierta al público, que investiga, adquiere, conserva, comunica y sobre todo exhibe el testimonio material del hombre y su ambiente, con fines de estudio, de educación y deleite».^[54]

Resulta fundamental conocer y comprender la forma en que Sinopoli entendía a la institución museo, pues esa noción constituye el puntapié inicial para tomarla como eje de su labor en el espacio del Museo Estévez. Si bien los criterios de selección de piezas, organización y reestructuración del espacio no son arbitrarios, están fuertemente vinculados a la perspectiva personal y profesional de quien toma las decisiones. En el caso del Estévez, según se expresa en *Una memoria*, tanto «el museo, su edificio, su historia, su colección y la manera en que es exhibida, el recorrido y la información correspondiente, integran el mensaje que recibe el espectador» (pág. 7). A la vez, toda exposición museológica es una disposición abierta en la que el espectador puede seguir un discurso determinado o elegir un recorrido personal. Por lo tanto, no se debe pretender que una muestra se interprete de manera unívoca, como un discurso único; son múltiples variables las que entran en juego, posibilitando que cada visitante pueda configurar su propio recorrido y establecer una lectura personal.

De la misma forma en que se buscó respaldar legalmente cada una de las decisiones, siguiendo al testamento y consultando con el albacea, se observa un trabajo basado en documentos en el resto

[53] Es un ente que surgió en el seno de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), en 1946, como una organización independiente. Dio lugar a diferentes comités, publicaciones y actividades. Actualmente, dispone de 30 Comités Internacionales, cada uno dedicado al estudio de un tipo específico de museo y sus propias disciplinas (conservación, documentación, educación, etcétera) y 138 Comités Nacionales. Véase <https://icom.museum/>

[54] Esta definición fue revalidada en distintas oportunidades: 1974, 1989, 1995 y 2001, y recientemente reemplazada por una nueva definición.

de las tareas. Se explica en la memoria que, al iniciar el proceso de investigación de las colecciones, Sinopoli recurrió a una carpeta «de archivo común» que le entregó el albacea y constituyó una suerte de legajo.^[55] Esa carpeta, que en la actualidad se conserva en el archivo del museo Estévez, contiene documentación de los objetos: algunas facturas de compra, certificaciones y papeles sueltos con anotaciones.

También consultó Sinopoli la biblioteca del Museo Municipal de Bellas Artes «Juan B. Castagnino», la única especializada en arte en Rosario para ese entonces, lo cual complementó con consultas técnicas e intercambio de información a reconocidas instituciones del extranjero, tales como la Royal Academy of Arts, el Ashmolean Museum de la Universidad de Oxford, la Tate Gallery de Londres y The Frick Collection de New York. Además de contar con la mirada profesional de Juan Corradini,^[56] en ese entonces el más prestigioso restaurador de cuadros del país, y luego con el asesoramiento de Piero y Andrés Bernini,^[57] profesionales destacados en la restauración.

Con todo este trabajo por detrás, se comprobó que varios cuadros no eran originales, por lo cual se retiraron de la exhibición. Sobre este punto en particular, reflexiona Sinopoli que la carencia de registro y documentación de los objetos, pone en evidencia que los Estévez no eran coleccionistas profesionales y que «no tenían ese amor característico de los coleccionistas por las piezas; no hicieron registro, compraban objetos por lucirse, por mero ascenso social».^[58] Si bien Sinopoli resalta el valor incalculable de la colección Estévez, le sorprende el perfil de coleccionistas tan particular que presentaban Firma y Odilo.

A medida que se avanza en la lectura de *Una memoria sobre la musealización del patrimonio Estévez*, la narrativa intensifica la re-

[55] APAS, caja n.º 4, carpeta n.º 2, *La colección*.

[56] AMMBAJBC, caja n.º 38, cartas enviadas por Pedro Sinopoli a Juan Corradini, Buenos Aires, 3 de agosto de 1968 y 30 de noviembre de 1968. APAS, caja n.º 4, cartas enviadas por Juan Corradini a Pedro Sinopoli, 31 de diciembre de 1972 y 18 de febrero de 1973.

[57] APAS, caja n.º 4, carpeta n.º 2, «Informe sobre la restauración de la obra *Santísima Trinidad bendiciendo a San Francisco*, Escuela Cuzqueña», Buenos Aires, 17 de abril de 1997.

[58] Entrevista realizada por la autora a Pedro Alberto Sinopoli, 14 de diciembre de 2023.

lación simbiótica entre el museo y su director. Entre otros ejemplos, puede mencionarse que, al referirse al trabajo de investigación y catalogación preliminar de las piezas, Sinopoli lo caracteriza como «arduo», «apasionante». Al detenerse en los avances en la gestión durante el período 1968-1976, Sinopoli personaliza aún más el relato, entre otras tantas expresiones como: «quiero recordar», «recibí la visita», «se contactó conmigo», «me informó», «pensé», «recordé», «me acercó», «despertaron mi curiosidad», «encontré», «verlos personalmente», «hice». Es decir, utiliza verbos en primera persona, que se repiten una y otra vez, y que revelan un modo personalista de llevar adelante la gestión del museo. De modo que, en el relato, lo personal y lo institucional se cruzan constantemente. Se refleja una relación unívoca del museo con el director y viceversa, como si nadie más interviniera, como si se hubiera producido una compenetración mutua. Al respecto, cabe agregar que en diversas entrevistas realizadas a trabajadores de la cultura de la ciudad de Rosario en general y del Museo Estévez en particular, todos coincidieron en expresiones del tipo de que, para Sinopoli, el museo «era un hijo más» y que «le dio su vida entera a esa institución».^[59]

Valoraciones del museo, autovaloraciones

Tras el alejamiento del museo en 1977, en plena dictadura militar, Pedro A. Sinopoli inició en 1984 su segunda gestión en el Estévez, con el cargo de director, luego de ganar el concurso por antecedentes y oposición.^[60] En la memoria hay un intento de Sinopoli de mostrar que obró bien y a derecho, al mismo tiempo que se observa una continuidad de su trabajo riguroso. Según el relato,

[59] Entrevistas realizadas por la autora a: Héctor «Pichi» De Benedictis (subsecretario de Cultura, desde el año 1993 hasta 1994, luego secretario de Cultura, Educación y Turismo hasta 1995), 7 de septiembre de 2022; Gustavo Berenguer (coordinador administrativo del Museo Estévez desde 1980 hasta 2010), 08 de septiembre de 2022; Gabriela Anastasia «Natacha» Kaplun (Servicio Educativo del Museo Estévez, 1997-2005 y coordinadora Institucional 2005-2011), 13 de septiembre de 2022; Marcela Velles Aguirre (Servicio Educativo del Museo Estévez, entre los años 1989 y 1992), 01 de noviembre de 2022; y Norma «Kitti» Arregui (conservadora del Museo Estévez, 1995-2013), 27 de diciembre de 2022.

[60] Al concurso se presentaron, al menos, una decena de profesionales, entre ellos, el arquitecto Raúl Jara, el licenciado en Artes Visuales, Rubén Echagüe (quien luego, entre 1985 y 1990, fue director del Museo Castagnino) y Marcela Velles Aguirre.

al volver al museo, su primera acción fue observar el estado del inmueble y controlar los objetos en existencia con el inventario que había verificado en 1976 en los últimos días de su período anterior. Afirma en su escrito, con una clara intención de poner en realce sus propias gestiones, que encontró el edificio del museo muy deteriorado y detalla que casi todos los techos tenían filtraciones, la humedad afectaba prácticamente toda la mampostería y, parcialmente, los revestimientos interiores: «Presentaba un aspecto de vetustez, falta de vida, sumamente contraproducente pues el ámbito que contiene la colección había perdido en gran parte su esplendor» (pág. 12).

Al igual que durante el primer período, durante su segunda gestión, cada una de las decisiones tomadas estuvieron fundamentadas en detalle, tanto desde el aspecto teórico como desde la práctica, y las tareas fueron documentadas.^[61] Al respecto, puede constatar-se que durante los dos períodos en que Sinopoli ejerció como director del museo se produjeron y recibieron una gran cantidad y variedad de tipos documentales; entre otros, se destacan: inventarios, registros y catalogaciones de las colecciones, informes de estado de conservación e investigaciones (tanto de la casa como de los objetos), intercambio epistolar de diversa índole, presupuestos y comunicaciones, que se conservan repartidos entre el archivo particular de Sinopoli y el archivo del museo.

En distintas partes del relato, Sinopoli va dejando huellas de las innovaciones que pudo implementar en el Museo Estévez, a tono con los avances de la museología y de los medios de comunicación a nivel internacional. Como novedoso para la ciudad y para la época en que se llevó a cabo destaca que, en dos oportunidades, se sacó al museo fuera de su ámbito, con ocasión de la participación en la Quinta y en la Sexta Feria de la Artesanía, organizadas por el Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Rosario, en 1971 y 1973.^[62] Además, el Mu-

[61] Véase AMMADFOE, *Carpetas de actividades años 1968 al 2006*. A modo de ejemplo, puede señalarse que todas las actividades se registraban por escrito y con un anexo fotográfico. También pueden mencionarse las carpetas de donaciones, las fichas de registro y documentación de cada uno de los objetos, en las cuales se plasman los avances en torno a la investigación y procesos de restauración.

[62] Esta información que brinda la memoria se encuentra respaldada por documentación disponible en APAS, caja n.º 2; carpeta n.º 3 «Primeros años», folio 1972,

seo de Arte Decorativo fue de los primeros museos de Argentina en contar con un logotipo y página web institucional, audio-visitas guiadas grabadas, la sistematización del software de Museos Sys, la incorporación de la fotografía digital, el equipo de vigilancia por cámaras externas y la colocación de vidrios laminados en las ventanas de su fachada, entre otras cosas. A título ilustrativo puede mencionarse la muestra de posters del Museo de Jerusalén, expuesta en el Estévez, a comienzos de 1986, actividad que impulsó al director a iniciar la propia serie de afiches, tanto institucionales como dedicados a las exposiciones temporarias. Ese mismo año, en una visita al Centro Cultural «Paço Imperial», de Río de Janeiro, Sinopoli tomó la idea de crear un isologotipo institucional. A su regreso del viaje, fue el mismo Sinopoli quien lo diseñó; en él se incluyó la vista geométrica de la fachada de la casa sobre calle Santa Fe y una leyenda que destacaba las palabras «Museo» y «Estévez», sin dejar de consignar la tipología de la institución y su condición de municipal. Cabe aclarar que, si bien no se trataba de una idea original, sí era novedosa en Argentina, país donde aún no había adquirido el carácter de estereotipo.

Merece una mención aparte la apreciación negativa de Sinopoli acerca del período en que estuvo ausente de la conducción del museo. Si bien deja un silencio sin resolver sobre su renuncia durante el período de la dictadura, a la que no hace alusión alguna, afirma en la memoria: «(...) la persona que estuvo a cargo de la dirección aceptó algunas donaciones muy ponderables que constituyen lo único destacable de esa lamentable gestión que redujo al museo a un reducto de recepciones oficiales» (pág. 12).

En este punto, Sinopoli compara las formas de proceder de esa gestión y actividades realizadas, para reparar en dos aspectos: los robos^[63] que se produjeron durante esos años, y las donaciones

Comunicación con el secretario de Gobierno y Cultura, Dr. Arturo José Arrizabalaga, 31 de agosto de 1972.

[63] El 2 de noviembre de 1983 ocurrió el robo que privó al Museo Estévez de importantes obras de la colección. Tres hombres armados y a cara descubierta redujeron a los cuidadores del museo y sustrajeron cinco telas de gran valor: «Retrato de María Teresa Ruiz de Apodaca de Sesma», de Francisco de Goya y Lucientes; «La Asunción de Santa Catalina», de Bartolomé Murillo; «Retrato de Felipe II», de Alonso Sánchez Coello; «El profeta Jonás saliendo de la ballena», atribuido a José Ribera; y «Retrato de un joven», perteneciente a El Greco. Al día de la fecha se han podido recuperar tres de las cinco obras robadas. En febrero de 1989 se localizó la pintura «Retrato de

recibidas, a las que califica como lo único ponderable del período en cuestión. Subyace una perspectiva crítica, hacia quien no supo cuidar el inmueble ni la colección alojada en su interior, y que puso a la institución al servicio del poder de turno, reduciéndola a espacio de agasajos, es decir, desnaturalizando su carácter y denigrando la jerarquía de un director de museo.

A medida que se avanza en la lectura del texto –y con el transcurso de los años– se puede entrever el desaliento creciente del director. Poco a poco, el documento comienza a otorgar un mayor espacio a los avatares del museo y a los roces con las autoridades municipales. A diferencia de lo que se observa en el resto de la fuente, en las últimas páginas, Sinopoli comienza a reflejar pesares, que sobresalen por encima de los logros y satisfacciones. Si bien procura mostrar que la dificultad principal de los últimos años era de índole presupuestaria, se pueden detectar dos grandes núcleos problemáticos: el binomio cultura-política y la situación de la infraestructura del museo.

Con respecto al primer núcleo, a nivel nacional, la década de los noventa está marcada por las medidas neoliberales, con grandes ajustes económicos que introdujeron reformas institucionales, como la descentralización de responsabilidades y funciones del gobierno nacional hacia las provincias, principalmente en las áreas de educación, salud y política social (Manzanal 2006). Para el caso de la ciudad de Rosario, el Partido Socialista –minoritario a escala nacional– comenzó a ganar terreno en el ámbito municipal y, como resultado, desde 1989 y durante tres décadas, se sucedieron gobiernos socialistas, tal como se detalló anteriormente. Afirmar Cardini (2015) que el hecho de que la ciudad fuera gobernada por gestiones políticamente afines, favoreció la continuidad de algunos procesos, entre los que se destaca la descentralización político-administrativa.

Felipe II» que estaba en el Hotel Plaza Francia, en el barrio Recoleta de la Capital Federal. En agosto de 1995 se dio con el «Retrato de María Teresa Ruiz de Apodaca de Sesma» y en septiembre de 2018 se encontró «La Asunción de Santa Catalina». AMMADFOE, carpeta «Robos, expedientes y registros».

En este contexto, Sinopoli expresó su disconformidad para con quien administraba el municipio.^[64] A lo largo de las gestiones de Héctor Cavallero (1989-1991 y 1991-1995), el intendente presentó a los referentes de las áreas culturales^[65] del Estado municipal bajo la expresión: «la cultura de Rosario está conducida por hombres de la cultura» (Cardini 2015). Vale aclarar que, en enero de 1994, se produjo la jerarquización de la Subsecretaría de Cultura, dependiente de la Secretaría de Gobierno y Cultura, al rango de Secretaría de Cultura, Educación y Turismo,^[66] lo que posibilitó que contase con un presupuesto propio. El cargo de secretario lo asumió Héctor De Benedictis, que se venía desempeñando como subsecretario. En la memoria, Sinopoli destaca la labor de este funcionario, como el único que durante su gestión entendió al museo y valoró sus potencialidades. Que el Estado dote a las políticas culturales de anclaje formal para su formulación como política pública mediante el establecimiento de una dependencia específica, redefine continuidades y rupturas en las concepciones de cultura (Cardini 2015).

Desde otra perspectiva, las modificaciones en la manera de concebir las acciones culturales se acentuaron durante la década de 1990, con la creación de nuevos programas y dependencias, como por ejemplo la Dirección de Promoción Cultural, la propagación de los talleres barriales que habían comenzado unos años atrás y la creación de cuatro Casas de Cultura Barrial.^[67] De esta manera, poco a poco se fue dando paso a una concepción de cultura más inclusiva, popular y participativa. Una opción por determinados registros, en detrimentos de otros –«alta cultura», «cultura de elite»– que hasta entonces habían prevalecido.

[64] En diversas entrevistas, Sinopoli ha destacado que, si bien no era un militante activo, estaba afiliado al partido radical. Entrevista realizada a Pedro A. Sinopoli, 3 de noviembre de 2022 y 9 de noviembre de 2023.

[65] La Subsecretaría de Cultura, entre 1989 y 1991, estuvo en manos de Ada Donato, abogada, profesora en Letras y escritora. Luego, entre 1992 y 1993, a cargo de Enrique Llopis, un reconocido músico local, a quien lo sucedió otro músico de la ciudad, Héctor «Pichi» De Benedictis, durante el período 1993-1995.

[66] Ordenanza n.º 5.724/1993. Rango de Secretaría de Cultura, Educación y Turismo, Municipalidad de Rosario. Expedientes n.º 42.236-P-92 y 45.383-P-93, Honorable Concejo Deliberante de Rosario.

[67] Plan Cultural, municipalidad de Rosario. Plan Rector Rosario, PER (1998), Programa de *Autonomía local, modernización y descentralización municipal*, Rosario.

En 1995, cuando asumió la intendencia Hermes Binner, se llevó adelante la descentralización político-administrativa de la ciudad en seis distritos, proceso que se consolidó a finales de la década de 1990 y comienzos de la siguiente. Esta descentralización tuvo un correlato en el ámbito cultural,^[68] con la instalación de las áreas de cultura en las cabeceras distritales y nuevas actividades en los barrios. Sinopoli se refiere en *Una memoria* puntualmente a la gestión de Marcelo A. Romeu^[69] como: «la peor que yo recuerdo en mis 32 años a cargo del Museo» (pág. 14).

Según la interpretación de Sinopoli, fueron años en que no se trabajaba sobre una política cultural definida, más bien se hacía política con la cultura. Seguidamente, afirma que durante esos años las instituciones culturales se relegaban por debajo del espectáculo. La mayor parte del presupuesto se dedicaba a actuaciones de grupos de música popular, el Encuentro y Fiesta de Colectividades, Festivales y Ferias. A partir del año 2001, se produjo un repliegue hacia el tradicional centro de la ciudad, en donde se desarrollaron actividades «espectaculares» que no parecían alcanzar al público de los barrios más distantes y de algunos distritos, sobre los cuáles se impulsaría otro tipo de programas, con la proliferación de microemprendimientos productivos, subsidios y planes de desempleo, desplazando el lugar ocupado por la actividad cultural interrumpida por la crisis.^[70] Mientras se extendía el proceso de descentralización, la atención del gobierno local se volcó a otros espacios, sobre la zona de la costa rosarina. Poco a poco, se fue instalando una nueva espacialidad para la cultura, que supuso ocu-

[68] Durante este período el cargo de secretario de Cultura quedó en manos de actores provenientes del teatro local, Héctor Tealdi primero, quien fue sucedido en 1997 por Marcelo A. Romeu, debido al alejamiento de Tealdi por cuestiones de salud. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/1998/98-10/98-10-15/rota2.htm>.

[69] En este punto es necesario aclarar que Romeu asumió como subsecretario de Cultura cuando Hermes Binner ganó la intendencia, en 1995, paralelamente al proceso en que se producía la escisión interna dentro del socialismo, en donde Binner y Bonfati se separan de la facción de Héctor Cavallero.

[70] A fines del año 2001, Argentina atravesó un período de profunda inestabilidad económica, política y social que marcó la historia del país. Esta crisis se caracterizó por una corrida bancaria, la implementación del «corralito» que incluyó una serie de restricciones a la extracción de depósitos bancarios y la posterior devaluación del peso nacional, saqueos y protestas masivas. Como resultado, renunció el presidente Fernando de la Rúa y, en un breve lapso de tiempo, se sucedieron varios presidentes constitucionales.

par áreas hasta entonces consideradas obsoletas, afectadas por el antiguo puerto y por viejos galpones desocupados. El paisaje de la costa rosarina se prefiguró como el cordón cultural, en el «circuito de mercados y ferias muy rosarinas». Enunciados como «Ciudad de los niños», «El cordón cultural de la costa», «Ferias muy rosarinas» y «La ciudad-puerto de la música» promocionaban actividades y espacios culturales en sintonía con el acento en la cultura como recurso central en el desarrollo de la ciudad (Cardini 2015). Ese desplazamiento espacial del fenómeno cultural parecía descuidar instituciones que hasta entonces habían gozado de mayor protagonismo, como los museos.

En lo que respecta puntualmente al Museo Estévez, Sinopoli recuerda a la gestión de Romeu con un sabor amargo, porque necesitaban dinero para restaurar la sala de la casa ubicada sobre la calle San Lorenzo y nunca se recibió el dinero prometido. No obstante, ese trabajo pudo concretarse gracias al ahorro diario de la institución y al trabajo del personal del museo.^[71] Lo que era una urgencia para Sinopoli, no suponía un tema relevante para el Estado municipal, más preocupado por las actividades culturales ligadas al espectáculo y a la convocatoria de personas, por sobre la protección de una casa patrimonial que resguarda una gran colección de arte. Sin embargo, como salida a este tipo de problemáticas ligadas a la falta de presupuesto, Sinopoli supo resolver a través de vínculos con particulares y sponsors privados que colaboraron con el museo en varias oportunidades. A modo de ejemplo puede mencionarse que para las exposiciones «100 años de indumentaria» (1995), «Mesas con Arte» (a partir de 1996) y «El daguerrotipo» (2006), las relaciones personales de Sinopoli lo auxiliaron para conseguir recursos financieros, expositores y objetos para exhibir. Con motivo de la restauración de una de las obras más valiosas de la colección se dio el caso de que la empresa que corrió con los honorarios del restaurador de Buenos Aires, quiso permanecer en el anonimato por benemérita reserva.

Sin embargo, aclara Sinopoli que en algunas ocasiones no se llegó a acuerdos por la desproporción o desigualdad entre lo que

[71] *Página 12*, Buenos Aires, 21 de noviembre de 2006. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/rosario/12-6275-2006-11-21.html>.

ofrecía cada una de las partes. El extremo tuvo lugar cuando se cedió el espacio de cafetería del museo a una firma de *broker* para unas reuniones empresariales y no cumplieron con la contrapartida acordada, que no se trataba de dinero, sino de la entrega de dos computadoras.^[72] Este tipo de situaciones ponían a prueba a la institución museo en su integridad como independiente al servicio del público.

Con respecto al segundo núcleo problemático, la memoria ubica al año 1993 como punto de inflexión en la fisonomía de la casa: «la antigüedad, el paso del tiempo y su uso habían causado estragos en sus salas»; frente a esa situación, afirma Sinopoli: «decidí encarar el trabajo de una puesta en valor general» (pág. 15). Nuevamente, se observa la reafirmación del «yo» al referirse a la puesta en valor del museo: «solicité la contratación del Sr. Rodolfo Perassi» (pág. 15), y se pueden entrever sus estados de ánimo frente a las situaciones a las que se enfrenta el museo.

Recién llegando al final, incorpora en su relato, por primera vez, de manera general y sin particularizar en nombres propios, al personal de la institución: «Lo que no se había perdido era el entusiasmo con que me acompañaba el personal del Museo en pro de volver a darle vida a un espacio prestigioso, reconocido, que cuenta con la total adhesión del público» (pág. 14). También afirma que, si bien los trabajos estuvieron bajo su conducción, contó con la colaboración de toda la planta de personal, administrativos y operarios. Además, el documento da cuenta de los contactos y vínculos personales del director y de cómo se volcaron en forma de colaboración hacia el museo. A fin de cotejar este relato con otras versiones, en esta investigación se llevaron a cabo entrevistas, a diversos ex trabajadores del Estévez, quienes también mencionaron la participación y colaboración de particulares. Algunas personas prestaban objetos para las exposiciones, otros realizaron algunas donaciones de dinero para concretar tareas necesarias.^[73] En va-

[72] Entrevista realizada por la autora a Pedro Alberto Sinopoli, 15 de mayo de 2021.

[73] Entrevistas realizadas por la autora a: Gustavo Berenguer, coordinador administrativo del Museo Estévez (1980-2010), 8 de septiembre de 2022; Gabriela Anastasia «Natacha» Kaplun, a cargo del Servicio Educativo del Museo Estévez (1997-2005) y coordinadora Institucional (2005-2011), 13 de septiembre de 2022; Héctor «Pichi» de Benedictis, subsecretario de Cultura (1993) y secretario de Cultura de la Municipalidad de Rosario (1994-1995), 7 de octubre de 2022; Marcela Velles Aguirre,

rios párrafos de los últimos apartados de la memoria, Sinopoli utiliza expresiones que visibilizan el trabajo codo a codo, no solo con los trabajadores del museo, sino también con particulares que participaban activamente. Al respecto, se leen expresiones como: «mis permanentes colaboradores», «sus capacidades», «su voluntad», «el afecto que tienen por el Museo», «eventualmente se han recibido patrocinios y auspicios en dinero» (págs. 15-16).

En el final de la memoria, a modo de cierre, se enuncian dos conceptos que son fundamentales para conocer a este tipo de institución y su funcionamiento. Por un lado, retoma y completa la idea de museo, que había comenzado a esbozar antes y, por otro, la de director. De esta manera, se refiere al primero como una entidad que preserva valores y testimonios del pasado de Rosario, refleja su cultura y plantea interrogantes con el fin de proyectarse óptimamente hacia el futuro:

«(...) la institución museística es un agente catalizador que idealmente debería recibir del medio y devolver al mismo beneficios de alto valor para la sustentación de sus bienes culturales. La preocupación por la importancia y la preeminencia de la protección del patrimonio a través de una tarea sistemática de conservación y restauración ha sido y es permanente» (pág. 16).

El museo, afirma Sinopoli, no es un producto cultural acabado, sus actividades definen su presencia y tienen como termómetro la respuesta de la comunidad en la frecuentación de sus salas, de sus actividades y en la aceptación de su quehacer en general. Según se observa en los informes presentados periódicamente a las autoridades municipales^[74] y en los registros fotográficos del museo,^[75] el Estévez contaba con un flujo de público importante, especialmente los días de inauguraciones de exposiciones. Durante

trabajadora del Museo Estévez, 1 de noviembre de 2022; Norma «Kiti» Arregui, conservadora del Museo Estévez (1993-2013), 27 de diciembre de 2022.

[74] APAS, caja n.º 4, carpeta n.º 1, «Carta enviada al secretario de Gobierno y Cultura, Juan Esteban Daraio», 31 de marzo de 1971; «Carta enviada al secretario de Gobierno y Cultura, Arturo Arrizabalaga», 30 de abril de 1973; «Carta enviada al secretario de Cultura, Educación y Turismo, Héctor de Benedictis», 15 de septiembre de 1995; «Carta enviada al subsecretario de Cultura y Educación, Héctor Tealdi», 11 de noviembre de 1996; «Carta enviada al subsecretario de Cultura y Educación, Marcelo Romeu», 17 de septiembre de 2001.

[75] AMMADFOE, Archivo gráfico y fotográfico.

los días hábiles, estaba concurrido especialmente por escolares y los fines de semana, mayormente por grupos familiares. Sin embargo, la cantidad de visitantes disminuía notablemente en los meses de verano, motivo por el cual el museo cerraba las puertas al público y el personal se dedicaba a tareas internas, especialmente ligadas a la conservación y restauración de piezas.

Por último, Sinopoli esboza un concepto de director, que busca dar cuenta de la cantidad de tareas y responsabilidades que abarca su gestión y que muchas veces debe emprender en solitario, o sin resguardo de los poderes públicos que deberían garantizarle un marco adecuado para su desempeño. Lo define como:

«(...) una especie de prestidigitador, un mago, un financiero, un administrador que tiene el peso de una gran empresa, que hace malabares quitando de aquí y poniendo allá, o un quijote que arriesga su prestigio y seguridad cuando lleva personalmente un cuadro de muchos miles de dólares al taller del restaurador de otra ciudad, sin seguro, sin protección de ninguna especie» (pág. 16).

Las tareas que Sinopoli afirma que debía desempeñar se encuentran en diálogo con las ideas planteadas en diferentes trabajos académicos, como el de Bayardo mencionado al comienzo. En la misma dirección de las palabras de Sinopoli apuntan las de la investigadora Panozzo Zenere (2019) al estudiar el caso de otros dos museos argentinos y explicar que, a fines del siglo XX, se instauró un tipo de museo asociado a la ampliación y diversificación de las propuestas acorde con los gustos de la audiencia. En este tipo de museo –entre los que puede ser incluido el Museo Estévez–, las funciones de sus directivos demandan no solo conocimientos sobre las colecciones, sino también la capacidad de promover acciones vinculadas con lo empresarial. Los recursos económicos provistos por aportes tales como sponsor, mecenazgo y patrocinio, forman parte fundamental de la política institucional (Panozzo Zenere 2019). Es decir, que la memoria desarrolla incluso algunos elementos teóricos, con los cuales se busca apuntalar y sostener la práctica de una gestión muy personal, pero al mismo tiempo comprometida y fundamentada, a través de la que Sinopoli se apropió e hizo cargo de las acciones y necesidades del museo.

Consideraciones finales

Una *Memoria* permite conocer, a grandes rasgos, la historia de los primeros treinta y ocho años del Museo Estévez de Rosario, desde que este comenzó a idearse, con la llegada de Pedro A. Sinopoli a la vivienda del matrimonio donante (en junio de 1968) hasta sus últimos días como director, a finales del año 2006.

Este trabajo busca llamar la atención sobre la importancia de la práctica del registro y la escritura como un instrumento que facilita la aproximación a la historia del museo, al mismo tiempo que deja al descubierto la necesidad de observar quién escribe, con qué objetivos y quiénes son sus destinatarios. La respuesta a estos interrogantes es un indicador clave para la lectura crítica de la fuente. En este caso, la centralidad de la memoria está en lo autorreferencial del director que escribe y quien, desde su óptica, proyecta una imagen del museo, de modo que ambas figuras, en muchos aspectos, se funden y confunden.

En este sentido, el estudio de la memoria, complementado con el cotejo de otros documentos, pone en evidencia que existe una relación entre las prácticas de escritura, la decisión de conservar y transmitir esos registros y, también –directa o indirectamente– con la casa, las colecciones que atesora y su historia. En este caso en particular, se observa como principal propósito de *Una memoria* destacar la labor de Sinopoli durante sus años de gestión al frente del Museo Estévez y, al mismo tiempo, demostrar que su perfil era el indicado para ocupar el cargo. No es un dato menor que, al momento de confeccionar este documento, Sinopoli se encontraba en un punto bisagra de su vida laboral. En el proceso de formalizar su jubilación y cerrar su trabajo en el museo, era necesario producir sentido, construir y registrar una imagen que se fuera a reproducir a posteridad.

A lo largo del texto se observa una selección de contenidos y una clara identificación de su persona con la institución patrimonial. En esta fuente se observa el perfil del director como el guardián del museo. La organización del texto en apartados con sus correspondientes subtítulos da cuenta de los núcleos temáticos más significativos, según el director, para la vida de la institución, ya sea por gratificantes o por conflictivos. En cada uno, Sinopoli

analiza los conceptos utilizados y ofrece una postura personal, ya sea desde una perspectiva teórica, como desde la práctica.

La memoria evidencia rutinas de la institución patrimonial, al mismo tiempo que da cuenta de una serie de hechos relevantes para la historia del museo. Cabe destacar que, si bien el texto concentra especialmente información referida al museo, cada aspecto abordado se entrecruza con perspectivas, comentarios y apreciaciones del director que son consecuencia de una labor muy personalista.

En cuanto a su narrativa, permite un acercamiento al perfil de quien la escribe. La memoria en su redacción sigue un modelo de escritura diferente y acorde para cada una de las situaciones planteadas: pretensión, representación, agradecimiento, contestación, queja, participación, información, entre otros. También, se observa como práctica, la búsqueda constante de respaldos documentados para legitimar el accionar.

En varias situaciones se observa una gran rigurosidad de Sinopoli en su labor y en la de su equipo; por ejemplo, con respecto a la investigación y catalogación preliminar de las colecciones, reconoce que hubo modificaciones sucesivas. También cuando afirma que, una vez abiertas sus puertas, el museo mejoró su propuesta inicial, tanto ampliando la información brindada en las cartelas, como quitando de exhibición piezas que no eran originales. En la toma de decisiones importantes recurrió al albacea testamentario y al testamento de Firma Mayor, para legitimar o desestimar cuestiones relativas al funcionamiento del museo. Estos elementos permiten pensar que el director del museo se mantuvo en constante actualización, tanto desde la perspectiva académica, como desde su accionar cotidiano.

En este caso, los «textos escritos en los años de gestión», por Pedro A. Sinopoli, responden más a la necesidad del director por demostrar que su persona era la indicada para ocupar el cargo en el Museo de Arte Decorativo, que a una memoria institucional con mero carácter informativo.

Referencias

AMELANG, JAMES

- 2006 «La autobiografía moderna entre la historia y la literatura», en *Chronica Nova*, vol. 32, págs. 143-157, recuperado de <<http://hdl.handle.net/10481/22709>>, referencia citada en página 204.

ARTIÈRES, PHILIPPE y DOMINIQUE KALIFA

- 2012-2013 «El historiador y los archivos personales: paso a paso», en *Políticas de la Memoria*, n.º 13, págs. 7-11, recuperado de <<https://ojs.politicasdelamemoria.cedinci.org/index.php/PM/article/view/133>>, referencia citada en página 211.

AURELL, JAUME

- 2020 «Practicing theory and theorizing practice», en *Rethinking History*, vol. 24, n.º 2, págs. 229-251, referencia citada en página 205.

BALDASARRE, MARÍA ISABEL

- 2006 *Los dueños del arte: coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires: Edhasa, referencia citada en página 200.

BAYARDO, RUBENS

- 2005 «Cultura, artes y gestión. La profesionalización de la gestión cultural», en *Lucera, Centro Cultural Parque de España*, n.º 8, págs. 19-23, recuperado de <<https://ahira.com.ar/ejemplares/lucera-n-8>>, referencia citada en páginas 198, 199.

BELLUCCI, ALBERTO

- 2018 *Memorias de un director de museos*, Buenos Aires: Edición del autor, referencia citada en página 208.

BENVENISTE, ÉMILE

- 1966 *Problemas de la lingüística general*, Ciudad de México: Siglo XXI, referencia citada en página 204.

BRAVO JUEGA, ISABEL

- 1995 «La organización y gestión de museos», en *Boletín de la ANA-BAD*, vol. 45, n.º 1, págs. 177-194, referencia citada en página 198.

BRIZZI, ANA LAURA

- 2023 «La renovación de la museología en Argentina en los años sesenta: La creación del Museo Municipal de Arte Decorativo “Firma y Odilo Estevez” de la ciudad de Rosario (1968)», en *Ejes de Economía y Sociedad*, vol. 7, n.º 13, págs. 245-271, referencia citada en página 202.

CARDINI, LAURA

- 2015 «Cultura y política en la ciudad de Rosario: la configuración de un campo», en *Papeles de trabajo. Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural*, n.º 29, págs. 1-19, recuperado de <<https://papelesdetrabajo.unr.edu.ar/index.php/revista/article/view/62>>, referencia citada en páginas 231, 232, 234.

CEBOLLADA, JULIETA

- 2022 «Coleccionismo y patrimonio: el caso del Museo Juan B. Castagnino de Rosario», en *Avances*, n.º 31, págs. 71-89, recuperado de <<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/avances/article/view/37670>>, referencia citada en página 201.

DE MAN, PAUL

- 1991 «La autobiografía como desfiguración», en *Anthropos*, n.º 29, págs. 113-117, recuperado de <<https://ayciiunr.wordpress.com/wp-content/uploads/2019/08/de-man-p-la-autobiografc3ada-como-desfigurac3b3n.pdf>>, referencia citada en página 204.

DELL'AQUILA, ANALÍA

- 2008 «La hispanidad en el gusto artístico de la burguesía rosarina. El caso de la colección Estevez, 1920-1930», en *El coleccionismo de arte en Rosario: colecciones, mercado y exhibiciones, 1880-1970*, coord. por Patricia Artundo y Carina Frid, Buenos Aires: Fundación Espigas, págs. 159-200, referencia citada en páginas 200, 201.

DESVALLÉES, ANDRÉ Y FRANÇOIS MAIRESSE

- 2010 *Conceptos clave de museología*, París: Armand Colin, recuperado de <https://icom.museum/wp-content/uploads/2022/02/Conceptos_claves_ES.pdf>, referencia citada en página 212.

GALLEGO DUEÑAS, FRANCISCO JAVIER

- 2018 «Acerca de la musealización de la ciudad. Algunos ejemplos», en *Imagonautas*, n.º 11, págs. 36-56, recuperado de <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6455777>>, referencia citada en página 212.

GARCÍA, ANALÍA

- 2013 «De casa a museo. El legado familiar Estevez Mayor. Rosario, 1924-1964», en *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Universidad Nacional de Cuyo, recuperado de <<https://cdsa.aacademica.org/000-010/toc/101>>, referencia citada en página 200.

GARCÍA, ANALÍA

- 2019 «De casa... museo. El coleccionismo del matrimonio Estevez Mayor en la subasta de un nuevo escenario moderno, 1924-1968», en *XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades*, Universidad Nacional de Catamarca, recuperado de <<https://cdsa.aacademica.org/000-040/313.pdf>>, referencia citada en página 200.

GONZÁLEZ CARRÉ, ENRIQUE

- 2001 «Memoria del Director del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú», en *Revista Historia y Cultura*, n.º 24, págs. 269-280, recuperado de <<https://revistas.cultura.gob.pe/index.php/historiaycultura/article/view/431>>, referencia citada en página 207.

GUTIÉRREZ DE QUINTANILLA, EMILIO

- 1921 *Memoria del Director del Museo de Historia Nacional. Esfuerzos y Resistencias*, Lima: Taller tipográfico del museo, vol. 1, referencia citada en página 206.

JIMÉNEZ-CLAVERÍA IGLESIAS, LUIS

- 2007 «Museos: de templos del arte a empresas de gestión cultural», en *Museo. Revista de la Asociación Profesional de Museólogos de España*, n.º 12, págs. 67-87, recuperado de <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2505204>>, referencia citada en página 198.

LEJEUNE, PHILIPPE

- 1991 «El pacto autobiográfico», en *Anthropos*, n.º 29, págs. 47-61, referencia citada en página 204.

LÓPEZ BENITO, VICTORIA

- 2010 «Museo ilustrado, period rooms y talleres didácticos: tres momentos clave en los museos de arte», en *Her&Mus. Heritage & Museography*, n.º 5, págs. 93-98, referencia citada en página 221.

MANZANAL, MABEL

- 2006 «Descentralización y Municipios en Argentina. Contrastes y contradicciones», en *Crítica en Desarrollo, Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, págs. 37-60, referencia citada en página 231.

MONTINI, PABLO

- 2010 «El programa cultural de la burguesía», en *Ciudad de Rosario*, Rosario: Editorial Municipal de Rosario, págs. 111-147, recuperado de <<https://nube.rosario.gob.ar/index.php/s/wJkGk3n5Rt5SaQL#pdfviewer>>, referencia citada en página 200.

- 2016 «Restauraciones y atribuciones: las demandas de un coleccionista profesional. La colección de Juan B. Castagnino (Rosario, 1907-1925)», en *TAREA*, n.º 3, págs. 76-94, referencia citada en página 201.
- MONTINI, PABLO; SABINA FLORIO; VALERIA PRÍNCIPE Y GUILLERMO ROBLES
- 2012 *De la Comisión Municipal de Bellas Artes al Museo Castagnino. La institucionalización del arte en Rosario, 1917-1945*, Buenos Aires: Fundación Espigas, referencia citada en página 209.
- MONTINI, PABLO Y GABRIELA SIRACUSANO
- 2011 «Ángel Guido», en *Anales del Museo Histórico Provincial de Rosario*, rosario: Museo Histórico Provincial de Rosario, vol. 1, referencia citada en página 201.
- PANOZZO ZENERE, ALEJANDRA
- 2018 *Se contempla, se experimenta. Modos de comunicar del museo de arte contemporáneo*, Rosario: Universidad Nacional de Rosario, referencia citada en página 198.
- 2019 «De dirigir a gestionar en los museos: Estudio sobre dos casos argentinos», en *KEPES*, n.º 20, págs. 195-215, referencia citada en página 237.
- PETTORUTI, EMILIO
- 1968 *Un pintor ante el espejo*, Buenos Aires: Ediciones Solar, referencia citada en página 208.
- PINEDA, JUAN Y ANA PAULA SANTANDER
- 2007 *Memoria del Museo de Arte*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, recuperado de <<https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/9149/sistemapatriminioymuseos.20076.pdf?sequence=1&isAllowed=y>>, referencia citada en página 207.
- PODGORNY, IRINA; MÁXIMO FARRO; ALEJANDRO MARTÍNEZ Y MARÍA ÉLIDA BLASCO
- 2015 «Carne de mi carne. El museo como identidad de su fundador en los casos del Museo Nacional de Buenos Aires, el Museo de La Plata y el Museo de Luján, 1880-1930», en *Museus e identidades na América Latina*, ed. por Camilo De Mello Vasconcellos; Pedro Paulo Funari y Aline Carvalho, San Pablo: Annablume, págs. 55-66, referencia citada en página 206.
- RIGOTTI, ANA MARÍA Y EBE BRAGAGNOLO
- 1981 «El edificio del Museo Estevez», en *Cuadernos de la dirección general de Cultura*, referencia citada en página 220.

SÁNCHEZ ZAPATERO, JAVIER

- 2010 «Autobiografía y pacto autobiográfico: revisión crítica de las últimas aportaciones teóricas en la bibliografía científica hispánica», en *Ogigia: Revista electrónica de estudios hispánicos*, n.º 7, págs. 5-17, referencia citada en páginas 204, 205.

SCHIAFFINO, EDUARDO

- 1999 *Recodos en el sendero*, Buenos Aires: Editorial Elefante Blanco, referencia citada en página 207.

SINOPOLI, PEDRO ALBERTO

- 2023 «Pintura», en *Colección Antológicas*, Rosario: Atípica Editora de Cultura y Arte Visual, recuperado de <<https://atipicaeditora.com.ar/pedro-sinopoli-descarga-espanol/>>, referencia citada en páginas 202, 213, 214.
- 2024 *Obra Gráfica. Colección Antológicas. Primera Edición Ilustrada*, Rosario: Atípica Editora de Cultura y Arte Visual, recuperado de <<https://atipicaeditora.com.ar/pedro-sinopoli-descarga-espanol-2/>>, referencia citada en página 214.

TORRES, LUIS MARÍA

- 1924-1925 «Memoria del Museo de La Plata correspondiente a los años 1922 y 1923», en *Revista del Museo de La Plata*, vol. 28, recuperado de <<https://publicaciones.fcnym.unlp.edu.ar/rmlp/article/view/1381>>, referencia citada en página 207.

TRAVELLA, EUGENIO

- 2004 *20 años en el Museo Histórico Provincial «Dr. Julio Marc»*, Rosario: Ediciones del Paraná, referencia citada en página 210.

VARÓN GABAI, RAFAEL

- 1990 «Memoria del Director del Museo Nacional de Historia», en *Revista Historia y Cultura*, n.º 20, págs. 385-393, recuperado de <<https://revistas.cultura.gob.pe/index.php/historiaycultura/article/view/359/412>>, referencia citada en página 207.

Sobre las autoras y los autores

María Florencia Antequera — Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo. Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Rosario. Investigadora asistente del CONICET. Integra el Grupo de Estudio Escrituras y Representaciones del Pasado (GEREP), en el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario (UCA), Nodo IH del IDEHESI-CONICET. Es docente en la UNR y en la UCA. Su campo de interés es la investigación de las articulaciones entre archivo, literatura e historia, a partir del estudio de intelectuales santafesinos del siglo XX. Se ha especializado en la organización y clasificación de fondos documentales de carácter privado e institucionales, relevantes para la reconstrucción del espacio cultural rosarino y santafesino en el siglo XX. Dirige junto a Marta Castellino la colección Horizontes de archivo (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo), orientada a la difusión de materiales inéditos, desconocidos o de escasa circulación. Realizó estancias doctorales y posdoctorales en la Universidade Federal de Santa Catarina (Brasil) (2015 y 2018) y posdoctorales en la Universidad de Navarra (España) (2021-2022; 2024-2025). Autora de los libros *El periódico El mocoví (1907-1908), fundado por Alcides Greca* (2023), *Alcides Greca: el viaje de la escritura y la escritura del viaje* (2020), *Ángel Guido. La casa del Maestro* (2020).

Liliana María Brezzo — Profesora, licenciada y doctora en Historia por la Universidad Católica Argentina. Se ha especializado en Historiografía Contemporánea (Universidad de Navarra - España). Es profesora titular de la UCA. Es profesora del doctorado en Historia (UNNE). Es investigadora principal del CONICET. Integra el Grupo de Estudio Escrituras y Representaciones del Pasado (GEREP), en el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Cien-

cias Sociales del Rosario (UCA), Nodo IH del IDEHESI-CONICET. Sus líneas de investigación se enfocan en el proceso histórico de las relaciones entre Argentina y Paraguay (siglos XIX y XX), en la problemática de archivos personales y de escritos autobiográficos de intelectuales paraguayos y en los procesos de escritura de la historia paraguaya. Sus investigaciones han recibido distinciones del Fondo Nacional de la Cultura y las Artes del Paraguay (2022), Centro Cultural de la República El Cabildo (Asunción, 2015, a la obra *La Guerra del Paraguay en primera persona*. Declarada de interés y subsidio para su publicación), Medalla del Bicentenario de la Independencia del Paraguay (Paraguay, Secretaría Nacional de Cultura, 2011), distinción a obra «Paraguay 1900-1930», seleccionada para integrar la colección Libros del Bicentenario (Paraguay, Ministerio de Educación, 2011).

Autora de los libros: *Rafael Eladio Velázquez. El Paraguay en la época del gobernador Corvalán (1671 - 1681)* (2024), *Eligio Ayala íntimo* (2023), *Paraguay. Escrituras y representaciones del pasado* (2022), *Juan E. O'Leary. Diario íntimo* (2018), *Alfredo Seiferheld. Testimonios para la Historia Contemporánea del Paraguay* (2017).

Ana Laura Brizzi — Profesora en Historia por la Universidad Nacional de Rosario. Conservadora de Museos por la Escuela Superior de Museología de la ciudad de Rosario. Licenciada en Museología y Repositorios Culturales y Naturales por la Universidad Nacional de Avellaneda. Magíster en Educación por la Universidad del Atlántico (España) y la Universidad Internacional Iberoamericana (México), con beca otorgada por la Fundación Universitaria Iberoamericana. Doctoranda en Historia con beca otorgada por CONICET. Integra el Grupo de Estudio Escrituras y Representaciones del Pasado (GEREP), en el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario (UCA), Nodo IH del IDEHESI-CONICET. Es docente concursada en la Escuela Superior de Museología de Rosario y Coordinadora del Departamento de Educación del Monumento Histórico Nacional a la Bandera. Ha participado en el registro, inventario y catalogación de objetos, y de la investigación, curaduría y mediación en diferentes muestras en museos y espacios culturales de la provincia de Santa Fe.

María Gabriela Micheletti — Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Católica Argentina y Doctora en Historia por la Universidad del Salvador. Es profesora protitular en la UCA. Es investigadora independiente del CONICET. Integra el Grupo de Estudio Escrituras y Representaciones del Pasado (GEREP), en el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario (UCA), Nodo IH del IDEHESI-CONICET. Es miembro de número de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe (JPEH). Realizó una pasantía postdoctoral en el CERHIO/CNRS UMR 6258, Universidad Rennes 2, Francia. Se especializa en el estudio de las representaciones del pasado santafesino y de la escritura autobiográfica de historiadores oriundos de la provincia de Santa Fe. Autora de los libros *Historiadores e historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino, 1881-1907* (2013), *La universidad en la mira. La “Laica o Libre” y sus expresiones rosarinas, 1955-1959* (2013) y *Laica o libre. Las disputas por la creación de las universidades privadas (1955-1959)* (2018). Editora en coautoría de *Escribir la nación en las provincias* (2013).

Fernando Quesada — Profesor y Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Cuyo. Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba. Es investigador adjunto de CONICET en el IDEHESI, Nodo IMESC, Mendoza. Se desempeña como profesor adjunto de la cátedra Historia de las Configuraciones Políticas en la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Ha sido investigador y académico invitado en la Universidad de Nueva York, en el Instituto Universitario de Lisboa y en la Universidad Católica Silva Henríquez de Chile. Actualmente está investigando sobre el registro autobiográfico de algunos intelectuales argentinos y desarrolla una investigación sobre la diplomacia pública del régimen franquista para América Latina. Autor del libro *La Universidad desconocida. El Convenio Universidad de Chile-Universidad de California y la Fundación Ford* (2015). Ha escrito más de 30 artículos y capítulos de libros.

Renzo Sanfilippo — Profesor y Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Rosario. Fue becario doctoral de CONICET entre los años 2019 y 2025. Es auxiliar de investigación en la materia Corrientes historiográficas latinoamericanas y argentinas, en la

Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. Integra el Grupo de Estudio Escrituras y Representaciones del Pasado (GEREP), en el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario (UCA), Nodo IH del IDEHESI-CONICET. Sus temas de interés se inscriben en el ámbito de la Historia de la Historiografía Argentina y de la Historia Intelectual, con el foco de atención en las perspectivas de análisis regional y provincial. Ha participado como expositor en distintos congresos de la disciplina histórica y ha publicado trabajos especializados en revistas académicas con referato, así como en capítulos de libros coordinados por autores de distintos campos de las ciencias sociales.

Índice de autoras y autores del aparato bibliográfico

A

Aballe, Guada, 59, 87
Agamben, Giorgio, XIII, XVI
Aguilar, Gonzalo, 142, 163
Alberdi, Juan Bautista, 4, 5, 7, 15, 38
Altamirano, Carlos, 148, 163
Amaro, Lorena, 49, 53, 87, XIII, XVI
Amelang, James, 49, 87, 204, 240, XIII, XVII
Amorebieta y Vera, María Laura, 154, 163
ANH, 77, 87
Antelo, Raúl, 163
Antequera, María Florencia, 5, 38, 133, 134, 136, 137, 141-144, 153, 155, 157, 158, 163, 164, XIV, XVII, XIX
Areas Peixoto, Fernanda, 141, 168
Arenas Deleón, Nicolás, 5, 38
Arnoux, Magdalena, 20, 38, 39
Arrieta, Rafael Alberto, 105, 126
Artières, Philippe, 140, 143, 164, 211, 240, XIII, XVII

Artundo, Patricia, 241
Aurell, Jaume, 50-52, 85, 87, 98, 126, 134, 140-142, 144, 160, 165, 205, 240, XIV, XVII
Azzollini, Nicolás, 149, 168

B

Badaloni Ghiretti, Héctor, 165
Baena, Rosalía, XIII, XX
Balam Martínez Álvarez, Domingo, XVIII
Baldassarre, María Isabel, 200, 240
Balderston, Daniel, 163, 165
Baratta, Victoria, 5, 39
Barros, Carolina, 6, 39
Bayardo, Rubens, 198, 199, 240
Bellucci, Alberto, 208, 240
Benites, Gregorio, 5, 38
Benveniste, Émile, 204, 240
Bertero, Eliana, 138, 165
Blasco, María Élide, 99, 101, 102, 126, 127, 243
Bobbio, Norberto, XI, XVII

Bohoslavsky, Ernesto, 96, 127,
 XI, XVII
 Bouvet, Nora, 134, 165
 Bouza, Fernando, 97, 127
 Bracamonte, Jorge, 146, 165
 Bragagnolo, Ebe, 220, 243
 Bravo Juega, Isabel, 198, 240
 Brezzo, Liliana María, 5, 17, 25,
 38, 39, 47, 87, 134, 143,
 165, X, XIV, XVII–XIX
 Brizzi, Ana Laura, 202, 240, XIX
 Bruno, Paula, 66, 88, 96, 127
 Buchbinder, Pablo, 63, 65, 66, 70,
 75, 88, 146, 165
 Buchrucker, Cristián, 146, 166
 Budiño, Marisa, 164
 Buonocore, Domingo, 105, 127
 Burdiel, Isabel, 49, 52, 88
 Busaniche, José Luis, 103, 127

C

Caballero Campos, Herib, 5, 39
 Cadarso, Pedro Luis Lorenzo, 97,
 127
 Caillet-Bois, Ricardo, 69, 88
 Cardini, Laura, 231, 232, 234, 241
 Carrizo, Bernardo, 149, 166
 Carvalho, Aline, 243
 Castagnino, Raúl, 74, 88
 Castro, Edgardo, 148, 166
 Caterina, Luis María, 8, 39
 Cattaruzza, Alejandro, 89, 105,
 122, 127, 128, 134, 166
 Cebollada, Julieta, 201, 241
 Charle, Christophe, XII, XVIII
 Chartier, Roger, 97, 128
 Chávez, Fermín, 105, 128
 Chiamonte, José Carlos, 3, 39,
 47, 63, 70, 75, 88
 Colin, Davis, 49, 52, 88
 Coudannes Aguirre, Mariela,
 109, 128
 Crespo, Carolina, 122, 128
 Crespo, Horacio, 37–39
 Cuccorese, Horacio Juan, 72, 88
 Cuello, Estefanía, 63, 89

D

D'Atri, Norberto, 105, 128

De Man, Paul, 204, 241
 De Masi, Oscar Andrés, 106, 128
 De Mello Vasconcellos, Camilo,
 243
 DEH-A, 44, 89
 Dekker, Rudolf, 48, 49, 89, XII,
 XVIII
 Dell'Aquila, Analía, 200, 201, 241
 Derrida, Jacques, 138, 166, XIII,
 XVIII
 Desvallées, André, 212, 241
 Devoto, Fernando, 47, 84, 89, 91,
 104, 106, 124, 128
 Di Gresia, Leandro, 98, 129
 Di Liscia, María Silvia, 45, 89, XI,
 XVIII
 Didi-Huberman, Georges, 140,
 162, 163, 166
 Domínguez, Rafael Alvira, 165
 Doratioto, Francisco, 5, 39
 D'Ors, Eugenio, 161, 166
 Dosse, François, 173, 194
 Downs, Laura Lee, 170
 Durán López, Fernando, 174, 194,
 XIII, XVIII

E

Edwards, Rodolfo, 146, 166
 Ennis, Juan, 166
 Escobar, Luis, 145, 166
 Eujanian, Alejandro, 64, 69, 89,
 105, 128

F

Fals Borda, Orlando, 150, 167
 Farro, Máximo, 243
 Fernández, Sandra, 145, 167
 Ferrari, Gustavo, 90
 Ferrari, Marcela, XII, XVIII
 Ferrary, Álvaro, XI, XVIII
 Fiorucci, Flavia, 138, 146, 167, XI,
 XVIII
 Florentín, Carlos Gómez, 5, 39
 Flores de Zarza, Idalia, 40
 Flori, Mónica, 192, 194
 Florio, Sabina, 243
 Foucault, Michel, XIII, XIX
 Freijomil, Andrés, 73, 89
 Frías Corredor, Carmen, 92

Frid, Carina, 241
 Funari, Pedro Paulo, 243
 Funes, Juan María Rafael, 105,
 129

G

Galante, Miguel, 60, 65, 84, 91
 Gallardo, Osvaldo, 181, 195
 Gallego Dueñas, Francisco
 Javier, 212, 241
 Gallo, Ezequiel, 90
 Gálvez, Manuel, 57, 61, 89
 García Márquez, Gabriel, 160,
 167
 García Merou, Martín, 25, 26, 30,
 40
 García Salord, Susana, 50, 90
 García, Analía, 200, 241, 242
 García, Carla, 158, 167
 García, Miguel, 3, 41
 Georgieff, Guillermina, 150, 159,
 167
 Gerson, Stéphane, 170
 Giménez, Juan Cruz, 148, 167
 Giménez, Sebastián, 149, 168
 Girbal-Blacha, Noemí, 146, 168
 Goebel, Michael, 105, 129
 Goldchluk, Graciela, 166
 González Carré, Enrique, 207,
 242
 González, Carina, 146, 168
 González-Montegudo, José, 50,
 93
 Gorelik, Adrián, 141, 168
 Gramuglio, María Teresa, 163
 Gresia, Leandro Di, 129
 Guida, María Eugenia, 138, 171
 Guido, Ángel, 148, 150, 153–159,
 168
 Gutiérrez de Quintanilla, Emilio,
 206, 242

H

Halperin Donghi, Tulio, 81, 90
 Herrero López, Montserrat, 165
 Herrero, Alejandro, 8, 40
 Hora, Roy, 177, 194

I

Ibarlucía, Ricardo, 103, 129
 Inda, Graciela, 45, 90
 Ivanissevich, Oscar, 149, 168

J

Jablonka, Ivan, 173, 194
 Jannello, Karina, 47, 90
 Jensen, Silvina, 129
 Jesús Silva, Rosangela, 5, 40
 Jiménez-Clavería Iglesias, Luis,
 198, 242
 Johansson, María Lucrecia, 5, 40
 Jurado, Alicia, 174, 175, 177–180,
 182–184, 186, 187, 189,
 190, 192, 193, 195

K

Kalifa, Dominique, 140, 164, 211,
 240, XIII, XVII
 Kanner, Leopoldo, 52, 58, 62, 69,
 90
 King, John, 190, 195

L

Laboranti, María Inés, 164
 Laclau, Ernesto, 139, 168
 Laera, Alejandra, 128
 Lahire, Bernard, 173, 195
 Larker, José, 138, 165
 Lejeune, Philippe, 204, 242, XIII,
 XIX
 Levi, Giovanni, 96, 129
 Lindenboim, Federico, 117, 129
 Lois, Élida, 1, 38, 40
 Lojo, María Rosa, 134, 169
 López Benito, Victoria, 221, 242
 López, Magdalena, 8, 40
 Loriga, Sabina, 96, 129
 Loureiro, Ángel, 49, 90, XIII, XIX

M

Madero, Marta, 97, 128
 Mairesse, François, 212, 241
 Mannequin, Theodore, 18, 19, 40
 Manzanal, Mabel, 231, 242
 Mariluz Urquijo, José, 45, 90
 Martínez del Sel, Valeria, 146, 169
 Martínez, Alejandro, 243

Martino, Luis Marcelo, 1, 40
 Masello, Laura, 169
 Mayer, Jorge, 41
 Megías, Alicia, 169
 Micheletti, María Gabriela, 25,
 39, 46, 48, 52, 64, 66, 71,
 77, 83, 90, 91, 102, 129,
 XII, XIV, XVII-XIX
 Moglia, Raúl, 3, 41
 Molina, Eugenia, XVIII
 Montini, Pablo, 138, 169, 200,
 201, 209, 242, 243
 Montoro, Claudia, 107, 129
 Morresi, Sergio, XI, XIX
 Motura, Nicolás, 104, 130
 Mucci, Cristina, 147, 169

N

Navascués, Javier, 146, 169
 Neiburg, Federico, XI, XIX
 Nora, Pierre, 145, 169

O

O'Donnell, Guillermo, 192, 195
 Olleros, Mariano, 26, 41
 Ondelj, Margarita, 122, 128
 Ortiz, Tulio, 89
 Oszlak, Oscar, 45, 91, XI, XIX

P

Pagano, Nora, 47, 60, 65, 84, 89,
 91, 95, 100, 106, 128, 130
 Pagliai, Lucila, 3, 6, 38, 41
 Palacio, Juan Manuel, 38
 Palacios, Guillermo, 38
 Panozzo Zenere, Alejandra, 198,
 237, 243
 Pasamar Alzurria, Gonzalo, 64, 91
 Pascuaré, Andrea, 129
 Pasolini, Ricardo, 62, 91
 Peiró Martín, Ignacio, 51, 62, 92,
 96, 130
 Peña, David, 9, 41, 62, 64, 92
 Pérez Gras, María Laura, 164
 Perón, Juan Domingo, 149, 169
 Persello, Ana Virginia, 45, 55, 92
 Petitti, Eva Mara, XI, XX
 Petra, Adriana, 47, 92
 Petrina, Alberto, 153, 169

Pettoruti, Emilio, 208, 243
 Piantoni, Giulietta, 98, 130
 Pineda, Juan, 207, 243
 Piñeiro Iñiguez, Carlos, 115, 116,
 130
 Pis Diez, Nayla, 150, 151, 156, 169,
 170
 Plotkin, Mariano, XI, XIX
 Podgorny, Irina, 206, 243
 Pozzo, Fernando, 187, 195
 Prado, Gustavo, 67, 92
 Príncipe, Valeria, 243
 Puchol, Luis, 56, 92
 Pulfer, Darío, 134, 152, 170
 Pupio, María Alejandra, 98, 130

Q

Quesada, Fernando, 181, 195

R

Rabinovich, Alejandro, 45, 92,
 XII, XIX
 Realí, María Laura, XIV, XVIII
 Riccono, Guido, 146, 148-150,
 159, 169, 170
 Ricoeur, Paul, XIII, XIX
 Rigotti, Ana María, 220, 243
 Rivarola, Milda, 16, 41
 Robles, Guillermo, 243
 Rodríguez, Laura Graciela, 191,
 195, XI, XVIII, XX
 Rojas, Ricardo, 135, 170
 Roldán, Diego, 146, 171
 Rosenberg, Emily, 181, 196
 Rossetti, Fabiana, 171
 Rotman, Mónica, 95, 101, 130
 Rubinzal, Mariela, 138, 170
 Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, 92

S

Sabor Vila, Sara, 106, 130
 Saiz Cerrada, María del Pilar, 97,
 130, 134, 141, 142, 170,
 XIII, XIV, XX
 Sánchez Zapatero, Javier, 204,
 205, 244
 Sanfilippo, Renzo, 103, 104, 130,
 131, XIX
 Sanmartín Barros, Israel, 87, 165

Santander, Ana Paula, 207, 243
Santos Atela, Vicente, 75, 92
Scavone Yegros, Ricardo, 5, 7, 10,
41, 42
Schávelzon, Daniel, 95, 101, 123,
131
Schiaffino, Eduardo, 207, 244
Schwartzman, Ana, 158, 167
Sigal, Silvia, 138, 146, 170
Silva, Wilton, 50, 93
Sinopoli, Pedro Alberto, 202,
213, 214, 244
Siracusano, Gabriela, 201, 243
Siskind, Mariano, 142, 163
Soprano, Germán, 45, 89, 96, 127,
XI, XVII, XVIII, XX
Sosa, Carlos Hernán, 74, 93
Spiegel, Gabrielle, 160, 170
Suban, Gabriel, 171
Swiderski, Graciela, 43, 93

T
Taylor, Philip, 185, 196
Tcach, César, 151, 171
Torres Roggero, Jorge, 165
Torres, Luis María, 207, 244
Torres, Pablo, 138, 171

Travella, Eugenio, 210, 244

U

Uribarren, María Sabina, 95, 100,
131

V

Varón Gabai, Rafael, 207, 244
Vartorelli, Osvaldo, 104, 130
Vassallo, Jaqueline, 97, 131
Vázquez, María Celia, 167
Vera, Paula, 146, 171
Vidal de Battini, Berta, 135, 171
Villa, Sandra, 8, 39
Villanueva, Francisco Javier, 4,
38
Vommaro, Gabriel, XI, XIX

W

Welti, María Elisa, 138, 145, 171
Whigham, Thomas, 5, 42
Woods, Randall Bennett, 188, 196

Z

Zimmermann, Eduardo, XI, XIX
Zubizarreta, Ignacio, 45, 92, XII,
XIX

Colofón

La composición tipográfica de este libro se realizó utilizando gbpublisher.

Las familias tipográficas utilizadas dentro del libro son: IBM Plex, una superfamilia de tipografía abierta, diseñada y desarrollada conceptualmente por Mike Abbink en IBM con colaboración de Bold Monday y Libertinus, bifurcación de la fuente Linux Libertine, diseñada para el texto del cuerpo y la lectura extendida.

